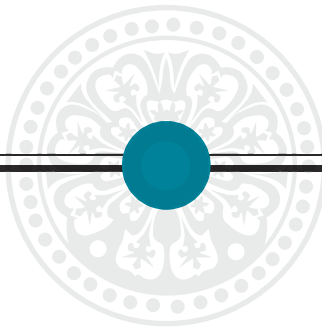


LA EDICIÓN DEL *ALMANAQUE POTOSINO*
(1885-1898)



José Pablo Zamora Vázquez



Campus Guanajuato | División de Ciencias
Sociales y Humanidades



COLECCIÓN
TESIS

Historia

JOSÉ PABLO ZAMORA VÁZQUEZ

Licenciado en Historia por la Universidad Autónoma de San Luis Potosí y Maestro en Historia (Estudios Históricos Interdisciplinarios) por la Universidad de Guanajuato. Es profesor de cátedra en el Departamento de Humanidades del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Campus San Luis Potosí. Sus investigaciones se han centrado en cultura escrita, historia del libro e historia de la prensa. En 2013 obtuvo mención honorífica en la 62ª edición del Certamen 20 de Noviembre, en la rama Premio Francisco Peña de Investigación Histórica, convocado por el Gobierno del Estado de San Luis Potosí, por el trabajo *La edición del Almanaque Potosino (1885-1898)*



La edición del *Almanaque Potosino*

1885-1898

La edición del *Almanaque Potosino*

1885-1898



José Pablo Zamora Vázquez



Campus Guanajuato División de Ciencias
Sociales y Humanidades



COLECCIÓN
TESIS

Departamento de Historia

2016

La edición del *Almanaque Potosino* 1885-1898

DR © Primera edición, 2016

DR © UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Campus Guanajuato

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Departamento de Historia

Lascuráin de Retana núm 5, zona centro,

CP 36000, Guanajuato, Gto., México.

Diseño de portada: Martha Graciela Piña Pedraza

Corrección: José de Jesús Gutiérrez Guerrero y Carlos Leal del Castillo

Formación: Flor E. Aguilera Navarrete

ISBN: 978-607-441-442-4

Advertencia: ninguna parte del contenido de este ejemplar puede reproducirse, almacenarse o transmitirse de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste electrónico, fotoquímico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, ya sea para uso personal o de lucro, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Impreso y hecho en México

Printed and Made in Mexico

CONTENIDO

Agradecimientos	11
Presentación	15
Prólogo	17
Introducción	21
Capítulo 1	
Almanaques: un género textual y editorial	43
Capítulo 2	
El <i>Almanaque Potosino</i> : el proyecto editorial de Antonio Cabrera	79
Capítulo 3	
Antonio Cabrera y los colaboradores del <i>Almanaque Potosino</i> : las “personas notables e inteligentes” y sus asociaciones	141
Capítulo 4	
Textos, materialidad y matriz textual del <i>Almanaque Potosino</i>	175
Capítulo 5	
Intención y sentido de un proyecto editorial. El <i>Almanaque Potosino</i> como discurso	225
Conclusiones	251
Fuentes	259

*A Miriam, gracias por estar a mi lado.
A mi hijo, André Paolo; a mi madre, Guadalupe;
a mis abuelos, Carmen y J. Guadalupe*

AGRADECIMIENTOS

Como todo ejercicio académico y de investigación, el presente trabajo es resultado del esfuerzo de más de un individuo. Así, entre instituciones, colegas, familiares y amigos, este proyecto recibió múltiples colaboraciones y consejos.

En primer lugar, debo de reconocer a las instituciones que ofrecieron su apoyo y respaldo desde un comienzo. Me refiero a la Universidad de Guanajuato (UG) y al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), que dieron el espacio y los recursos necesarios para llevar a cabo las pesquisas y la escritura de este trabajo. Permitiendo dar a conocer y divulgar algunos avances o resultados preliminares del proyecto de investigación.

También a la Universidad de Alcalá de Henares, que abrió sus puertas para la realización de una estancia de investigación que me permitió aprovechar sus aulas y acervos bibliográficos, así como tener contacto con parte de su cuerpo académico. Por supuesto, dicha estancia fue auspiciada por la UG y el Conacyt.

Además de estas instituciones, determinantes para la reflexión y el diálogo académico, hubo otras que hicieron posible llevar a cabo la investigación misma, al darme acceso a fondos documentales y bibliográficos, e incluso, en algunos casos, permitirme la reproducción de sus materiales. De esta forma, agradezco al Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí, al Centro de Documentación Histórica Lic. Rafael Montejano y Aguiñaga, a la Biblioteca del Seminario Mayor de San Luis Potosí, a la Biblioteca Ramón Alcorta Guerrero, a la Biblioteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia, a la Biblioteca Nacional de México y a la Biblioteca Nacional de España. Por supuesto, dentro

de éstas, reconozco a las personas que laboran en ellas, pues me ofrecieron un apoyo y una guía invaluable para aprovechar a fondo sus archivos y colecciones bibliográficas, lo cual ha quedado expresado en la obra.

También estoy en deuda con las personas que de manera asidua y continua estuvieron ahí para aconsejarme y ayudarme durante el proceso que dio vida a este trabajo. En primer lugar debo de mencionar aquí a quienes se tomaron el tiempo para leer avances y capítulos de la tesis, así como su versión final: la doctora Graciela Bernal, por haber dirigido este proyecto de tesis y porque más allá de cualquier obligación institucional, siempre demostró genuino interés por el mismo; la doctora Ana María Alba y el doctor Miguel Ángel Hernández, quienes como asesores del proyecto de investigación siempre tuvieron una lectura crítica, profunda y constructiva con respecto a mis propuestas y perspectivas de estudio.

Por si fuera poco, además de la lectura de estos académicos, en diferentes momentos y etapas de desarrollo del proyecto de investigación se contó con otros lectores que conocieron e hicieron valiosos comentarios al presente trabajo. Entre ellos se encuentran la doctora Margarita Espinosa Blas, de la Universidad de Querétaro; el doctor Antonio Castillo Gómez, de la Universidad de Alcalá de Henares; el doctor Alexander Betancourt, de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí; el doctor César Federico Macías Cervantes y el doctor Javier Ayala, ambos de la Universidad de Guanajuato.

También debo de agradecer a los integrantes del Seminario Interdisciplinar de Estudios sobre Cultura Escrita de la Universidad de Alcalá de Henares, de quienes aprendí las amplias posibilidades que supone el estudio de tal tema, en particular, de su coordinadora, la doctora Verónica Sierra Blas, y de su director, el doctor Antonio Castillo.

En este sentido, dentro del programa de la Maestría en Historia correspondo a la doctora María de Lourdes Cuevas Tazzer y a la doctora Anel Hernández, en cuyos seminarios y cursos pude ampliar mi perspectiva académica respecto a mi objeto de estudio. Sus clases se convirtieron en espacios de diálogo que redefinieron mi concepción de la historia y, en particular, de la historia cultural.

Un papel sumamente importante a lo largo de la investigación y la escritura de este trabajo, así como en mi formación académica, lo tienen mis compañeros de la Maestría en Historia, ya que entre la discusión intelectual y la charla amistosa, compartimos opiniones, perspectivas y experiencias res-

pecto a nuestros particulares temas de investigación. Berenice, Jorge Luis, Juan Pablo, Demian, Paulina, Eréndira, Rocío y Flavia: no olvido su compañía, ni todo lo aprendido de ustedes.

En una última etapa de término y presentación del trabajo, el Instituto Tecnológico de Monterrey campus San Luis, además de representar un espacio laboral en el que he podido ejercer mi profesión, fue una institución de gran apoyo para que se concretaran los detalles finales de este proyecto. Especialmente estoy agradecido con los colegas profesores de la Prepa-Tec y con Urbano Flores, director Académico de la División de Humanidades.

Finalmente, tengo que reconocer a quienes siempre estuvieron acompañándome e inspirándome para seguir adelante. A Miriam, con quien viví muy de cerca los avatares de la maestría y el proceso de investigación mismo, le doy gracias por todo lo que hizo y ha hecho por mí. De igual manera, agradezco a mi familia, a mi madre, abuelos y tíos, Adriana, Aurora, Gerardo y Roberto. A ellos les debo todo.

Guanajuato, enero de 2013

PRESENTACIÓN

En 1962 arrancó el programa de formación académica específica en Historia en la Universidad de Guanajuato. En aquellos años se otorgaba el título de Maestro en Historia, mismo que luego fue homologado al de Licenciado en Historia y, posteriormente, incorporado de nueva cuenta en el posgrado en Historia (Estudios Históricos Interdisciplinados).

A lo largo de 50 años de trayectoria se ha conformado una comunidad académica que ha tenido valiosas contribuciones, lo mismo a la sociedad guanajuatense que a los estudiosos especialistas de la historia en México y el mundo. Los estudiantes y profesores de Historia de la Universidad de Guanajuato han sabido dedicarse a la búsqueda y difusión de los acontecimientos y procesos sociales que marcan lo que los guanajuatenses, y los mexicanos, hemos sido en otras épocas.

Desde el proceso de rescate y preservación documental, hasta el análisis, presentación y discusión de hallazgos, se ha establecido una línea fructífera que ha abarcado diferentes tendencias historiográficas y planteamientos metodológicos. Al cumplir 50 años del inicio de estas labores, recibimos con entusiasmo la propuesta del Dr. Javier Corona Fernández, entonces director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, para dar lugar a una colección editorial que fuera un botón de muestra de las ricas contribuciones que se han hecho a la historiografía desde la Universidad de Guanajuato.

Arrancamos con una selección de cinco tesis de licenciatura que incluyen no sólo procesos ocurridos en suelo guanajuatense, sino que dan cuenta de periodos y escenarios diversos de nuestro país. Tesis seleccionadas de entre más de un centenar que se han generado a lo largo de los años. Apos-

taremos a la continuidad de esta colección para que las investigaciones que realizan los jóvenes historiadores sean accesibles a un público más amplio y sigamos cumpliendo, así, con una de nuestras misiones como universitarios: generar y divulgar conocimiento pertinente y de calidad para la sociedad y para la comunidad de especialistas.

Dr. César Federico Macías Cervantes

Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades

Un proyecto editorial presentado
desde diferentes aristas.
La edición del *Almanaque Potosino* (1885-1898)

El 15 de noviembre de 1885 se publicó el primer número del *Almanaque Potosino* de Antonio Cabrera, proyecto que, en palabras de su autor, no pretendía ser “un simple calendario” con una vida efímera; por el contrario, su idea había sido “confeccionarlo con la variedad y utilidad convenientes”. Y en efecto, se publicaron once números entre 1885 y 1898, y luego de una pausa que duró varios años, un último número en 1918; en todos ellos, además de la *cuenta del tiempo*, encontramos información histórica, cartográfica y geográfica, así como diversos poemas.

Hacia la década de 1870, Cabrera era muy conocido en el gremio local de editores y encuadernadores; en tan solo unos años convirtió el mundo del libro y de las publicaciones periódicas en su profesión. En un escenario donde primaban los periódicos y una que otra revista con tintes sociales y religiosos, Cabrera fue ganando prestigio con la publicación de algunas obras, con la apertura de un gabinete de lectura, como librero y agente de libros y con el proyecto del *Almanaque Potosino*, haciendo de este último una “empresa” en la que, de una u otra manera, participaron actores de la política y de la cultura potosina, ya fuese dándolo a conocer en sus círculos o como autores de los artículos publicados en los diferentes números. Entonces, estamos ante un proyecto encabezado por un individuo, pero con un importante soporte social, cultural y político que vio la luz en un momento de redefinición y afianzamiento de la identidad potosina. De todo ello se da cuenta en el presente libro.

Con esta obra, José Pablo Zamora Vázquez responde a un vacío historiográfico existente sobre el siglo XIX en San Luis Potosí: los proyectos edi-

toriales. Pues si bien algunos trabajos se han ocupado de la prensa —todavía en menor medida—, han dejado de lado otro tipo de publicaciones periódicas. De éstas, quizá una de las más importantes sea el *Almanaque Potosino* de Cabrera: por el tipo de obra, por su contenido y por su continuidad en un medio en donde lo común fue la corta duración de las publicaciones de este género.

Este proyecto editorial apenas había recibido atención en una tesis —*Los editores en San Luis Potosí, 1885-1908* (El Colegio de San Luis, 2002), de María del Carmen Zetina Rodríguez— antes que José Pablo Zamora realizara la propia en 2013. Y si ocuparse de una temática poco atendida en la historiografía ya justificaba ese interés, la manera de plantear la problemática central, desarrollar la investigación y organizar el texto aumentan el valor de este trabajo, porque el autor se acerca al *Almanaque* desde diferentes aristas y con diversos recursos analíticos. Esto da como resultado un estudio amplio de todo lo que implicó el proyecto de Cabrera: antecedentes, propuesta, empresa, financiamiento, publicación y distribución, dando cuenta, a la par, del escenario cultural en el que se produjo; además, analiza la trayectoria de Cabrera e identifica al grupo letrado —con sus diferentes redes políticas y sociales— que participó en el proyecto. Una virtud más: el trabajo aborda el contexto nacional e internacional, lo que permite situar y entender el momento en el cual aparecieron este tipo de publicaciones, para luego mostrar las particularidades del caso de San Luis Potosí.

Así, a lo largo del libro, el lector encontrará los orígenes de este género editorial y las funciones que comúnmente se le atribuyen (guiar, educar, distraer, poner a disposición del público conocimientos, saberes necesarios para el desenvolvimiento individual y social), pero, sobre todo, José Pablo Zamora subraya el papel del *Almanaque* como instrumento de lucha de poder y como elemento constructor de identidades. Esto último se refleja de manera clara en el análisis del contenido de los diferentes números del proyecto editorial, especialmente en aquellos textos con tinte histórico, cartográfico y geográfico.

Por lo anterior, considero que esta obra se convertirá en un referente sobre el tema, así como también dará la pauta a nuevas investigaciones, pues además de un puntual análisis del proceso que conllevó el proyecto editorial del *Almanaque* —dando detalles tan importantes y quizá poco atendidos en la historiografía del tema, como la naturaleza discursiva de los almanaques o las estrategias de venta y distribución—, el autor nos comparte información

de indiscutible valor a través de diferentes cuadros: los diversos autores que escribieron en el *Almanaque Potosino*, los artículos que se publicaron en cada uno de sus números, las asociaciones culturales existentes en la ciudad de San Luis Potosí en la segunda mitad del siglo XIX, las imprentas y litografías, las librerías y agencias de publicaciones. Información que, además de darnos una visión integral del propio *Almanaque*, nos proporciona elementos para analizar el ambiente cultural y político de la capital potosina de ese tiempo.

Finalmente, no puedo dejar de señalar que este trabajo obtuvo una mención honorífica en la sexagésima segunda edición del Certamen 20 de Noviembre, en la rama “Premio Francisco Peña de Investigación Histórica”, convocado por el Gobierno del Estado de San Luis Potosí; reconocimiento que, desde mi punto de vista, confirma la originalidad y el valor de este trabajo.

Dra. Graciela Bernal Ruiz
Agosto de 2016

Esta investigación tiene como principal objeto de estudio el análisis de la edición del *Almanaque Potosino*, el proyecto editorial impreso y publicado en la ciudad de San Luis Potosí de 1885 a 1918. A lo largo de ese periodo se imprimieron doce volúmenes, todos editados por Antonio Cabrera, quien contó con la ayuda de hombres y mujeres de ciencias y de letras que participaron como autores y colaboradores en la publicación.

El impreso, en formato de libro manual o cuadernillo, contenía un calendario que registraba los fenómenos astronómicos y las actividades cívicas y religiosas. También incluía textos en los que se abordaban temáticas de índole geográfica, histórica y científica, así como algunos que destacaban por su calidad estética, tanto en prosa como en verso. Además, en sus páginas se admitían anuncios publicitarios que, en algunos casos, se ilustraban con grabados, fotografías y mapas.

De esta manera, el presente estudio se sitúa en el panorama de la cultura escrita, entendida como las habilidades, competencias y prácticas desarrolladas por una sociedad con respecto al uso de los textos escritos.¹ En este sentido, la cultura de lo escrito, como la definiría Roger Chartier, “va desde el libro o el periódico impresos, hasta la más ordinaria, la más cotidiana de la producción escrita, las notas hechas en un cuaderno, las cartas que son enviadas, lo escrito para uno mismo, etc.”.²

¹ Se siguen aquí las propuestas de David Olson, quien define la cultura escrita como “la competencia para explotar un conjunto determinado de recursos culturales. Es la evolución de esos recursos, en conjunción con el conocimiento y las habilidades para explotarlos con fines determinados, lo que constituye la cultura escrita. Es por ello que la cultura y la competencia escritas pueden tener una historia” (Olson, 1997, p. 65).

² Chartier, 2006, p. 115.

Sin embargo, los almanaques (al menos en el marco temporal en el que se ubica el *Almanaque Potosino*) quedan inscritos en lo que Jean-François Botrel identifica como la cultura escrita/impresa, es decir, los materiales específicamente producidos por la técnica tipográfica y las prácticas propias de la edición. En ese tenor, los almanaques son sólo una parte del universo en el que libros, periódicos y revistas se relacionan y comparten un mismo itinerario dentro del mundo occidental: la cultura de lo impreso.³

Desde esta perspectiva, concordamos con Chartier cuando explica que la cultura impresa está definida por la práctica editorial,⁴ pues es la que da vida a los textos escritos y permite su existencia en forma impresa. Además, como él indica, la edición ha respondido cuestiones críticas con respecto a lo escrito en el mundo occidental, es decir, “la inquietud por la pérdida, la obsesión de la corrupción y el temor del exceso”.⁵

Las reacciones de la práctica editorial a estos pensamientos o preocupaciones se han traducido en un resguardo de lo escrito por medio de la materialidad de lo impreso, colocando los textos en receptáculos duraderos y reproducibles. A la par, la edición se ha posicionado como un medio de control y orden de la abundancia de lo escrito/impreso, decidiendo lo que puede o no ser publicado y divulgado.

Tal dinámica se ha hecho posible gracias al desarrollo de los diversos proyectos de publicaciones producidos por la práctica editorial, los cuales podrían definirse como las disposiciones tomadas por los editores para la preservación, publicación y control de los textos mediante la imprenta.

Ahora bien, lo que hay que destacar es que este campo de la cultura escrita, lo impreso y la edición, ha supuesto el desarrollo de aproximaciones teórico-metodológicas que van desde la historiografía y la historia cultural, hasta el campo de la historia del libro, la edición y la lectura. Por supuesto, la mayoría de estas propuestas tienen implícita una perspectiva interdisciplina-

³ Botrel, 2003b; Chartier, 2006, p. 44.

⁴ La noción de práctica es entendida aquí como lo ha hecho Chartier, es decir, como los modos de hacer o “la manera en que los individuos, las comunidades o las clases manejan los códigos, los textos o los objetos” (Chartier, 2000, p. 125).

⁵ Chartier, 2000, p. 181.

ria que se ha desenvuelto especialmente entre la historia y la literatura,⁶ y en particular con las reflexiones desarrolladas desde la crítica literaria, la semiótica (semiología) y la historiografía, aunque también han hecho importantes aportaciones la bibliografía y la paleografía, especialmente cuando se habla de la cultura escrita y las condiciones materiales de los diferentes textos que han circulado en las diversas sociedades humanas.

A grandes rasgos, podría decirse que la literatura se ha cubierto de historicidad en cuanto a la interpretación de los textos literarios y la idea de literalidad que representan.⁷ Entanto, la historia ha reconocido su carácter literario en el sentido de considerar los elementos creativos presentes en toda reconstrucción del pasado, tanto en el momento de su comprensión como en el de su escritura. Así, la disciplina histórica ha recuperado elementos de la teoría literaria y de la semiótica, especialmente para analizar fenómenos pretéritos que suponen un carácter textual.⁸

⁶ Respecto a la historia, ésta se comprende en un sentido amplio, es decir, como disciplina, investigación y escritura en torno a lo pretérito. Sobre el concepto de literatura, se atiende a la noción de arte de la expresión escrita, pero también al cúmulo de obras que ha producido este arte, identificándolas como obras literarias. Por otro lado, la idea de literatura también refiere a la teoría de la composición que sustenta y explica la producción de obras literarias.

⁷ Las consecuencias de esta historicidad para la investigación y la teoría literaria han sido observadas por Kushner quien considera que, por un lado, se ha dado una extensión en el campo de la literatura a géneros identificados como populares o paraliterarios, es decir, al margen de los “clásicos” o de las producciones sofisticadas de la creación literaria. Por otra parte, observa que igualmente se ha producido una reacción de restricción, opuesta a la anterior, es decir, considera literarios los textos producidos en el marco de los cánones clásicos de la literatura. Una tercera vía a estas dos vertientes se ubica en la búsqueda de una complementariedad entre esos criterios, esto es, comprendiendo los textos a partir de las circunstancias y el horizonte de expectativas con el cual se producían, ya que “la noción de literatura, así como la de su historia, están relacionadas con la episteme de una sociedad y una cultura dadas, en un momento preciso de su historia” (Kushner, 2009, p. 135; Robin, 2009, p. 53).

⁸ Desde la reconsideración de la literatura por parte de la historia destacan las aportaciones hechas por Hayden White, quien hizo explícitos los elementos retóricos y poéticos inmanentes en la escritura de la historia en una época en la que habían sido dejados de lado ante la reflexión teórica respecto a la disciplina histórica como ciencia social. Así es como White sostendría que: “el historiador realiza un acto esencialmente poético, en el cual prefigura el campo histórico y lo constituye como un dominio sobre el cual aplicar las teorías específicas que utilizará para explicar ‘lo que en realidad estaba sucediendo’ en él”. La consecuencia de lo

Aquí resultan relevantes las propuestas de la historia literaria, pues más allá de una historia de la literatura que selecciona y canoniza los textos a partir de sus cualidades estéticas, forma y relación con ideas y estilos de una época, la historia literaria supone el estudio de lo que se escribe, edita, publica y lee, lo que Eva Kushner denomina “vida literaria” y que Eleazar Meletinsky considera como el hecho literario de un texto literario, es decir, “lo que se entiende habitualmente por obra, pero también lo que acontece en torno a la obra —contexto, público—, lo que la precede —antecedentes, autor— y lo que la sigue —la recepción, sus influencias”.⁹

Estas ideas coinciden con las desarrolladas desde la historiografía, una rama de la disciplina histórica que plantea como objeto de estudio los documentos o textos del pasado, incluidos los mismos textos históricos producidos por los historiadores.¹⁰

Desde esta línea de estudios, la noción de historicidad que se propone no sólo se concentra en el seguimiento temporal del objeto o del texto en cuestión, registrando sus cambios y continuidades. La historicidad se entiende como un ejercicio que busca contextualizar fenómenos y textos pretéritos a partir de las circunstancias en que se producen y por medio de los vestigios del pasado que permiten conocerlos y contemplarlos en su complejidad histórica.¹¹

Esta perspectiva de la historiografía puede resumirse en lo que Saúl Jerónimo Romero y María Luna Argudín explican sobre la idea de historicidad que en ese campo del saber se maneja: “la historicidad se expresa en la constitución del conocimiento y, por lo tanto, en el orden de los saberes; que la enunciación y la recepción son construcciones que también están delimitadas por el momento histórico siempre cambiante”.¹²

anterior se expresa en la importancia que se le da a la narración por parte de quien se dedica a la escritura de la historia, la que se comprende como la forma principal en que la realidad, tanto pasada como presente, puede cobrar un orden y significado en la construcción de la conciencia histórica de un individuo o de un grupo (White, 2005, p. 10).

⁹ Kushner, 2009, p. 138; Meletinsky, 2009, p. 17.

¹⁰ Jerónimo y Luna, 2001.

¹¹ Mendiola, 1995, p. 112; Mendiola y Zermeño, 1998; Grageda, 2008, p. 31.

¹² Jerónimo y Luna, 2001, p. 182.

Puede decirse que la historiografía estudia los textos culturales bajo condiciones de comunicación particulares y dentro de su propio horizonte de expectativas, el cual se entiende en términos de la recepción del texto, abarcando la comprensión de los alcances, las normas, las formas de relación entre el texto y de quien lo recibe.¹³

En ese tenor, las propuestas hechas por Don McKenzie, desde la sociología de los textos, así como las de Roger Chartier, con la historia cultural, y las de Robert Darnton, desde la historia del libro, coinciden en la preocupación por comprender las dinámicas de interpretación y usos que se hacen de los materiales de lectura, considerando todo el entorno sociocultural que posibilita el mismo acto de leer, así como la creación de sentido mediante lo que se puede identificar como la materialidad de los textos.

Respecto al primero, cabe recordar su propuesta de ubicar los textos como elementos culturales cuyos usos e interpretaciones pueden ser diversos. Para ello, Mackenzie parte de la bibliografía, entendida como la disciplina que se dedica al estudio de los textos; no necesariamente literarios o impresos, pero sí creados y definidos por un proceso de circulación que va desde el momento de su producción hasta el de su recepción.¹⁴

Sin embargo, esta propuesta trasciende el plano bibliográfico y se ocupa de las repercusiones sociales de los textos. En este sentido, el plano sociológico de la bibliografía social propuesta por Mackenzie:

[...] nos conduce a una consideración de los motivos e interacciones humanos que los textos llevan aparejados en cada uno de los estadios de su producción, transmisión y consumo. Nos alerta sobre el de las instituciones, y de sus propias estructuras complejas, en cuanto afectan a las formas de discurso social, pasado y presente.¹⁵

Mucho tiene que ver lo anterior con lo desarrollado por Chartier; incluso ha sido él quien ha popularizado y aplicado lo propuesto por Mackenzie, llevando sus ideas a la historia cultural de las prácticas y las formas de

¹³ Grageda, 2008, p. 31; Mendiola, 1995, p. 112.

¹⁴ MacKenzie, 2005, p. 30.

¹⁵ MacKenzie, 2005, p. 32.

hacer, como lo hizo con la lectura.¹⁶ En este sentido, su interés por conocer las representaciones colectivas, la construcción del sentido y las maneras de leer, lo han llevado a recuperar nociones como la de “materialidad del texto” propuesta por Mackenzie.

Para ambos autores resulta sumamente relevante el sentido y las interpretaciones que se pueden hacer de un texto. Sobre esto, Chartier se posiciona en contra de

[...] la representación, elaborada por la misma literatura, según la cual el texto existe en sí mismo, separado de toda materialidad; debemos recordar que no existe texto fuera del soporte que lo da a leer (a escuchar) y que no hay comprensión de un escrito cualquiera que no dependa de las formas en las cuales llega a su lector.¹⁷

Podría decirse que esta consistencia material es inherente al hecho literario, pues Chartier la considera parte de los elementos que dan sentido y significado a los textos, y no sólo de su estructura y contenido. Sin embargo, esta materialidad también se integra al campo de la historicidad de los textos, pues pasan por un proceso y transformación histórica que sólo puede ser cifrada bajo las circunstancias de su producción material.

En ese tenor, la historia del libro propuesta por Darnton resulta relevante, pues reconoce que detrás de todo material impreso hay una serie de mecanismos de producción constreñidos a condiciones económicas, sociales y políticas, que condicionan lo que él identifica como el ciclo vital del libro, que empieza por el autor, pasa por el editor, el impresor y el librero, hasta llegar, finalmente, al lector, quien cierra el circuito junto al autor, pues es el lector el que define los gustos y lo que puede ser escrito.¹⁸

Estas mediaciones, o grados de comprensión, muchas veces olvidadas o pasadas de largo, en opinión de Darnton, son las que permiten que un texto cobre vida en la cultura y en la sociedad a la que está destinada. Incluso, son

¹⁶ Chartier, 1996; Chartier, 2005.

¹⁷ Chartier, 1996, p. 55.

¹⁸ Darnton, 2010, p. 120.

las que definen el éxito de las empresas editoriales y posibilitan la misma formulación y existencia de los textos en un espacio social.¹⁹

Ahora bien, otra de las propuestas planteadas para el estudio de la cultura escrita es la de Armando Petrucci, quien, desde el marco teórico-metodológico de la paleografía, propone una ciencia de la escritura en sentido amplio, que abarca: “la historia de la producción, de las características formales y de los usos sociales de la escritura y de los testimonios escritos en una sociedad determinada, independientemente de las técnicas y los materiales utilizados cada vez”.²⁰

Él mismo ha llevado su interés al marco social de las prácticas y los objetos creados dentro de la cultura gráfica. Así, “se da por sentado que nos proponemos identificar y conocer, cultural y socialmente, a los que escriben y a los que leen [...] en un determinado ambiente y en una determinada época, partiendo de los testimonios gráficos producidos por ellos”.²¹ Ello supone un giro de gran importancia para el estudio de la cultura escrita, pues no sólo son los objetos, las aptitudes y los usos que surgen con la lecto-escritura los que configuran el campo de estudio de la paleografía de Petrucci, sino también las personas, los grupos e individuos que han dado vida social a lo escrito. Estos sujetos son los que definen y permiten la comprensión del fenómeno de la cultura escrita.

Por lo tanto, este enfoque cultural de lo escrito y de la lectura, no sólo se posiciona como un producto sin creadores, sino dentro del espacio de lo social. Aquí cabría rescatar una de las concepciones más amplias que hay sobre la cultura escrita (desarrollada por Antonio Castillo Gómez):

¹⁹ Su propuesta gira en torno al libro, pues ésta surge en el marco disciplinar de la historia del libro, sin embargo, como él mismo lo señala, la historia del libro abarca cualquier tipo de comunicación impresa, a través de la cual se transmiten ideas que tiene un impacto en la sociedad. De ahí que al hablar del ciclo vital del libro también se pueda considerar el ciclo vital de cualquier producción tipográfica, ya sea un periódico, un folleto o un almanaque, pues pasan por procesos semejantes. Estas ideas comulgan con la de Jean-François Botrel, al postular la concepción de una historia de la cultura escrita/impresa, en vez de historias particulares de la prensa, el libro, la educación, etcétera (Botrel, 2006; Darnton, 2010, pp. 117-121).

²⁰ Petrucci, 2003, pp. 7-8.

²¹ Petrucci, 1999, p. 26.

Su estudio debe atender a las consecuencias sociales y culturales derivadas de su implementación y extensión, así como a la incidencia de aquellas en las formas, funciones y usos de lo escrito, en los mecanismos y lugares de adquisición, en las redes de sociabilidad de escribientes y analfabetos, en las políticas de la escritura y del escribir, en los modos de circulación y apropiación, o en las maneras, tipologías y espacios de la lectura.²²

Como se puede apreciar, desde el horizonte de la historia y la literatura, hasta la historia del libro y la historia social de la cultura escrita, son muchas las perspectivas y propuestas para el estudio de los fenómenos culturales y sociales que implican la escritura y la lectura, así como las mismas producciones y objetos que suponen estas competencias.

Desde esta diversidad de perspectivas de estudio y propuesta teórico-conceptuales se han desarrollado diversos estudios sobre almanaques. Ya sea a partir de la historia del libro, la historia cultural, o bajo el marco conceptual de la cultura escrita, estos objetos de cultura se han abordado de forma sucinta, aunque con diversos matices e intereses, e incluso desde diferentes ámbitos geográficos, lo que da por resultado una larga lista de estudios que han servido como un punto de partida para la presente investigación.

Sería difícil precisar o definir una sola vía para clasificar estos trabajos, pero el ámbito geográfico desde el que se realizaron, que en la mayoría de los casos corresponde al espacio en el que se produjeron los objetos estudiados, puede ser punto de partida para apreciar esta literatura especializada en almanaques.

Por supuesto, cada estudio aborda problemas muy particulares y los almanaques sirven como punto de reflexión para hacerles frente. Además, gran parte de estos se plantean con una perspectiva histórica, siendo los de los siglos XVI al XIX de mayor interés, aunque han surgido importantes aportaciones para el estudio de los producidos en el siglo XX.

En este sentido, desde el ámbito europeo, los almanaques de Francia, Alemania, Polonia y España se han estudiado con profundidad. Lise Andriès, Jean-François Botrel y Hans-Jürgen Lüsebrink se han dedicado a la investigación en torno a ellos con un propósito teórico y metodológico: diseñar un esquema que permita definirlos y comprenderlos.

²² Castillo, 2005, p. 19.

Es así que Andriès plantea en su estudio, *Almanacs: Revolutionizing a traditional genre* (1989), el problema de las alteraciones y mutaciones en los impresos llamados almanques, en particular, los producidos en el cambio de régimen en la Francia de finales del siglo XVIII. Lo interesante de su propuesta es la manera en que aborda estos productos, es decir, como un género con características muy particulares en el plano de lo editorial. En especial, hace evidente la manera en que las transformaciones político-sociales alteraron la concepción e interpretación del tiempo, así como su expresión impresa, como fue el caso de la Francia revolucionaria con la aparición de almanques que presentaban un calendario del *Nuevo Régimen* para contrastarlo con el calendario cristiano del *Antiguo Régimen*.

Este mismo tipo de reflexiones han sido realizadas por Hasn-Jürgen Lüssenbrink desde la teoría literaria y la antropología. En *La littérature des almanachs: réflexions sur l'anthropologie du fait littéraire* (2000) se hace evidente la manera en que trata de definir los elementos literarios específicos de estos productos textuales, que al mismo tiempo suponen prácticas culturales muy específicas. Su perspectiva destaca por centrarse en el carácter textual de los almanques, así como por tratar de comprender las singularidades de lo que él concibe como un género textual.

Algo semejante ha realizado Botrel con los almanques españoles del siglo XIX. Sin embargo, no se limita al plano teórico-conceptual; se dedica al diseño de un esquema metodológico que permita desarrollar el análisis de un corpus amplio de estos materiales impresos. *Almanachs et calendriers en Espagne* (2003) tiene como punto de partida la bibliografía material, es decir, la reconsideración de los elementos físicos para realizar un registro amplio de materiales bibliográficos.

En el ámbito latinoamericano los estudios sobre almanques cobraron un especial interés desde los años 1990, gracias a las líneas de estudio planteadas por la historia del libro y la cultural, las cuales devinieron en el interés por las formas de leer; así, los almanques han servido como un medio de análisis y estudio para comprender esta particular práctica.

Aquello se ha presentado entre los investigadores y académicos de Brasil, que cuentan con una considerable literatura sobre almanques. Es el caso de los trabajos de Margareth Brandini Park, *Histórias e Leituras de Almanques No Brasil* (1999), y de Mateus Henrique de Faria Pereira, *A Máquina da Memória: o tempo presente entre a história e o jornalismo* (2009).

En la primera de estas obras, la autora estudia las formas de apropiación de los textos por parte de sus lectores, por medio de las cartas que el público hacía a los editores de los almanaques. Desde otra perspectiva, Pereira estudia la concepción del tiempo colectivo a través de las transformaciones editoriales del *Almanaque Abril*, publicado en Brasil a finales del siglo xx. En este caso, enfoca su problema a partir del contenido textual de los almanaques, en especial cuando evidencia que éstos han pasado de tener un carácter enciclopédico a uno periodístico, preocupados por cuestiones más inmediatas.

Ahora bien, esta línea de estudios desarrollada en Brasil también ha sido continuada por Eliana de Freitas Dutra en *Rebeldes Literarios da República. História e identidade nacional no Almanaque Brasileiro Garnier (1903-1914)* (2005), mas, en su caso, lo que interesa es el entorno social que dio vida a los almanaques *Garnier*, considerando a los editores y a los hombres de letras que participaron en tales proyectos.

El estudio de Dutra destacó también la cuestión de la identidad nacional y su representación en los almanaques impresos. Algo que ha sido abordado por Juan Poblete en el caso de los almanaques de Chile, específicamente en “Lectura y experiencia de lo nacional: los almanaques en el siglo xix chileno” (2003), donde éstos son tratados como indicio de la construcción y desarrollo de una identidad nacional.

Ahora bien, el tema de lo nacional ha sido uno de los más atendidos y abordados en los estudios sobre almanaques en México. La mayoría de estos coinciden y concuerdan en que estos medios impresos se convirtieron en elementos creadores de una identidad nacional mexicana. Este tema es recurrente, incluso se presentó en uno de los primeros estudios con respecto a los almanaques mexicanos, *Mexicanos en su tinta: Calendarios* (1994), de Isabel Quiñones. Éste se planteó como una suerte de crónica respecto a los productos editoriales publicados en México como calendarios o almanaques. Sin embargo, esta cronología tiene como trasfondo y punto de análisis el contexto político del país y el problema de la construcción de la identidad mexicana.

Desde esas mismas preocupaciones, Margarita Alegría, William H. Beezley y Miguel Ángel Hernández Fuentes han planteado el problema del nacionalismo y los almanaques, aunque con enfoques muy particulares, destacando algunos de los elementos de los impresos abordados.

Para Margarita Alegría, en “Paisaje y sublimidad en algunos textos publicados en los Calendarios de las Señoritas Mexicanas, 1838-1843”

(2009), son los textos literarios publicados en los almanaques los que sirven como elemento para el análisis del nacionalismo decimonónico.

Hernández, en “Interpretaciones sobre la historia y la independencia nacional en los calendarios mexicanos, primera mitad del siglo XIX”²³ da cuenta, por medio de los elementos y textos históricos en los calendarios o almanaques mexicanos, del juego político e histórico en el que participaron estos impresos, al considerar, o no, ciertos hitos o héroes del pasado mexicano; en particular los que se configuran después de la guerra de independencia. Ello da cuenta del relevante papel que tomaron la concepción del tiempo, la historia y los calendarios en la construcción del nacionalismo mexicano.

Así también, Beezley, en *La identidad nacional mexicana. La memoria, la insinuación y la cultura popular en el siglo XIX* (2008), deja un capítulo para abordar los almanaques, tratándolos como expresiones de un nacionalismo popular mexicano, pues considera que en ellos se dan las primeras manifestaciones de una idea o noción de lo mexicano. En ese tenor, lo interesante es que identifica que dichos elementos nacionalistas se hacen más claros en los textos geográficos e históricos publicados en los almanaques, los cuales llegaban a los estratos populares de la sociedad mexicana del siglo XIX.

Otros trabajos preparados a manera de estudios preliminares para las reediciones de facsímiles de almanaques y calendarios mexicanos, analizan impresos publicados en el siglo XIX. En primer lugar se encuentra Leonor Ludlow, con su trabajo sobre el *Almanaque Bouret* (1994), de finales del siglo XIX; luego está Laura Herrera Serna, con su estudio preliminar para la reedición de los *Calendarios de José Joaquín Fernández de Lizardi (1824-1825)* (2010).

Ahora bien, con respecto al *Almanaque Potosino*, no se ha planteado hasta ahora algún estudio específico. Sin embargo, sí se han realizado importantes aproximaciones respecto al trabajo de su editor, Antonio Cabrera, y con ello se han esbozado algunas de las características generales de estos impresos.

Las primeras aproximaciones se han hecho con un propósito de catalogación y registro de los trabajos de este personaje. Nos referimos a los estudios bibliográficos de Ramón Alcorta Guerrero, Francisco Pedraza y Rafael

²³ Hernández, 2012, pp. 51-62.

Montejano y Aguiñaga. De los dos primeros se puede mencionar la *Bibliografía Histórica y Geografía del Estado de San Luis Potosí* (1941); así también el artículo que Alcorta preparó de forma individual, y que tituló “Bio-Bibliografías Potosinas: Antonio Cabrera (1847-1925)” (1957). Ambos estudios se ubican entre los primeros intentos por dar a conocer de forma íntegra todo lo editado, escrito y publicado por Cabrera. Además, el segundo texto destaca por ser la biografía más completa sobre el editor y letrado potosino. El propósito de estos trabajos es precisar y ubicar en el tiempo los hechos conocidos sobre los proyectos editoriales de Antonio Cabrera.

El continuador de esta tarea bibliográfica fue Montejano, con su *Bio-bibliografía de los Escritores de San Luis Potosí* (1979) y la *Nueva Hemerografía Potosina* (1982). Ambos textos se posicionan dentro del mismo principio de clasificación y catalogación, no sólo de los trabajos editoriales de Antonio Cabrera, sino de los escritores y de las publicaciones periódicas de San Luis Potosí. Es así que han quedado unos breves apuntes sobre el creador del *Almanaque Potosino* y sobre estos mismos impresos, de los que se limitó a registrar algunas de sus características editoriales y físicas.

Otra de las aproximaciones a los trabajos de Antonio Cabrera fue la de Monroy, hecha a propósito de la reedición de los *Apuntes históricos, geográficos y administrativos referentes a la ciudad de San Luis Potosí* (1991), preparados por Cabrera cien años antes, pero vueltos a editar como parte de los festejos por los 400 años de fundación de la ciudad de San Luis Potosí.

Como se puede apreciar, estas primeras aproximaciones sólo quedan como notas y registros sobre el editor y su producción, especialmente si se les compara con la investigación, más profunda, sobre los almanaques de Cabrera realizada por María del Carmen Zetina Rodríguez, titulada *Los editores en San Luis Potosí, 1885-1908*. Si bien, no se concentra sólo en Cabrera, sino en el trabajo de otros publicistas y editores de finales del siglo XIX, su aportación constituye una de las más completas con respecto a Antonio Cabrera y al proyecto editorial de los almanaques, de los que estudia su contenido y desarrollo histórico.

No obstante este notable esfuerzo, su estudio respecto al *Almanaque Potosino* ha dejado de lado y sin analizar algunos de los elementos y características que dieron vida a estos impresos; por ejemplo, los colaboradores del proyecto editorial, las estrategias de distribución entre los lectores y las intenciones del editor al publicarlo, las cuales no son estudiadas de forma

sucinta. Incluso, la investigación misma ha sido poco exhaustiva, quedando en el olvido algunos volúmenes de los almanaques que no fueron incluidos o encontrados por Zetina.

Además, y lo más importante, su posicionamiento teórico-conceptual está concentrado en la historiografía y el estudio de la opinión pública. En ese tenor, otras propuestas, como la de la bibliografía material, la historia de la cultura escrita o el análisis del discurso, pueden llegar a arrojar nuevas perspectivas e interpretaciones con respecto a estos objetos culturales, no porque sean mucho mejores, sino porque plantean otras preguntas o problemas.

Es de esta manera que, a partir de estos importantes antecedentes y propuestas, se ha diseñado y desarrollado el estudio del *Almanaque Potosino*. Sin embargo, más allá de un ímpetu curioso o un deseo erudito por describir, registrar y reseñar los diferentes volúmenes de dicho *Almanaque*, el objetivo central de este estudio radica en el propio cuestionamiento de su existencia: ¿por qué en ese momento y no en otro comenzaron a publicarse unos almanaques en y para San Luis Potosí? Al mismo tiempo, ha sido motivo de reflexión el significado que este proyecto editorial tuvo para su editor. Asimismo, se ha buscado comprender, de acuerdo con el contenido textual, qué se quería comunicar por medio de estos impresos llamados *Almanaque Potosino*.

Así, lo que se pretende estudiar es la dinámica editorial mediante la que existieron los almanaques, con el propósito de comprender la intención de editar el *Almanaque Potosino* y la incursión de su editor en el campo de los impresos de larga circulación.

Ahora bien, los límites temporales y espaciales de este proyecto han sido definidos en función de las posibilidades de la propia investigación, pero también a partir de las mismas cualidades del objeto de estudio.

Es así que el marco temporal de la investigación estuvo limitado por la actividad y práctica editorial que dio vida a los almanaques. En este sentido, la edición del *Almanaque Potosino* finalizó en 1918 con la publicación del duodécimo número. No obstante, este volumen constituye un impreso aislado con respecto a los once anteriores, que durante 1885 y 1898 se publicaron de forma continua. Por este motivo, la investigación se acotó a ese marco temporal, pues en él se encuentra un decurso homogéneo que permite analizarlos desde una perspectiva de conjunto.

Con respecto al límite espacial, éste se definió a partir del interés de comprender la intención de la edición de los almanaques, de ahí que se ajusta-

ra a la ciudad de San Luis Potosí. Cabe decir que esta elección no sólo estuvo reducida por el hecho de que en ese lugar fue impreso, también por la actividad editorial e intelectual realizada por su editor, así como de los colaboradores que participaron en él, pues muchos se movían en ese ámbito urbano. Además, las miras con que se le editó y la información que presentó estuvieron cifradas con respecto a la ciudad. Sin embargo, en el proceso de investigación y análisis, ha sido difícil comprender la edición del *Almanaque Potosino* como un proceso aislado y meramente local, pues los vínculos del editor, los textos que se incluyeron en él y la circulación del mismo, desbordan ese límite espacial. Por lo que, puede decirse, tanto el lugar como el momento del discurso de los almanaques se encuentran cifrados por el ámbito urbano del San Luis Potosí de las últimas décadas del siglo XIX. De tal forma, su intencionalidad atiende a intereses de ese espacio y contexto de fin de siglo; es decir, esta ubicación espacio-temporal es la que ha posibilitado comprender la intención y el propósito mismo de la edición del *Almanaque Potosino*.

Ahora bien, considerando la complejidad que supone el estudio de una publicación impresa, así como el desarrollo de un proyecto editorial, se abordó de forma particular el análisis de las relaciones entre el editor, los colaboradores y los autores que participaron en la edición del *Almanaque*; las mediaciones que posibilitaron su circulación y consumo, tanto en el aspecto económico como cultural, así como la estructura y organización textual del mismo, para finalmente tratar de comprender los motivos y propósitos con los que fue articulado este proyecto editorial, particularmente en el marco discursivo bajo el que se editó.

Para concretar estos objetivos, una de las principales fuentes de información empleada fue la misma colección de almanaques. Sin embargo, de los once volúmenes publicados entre 1885 y 1898, sólo nueve se pudieron consultar. El segundo y el décimo almanaque no se encontraron en los centros documentales y bibliográficos revisados.²⁴

Estas ausencias se compensaron utilizando otras fuentes que permitieron tener un panorama amplio del proyecto editorial. En este sentido,

²⁴ En particular, se encontraron en el Centro de Documentación Histórica Lic. Rafael Montejano y Aguiñaga (CDHRMA); en la Biblioteca Ramón Alcorta Guerrero (BRAG); en la Biblioteca del Seminario Mayor de San Luis Potosí (BSMSLP); en la Biblioteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia (BIAH); y en la Biblioteca Nacional de México (BNM).

se recuperó información sobre el *Almanaque Potosino* localizada en material hemerográfico, en particular periódicos publicados en la ciudad de San Luis Potosí; en ellos se aludía al proyecto de Cabrera, e incluso se encontraron anuncios publicitarios sobre su trabajo de encuadernación y edición.²⁵

Por otro lado, se consultaron documentos manuscritos realizados por Cabrera, principalmente relativos a su negocio de encuadernación. Ellos resultaron relevantes para conocerlo mejor en su faceta de hombre de negocios, antes de que comenzara la publicación de los almanaques.²⁶

Por supuesto, la consulta de otros proyectos editoriales también resultó importante y útil, tanto de almanaques y calendarios como de anuarios, directorios y guías de forasteros producidos en el siglo XIX en diversos ámbitos geográficos. Estos documentos permitieron comprender aún mejor las características del género almanaque y, a la vez, arrojaron luz sobre las singularidades del almanaque editado por Antonio Cabrera.²⁷

En ese tenor, fue de suma relevancia la revisión de sus otros proyectos editoriales, pues si bien la mayoría fueron posteriores al *Almanaque Potosino*, muchos hablan de su quehacer como editor y hombre de letras, y en algunos casos refieren a los mismos almanaques.

A la vez, todas estas fuentes de información consultadas con respecto al objeto de estudio, sirvieron para encontrar referencias a los colaboradores y autores que publicaron en el *Almanaque Potosino*. Asimismo, permitieron conocer las prácticas editoriales de la época, así como las características de la cultura escrita impresa de fines del siglo XIX.

Ahora bien, las herramientas metodológicas usadas para interpretar y sistematizar toda esta información supusieron el diseño de un modelo de análisis a seguir. Por supuesto, este modelo tuvo como principal referente al análisis historiográfico y la propuesta de la paleografía desarrollada por

²⁵ El CDHRMA tiene una importante colección de periódicos potosinos del siglo XIX, entre los principales están *El Estandarte* y el *Periódico Oficial* del estado de San Luis Potosí.

²⁶ El fondo de Ayuntamiento del Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí (AHESLP) tiene algunos textos manuscritos producidos por Antonio Cabrera, en particular la correspondencia que mantuvo con las autoridades del ayuntamiento de la ciudad.

²⁷ Fueron importantes los acervos de la BINAH, la BNM y la Biblioteca Nacional de España (BNE), que no sólo posibilitaron conocer obras producidas en esa nación, sino también otras preparadas en diversos lugares de América Latina, entre ellos México.

Petrucci, cuyos esquemas metodológicos se siguieron y usaron como marco narrativo para la exposición de la pesquisa y de sus resultados. Considerando la calidad del objeto de estudio, también se recuperan las propuestas de la prosopografía, la bibliografía y el análisis del discurso, para desarrollar así un estudio profundo, cualitativo y sistemático del proyecto editorial.

El análisis historiográfico, una propuesta desarrollada desde la disciplina histórica para hacer un balance y análisis de la literatura histórica, se retoma con el propósito de buscar la relación del proyecto editorial con el contexto de producción que le dio vida. En este sentido, aquí se parte de los planteamientos de Juan Antonio Ortega y Medina, consignados por Amaya Garritz, y de José Ortiz Monasterio,²⁸ quienes han definido los elementos con los que se realiza un análisis historiográfico.

Entre esos elementos se incluyen: dar noticias biográficas del autor (para el caso que nos atañe se extiende al editor, quien fungió también como escritor) y conocer las circunstancias históricas (culturales, económicas, políticas y sociales) en las que escribió la obra; conocer las distintas ediciones y los juicios críticos de “ayer” y “hoy”; ubicar la obra en función del ambiente cultural y de la postura política que se demuestra en el texto; calibrar la intencionalidad de su mensaje y método; analizar la estructura y contenido con que se construyó la obra, así como las cualidades retóricas con las que fue diseñado.

En el caso de la propuesta paleográfica o ciencia de la escritura, propuesta por Petrucci, se retoma un esquema metodológico desarrollado en varios puntos o problemas centrales, pues, para él, dicho método se posiciona como “indiciario, de relevamiento y de análisis formal y comparativo de las características gráficas y materiales de cada uno de los testimonios escritos tomados en consideración y por el orden de los problemas que se propone enfrentar durante el análisis”.²⁹

²⁸ Respecto a la propuesta de José Ortiz Monasterio, hay que decir que resultó de suma importancia para este proyecto, ya que él desarrolló un análisis historiográfico para un determinado planteamiento de publicación. Dicho proyecto tiene una temática homogénea, caso opuesto al del *Almanaque Potosino* (Garritz, 1993; Ortiz, 2004).

²⁹ Petrucci, 2003, p. 8.

Así, los problemas o puntos de abordaje se traducen en preguntas clave, a saber: la consistencia material y formal de lo escrito (¿qué se ha escrito?), el momento y el lugar de lo escrito (¿dónde y cuándo se ha escrito?), las técnicas e instrumentos materiales que permitieron su producción (¿cómo?), y, finalmente, el productor y los motivos o finalidad que tuvo al escribir y dejar ese testimonio escrito (¿quién? y ¿para qué?).

Si bien estas propuestas resultan sumamente completas, son pobres para los fines de este proyecto. De tal forma, las limitaciones de estos métodos o modelos se atendieron con la utilización de otras propuestas metodológicas, por supuesto combinadas con el esquema del análisis historiográfico y la paleografía.

Considerando la variedad de personas que participaron en la creación del *Almanaque Potosino*, se recuperó la metodología de la prosopografía, pues permite observar, en un sentido social, la forma en que se construyeron los almanaques. Sobre ésta, Lawrence Stone explica lo siguiente:

La prosopografía es la investigación retrospectiva de las características comunes a un grupo de protagonistas históricos, mediante un estudio colectivo de sus vidas [...] Se evalúan [la información biográfica sobre los integrantes del grupo] con respecto a sus correlaciones internas y a sus correlaciones con otras formas de conducta o de acción.³⁰

En este caso, la principal correlación entre los individuos estudiados es el proyecto editorial que los vincula y relaciona. Para ello, se llevó a cabo un registro de quienes participaron como autores y colaboradores a partir de su identificación en cada uno de los volúmenes, esto con el fin de esclarecer las relaciones y el papel que tuvieron en el desarrollo del proyecto editorial. Por supuesto, para cada uno se intentó referir la forma de su participación y algunas referencias biográficas que permitieran esclarecer la manera en que llegaron a formar parte del proyecto editorial.

Por otro lado, y considerando la materialidad del *Almanaque Potosino*, así como su calidad editorial, se retomó la bibliografía propuesta por Botrel, quien recomendó que para el estudio de los almanaques:

³⁰ Stone, 1981, p. 61.

Lo primero será, para conocer el objeto que se va a estudiar según una pauta de descripción, que tenga en cuenta no sólo unas características bibliográficas tradicionales, sino, desde la moderna bibliografía material, la materialidad del soporte, el paratexto y el propio texto, para luego interrogarnos sobre los posibles usos, yendo de lo externo a lo diacrónico.³¹

Es por ello que propone, además de hacer una catalogación bibliográfica “tradicional” (registro del título, autor, editor, lugar y fecha de impresión), analizar el significado de esos datos, dándoles un sentido dentro del contexto histórico en el que fueron producidos los almanaques.

Por otro lado, propone una bibliografía “material” que examine: la calidad del papel y el encuadernado; el código tipográfico de los impresos; la disposición de los textos, márgenes e imágenes que ilustraban y decoraban los almanaques; investigar las características socioeconómicas de los impresos, en cuanto a precios de producción y venta, y el tipo de público que podía tener acceso a ellos.

Finalmente, para recuperar el plano textual del almanaque y conocer las intenciones de su edición, se revisaron las propuestas de la semiótica y el análisis del discurso. Éstas, más allá de una metodología específica que se pueda seguir con suma cabalidad, se retoman en cuanto a los conceptos adecuados para el tratamiento del material, permitiendo comprender los significados y el discurso implícito en todo texto.³²

Para ello se siguió una línea de investigación estructural en cuanto a la forma en que los textos de los almanaques fueron organizados, presentados y escogidos, analizándose las relaciones intertextuales implícitas entre ellos, es decir, las referencias a otros tipos de textos o proyectos editoriales de los que se retomaban elementos para el *Almanaque* de Cabrera.

Después, se pasó a un análisis cualitativo del significado de este acomodo y disposición textual, considerando los discursos explícito e implícito a los que daban importancia el editor y los colaboradores del almanaque. Esto se desarrolló analizando cada uno de los volúmenes que conformaron el proyecto editorial, de forma individual y en conjunto, considerando el estudio de su estructura, secciones y temas.

³¹ Botrel, 2006, p. 37.

³² Barthes, 2000; Barthes, 2009b; Guiraud, 2003; Haider, 1998.

Este procedimiento se simplificó empleando cuadros que permitieron manejar la información encontrada. De tal forma, las tablas se configuraron temáticamente, por lo que la información que se presenta va desde los hombres de letras y de ciencias que participaron en el proyecto editorial, hasta los elementos textuales del *Almanaque Potosino*, pasando por los precios y establecimientos de imprenta que le dieron vida.

Sin embargo, otras tablas no sólo se enfocaron en Cabrera y sus almanaques, sino en las características del mundo editorial de San Luis Potosí a finales del siglo XIX. Por lo que las referentes a las librerías e imprentas localizadas en la ciudad de San Luis Potosí, se hicieron con un propósito contextual que permitiera ubicar el objeto de estudio en ese ámbito local decimonónico.

El resultado de este modo de proceder y de analizar los almanaques son cinco capítulos, de los cuales el primero es una reflexión teórica con respecto al género; parte del significado mismo del término “almanaque” y de la operación cultural que implica el registro del paso del tiempo a través de la escritura. En este capítulo se definen las características mismas del almanaque o calendario como producto de la cultura escrita, para luego pasar a sus cualidades editoriales y textuales como objeto impreso. Esto permite delimitar al almanaque en un género textual y editorial, por lo que este capítulo opera como estudio introductorio que analiza el género y su desarrollo como fenómeno de larga duración y amplia difusión, propio de la cultura escrita del mundo occidental.

Así, la fórmula editorial, la matriz textual y las funciones con que los almanaques se han diseñado y operado son estudiadas aquí no sólo con el propósito de mostrar la relevancia que ha tenido este género para el mundo occidental. Lo que se intenta es comprender un concepto y una serie de objetos que han sido desarrollados como artefactos de cultura llenos de matices, pero que han conservado cierta unicidad y coherencia a lo largo de su devenir histórico, distinguiéndose de otro tipo de textos y materiales editoriales.

Después de esta reflexión teórica e histórica sobre el género de los almanaques, se pasa al caso concreto del *Almanaque Potosino*, considerándolo parte de esta historia de larga circulación y duración, tomando en cuenta la cualidad genérica que supone, para así analizar sus elementos editoriales y textuales.

De esta manera, el segundo capítulo se plantea como un acercamiento al proyecto editorial en sí mismo, en cuanto a su diseño, desarrollo y conclusión. Este apartado se limita al análisis de las estrategias editoriales seguidas por

Antonio Cabrera para producir y hacer circular el *Almanaque Potosino*, y de cómo éstas fueron cambiando y adaptándose a las circunstancias y dificultades por las que pasó su editor a la hora de mantener en pie su proyecto editorial.

Se reconsideran algunos de los elementos materiales que caracterizaron a la fórmula editorial de estos almanaques, por lo que aquí también se dan a conocer algunas de las prácticas comunes entre los editores e impresores del siglo XIX en México, especialmente en San Luis Potosí, centro de producción de los almanaques de Cabrera. Esto permite poner en contexto a su proyecto editorial, es decir, estudiar la relación del editor con otras propuestas de publicaciones y negocios dedicados a lo impreso.

En el tercero se hace una aproximación a los hombres de letras o ciencias que colaboraron con Cabrera para la escritura de los textos que formaron parte del *Almanaque Potosino*. El objetivo es el estudio del trasfondo social que le dio vida a los almanaques: el mundo de las personas e instituciones que participaron de forma asidua en la publicación. Por supuesto, el mismo está limitado a los espacios mexicanos y potosinos, por lo que se abordan algunas de sus características en el siglo XIX.

Si bien se busca ubicar y registrar la identidad de cada uno de los colaboradores y autores del *Almanaque Potosino*, en realidad se pretende encontrar la lógica que permita comprender el motivo de los lazos sociales que confluyeron en el proyecto editorial, pues, al final, tal situación social resulta relevante, ya que define el carácter de los textos incluidos dentro de la publicación.

En el cuarto capítulo se estudia la estructura y organización textual del *Almanaque Potosino*. De igual manera, se clasifican los textos de los almanaques y se analiza la manera en que estos podían llegar a integrarse como elementos de otros proyectos editoriales dentro de las estrategias editoriales de Antonio Cabrera.

Para tener una perspectiva más amplia de este contenido y estructura textual, el *Almanaque Potosino* se compara con otros proyectos editoriales similares, tanto del ámbito local como del nacional e internacional. Lo que se destaca es la manera en que se recuperan ciertos elementos textuales, y más aún, cómo Cabrera experimentó con su articulación en determinados momentos.

Puede decirse que este cuarto apartado es descriptivo en cuanto al contenido textual de los almanaques. Posteriormente, en el quinto capítulo se pasa a un examen más profundo respecto a la intención y el propósito que

movi6 a la publicaci6n del *Almanaque Potosino*. As6, mediante las herramientas del an6lisis del discurso, se entrev6n ciertas l6neas discursivas sobre las cuales se reflexiona, considerando el contexto hist6rico de producci6n as6 como las caracter6sticas editoriales y textuales del proyecto mismo.

Dentro de las l6neas o problemas que sirven como punto de an6lisis se encuentra el discurso identitario plasmado en el *Almanaque Potosino*, evidente en los textos hist6ricos y geogr6ficos, particularmente en las referencias a la “patria” que hac6an constantemente Antonio Cabrera y sus colaboradores. As6, tambi6n se reflexiona en la importante transformaci6n que vivi6 el g6nero de los almanaques desde el siglo XVIII, es decir, la presencia de un discurso cient6fico y racionalista que en el M6xico de finales del siglo XIX coincidi6 con el positivismo y las pol6ticas modernizadoras del r6gimen pol6tico vigente. Finalmente, se estudia el car6cter religioso con el que fue preparado el *Almanaque Potosino*, el cual se posicion6 como uno de los discursos m6s constantes a lo largo de todo el proyecto editorial.

De esta manera, con este 6ltimo cap6tulo se pasa de la condici6n textual de los almanaques a su car6cter discursivo; se les concibe como un producto social que tiene tras de s6 una intenci6n, la cual va m6s all6 de un simple prop6sito comercial o informativo, a los que com6nmente se entregaban las expresiones de este g6nero editorial y textual. Por tanto, significado y prop6sito de este proyecto resultan de una comprensi6n mucho m6s compleja y dif6cil para su estudio, algo que se ha tratado de hacer evidente a lo largo de las siguientes p6ginas.

ALMANAQUES: UN GÉNERO TEXTUAL Y EDITORIAL

¿Qué es y cómo definir un almanaque? ¿Cómo encontrar cierta unidad en la historia de un fenómeno que abarca casi cuatro siglos y que se manifiesta en diferentes ámbitos geográficos? Son preguntas que aquí se abordan partiendo de la idea de que el almanaque, o lo que conocemos como almanaques, opera con una calidad de género definido por ciertas características textuales y editoriales que, además, ha desarrollado ciertas funciones específicas, definidas por las intenciones de sus hacedores y por el público lector que les ha dado acogida. Así, dentro del maremágnum que representa la multitud de impresos creados y publicados bajo el nombre de almanaque, se conservan los caracteres propios de un género editorial y textual que es estudiado aquí.

1.1. EL ALMANAQUE: LA DEFINICIÓN DE UN GÉNERO

En español, la palabra *almanaque* tiene como raíz la expresión árabe *al-manâj*, que se traduce como “calendario”, aunque también hace referencia a la noción de clima.³³ Esta expresión árabe se ha adaptado a otras lenguas con la misma significación: *almanach* (francés), *almanac* (inglés), *almanacco* (italiano), por ejemplo. El uso de este vocablo ha servido para referirse al calendario, es decir, al sistema de representación que organiza el transcurrir del tiempo en días, meses y años.

³³ Aunque el origen de esta palabra también se vincula con en el vocablo *manâh*, de raíz arábica, el cual tiene un sentido de descanso o pausa durante un viaje (Buitrago y Torijano, 2006, p. 12).

No obstante, la palabra almanaque se ha transformado y ha sido utilizada para referir a la **institucionalización del tiempo** y sus representaciones. El *Diccionario de la lengua española*, editado por la Real Academia Española a finales del siglo XVIII, definía el término de la siguiente forma:

ALMANAK, ó ALMANAQUE. s. m. La distribución del año por meses y día, con noticia de las fiestas, vigilijs, lunaciones, y otras cosas para el gobierno eclesiástico y civil. Llamase también así el papel en que se contiene esta distribución. Calendarium, velkalendarium.³⁴

Esta definición se mantuvo sin variaciones durante el siglo XIX: “La distribución del año por meses y días, con la noticia de las fiestas, [etcétera]; y también el papel en que esa distribución está escrita”.³⁵ Actualmente, *almanaque* se explica como: “Registro o catálogo que comprende todos los días del año, distribuidos por meses, con datos astronómicos y noticias relativas a celebraciones y festividades religiosas y civiles”. En otra acepción, el término refiere a la “Publicación anual que recoge datos, noticias o escritos de diverso carácter”.³⁶

Por un lado, estas definiciones comprenden al almanaque como la “distribución”, el “registro” y el “catálogo” de los elementos que componen el sistema del tiempo anual. Puede decirse que, en esta primera significación, la palabra hace alusión a la convención y representación social del tiempo. Así el término conjuga la idea de su estructuración y ordenamiento a partir de las características culturales con que la sociedad da sentido a su transcurrir.³⁷

Las nociones de día, mes y año no sólo operan y cobran sentido a través de elementos astronómicos y meteorológicos, también por el valor que se otorga a cada uno de ellos, partiendo de las “noticias” significativas para las

³⁴ *Diccionario...a*, 1770, p. 187.

³⁵ *Diccionario...b*, 1826, p. 31

³⁶ *Diccionario...d*, 2001.

³⁷ En su ensayo sobre el calendario, Jacques Le Goff define el tiempo y su comprensión como una construcción social. De tal forma, el calendario es un producto de los esfuerzos sociales realizados para comprender los cambios astronómicos y meteorológicos, y que devinieron en un sistema que supone aprehender y controlar esas mutaciones, del cual resulta un constructo social y cultural que da un significado especial al cambio del cielo y al paso de las estaciones (Le Goff, 1991, p. 184).

culturas que les produce. Ya sean celebraciones o fiestas, acontecimientos religiosos o políticos, éstos se constituyen en elementos que dotan de sentido al paso del tiempo. Es decir, en esta acepción, el registro del tiempo cobra significado por la información y el valor cultural que las sociedades dan a su devenir.

1.1.1. De la institución del tiempo a la publicación anual

Lise Andriès explica que el término almanaque alude a la idea de tiempo cíclico; un tiempo estructurado, que retorna y se puede controlar y, a la vez, también refiere a la información o conocimiento que da sentido al tiempo medido: “está basado en la idea del tiempo cíclico, expresado no únicamente con la presencia de un calendario sino también con la única elección y concepción de la información”.³⁸

A la vez, en este significado, queda implícita la idea del almanaque como registro y grafía, es decir, como expresión de la cultura escrita. Ya sea en la piedra, el papel o la pantalla digital, la institución del tiempo se ha registrado como una escritura que puede ser constantemente consultada y recordada, no sólo como la mera observación de los astros. Por tanto, la segunda acepción del término cobra sentido, pues implica la *publicación* de ese registro. Así, el concepto de almanaque indica la escritura, impresión y circulación de la representación del paso del tiempo. Es decir, el almanaque es el “papel” o la publicación que difunde la noción del tiempo anual. Tal y como lo ha distinguido Pereira al explicar que dicho termino designa a diferentes publicaciones que se articulan alrededor del registro calendárico.³⁹

Es así como puede concluirse que *almanaque* no refiere exclusivamente a la representación y registro del transcurso del tiempo, sino que incluye la grafía y materialidad que le da vida. En este sentido, se puede retomar la distinción que Jacques Le Goff marcaba respecto al calendario o almanaque: por un lado “el sistema de representación del tiempo ligado a la organización cósmica”, y, por otro, los objetos culturales “a través de los cuales los hombres

³⁸ “It is based on the idea of cyclical time, expressed not only in the presence of a calendar but also in the very choice and conception of information” (Andriès, 1989, p. 205).

³⁹ Pereira, 2009, p. 34.

han percibido y perciben el tiempo”.⁴⁰ De esta forma, las ideas del almanaque como institución del tiempo, graffa e impreso, se complementan y permanecen implícitas en su concepción de objeto o artefacto cultural.

En este sentido, el almanaque como artefacto de cultura es el impreso-almanaque o el libro-almanaque o, en algunos casos, el manuscrito-almanaque. Por tal motivo, se puede considerar un objeto editorial que da cuenta y difunde la noción del tiempo por medio de la estructuración de un texto que contiene la representación del devenir temporal.

Todo ello implica que se explique y comprenda por sus características textuales (matriz o género textual), así como por la manera en que se lleva a cabo su impresión y difusión (fórmula o género editorial), tal como ahora se podrá apreciar.

1.1.2. La definición de un género: el almanaque como matriz textual y género editorial

La noción de género aplicada al almanaque ha sido sugerida por Andriès, Chartier, Pereira y Lüsebrink, quienes lo conciben como tal ya sea por sus características editoriales o por su estructura textual, posibilitando un acercamiento preciso hacia las especificidades de lo que ha sido considerado, en Occidente, como almanaque en el mundo de la cultura escrita, lo que permite explicar la continuidad de sus particularidades a lo largo del tiempo.

Desde la literatura, Michał Glowński explica que un género o el sistema de géneros:

[...] determina de una manera específica las prácticas, tanto en el plano de la emisión como el de la recepción [de los textos]. En ciertas situaciones históricas, el sistema de géneros se presenta como el conjunto de reglas que deben funcionar como canon del buen gusto y definir todo lo que se refiere a la literatura.⁴¹

⁴⁰ Le Goff, 1991, p. 184.

⁴¹ Glowński, 2009, p. 98. Una definición semejante sobre la noción de género la ofrece Aarón Grageda: “En su acepción más definida, género denota la agrupación de obras litera-

Aplicando esta perspectiva al almanaque como género textual, puede suponerse que se encuentra definido por una forma de escritura y por una especial articulación de textos. Mientras que, como género editorial, conlleva a sistemas particulares de impresión, circulación y consumo.

De esta manera, es posible sostener que el almanaque, o las expresiones materiales y culturales de este género, están constituidas por una *invariante genérica*, definida como “aquello que no sufre cambios a lo largo de la evolución histórica del género, que decide su identidad y que permite ubicarlo en sus diversas encarnaciones”.⁴²

Tal invariante genérica en los ámbitos textual y editorial permitió que el almanaque conservara su especificidad a lo largo del tiempo, dotándolo de una identidad que lo hace distinto de otros textos y de otros productos editoriales. Sin embargo, también se debe considerar que, más allá de cualquier esencialismo, esta invariante funciona como una fórmula elemental o un esquema común a partir del cual se adapta y cambia con el tiempo, aunque conservando su calidad de almanaque, como se podrá observar más adelante.

Así, aunque este género editorial y textual se encuentre con diferentes nombres (pronóstico, calendario, lunario, anuario), se halle en formatos distintos o articulado con textos de diversos temas o formas, el almanaque se identifica como una arquitectura y contenido de textos específicos, que desarrolla las mismas funciones y circula entre sus lectores de una misma manera. En este sentido, Lüsebrink explica que el almanaque constituye un género editorial que supone prácticas editoriales muy específicas, pero al mismo tiempo encuentra que el almanaque actúa a partir de una matriz textual, o bien, una estructura de textos o código narrativo.

En un esquema general sobre los aspectos editoriales del almanaque, éste destaca por su circulación anual y una presentación o disposición en formato de libro. La amplia difusión de esta fórmula editorial lo ha llevado a

rias, clasificadas deliberadamente en función tanto de su forma externa (métrica o estructura), como de la interna (actitud, tono, propósito, tema y público al que se dirigen) [...] el género es también una convención estética de la que dispone el escritor y es, a su vez, inteligible para sí mismo” (Grageda, 2008, pp. 46-47).

⁴² Glowinski, 2009, p. 100.

ser considerado un “medio masivo” de comunicación. Por otro lado, también destaca el papel de los “hacedores de almanaques”, relevante por la mediación editorial que representan, la cual va desde la selección de los textos publicados, hasta el hacerlos circular en el mercado de lo impreso. Además, también sobresalen por la intervención que representan en el aspecto de la escritura y la lectura de los almanaques, al situarse en el papel de narrador dentro de los almanaques.⁴³

En ese tenor, la importancia de la escritura y de los elementos textuales de los almanaques es tal que definen y caracterizan a este género, pues permanecen bajo fórmulas muy bien definidas. Así, los estudios desarrollados por Lüssenbrink revelan que algo que identifica a los almanaques es una estructura de textos, es decir, un contenido y una forma en que se articulan, algo que él llama *matriz textual*. Sección de calendario, sección de efemérides y sección narrativa son los elementos constantes que aparecen en las primeras ediciones impresas de los almanaques.⁴⁴ Aunque, hay que aclarar, en otras propuestas Lüsebrink ubica cuatro elementos invariables: una parte pragmática, el calendario, una sección histórica y una de variedades. Esto no quiere decir que los modelos se excluyan o confronten, sólo refieren a formas distintas de identificar los elementos textuales y, al contrario, podría decirse que estos dos modelos hablan de los mismos elementos, pues se complementan o superponen. La sección de variedades se integra en la de calendario, y la de pragmática en las efemérides, así como la histórica sólo cambia de nombre por narrativa.

De este modo, aunque los cambios en las propuestas de estos modelos pueden considerarse sólo en la esfera conceptual, también se debe tomar en cuenta que éstos se plantean en un ámbito histórico, pues los modelos propuestos parten de un análisis de almanaques distintos, producidos en diferente tiempo y espacio, por lo que se entiende que esta matriz textual, si bien tiene elementos de continuidad, también sufre mudanzas o adaptaciones.

⁴³ Este rol narrativo, comprendido como un elemento propio de la ficción literaria, se encuentra en los almanaques que presentan una construcción de personajes que interpelan o guían a los lectores en el contenido de los impresos. Por supuesto, tal construcción corresponde al trabajo de escritura de los editores (Lüsebrink, 2000, pp. 55-56; Lüsebrink, 2002, pp. 436-437).

⁴⁴ Lüssenbrink, 2000, pp 48-49.

Al final, en términos pragmáticos y de comprensión, la matriz textual se plantea como un modelo operativo que hace posible entender la unicidad histórica del género de los almanaques, aunque también permite encontrar y ubicar las transformaciones que ha sufrido.

Por lo tanto, al cambiar las condiciones en que se producen los almanaques, la matriz textual se transfigura, es decir, no permanece como una fórmula cerrada. Es sólo un punto de partida para comprender el género, pues éste se adapta y cambia de acuerdo con las circunstancias históricas, así como también cambian las condiciones editoriales de los almanaques. De ahí que, aunque el género pueda tener diferentes expresiones y designaciones (piscator, pronóstico, calendario, lunarios, agendas, etcétera), y a pesar de que se adapte a las idiosincrasias de cada cultura que lo reproduce, es posible aprehender el almanaque como un objeto cultural único, que ha presentado diferencias significativas con el paso del tiempo. Como señala Botrel:

[...] no basta con aislar un corpus que debe evidentemente incluir los calendarios, así como otras publicaciones anuales como los arcaicos pronósticos (pronostichs), lunarios (lunaris), repertorios, kalendarios manuales o guías de forastero y las modernas agendas y anuarios, sin contar los productos 'mixtos' como los almanaques-guías o los indicadores.⁴⁵

Lo que no se puede obviar es que, para comprender la construcción de esta identidad textual y editorial, se debe atender al proceso que dio vida al almanaque, que aún hoy permanece adaptándose a las transformaciones intelectuales, tecnológicas, sociales, e incluso políticas de la cultura escrita impresa del mundo occidental.

⁴⁵ “[...] ne suffit pas à isoler un corpus qui doit évidemment englober les calendaires, mais aussi d’autres publications annuelles comme les archaïques pronósticos (pronostichs), lunarios (lunaris), repertorios, kalendarios manuales ou guías de forasteroes et les modernes agendas et anuarios, sans compter les produits ‘mixtes’ comme les almanaques-guías ou les indicadores” (Botrel, 2003a, p. 105).

1.2. ALMANAQUE: UN FENÓMENO TRASNACIONAL Y DE LARGA DURACIÓN

Una de las características propias del almanaque es su capacidad de difusión y reproducción en diferentes ámbitos espaciales, ya sea como género textual o editorial. Asimismo, destaca por una permanencia histórica del género por más de seiscientos años. Esto hace sumamente compleja la configuración de una historia de este fenómeno editorial y textual, especialmente si no se le considera en el orden de la larga duración y la amplia difusión, por ello son necesarias algunas precisiones con respecto a su origen y difusión a través del tiempo.

1.2.1. *El almanaque como problema de la longue durée*

En su teoría de los tiempos históricos, Fernand Braudel explica que la larga duración constituye la estructura temporal más amplia en la que los fenómenos culturales, sociales y naturales se manifiestan. Así, más allá de los procesos y los acontecimientos, los dos niveles de lo histórico más elementales en su teoría, la larga duración se encuentra como una suerte de almacén o ensamblaje de lo humano histórico: “una realidad que el tiempo tarda enormemente en desgastar y en transportar”.⁴⁶ Para él, lo histórico no se limita a lo coyuntural o lo eventual, al contrario, propone que el historiador debe estudiar fenómenos “estables” y con una larga vida, que, a la vez, permiten comprender las coyunturas y los procesos como parte de un marco dinámico de fenómenos históricos, una suerte de objetos, sujetos, prácticas y procesos entrelazados.

Aunque Braudel haya considerado más cercano a ese tiempo histórico lo natural-humano (ambiental), lo social estructurado o lo colectivo mental, ello no ha impedido decir a Lise Andriès que los almanaques se circunscriben a esa *longue durée*.⁴⁷ De esta manera, tanto la estructura textual como las prácticas editoriales realizadas en torno a objetos culturales y textuales refieren a una forma específica y secular de existir. Así, gracias a una adaptabilidad

⁴⁶ Braudel, 1989, p. 70.

⁴⁷ Andriès, 1989, p. 205.

especial de este género, que Lüsebrink explica en términos de “porosidad”, es que hoy es factible hablar de algo llamado almanaque.⁴⁸

Si bien, como género textual y editorial, el almanaque tiene importantes vínculos con el *Libro de las horas* medieval⁴⁹ y los pronósticos o adivinaciones astrológicas de los siglos XIV y XV, podría decirse que el almanaque nace con la imprenta y los impresos de amplia difusión o populares en la segunda mitad del siglo XV. Incluso, es posible que con Johannes Gutenberg aparecieran los primeros almanaques o calendarios impresos, pues:

El primer calendario (o almanaque) impreso, llevando el título de *Ein Mabnung der Christenheit vider die Türken* (Una admonición del cristianismo contra los Turcos [...]) data de 1445 y probablemente fue impreso en los talleres de Johannes Gutenberg en Maguncia.⁵⁰

De tal forma, el *Türkenkalender* de 1445 se ubica como uno de los primeros materiales que presentan un registro impreso del paso del tiempo, por lo que puede considerarse una de las primeras expresiones del género del almanaque.

No obstante, los modelos por excelencia que definirían al género serían: el impreso titulado *The Kalender of the Sheperds*, de 1503, y el *Basler Hinckende Bett* de Jakob Berstche, de 1676, considerados como los arquetipos de lo que desde entonces se entiende como almanaque, en particular por sus elementos textuales y la forma en que se presentan, ya que serán imitados a lo largo de los años.⁵¹ De este modo, es en los siglos XVI y XVII cuando empieza a

⁴⁸ “C’est grâce à cette ‘porosité’ —c’est-à-dire à la capacité à s’adapter aux transformations historiques et à l’évolution des mentalités” (Lüsebrink *et al.*, 2003, p. 95).

⁴⁹ El *Libro de las horas* (ss. XIII-XIV) se registra como un importante antecedente de los almanaques, pues operaba como una obra organizada para medir y regular el tiempo, en este caso el religioso, ya que tenía indicaciones para la realización de oraciones en diferentes momentos del día (Dahl, 1990, pp. 78-79).

⁵⁰ “Le tout premier calendrier (ou almanach) imprimé, portant le titre *Ein Mabnung der Christenheit vider die Türken* (Une admonition de la chrétienté contre les Turcs [...]) date en effet de 1445 et fut très probablement imprimé dans les ateliers de Johannes Gutenberg à Mayence)” (Lüsebrink, 2002, p. 432).

⁵¹ Lüsebrink *et al.*, 2003, p. 17.

definirse la estructura textual propia de los almanaques, así como a dibujarse ciertas estrategias editoriales que le dieron una dinámica muy particular al género, y que estarían presentes a lo largo de los siglos XIX, XX y aún el XXI (cuadro 1).

Cuadro 1. Almanagues editados en Europa y América (siglos XVI-XX)				
No.	Nombre	Editor	Lugar	Año de impresión
1	<i>Christenheit wider die Türken ‘Eyn gut selig nuwe Jar’</i>	Johannes Gutenberg	Mayence	1455
2	<i>Le Grand Calendrier est Compost des Bergers</i>	Guy Marchant	París	1491
3	<i>The Kalender of the Sheperds</i>	Editor desconocido	Inglaterra	1503
4	<i>Scripture Kalender</i>	Henry Jessy	Sin lugar de edición (s. l. e.)	1644
5	<i>Basler Hinckende Bett</i>	Jakob Berstche	s. l. e.	1676
6	<i>Comptoir Almanach</i>	Sin editor (s. ed.)	Amsterdam	1661
7	<i>Hinkende Bote</i>	s. ed.	Basilea	1676
8	<i>Ramillete de los Astros</i>	Diego de Torres Villaroel	España	1718
9	<i>The Poor Richard’s Almanck</i>	Benjamin Franklin	Philadelphia	1733 -1757
10	<i>Der Hoch Deutchs Americanische Calender</i>	Cristoph Saur	s.l.e.	1739
11	<i>Messenger Boiteux</i>	s. ed.	Suiza	1707

12	<i>Calendario Manual y Guía de forasteros</i>	Zúñiga y Ontiveros	México	1776
13	<i>Almanaque National de France</i>	s. ed.	s. l. e.	1793
14	<i>Kalendarzyk Amerykanski Beniamina Franklina</i>	s.ed.	Polonia	1794
15	<i>Americanische Calender auf das Jahr</i>	Benjamin Meyer	s. l. e.	1802
16	<i>Jutrzenka. Rocznik Poezji w Upominku Plci Pieknej na rok</i>	A. Brzezina	Varsovia	1824
17	<i>Almanak o Calendario y diario de cuartos de luna según el meridiano de Santiago de Chile para el año de 1815</i>	José Camilo Gallardo	Chile	1815
18	<i>Calendario del Más Antiguo Galván</i>	Mariano Galván	México	1826
19	<i>Melitele</i>	A. E. Odyniec	Varsovia y Leipzig	1829
20	<i>Almanaque Bristol</i>	s. ed.	Estados Unidos de América	1832
21	<i>The Citizens' Farmers' Almanac</i>	Charles F. Egemann	Baltimore	1833
22	<i>Calendario de las Señoritas Mejicanas</i>	Mariano Galván	México	1838
23	<i>The American Anti-Slavery Almanac</i>	s. ed.	s. l. e.	
24	<i>Zabavnik d'Ognianonch</i>	s. ed.	s. l. e.	1845
25	<i>Calendario de Murgía</i>	Manuel Murguía	México	1849
26	<i>Calendario de la Democracia</i>	s. ed.	México	1851

27	<i>Calendario Impolítico y Justiciero</i>	Imprenta Juan B. Navarro	México	1853
28	<i>Calendario de los Jóvenes</i>	Simón Blanquel	México	1854
29	<i>Calendario Liberal</i>	Manuel Murguía	México	1858
30	<i>Calendario Histórico</i>	Manuel Murguía	México	1859
31	<i>Calendario de las Profecias de la Madre Matiana</i>	s. ed.	México	1867
32	<i>Almanaque de Segovia</i>	s. ed.	España	1868
33	<i>Almanaque de El Americano</i>	s. ed.	París	1873
34	<i>Almanaque del Padre Cobos</i>	Ireneo Paz	México	1875
35	<i>Almanaque Bouret</i>	Raúl Mille y Alberto Leduc	México	1897
36	<i>Almanaque Brasileiro Garnier</i>	s. ed.	Brasil	
37	<i>Primer Almanaque Chihuahuense</i>	José M. Ponce de León y Manuel A. Gómez	Chihuahua	1918

Respecto a lo anterior, cabe recordar al *Messageur Boiteux* (1707) de Suiza, el *Almanaque Bristol* (1832), famoso en Colombia y Brasil, o el *Calendario del más antiguo Galván*, o *Galván* (1826), de México, pues son publicaciones que, además de encontrar vigencia en el panorama editorial actual —cabe destacar—, circulan con propósitos y características editoriales y

textuales muy parecidas desde sus primeras impresiones. Por supuesto, los editores han recuperado este género realizando adaptaciones a las nuevas estrategias y circunstancias culturales y sociales de los ámbitos en que han circulado. Por ejemplo, en la actualidad, algunas de esas publicaciones hacen uso del Internet como estrategia publicitaria, así también han adaptado la información que contienen a los intereses del siglo XXI.⁵²

Por lo tanto, se puede decir que la realización de almanaques no ha pasado sin mudanzas. Lüsebrink observa que el género del almanaque, aun desde sus primeros años de presencia en el mundo de la cultura escrita, ha sufrido continuos cambios en el tipo de textos que contenía, así como en los temas que abordaba, incluso haciendo transformaciones en la propia forma de fabricarse y hacerse circular entre los lectores:

Entre el fin del siglo xv y la época contemporánea, el almanaque, como matriz textual y género editorial, ha tenido una triple evolución: en primer lugar, una diversificación de las formas y subgéneros que lo componen; después, una evolución de contenidos y de temáticas; y finalmente, de la circulación transnacional y transcultural.⁵³

Como él explica, las mutaciones en los almanaques son parte de un continuo tránsito e intercambio entre sociedades, por lo que se podría hablar de un fenómeno de imitación y de apropiación del género entre diversas culturas y grupos sociales de ámbitos geográficos distintos, algo que ha condicionado los cambios e innovaciones en las expresiones del género.⁵⁴

⁵² Para esto puede visitarse el sitio oficial del *Calendario del Más Antiguo Galván*. <<http://www.calendariodelmasantiguogalvan.com.mx/>> [consulta: 25 de octubre de 2011].

⁵³ “Entre la fin du xv siècle et l’époque contemporaine, l’almanach, comme matrice textuelle et genre éditorial, a parcouru une triple évolution: celle, d’abord, d’une diversification des formes et sous-genres qui le composent; celle, ensuite, d’une évolution de contenus et des thématiques; et celle, enfin, d’une circulation transnationale et transculturelle” (Lüsebrink, 2002, p. 434).

⁵⁴ Lüsebrink, 2002, p. 439.

1.2.2. *Difusión del almanaque: un fenómeno “transnacional”*

Si bien es importante destacar el lugar y el momento en el que se puede empezar a hablar del género del almanaque, se debe considerar la dinámica de circulación, difusión y apropiación que implicó en aspectos editoriales y textuales, ya que su amplia movilidad y adaptabilidad ha hecho que se considere un fenómeno “transnacional”, como lo afirma Lüsebrink, pues la publicación de almanaques muchas veces ha superado las fronteras territoriales establecidas, logrando introducirse en diferentes sociedades mediante traducciones y reimpressiones, o bien, retomando el género y desarrollando ediciones especiales para cada nuevo ámbito en el que se pretendía hacer circular.

En este sentido, se considera que este género textual y editorial tiene como punto de origen y epicentro de su difusión el área que ocupan hoy Alemania, Francia, Suiza y Bélgica:

El desarrollo similar de los almanaques dentro de los diferentes países de Europa del Oeste, del Este y del Sur no es accidental, sino que revela fenómenos culturales transnacionales. Sobre todo en los siglos XVIII y XIX, hubo importantes procesos de cambio y de transferencia entre las diferentes culturas europeas.⁵⁵

Un ejemplo de esa dinámica es el almanaque del *Mensajero cojo*, *Hinkende Bote* (1676) o *Messageur Boiteux* (1707), que se difunde ampliamente en el Franco Condado y en la Suiza de los siglos XVII y XVIII, adaptándose para diferentes ciudades de la región, así como a las lenguas de sus diversos pobladores, de ahí que hubiera versiones en alemán y francés.⁵⁶

Ahora bien, la producción de almanaques tiene como núcleo de su desarrollo el centro de Europa; esto no quiere decir que en ese momento fundacional su adaptación y transmisión a diferentes lenguas e idiosincrasias se

⁵⁵ “Le développement similaire des almanachs dans les différents pays de l’Europe de l’Ouest, de l’Est et du Sud n’est pas accidentel, mais révèle des phénomènes culturels transnationaux. Surtout aux XVIII et XIX siècles, il y eut d’importants processus d’échange et de transfert entre les différentes cultures européennes” (Lüsebrink *et al.*, 2003, p. 95).

⁵⁶ Vernus, 2003, pp. 19-20.

diera sólo en ese ámbito (europeo). Al contrario, de forma muy temprana su difusión implicó ámbitos continentales y transoceánicos.

De Europa a América, y de América a Europa, circularon los almanaques, y no sólo como una transferencia hegemónica del mundo occidental europeo a sus posesiones de ultramar, sino dentro de un proceso de apropiación y retransmisión del género de un continente a otro. Uno de los ejemplos más estudiados es el de *The Poor Richard's Almanack* (1733), editado en Filadelfia por Benjamín Franklin y reproducido en diferentes países de Europa (Francia, Prusia y Polonia), de ahí que existiera un *Kalendarzyk Amerykanski Beniamina Franklina* (1794).⁵⁷

De igual forma, los almanaques de Diego de Torres Villarroel, editados en Salamanca, se establecieron en el territorio americano por los años de 1758 y 1759.⁵⁸ Asimismo, entre los territorios americanos de la Monarquía hispánica se imitaron estrategias editoriales, como lo demuestra *El conocimiento de los tiempos* (1783), editado en la ciudad de Lima, que declaraba haber copiado en su forma de operar al de la Ciudad de México, pues al igual que éste, el de Perú salía dos meses antes de que iniciara el año para el que estaba preparado, para luego ser utilizado por los lectores.⁵⁹

Es evidente el fenómeno de internacionalización que implicó la difusión del género del almanaque, todo gracias a la comercialización de los impresos, a la imitación de estrategias editoriales y a la circulación de textos.

En ese tenor, hay que ubicar tal expansión como un proceso de difusión y apropiación cultural, el cual conllevó la adaptación del género a idiosincrasias locales y nacionales, las cuales, muchas veces, eran de orden terminológico.⁶⁰

La muestra de adaptación, además de los almanaques del *Mensajero cojo*, la da un almanaque del siglo XIX publicado en París y destinado al ámbito americano. Como decía su editor: “Yo hago imprimir treinta mil ejemplares de este *Almanaque*: a la mitad le llamo *Almanaque Orión*, a la otra mitad *Almanaque de El Americano*”.⁶¹ Esta maniobra editorial se debía a que los ejemplares

⁵⁷ Komza, 2003, p. 135.

⁵⁸ Mercadier, 2003, p. 99.

⁵⁹ Bueno, 1783.

⁶⁰ Lüsebrink *et al.*, 2003, p. 96.

⁶¹ *Almanaque de El Americano*, 1873, p. 16.

del *Orión* se divulgaban en el Río de la Plata, mientras que los otros se difundían en el resto de América. El primer nombre pretendía enlazar a esa publicación con otra realizada por el mismo editor en el Río de la Plata, mientras que el segundo nombre aludía a un periódico publicado con ese título y que también se hacía en París, y es posible que incluso llegara al resto de América.

1.3. UN GÉNERO EDITORIAL: LOS HACEDORES DE ALMANAQUES Y LA EDICIÓN DE ALMANAQUES

El desarrollo de la imprenta supuso la aparición de un mercado de lo impreso que abarcó diferentes disposiciones para presentar los textos preparados para ser publicados. Así, libros, panfletos, hojas volantes, papeles y folletines circularon entre públicos variados y con diferentes propósitos. En este sentido, se constituyen fórmulas editoriales muy específicas, además de desarrollar formas particulares de hacer que los impresos lleguen a sus lectores, no sólo los que son capaces de descifrar la grafía, sino también aquellos escuchas que consumían los textos por medio de quienes sabían leer.

1.3.1. Los almanques: una formula editorial “popular”

En una primera configuración del mercado editorial, desarrollada durante los siglos XVI y XVII, el almanaque se insertaba como parte de la dinámica editorial de ese tiempo. Su producción forma parte de lo que Chartier llama un “mercado popular de lo impreso”,⁶² el cual supone un ámbito de lectores no sólo amplio en número, sino diverso en cuanto al estrato o grupo social al que llegaba, siendo así una de las fórmulas editoriales con mayor difusión. Incluso, debido a esas características, algunos autores hablan del almanaque como “almanaque popular”, aunque esta acepción también tiene relación con las formas de lecturas y usos que se hacían de ellos.⁶³

⁶² Chartier, 2009, p. 419.

⁶³ Sobre el almanaque popular, Lüsebrink dice: “[...] constituye sin duda, cuantitativamente y dentro de la percepción de los contemporáneos, el tipo de almanaque por excelencia,

Si bien es difícil llegar a una comprensión única y cabal de lo “popular” en el marco del género de los almanaques, el tiraje de las ediciones alcanzaba los miles, es decir, se constituyeron como impresos de amplia circulación.⁶⁴ Por ejemplo, el almanaque editado por Benjamín Franklin alcanzó los diez mil ejemplares; el *Almanaque de El Americano* alcanzaba los treinta mil; de la misma forma, el *Primer Almanaque Chihuahuense*, de México, tenía un tiraje de diez mil copias.⁶⁵

Esta amplia producción también estuvo expresada en la cantidad de almanaques que se publicaron, cuyo mejor indicio o manera de conocerla es por la diversidad de títulos que han existido, de los cuales, muchos fueron preparados para un público particular.

Por supuesto, esa especificidad no sólo estaba definida por el título mismo de los almanaques, también por su contenido. Así es como se tienen almanaques destinados a cierto sexo, edad, oficio o territorio. Por ejemplo: *The Ladies Diary: or Woman's Almanack, For the Year of our Lord* (1754), de Inglaterra; *Jutrzenka. Rocznik Poezjiw Upominku Plci Pieknejnarok* (1825), editado en Varsovia; o el *Calendario de las Señoritas Mejicanas* (1838), todos hechos para un público femenino.

La amplia difusión de este género editorial se lograba gracias a una producción barata que hacía asequible su consumo. Además, su venta se realizaba utilizando estrategias como la buhonería o venta ambulante, especialmente en el siglo XVII y XVIII.⁶⁶ Como explica Dutra:

Comúnmente, los almanaques han sido insertados en la tradición de la literatura de *colportage*, una vez considerados como literatura de fácil aprensión, de

[...] este tipo de almanaque presente, entre la mitad del siglo XVII y la mitad del siglo XIX, no sólo es un tipo de almanaque más, sino la forma de impreso no religioso más difundido dentro de la sociedad occidental”. “[...] constitue sans aucun doute, quantitativement et dans la perception des contemporains, le type d'almanach par excellence, [...] ce type d'almanach présent, entre le milieu du XVII et le milieu du XIX siècle, n'est pas seulement un type d'almanach de plus, mais surtout le type d'imprimé non religieux le plus diffusé dans la société occidentale” (Lüsebrink, 2002, p. 435).

⁶⁴ Algunas reflexiones sobre los almanaques como literatura popular se encuentran en: Bollème, 1990, pp. 207-246; Brandini, 1999, pp. 29-34; Castillo, 2010, pp. 275-292.

⁶⁵ *Almanaque de El Americano*, 1873; *Primer Almanaque Chihuahuense*, 1918.

⁶⁶ Lüsebrink, 2000.

lenguaje simplificado, de contenido ameno, ligero y variado y, sobretodo, por ser una literatura barata debido a la poca calidad de la impresión.⁶⁷

Esta forma de presentación ha cambiado conforme se desarrollan nuevas estrategias editoriales, por ejemplo, la práctica de la venta por entrega o suscripción, o bien, la venta en establecimientos fijos como librerías o “alacenas”. Por supuesto, la característica principal de esta fórmula editorial ha sido su fácil acceso.

Una opinión que esclarece la forma de operar de este género editorial es la que tenía José Zorrilla, en particular sobre los almanaques y calendarios del siglo XIX. Si bien se puede considerar una opinión crítica y desacreditadora del género, da una idea de los alcances editoriales y sociales que tuvieron los almanaques:

Un editor, un impresor, no importa quién, se propone como base de una pequeña especulación hacer un calendario. Para darle interés y valor comercial, añade a las doce hojas que ocupan los nombres de los santos de los doce meses del año, 40, 50 y hasta 100 páginas en las cuales reimprime lo que le parece más a propósito para llamar la atención, bajo los títulos y epígrafes más excéntricos que le ocurren... Estos librejos, vendidos a precios muy bajos, únicos que están al alcance de la gente pobre, corren entre el pueblo y son llevados por los buhoneros ambulantes a los pueblos, ranchos y haciendas y no hay casa en donde no halle V. tres o cuatro.⁶⁸

Como se puede apreciar, en la producción de almanaques estaba implícita la idea del negocio o “especulación” por parte del “hacedor”. En este sentido, el papel que desempeñó esta profesión o quehacer, definiría la dinámica con que los almanaques se producían.

⁶⁷ “Comumente, os almanaques têm sido inseridos na tradição de literatura de colportage, uma vez considerado como literatura fácil apreensão, de linguagem simplificada, de conteúdo ameno, ligeiro e variado e, sobretudo, por ser uma literatura barata debido à pouca qualidade de impressão” (Dutra, 2005, p. 16). De aquí en adelante la traducción del portugués al español es de Flávia Pandolfo Kiffer.

⁶⁸ Quiñones, 1994, pp. 91-92.

1.3.2. *Los hacedores de almanques: editores*

El papel de los “hacedores de almanques”, como llama Lüsebrink a las personas dedicadas a la producción de estas publicaciones, tiene que ver mucho con la actuación y el desarrollo de la actividad editorial. La importancia del ámbito social desde el que se realizaban los almanques es tal que su especialización en la publicación de este género supondría términos específicos para designar el oficio, de ahí que desde el siglo XVIII, en el castellano, se registrara el término *almanquero*: “El que vende ó hace almanques. *Calendario rumvendedor, autartifex*”.⁶⁹

Dichas designaciones quedan integradas al papel o a la figura del editor, así como a la actividad editorial, cuyas transformaciones definirían el devenir de este género, pues no sólo implicaba poner en un mercado lo impreso, sino la selección de un público y la elección de lo que se pondría a circular, especialmente en el plano de los textos.

Lüsebrink identifica que en los primeros siglos de producción de almanques, sus hacedores o editores desarrollaban funciones que superaban la simple edición o selección de textos, hablando incluso de una cuádruple función hecha por los hacedores de almanques, pues eran: autor-compilador, editor, impresor y librero.⁷⁰

Ya Chartier ha señalado que entre los siglos XVI y XVIII el editor era más bien un “impresor-editor” o “librero-editor”. Sin embargo, este papel se transformó a finales del siglo XVIII y principios del XIX, cuando el oficio de editor se posicionó en un rol intelectual, ya no definido por la posesión de una imprenta o una librería, sino por ser el vínculo entre los autores y el público. Es decir, el editor aparece como el gran coordinador de las obras impresas, pues se hacía presente desde la redacción hasta la impresión y publicación de los textos.⁷¹

Con esta transformación en la concepción del editor, los hacedores de almanques se identificaban más con el papel de periodista u hombre de letras, que opera a veces como impresor, o bien, se alía a estos artesanos u hombres de negocios para llevar a cabo una empresa editorial, como la de los

⁶⁹ *Diccionario...*, 1770, p. 187.

⁷⁰ Lüsebrink, 2002, p. 436.

⁷¹ Chartier, 2000, p. 37.

almanaques.⁷² Un claro ejemplo de esto se encuentra en los letrados brasileños y polacos, quienes editaron almanaques durante la segunda mitad del siglo XIX. Ellos fungían como los creadores o coordinadores intelectuales de los almanaques, pero estaban alejados del oficio del librero o del impresor.⁷³

Desde luego, estas dinámicas del mercado y la práctica editorial dependen de cada uno de los ámbitos geográficos e históricos en que se desarrolla el género. En el caso de México, todavía para mediados del siglo XIX, “almanaqueros” como Manuel Murguía desempeñaban los roles de libreros e impresores. Así, en el marco de la producción de almanaques como el *Calendario de Murguía* (1849) y el *Calendario histórico* (1859), su editor “abarcó todas las áreas del mundo editorial: fue librero (desde 1846), estableció un taller litográfico (en 1847 se publican las primeras ilustraciones realizadas en éste), tuvo imprenta (en funciones a partir de 1849)”.⁷⁴

Una dinámica semejante se presentó con el *Almanaque Potosino* y su editor Antonio Cabrera, cuyo itinerario en torno a los libros y a los impresos comenzó con el trabajo de la encuadernación, al que se sumó el de librero, para después comenzar el desarrollo de proyectos editoriales propios a finales del siglo XIX y principios del XX.

1.4. LA MATRIZ TEXTUAL DEL ALMANAQUE

Si bien Lüsebrink ha propuesto el concepto de matriz textual como elemento para comprender los almanaques como expresión de su especificidad, esto no quiere decir que otros especialistas no hayan reflexionado sobre una estructura particular en la manera en que se articulan los textos en los almanaques impresos. Tampoco significa que sólo los impresos estudiados por él, es decir, los producidos en los territorios que actualmente ocupan Canadá,

⁷² Lüsebrink explica que durante el siglo XVIII “se vive el surgimiento, dentro de diferentes países europeos y América, de un nuevo tipo de hacedor de almanaques: el periodista y el hombre de letras ilustrado, asociados a un impresor-editor”: “vitains il’émergence, dans différents pays européens et Amérique, d’un nouveau type de faiseur d’almanachs: le journaliste et homme de lettres éclairé, associé à un imprimeur-éditeur” (Lüsebrink, 2002, p. 437).

⁷³ Komza, 2003; Dutra, 2005.

⁷⁴ Quiñones, 1994, p. 89.

Estados Unidos de América y Francia, sean los únicos que poseen una misma matriz textual.

Tanto Botrel como Dutra, Guy Mercadier, Michel Vernus o Isabel Quiñones, han demostrado que los almanaques que analizan poseen una estructura textual propia, y que ésta es compartida con los de otras partes del mundo. Por ejemplo, Vernus habla de tres secciones principales en los almanaques anabaptistas del XVII, a saber: una sección práctica, una parte de información y una de agronomía.⁷⁵ Por otro lado, tanto Mercadier como Botrel habla de ciertos componentes básicos en los almanaques de la España de los siglos XVIII y XIX, pues en ellos aparece una sección de codificación del tiempo, una guía astronómica y una información suplementaria.⁷⁶

Lo cierto es que sólo Lüsebrink ha propuesto un modelo sobre las formas de entender el diseño textual de los almanaques, además que éste se propone a partir de las primeras manifestaciones del género en forma impresa. No obstante, lo anterior también da cuenta de que la matriz textual puede variar con el paso del tiempo y que depende del lugar geográfico desde el cual se produce, de los intereses de los editores y del público para el cual se diseñan.

El calendario/variedades, las efemérides/pragmática y la narrativa/histórica son las secciones que sirven como punto de partida para comprender el contenido y la arquitectura de los almanaques en su sentido originario, a partir de los elementos básicos con los que se manifestó en la cultura impresa del mundo occidental. A continuación se da una explicación de ellos.

1) Calendario/Variedades. La sección de calendario abarca el año para el que ha sido editado. Se divide en días y meses, además de indicar el santoral o los signos astrológicos. Normalmente esta sección se ha complementado con pequeños comentarios, dichos o proverbios.

El *Calendario del más antiguo Galván para el año de 1902*, presentaba el calendario con las distancias de la Tierra con respecto de la Luna, indicaba la posición del sol en el horizonte y hacía un conteo de los días transcurridos en el año por cada mes. Luego, en forma de tabla, incluía la hora de salida del sol,

⁷⁵ Vernus, 2003, p. 32.

⁷⁶ Botrel, 2003a, p. 108; Mercadier, 2003, pp. 97-98.

el día y el santo al que estaba dedicado. Dentro del mismo apartado podían aparecer las actividades de la Iglesia, la posición de la luna y una predicción sobre el clima. Al final de cada tabla mensual se presentaban pequeñas máximas que podían llevar títulos como el de “Pensamientos”, según lo muestra el siguiente caso:

Si no se sabe frenar la lengua, es imposible la discreción.

La conversación es como el agua: la más limpia es la mejor.

La mujer honesta lo es hasta en sus vestidos.

El perfume de un alma pura es como la llama; siempre sube hacia el cielo.⁷⁷

En algunos volúmenes del *Almanaque Potosino* se hicieron presentes esos textos integrados al santoral, con frases como las siguientes: “Nunca tendrás amigos ni parientes, si dices lo que sientes. Está ya prohibido, tener sana razón y buen sentido”.⁷⁸

2) Efemérides/Pragmática. Esta sección de efemérides, que también puede considerarse como una sección pragmática, introduce textos que revelan información diversa sobre el clima, actividades como las ferias y los datos de fiestas religiosas y cívicas, cuando el Estado se convierte en el eje de la vida social.

Para los almanaques españoles del siglo XIX, Botrel señala la introducción de información como la del sistema métrico, tarifas de medios de transporte y tablas estadísticas.⁷⁹ Así mismo, Brandini explica la manera en que almanaques como el *Almanaque para Cidade de Bahía* (1812) o el *Almanack Administrativo, Mercantil e Industrial da Provincia de Pernambuco para o Anno de 1860*, de Brasil, contenían datos tan variados como horarios del movimiento de los transportes, precios de los productos que se distribuían en ciudades y pueblos, así como las tarifas de los correos y otros servicios, es decir, información elemental para un mundo que estaba en proceso de urbanización.⁸⁰

⁷⁷ *Calendario...*, 1901, p. 25.

⁷⁸ *Sexto Almanaque Potosino*, 1890, p. 15.

⁷⁹ Botrel, 2003a, pp. 109-110.

⁸⁰ Brandini, 1999, p. 68.

3) Narrativa/Histórica. En su versión originaria, la sección narrativa, o histórica, refiere a las relaciones o cronologías sobre lo ocurrido en el pasado, pero también a una sección religiosa que habla sobre los deberes morales.

De la sección narrativa puede decirse que se van agregando diferentes géneros, los que van de las relaciones o crónicas históricas, a las producciones de las “bellas letras” o literatura. Así, se fueron integrando crónicas, historias, poesías, cuentos y artículos periodísticos, llegando a definir el tema o tipo de almanaque. De ahí que se registren almanaques literarios, históricos o religiosos, como el *Melitele* (1829), dedicado a la poesía y realizado con la idea de que llegara a un público no especializado en literatura.⁸¹

Como una muestra de la manera en que esta matriz textual se estructuraba, puede citarse la fórmula presente en *El conocimiento de los tiempos* (1783), que contenía:

EHEMERIDE DEL AÑO DE 1783, TERCERO DESPUÉS DEL BISIESTO; EN QUE VAN PUESTOS LOS PRINCIPALES Aspectos de la Luna con el Sol, y con los demás Planetas, Calculados para el Meridiano de esta muy Noble, y muy Leal Ciudad de Lima, Capital, y Emporio de esta América meridional. CON CALENDARIO DE LAS FIESTAS, y Santos; en que van notados los días Feriados de los Tribunales con efta letra F: Los de trabajo con obligación de Misa con esta señal (*): Los Fiesta con efta +: Y los de precepto para los Indios con esta ++. Las Salidas de los Correos en que la letra (A) designa el de Arequipa: La (C) el del Cuzco: La (V) el de Valles; y la (P) el de Pasco. VA AL FIN LA GUÍA DE FORASTEROS para esta Ciudad.⁸²

Por otro lado, *The Citizen's and Farmers' Almanac* (1832), mostraba en su portada el contenido siguiente:

Los eclipses y las salidas y puestas del Sol y la Luna; el tiempo de las aguas altas en Filadelfia; las fases y posición de la Luna; el lugar al sur de la Luna; el amanecer, la puesta y la mirada al sur, &c, de los planetas más llamativos y las

⁸¹ Komza, 2003, p. 140.

⁸² Bueno, 1783.

posiciones de las estrellas; la declinación del Sol de todos los días del año, &c, - TAMBIÉN, historias divertidas e instructivas, piezas seleccionadas de Poesía, anécdotas, una variedad de Recibos Económicos y Médicos sutiles; el tiempo de tomar las Cortes en Pensilvania, Maryland y Virginia, &c.⁸³

Con estos ejemplos es posible observar que, a pesar de la distancia temporal, espacial y cultural que hay entre los dos almanaques, ambos conservan semejanzas en el contenido y la forma de presentar los textos, registrando información parecida, aunque en el segundo caso está ausente el referente religioso.

Lo anterior deja en claro que no se puede decir que la matriz textual haya permanecido como una estructura totalmente invariable, o bien, que sus secciones se mantengan aisladas unas con respecto de otras. El género del almanaque se adapta al horizonte cultural en el que es producida cada una de sus expresiones impresas, siendo éstas definidas por la función con que se diseñaban y pretendían actuar en la sociedad.

1.5. FUNCIÓN DE LOS ALMANAQUES: GUIAR, EDUCAR Y DISTRAER

Como se puede apreciar, el contenido de los almanaques era muy diverso, la fórmula editorial y su matriz textual permitía la integración de textos de distintos temas, es decir, información y contenidos variados. En este sentido, Dutra explica que los almanaques tenían como principal interés poner a su disposición numerosos tipos de conocimientos, así como saberes de diverso origen, pues bien podían recoger lo que estaba entre el “común” de la gente, o bien provenir de los estratos más eruditos y especializados:

⁸³ “The Eclipses and the rising and setting of the Sun and Moon; the time of high Water at Philadelphia; the Moon’s phases and place; the Moon’s South Place; the rising, setting, southing, &c, of the most conspicuous planets and fixed stars; the Sun’s declination every day of the year, &c,- ALSO, amusing and instructing Stories, selected pieces of Poetry, Anecdotes, a variety of useful Economical and Medical Receipts; the time of holding the Courts in Pennsylvania, Maryland, and Virginia, &c” (*The Citizens’ and Farmers’ Almanac*, 1832).

Ampliamente difundidos en Europa, particularmente en Francia, desde los siglos xvi y xvii, los almanaques, en principio, son hechos para las artes del calendario, con las medidas del tiempo, las jornadas del cielo y de la luna, las fiestas religiosas. Otra variante a que se inclinan son las artes de observación del movimiento de los astros, con sus previsiones climáticas tan útiles a los hombres del campo, y con sus pronósticos de catástrofes colectivas, como guerras y epidemias, además de cataclismos físicos, como inundaciones y terremotos. Entre los siglos xvii y xix, los almanaques acaban por afirmarse como un modo de instrucción y propaganda de un saber profundo y secular, estimulando las curiosidades, el deseo de saber y el gusto por la verdad.⁸⁴

Así, además de los conocimientos climáticos y astronómicos, se presentaban saberes medicinales, referencias a prácticas curativas e indicaciones para definir la moralidad y religiosidad de las personas. De igual forma, aparecían precisiones sobre la organización política, junto con conocimientos geográficos e históricos.

En este sentido, cabe recordar las observaciones hechas por Peter Burke sobre los almanaques y otras fórmulas editoriales, en tanto las considera “libros de consulta”, pues relaciona su amplia publicación y circulación con la producción y difusión del conocimiento. De ese modo, Burke interpreta su aparición como parte de la necesidad de solucionar un problema de proliferación y recuperación del conocimiento, pues sostenía que:

La invención del libro de consulta representó otra tentativa de solucionar este problema [el de la ‘recuperación’ del conocimiento]. A comienzos de la edad moderna, especialmente durante el siglo xviii, se produjo una auténtica avalancha de tales libros. Enciclopedias, diccionarios, atlas y bibliografías sólo son

⁸⁴ “Ampliamente difundidos na Europa, particularmente na França, desde os séculos xvi e xvii, os almanaques, emprincípio, são voltados para as artes do clendário, com as medidas do tempo, as jornadas do céu e da lua, as festas religiosas. Outra variante a que se voltamsão artes de observação do movimento dos astros, com suas previsiões climáticas tãouteisaos homens do campo, e com seus prognósticos de catástrofes colectivas, como guerras e epidemias, além de cataclismos físicos, como enchentes e terremotos. Entre os séculos xvii e xix, os almanaques acabam por se firmar como um modo de instrução e propaganda de um saber profundo e secular, estimulando a curiosidades, o desejo de saber e o gosto pela verdade” (Dutra, 2005, pp. 16-17).

los representantes más fácilmente visibles del grupo. [...] Entre los libros de consulta de la época se contaban también almanaques, herbarios, cronologías y guías (en otras palabras, libros de instrucción o reglas).⁸⁵

Es así como los almanaques pueden ser, y se han reconocido, libros o medios de comunicación del conocimiento, al contener una gran variedad de información. De esta forma, la publicación de los almanaques tenía un propósito muy bien definido, a saber, poner a la disposición de su público los conocimientos y saberes necesarios para su desenvolvimiento individual y social.

A decir de Lüsebrink, los almanaques tuvieron una importante función dentro de las sociedades en que se desarrolló la práctica de la edición y la lectura de almanaques, pues eran:

Instrumento de orientación temporal, el almanaque igualmente administra, a los lectores alfabetizados o semi-alfabetizados, la función de medio de difusión de la información elemental sobre el espacio, la salud, el gobierno y los grandes acontecimientos históricos. Combinó así estrechamente los objetivos educativos, la necesidad de información y deseos de distracción.⁸⁶

En ese tenor, Jeoren Satman, en su estudio sobre el almanaque holandés, propone una tipología para comprender las funciones principales bajo las cuales se desarrolló este género a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII. De esta forma, considera que guiar, educar y distraer, son los tres tipos de funciones elementales que se encuentran en el origen del almanaque, las cuales permanecerán en su historia secular. Si bien el esquema podría ampliarse conforme el almanaque se desarrolla en el tiempo y se hace presente en otros espacios, éste permite sintetizar algunos de los propósitos principales con los que el almanaque apareció en el mundo occidental.

⁸⁵ Burke, 2002, pp. 218-219.

⁸⁶ “Instrument d’orientation dans le temps, l’almanach occupa également, pour des lecteurs alphabétisés ou semi-alphabétisés, la fonction de média de diffusion des informations élémentaires sur l’espace, la santé, le gouvernement et les grands évènements historiques. Il alliait ainsi étroitement des objectifs éducatifs, des besoins d’information et des désirs de distraction” (Lüsebrink, 2002, p. 434).

La instrucción centrada sobre la orientación trata todos los elementos prácticos, científicos y religiosos que transmiten los conocimientos y las informaciones necesarias para la vida en sociedad, pero no comunica mensajes políticos, médicos, ni moral-religiosos; ese papel es atribuido a la función educativa para cultivar un pensamiento y un comportamiento morales, moral-religiosos, políticos o sociales. Sus intenciones suponían ser tanto prácticas como ideológicas. En cuanto a la función de divertir, habla por sí misma. Los almanaques daban una gran importancia a las diversiones y publicaban textos humorísticos, historias de evasión y diferentes géneros de prosa y poesía.⁸⁷

En este modelo se considera que la instrucción o la difusión de la información contenida en los almanaques operaba bajo diferentes formas de presentación y de apropiación, las cuales definían el tipo de función, especialmente en su papel de guía y elemento educativo. De esta forma, cierto tipo de conocimientos funcionaba, a la vez, como eje para la vida social (guiar) y, al mismo tiempo, actuaban como elementos adoctrinadores y creadores de ideologías o representaciones mentales, pues definían la forma de actuar y pensar de sus lectores (educar). Mientras tanto, la función de entretener o divertir estaba definida por el tipo de textos que se incluían en los almanaques, y, podría decirse, por la forma en que estaba escrito y presentado tipográficamente.

1.5.1. Guiar

El almanaque, como guía, poseía una función de directriz para sus lectores, es decir, servía para indicar la manera de estar y moverse en el mundo. Un mundo del cual el almanaque pretende extraer las piezas elementales para entenderlo.

⁸⁷ “L’instruction axée sur l’orientation aborde tous les éléments pratiques, scientifiques et religieux qui transmettent la connaissance et les informations nécessaires à la vie en société, mais elle ne véhicule pas de message politique, social, médical, ni moral-religieux; ce rôle est attribué à la fonction éducative en vue de cultiver une pensée et un comportement moraux, moralo-religieux, politiques ou sociaux. Ces intentions étaient censées être tant pratiques qu’idéologiques. Quant à la fonction divertissante, celle-ci parle d’elle-même. Les almanachs accordaient une grande importance au divertissement et publiaient des textes humoristiques, des histoires d’évasion et différents genres de prose et de poésie” (Satman, 2003, p. 49).

Esta función no sólo se hace presente en el calendario, que opera como una guía de la institución social del tiempo, también se encuentra en los elementos astronómicos y astrológicos contenidos en los almanaques.

La posición de la Luna y el Sol, los cambios de las estaciones, además de las predicciones climáticas y astronómicas que ofrecía, definían la manera de actuar de agricultores o navegantes; el registro de las fiestas cívicas y religiosas indicaba los momentos para realizar los cultos o participar en las actividades festivas propias del día o del mes; a la par, el registro de las actividades comerciales, mercados, ventas, transportes e impuestos, servía a comerciantes y hombres de negocios en sus cálculos para transportar y vender mercancías.

Por ejemplo, en el *Almanak Mercantil ó Guia de Comerciantes. Para el Año de 1797*, el editor expresaba que su intención al publicar el almanaque era:

[...] dar al Comerciante en esta Guía aquellas luces y conocimientos que he juzgado más oportunas, para el giro diario de sus negocios, deseando, al paso que le ofrezco este corto servicio, de que también redunde en utilidad pública, facilitando el Comercio por todas partes, para que así se fomente la abundancia y riqueza de la Nación.⁸⁸

Por otro lado, los elementos astrológicos y religiosos presentes en algunos almanaques sirvieron como guía moral y política, aunque estas formas estaban cada vez más cercanas al adoctrinamiento, una más de las funciones de los almanaques.

1.5.2. Educar

Una de las formas en que Satman ilustra la función de educar es la información religiosa y médica que contenían los almanaques del siglo XVI y XVII. En el aspecto religioso, operaban como difusores de creencias y posturas producto de los cambios en la concepción de lo divino y de las muchas iglesias y confesiones que surgieron con las reformas del siglo XVI. Fue así que aparecieron distintos

⁸⁸ *Almanak Mercantil ó Guía de Comerciantes*, 1796, p. III.

almanaques que atacaban y adoctrinaban con respecto a las nuevas formas de religión que surgían en ese momento de transformación.

Desde los años 1640, en Inglaterra fue publicada una serie de almanaques influidos por las controversias religiosas de aquella época [...] El baptista Henry Jessy publicó el *Scripture Kalender* en 1644. En los años 1660 y 1670 fueron principalmente publicados almanaques católicos. Mientras que el Almanaque Protestante ridiculizaba el catolicismo, *The Episcopal Almanckse* se burlaba de todos los disidentes.⁸⁹

En tanto, las secciones médicas que aparecían en algunos, pretendían educar a la población respecto a prácticas de sanidad y uso de medicamentos. Algo que ocurría con el *Almanaque Bouret*, publicado a finales del XIX, cuyos editores “introdujeron numerosos consejos de salud e higiene de la sabiduría popular al lado de conocimientos de la ciencia médica homeopática y de recetas de la tradicional herbolaria mexicana”.⁹⁰

1.5.3. *Distraer*

Esta función, como las otras, no sólo se hace presente en los almanaques editados en la Holanda del siglo XVII. Hay que reconocer que muchos de los almanaques surgieron bajo una función lúdica que se reflejaba en textos de carácter humorístico o con la reproducción de caricaturas satíricas.

En España recurrieron a formas orales para llevar esa función de divertir. Así, lo dicho y hablado por las personas, como enigmas, historietas y proverbios, pasaban a formar parte de los elementos básicos presentes en los “piscadores” y almanaques estudiados por Mercadier.⁹¹

⁸⁹ “Dès les années 1640 fut publiée, en Angleterre, une série d’almanachs influencés par les controverses religieuses de cette époque [...] Le baptiste Henry Jessy publia le *Scripture Kalender* en 1644. Dans les années 1660 et 1670 furent principalement publiés des almanachs catholiques. Alors que le Protestant Almanak ridiculisait le catholicisme, *The Episcopal Almanckse* se moquait de tous les dissidents” (Satman, 2003, p. 54).

⁹⁰ Ludlow, 1992, p. XIV.

⁹¹ Mercadier, 2003, p. 101.

Algunos tenían como subtítulo esa función de distraer o divertir, como fue el caso de *The Ladies Diary: or Woman's Almanack*, “Adapted for the Use and Diversion of the FAIR-SEX”. Lo interesante es que esa diversión era más bien “educativa”, pues la publicación estaba integrada con “enigmas” y operaciones matemáticas que tenían que ser resueltas por sus lectoras.

En el ámbito mexicano, esa tarea se tradujo en títulos como “El Joco-Serio” (1868), el “Calendario de la Risa” o “El Calendario del Payaso”, en cuya portada aparecía lo siguiente: “La que vaya a la maroma/Aunque se vista de raso/Tiene que sufrir la broma/Que le dirija el payaso”.⁹² Esa función de divertir también se desarrollaba por medio de las imágenes que acompañaban a algunas publicaciones, de las que Quiñones ha dado cuenta al explicar la manera en que los almanaques y calendarios en México han hecho un uso extendido de la caricatura.

En muchos almanaques quedó implícita la sátira política y la crítica a ciertas ideologías y formas de ser de los individuos, lo que evidencia que en la función lúdica también operaba implícitamente una manera de educar o de adoctrinar. Podría afirmarse que estos usos de los almanaques estaban imbricados en todo su contenido, pues el hecho de guiar conllevaba a una forma de instrucción o educación, es decir, estaba implícito el deseo de dirigir a los lectores de una forma “correcta”.

En este sentido, las implicaciones ideológicas de la función de los almanaques siempre estuvieron presentes, de ahí que el deseo de guiar o poner a disposición del público una información útil no fuera una acción del todo inocente; al contrario, siempre ha estado acompañada por voluntades o deseos menos explícitos, pero presentes.

1.6. LOS ALMANAQUES: PODER, MODERNIDAD E IDENTIDAD

Las expresiones impresas del género de los almanaques, como medio de comunicación y de difusión de información, que ha actuado bajo una función de instrucción, ha resultado ser un medio para conocer los cambios ideológicos de las sociedades, las transformaciones culturales y las modificaciones en la estructura social y política, es decir, las relaciones de poder y conflictos pre-

⁹² Quiñones, 1994, p. 106.

sentes en las distintas sociedades. Sin embargo, el almanaque como género y medio impreso también ha resultado un agente de esas transformaciones.

En sus elementos más simples se revelan las intenciones de actuar en sus lectores, y también se hacen explícitas las pretensiones de sus creadores. Así, intereses políticos, religiosos o económicos han estado presentes en su creación, algunos de forma abierta y otros de manera implícita y disimulada.

En este sentido, son claras las líneas de análisis con que han sido estudiados para definir los propósitos de su publicación, y que a la vez revelan las transformaciones y rupturas históricas de las que han sido parte. Así, los almanaques resultan ser instrumentos en las luchas de poder, factor de la modernización y elementos constructores de identidad.

En el plano político, Andriès ha demostrado la forma en que los almanaques franceses del siglo XVIII fueron parte de una transformación que llevó de un “antiguo” a un “nuevo” régimen político y social, marcado por el surgimiento de lo que ha denominado *almanaques políticos*: “La Revolución marcó un punto de ruptura y transformación radical para este medio, [...] un tipo completamente nuevo de almanaque, el almanaque político hizo su aparición”.⁹³ La forma más básica de esta transformación se expresa en la introducción de un calendario políticamente adecuado a las nuevas circunstancias de la República, dejando de lado el santoral y los días de guardar católicos y monárquicos, para festejar los días importantes de la nueva República Francesa.⁹⁴

En el ámbito mexicano, lo anterior se evidencia con los calendarios de Fernández de Lizardi, que si bien no reformulaban la concepción del tiempo, sí refutaban la referencia a las prácticas de antiguo régimen. Por ejemplo, Achim explica la manera en que el Pensador Mexicano rechazaba indicar en su *Calendario histórico y pronóstico político para 1824* las distinciones que comúnmente se hacían para la participación de los indígenas en las actividades religiosas, homogeneizando socialmente su sistema calendárico. Igualmente, destaca la manera en que introdujo eventos relativos a la guerra de Independencia dentro de su sección cronológica.⁹⁵

⁹³ “The Revolution marked a point of rupture and radical transformation for this medium, [...] a wholly new sort of almanac the political almanac- made its appearance” (Andriès, 1989, p. 206).

⁹⁴ Andriès, 1989, pp. 219-220.

⁹⁵ Achim, 2011, pp. 609-610.

La función política de los almanaques llegaba a ser especialmente explícita en el momento de adecuarse a ideologías que estaban en pugna o controversia. En ese tenor, se puede citar *The American Anti-Slavery Almanac* (1838), publicado por la Sociedad Americana Anti-esclavitud, que por medio de los almanaques difundía una postura y una agenda política en contra de esta práctica, en un momento en que el debate respecto a la aprobación de la esclavitud se estaba desarrollando.⁹⁶

Volviendo a México, durante la década de los años cincuenta del siglo XIX los conflictos entre grupos liberales y conservadores también se expresaron en los almanaques al manifestar sus ideas con respecto a los temas de la religión, la forma de gobierno y la actividad de los actores políticos. A propósito de esto, Quiñones explica que los almanaques y calendarios “harán una guerra de guerrillas donde los autores se guardan bajo seudónimos agresivos o el anonimato, cambios de imprenta [etcétera]”.⁹⁷ Así, el *Calendario de la Democracia* (1851) y el *Calendario Impolítico y Justiciero* (1853) se sumarían a las críticas políticas del momento; incluso usarían la sátira para burlarse y criticar los acontecimientos políticos que se desarrollaban en el gobierno mexicano.

Por otro lado, la modernidad o la “modernización”, como un proceso económico, político y cultural que supone un quiebre con lo “tradicional” y una búsqueda continua de lo moderno, inmanente en el siglo XVIII y XIX, supuso una adaptación a los valores del nuevo régimen, racionalizador y liberal, para los almanaques, expresado especialmente en su contenido.

El control y la organización del tiempo a partir de fines económicos, la conformación de ciudadanos y la implantación de una ideología liberal, son un marco común para los hacedores de almanaques. Así, junto a esa aparición de los almanaques políticos señalada por Andriès, hay que mencionar lo que Lüsebrink opinaba respecto a ese mismo periodo del XVIII y XIX, pues para él, no sólo se expresa una transformación política, sino una cultural que implicaba una laicización y racionalización de los almanaques: “Esta ‘racionalización del género del almanaque’ y de sus contenidos, que se presentó esencialmente entre 1750 y 1820, es el resultado de un proyecto con fines

⁹⁶ *The American Anti-Slavery Almanac*, 1838.

⁹⁷ Quiñones, 1994, p. 67.

educativos y políticos de las élites ilustradas, y modificó profundamente la estructura del género”.⁹⁸

Un claro ejemplo de racionalización se demuestra con la desaparición de las secciones astrológicas y predictivas. Se prefiere ofrecer datos científicos “verdaderos” y certeros que permitan una ilustración correcta de los consumidores. Por ejemplo, el análisis de los almanaques chilenos realizado por Juan Poblete demuestra el “predominio de una racionalidad secular burguesa”, que se revela especialmente en la sección del calendario, es decir, el control del tiempo, cada vez más laico y evidente con el paso de los calendarios religiosos del *Almanak o Calendario y diario de cuartos de luna según el meridiano de Santiago de Chile para el año de 1815*, a los secularizados del *Almanaque Chileno* (1855), en el que no sólo se menciona un calendario regido por los hitos de la República chilena, sino que registra el orden gubernamental y político del país, dejando de lado la clerecía tradicional.⁹⁹

Del mismo modo, los almanaques de Bulgaria en el siglo XIX, cada vez más identificados con el ámbito urbano burgués, recibían y reproducían los ideales del capitalismo racionalizador. Los almanaques “representaron un papel dentro de la formación de la sociedad búlgara urbana y en la modernización de la sociedad búlgara del siglo XIX. Promovieron los valores burgueses americanos y europeos en el espíritu de la ética protestante y del éxito”.¹⁰⁰

Dentro de esa modernización, el desarrollo del nacionalismo en el siglo XIX supuso todo un hito para la conformación de una identidad nacional. Son muchos los ámbitos, grupos y actores que participan en esa dinámica, entre ellos el almanaque y sus editores.

De nueva cuenta, los almanaques en Bulgaria sirven de ejemplo para comprender el desarrollo del nacionalismo en un territorio en plena conformación a lo largo del siglo XIX. “Los calendarios y almanaques permitían

⁹⁸ “Cette ‘rationalisation du genre de l’almanach’ et de ses contenus qui se produit, pour l’essentiel entre 1750 et 1820, est issue d’un projet à but éducatif et politique des élites éclairées et transforma profondément la structure du genre” (Lüsebrink, 2002, p. 437).

⁹⁹ Poblete, 2003, pp. 287-288.

¹⁰⁰ “[Les almanachs] jouèrent un rôle dans la formation de la société bulgare urbaine et dans la modernisation de la société bulgare au XIX siècle. Ils promouvaient les valeurs bourgeoises américaines et européennes dans l’esprit de l’éthique protestante et du succès” (Daskalova, 2003, p. 121).

igualmente difundir las ideas nacionalistas y contribuían a la formación de un sentimiento nacional búlgaro”,¹⁰¹ esto durante el proceso de segregación de Bulgaria del Imperio Otomano. En ese momento, almanaques como el *Zabavnik d'Ognianonch* (1845) abogaban por una iglesia nacional e incluían textos anti-griegos y anti-turcos, pues “consideraban la publicación de un calendario como un medio para informar sobre los acontecimientos en Bulgaria y para preservar el sentimiento nacional como un deber”.¹⁰²

Algo similar se revela en Polonia durante el siglo XIX, donde los editores luchaban contra la germanización y rusificación, usando como medio de lucha los almanaques, especialmente con el uso del polaco como lengua principal para editarlos.¹⁰³ Igualmente, pueden citarse los almanaques publicados en los Estados Unidos de América por colonos alemanes, quienes se identificaban con el territorio americano. A pesar de que estos impresos se publicaban en alemán, como sucedió con el *Der Hoch Deutchs Americanische Calender* (1739) y el *Americanische Calender auf das Jahr* (1802), exaltaban la geografía y la historia del territorio norteamericano, alentando más a una identificación con la nueva nación americana que con la Europa que habían dejado, a pesar de estar ligados a ella por la lengua.¹⁰⁴

Por supuesto, los almanaques en México participan de estas dinámicas. Beezley ha explicado la manera en que estos impresos, por medio de una exaltación del paisaje, la historia y la arquitectura del país, cultivaron un sentimiento nacional durante todo el siglo XIX.¹⁰⁵ Del mismo modo, Margarita Alegría da cuenta de la forma en que los textos (principalmente dedicados a las bellas letras) del *Calendario de las señoritas mejicanas*, hacían alusiones “a la feracidad del paisaje, y cuya finalidad era, sin duda, despertar el amor patrio hacia tan pródiga tierra”.¹⁰⁶

¹⁰¹ “Los calendriers et almanachs permettaient également de véhiculer des idées nationalistes et contribuèrent à la formation d’un sentiment national bulgare” (Daskalova, 2003, p. 121).

¹⁰² “[...] considèrent la publication d’un calendrier comme un moyen d’informer sur les événements en Bulgarie et de préserver le sentiment national comme un devoir” (Daskalova, 2003, p. 122).

¹⁰³ Komza, 2003, p. 136.

¹⁰⁴ Purdy, 2003, p. 162.

¹⁰⁵ Beezley, 2008.

¹⁰⁶ Alegría, 2009, p. 128.

En ese marco de relaciones de poder, modernización e identidad nacional también se inscribió el *Almanaque Potosino*. En él estaba implícito un nacionalismo expuesto en cronologías y el registro de fiestas cívicas dentro del santoral. Igualmente, se leía en él una actitud progresista, que exaltaba la ciencia y las innovaciones técnicas. No obstante, estos elementos discursivos estaban delineados y matizados por la dinámica local en la que fue producido y dado a conocer. Esto se puede comprender con el desarrollo del proyecto editorial, así como en las preferencias ideológicas y el posicionamiento político y social del editor y de sus colaboradores, lo cual podrá apreciarse en los siguientes capítulos.

El *Almanaque Potosino*: el proyecto editorial de Antonio Cabrera

En este capítulo se estudia el proceso editorial que dio vida al proyecto del *Almanaque Potosino*; es decir, se analizan las estrategias y prácticas editoriales desarrolladas por su creador Antonio Cabrera, desde las primeras noticias que dan cuenta de la planeación del proyecto, en 1885, hasta la aparición del número once, en 1898. Por supuesto, esta dinámica se sitúa en el marco de la práctica editorial del México y el San Luis Potosí decimonónico, es decir, en los ámbitos -nacional y local- desde los cuales se lanzó la publicación.

Así, el *Almanaque Potosino* se estudia y comprende junto a los otros proyectos editoriales que lo antecedieron y formaron parte de su entorno editorial inmediato en las esferas local y nacional, esto con el fin de comprender su desarrollo en el marco de las prácticas y las empresas de ediciones en el siglo XIX.

2.1. LA COMPRESIÓN DE UN PROYECTO EDITORIAL: FÓRMULAS Y MEDIACIONES EDITORIALES

Al hablar de fórmulas y mediaciones para el estudio de un proyecto editorial, como lo fue el *Almanaque Potosino*, se hace referencia a los elementos y procesos editoriales que se presentaron desde el momento de su producción hasta el de su circulación entre el público lector, y que son analizados mediante los elementos materiales y bibliográficos de los impresos.

En ese tenor, hay que considerar que son diversas las etapas por las que un proyecto editorial pasa para cobrar vida: no sólo abarca la calidad de la escritura o la impresión, también incluye la de comercialización y difusión.

Ello supone toda una mediación desarrollada por parte del editor, quien le dota de un formato y un contenido textual característico.

En opinión de Chartier, eso que podría identificarse como una fórmula editorial puede entenderse como aquello que “da al objeto forma propia”,¹⁰⁷ que se expresa y puede comprenderse a partir de ciertos caracteres propios del impreso: el tamaño y la extensión de las páginas, el uso de imágenes o el modo en que son colocadas en el texto, la encuadernación, el material de fabricación, los colores y las texturas, el costo de producción y el precio de venta, hasta, finalmente, llegar a considerar la situación social y económica de la casa editorial o del editor.¹⁰⁸

Por supuesto, dicha fórmula, en buena medida, es una creación o construcción propia del editor, aunque él define esos formatos en función del público lector al que estarán dirigidos los impresos. En este sentido, el peso del editor o de la mediación editorial se hace sumamente importante para comprender el desarrollo de un proyecto de publicación, pues no sólo implica la actividad del editor como hombre de negocios. Su quehacer está latente “en las elecciones hechas en función de los públicos a los que apuntan”;¹⁰⁹ es decir, la mediación editorial supone ser la intervención entre autor y lector, sin la cual ese vínculo o comunicación sería poco probable de conseguir.

En síntesis, el editor desempeña un papel cultural sumamente complejo: no sólo opera en la selección de los textos, sino en el negocio del libro y lo impreso, es decir, en la selección y vinculación con los lectores.¹¹⁰ En palabras de Paula Pérez Alonso, los ejes de la actividad editora se componen de

[...] los autores y los lectores, y lo que los vincula —los une o los separa—: los textos. Los autores inician el proceso editorial y los lectores lo completan [...] El editor debe ser sensible a las necesidades y a la producción de los escritores y a los intereses de los diversos lectores [...] ¹¹¹

¹⁰⁷ Chartier, 1995, p. 167.

¹⁰⁸ Chartier, 1995, pp. 168-171.

¹⁰⁹ Chartier, 2000, p. 178.

¹¹⁰ Chartier, 2000, p. 181; Chartier, 2006, p. 59.

¹¹¹ Pérez Alonso, 2002, p. 70.

Sin embargo, también hay que considerar que la creación de este vínculo entre los textos y los lectores, por medio de la práctica editorial, implica otros elementos o intervenciones que configuran esa labor. A decir de Fernando Escalante Gonzalbo, hay una serie de mediaciones de la lectura que definen y limitan el acercamiento del público al trabajo de los editores y los autores de los textos.¹¹² Él sostiene que este campo de posibilidades para leer comienza desde la familia y la escuela, pasa por las librerías y las bibliotecas, llegando a la configuración de una opinión pública en torno al tema de los libros y las publicaciones periódicas, construida a través de la publicidad y la crítica.¹¹³ En ese tenor, el editor tiene que manejar y hacerse presente en esas otras mediaciones, para hacer llegar sus producciones a los lectores, haciendo aún más compleja la operación que realizan.

Lo que también es cierto es que estas formas de llevar a cabo la operación editorial, la relación del editor con esos otros factores mediadores de la lectura, e incluso la misma figura del editor, han mutado con el paso del tiempo, hasta presentarse como un quehacer ajeno a otros oficios o tareas relacionados con el mundo de la cultura escrita o impresa.

Fue en la primera mitad del siglo XIX cuando apareció el oficio de editor como una profesión autónoma y particular. Antes de eso, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, tal quehacer se realizaba junto con el trabajo del impresor y el librero. Como aclara Chartier, más que hablar de editores, se debe pensar en un librero-editor cuando editaban los mismos textos con los que comerciaban, o bien, en un impresor-editor, aquel que podía tener una imprenta y que más bien desarrollaba una labor editora a partir de su conocimiento y el trabajo tipográfico, desde el cual elegía los textos a imprimir. Así, por esos años, el editor:

Vende, además de los libros que él mismo edita, los que obtiene mediante un comercio de intercambio ejercido con sus colegas: les envía en hojas no

¹¹² “No existe un lector genérico, indeterminado, que puede leer cualquier cosa, sino diferentes públicos lectores que se configuran a partir de un conjunto de mediaciones, de modo que no importan los cientos de miles de títulos publicados, no los que son mejores o peores, sino los que resultan asequibles para cada público” (Escalante, 2007, p. 189).

¹¹³ Escalante, 2007, pp. 146-178.

encuadernadas, los libros que ha editado y, a cambio, recibe los libros de los demás librereros-editores. Puede tener su propia imprenta o bien contrata a un impresor para que trabaje para él.¹¹⁴

Se considera que fue hasta el siglo XIX cuando ocurre “la invención moderna del editor como oficio particular, definido mediante criterios intelectuales más que técnicos o comerciales”.¹¹⁵ Así es como apareció el oficio dedicado a la búsqueda de textos y autores, a vigilar y atender un proceso que iba de la impresión y la encuadernación, hasta la difusión y entrega de las obras al público lector.

Desde entonces, al editor no lo definiría la posesión de una imprenta o una librería, sino que “todo gira alrededor de ese empresario singular que se concibe también como un intelectual y cuya actividad se desarrolla en un plano de igualdad con la de los autores”.¹¹⁶ De cierta forma, esa dinámica se ha mantenido aún en el siglo XXI, aunque con importantes matices, como la aparición de las grandes casas o consorcios editoriales.¹¹⁷

Por otro lado, también es cierto que no hubo un desarrollo cabal del proceso en todos los ámbitos espaciales en los que la cultura escrita impresa y la práctica editorial se hicieron presentes. Hay que considerar los desfases y singularidades que se manifestaron en el desarrollo de la edición en el mundo occidental, una muestra de ello es el ámbito decimonónico mexicano, y en particular el caso de Antonio Cabrera como editor de almanaques.

¹¹⁴ Chartier, 2000, p. 38.

¹¹⁵ Chartier, 2006, p. 61.

¹¹⁶ Chartier, 2000, pp. 37-38.

¹¹⁷ Una descripción de lo que abarca actualmente la mediación editorial la ofrece Paula Pérez Alonso cuando dice que: “El editor es responsable del libro desde su contratación hasta su resultado [...] Además, es quien tiene que acompañar todas las etapas de producción y difusión; colabora con el diseñador de interiores y el de la tapa para que exista concordancia entre lo visual y el contenido [...] busca frases de recomendación o elogio de personas prestigiosas que avalen la calidad del libro, trabaja junto con el jefe de prensa y marketing para conseguir la mejor difusión que signifique no sólo asegurar el mercado natural de ese libro sino buscar las formas posibles de trascenderlo; le da la información necesaria al vendedor para que sepa venderlo” (Pérez Alonso, 2002, p. 70).

2.2. EL TRABAJO EDITORIAL EN EL MÉXICO DECIMONÓNICO

A decir de Laura Beatriz Suárez de la Torre, durante el siglo XIX la práctica editorial en México llegó a un momento de expansión, experimentación e introducción de nuevos géneros editoriales no visto hasta entonces. Esa dinámica estuvo definida y ligada tanto a los vaivenes políticos como a la aparición de asociaciones letradas que empezaron a organizarse en ese contexto de transformación y consolidación de vida independiente para el nuevo país, lo que a continuación se estudiará.¹¹⁸

2.2.1. *Los editores en México*

Desde un aspecto social y económico, el trabajo editorial estuvo estrechamente vinculado con el de la imprenta y el comercio de libros e impresos. Siguiendo las reflexiones de Chartier, podría decirse que en el México decimonónico hubo una importante presencia de editores-impresores y editores-libreros, cuya labor como editores empresarios se fue distinguiendo e individualizando sólo al final de la centuria. Desde ese momento se consolidó la idea de un negocio y un trabajo definidos por la imprenta, los impresos y los libros.

Los talleres tipográficos desarrollaron procesos de producción que llevaron a sistematizar la labor de los cajistas, tipógrafos, correctores, encuadernadores y aun de los escritores que trabajaban para los impresores-editores. Fue una sistematización casi industrial que se desarrolló incluso antes de que la imprenta se consolidara como una industria mecanizada, lo que ocurrió hasta el cambio de los siglos XIX y XX.¹¹⁹ Pese a ello, fue constante la inversión e introducción de innovaciones tecnológicas desarrolladas para las artes tipográficas, que poco a poco se observaron en las publicaciones.¹²⁰

¹¹⁸ Suárez, 2005, p. 24.

¹¹⁹ Zetina explica que esto se dio con la introducción de la prensa rotativa, que puso en desventaja a las imprentas de prensa plana, comunes en el siglo XIX, pues no podían competir con los grandes tirajes que posibilitaba esa nueva forma de imprimir, introducida con el nuevo siglo (Zetina, 2002, p. 16; González, 2001, p. 50; Pérez Salas, 2001, p. 147).

¹²⁰ Al final de siglo, en muchas imprentas se empleaban tecnologías de punta, como el linotipo; se usaba la cromolitografía, el fotograbado, el rotograbado y la policromía (Bazant, 2010, p. 230).

Por otro lado, se debe señalar que esta labor editorial estuvo altamente desarrollada en el centro del país, principalmente en las urbes que tuvieron una imprenta desde el establecimiento de la Monarquía hispánica en el Nuevo Mundo o durante la consolidación del sistema virreinal. Tal fue el caso de las ciudades de México (1539), Puebla (1642), Oaxaca (1720), Guadalajara (1793) y Veracruz (1794). En ese aspecto, las otras ciudades y entidades tuvieron sus imprentas hasta el inicio de la conformación del nuevo país, en particular durante los años veinte y treinta del siglo XIX, con la introducción de las imprentas de los gobiernos locales.¹²¹

La Ciudad de México se posicionó como el centro de operaciones de lo que Nicole Giron Barthe identifica como los “empresarios culturales”, es decir, los editores, impresores y libreros que desarrollaron prolongados y complejos proyectos culturales. En la primera mitad del siglo XIX descollaron nombres como los de Mariano Zúñiga y Ontiveros, Juan Bautista de Arizpe, José Mariano Lara, Ignacio Cumplido, Vicente García Torres, Mariano Galván, Manuel Murguía y el catalán Rafael de Rafael y Vilá.¹²²

Ya en la segunda mitad apareció una nueva generación de editores que estuvo presente hasta finalizar el siglo, por ejemplo: José María Andrade, Felipe Escalante y Francisco Díaz de León. En particular, durante las dos últimas décadas de dicho siglo figuraron como editores Filomeno Mata, la viuda de Charles Bouret (Ana Faustina Esnault), Santiago Ballescá, Ireneo Paz y Manuel Caballero. Del mismo modo, por esos años se contaron con ediciones de la Secretaría de Fomento, del Museo Nacional y de la Escuela de Artes y Oficios.¹²³

Desde un plano político, se debe mencionar que estos editores, impresores y libreros se posicionaron dentro de los regímenes políticos que se sucedieron a lo largo del siglo.¹²⁴ También hay que considerar que estos regímenes

¹²¹ Para el periodo de 1821 y 1853, el número de imprentas que registra Stapples es de 200 en la Ciudad de México, 43 en Puebla, 32 en Guadalajara, 15 en Oaxaca, 13 en Mérida y 10 en Guanajuato, más su respectiva imprenta del gobierno (Stapples, 2010, p. 118; Pompa, 1988).

¹²² Giron, 2001, p. 52; Suárez, 2005, p. 11.

¹²³ Flamenco, 1987, p. 204; Suárez, 2005, pp. 11-17; Torre, 2009, pp. 157-164; Macías, 2008, pp. 203-235.

¹²⁴ Ahí está un José Mariano Fernández de Lara apoyando la causa monarquista en las primeras décadas del siglo; un Rafael del Castillo ligado al gobierno conservador y centra-

establecieron pautas legales de control al trabajo editorial, que seguían los intereses políticos de cada gobierno. En este sentido, Florence Toussaint explica que las leyes de imprenta que afectaron el trabajo editorial del siglo XIX tuvieron dos ejes rectores: “Por un lado, la censura, el control de los impresos, las restricciones a la difusión de ideas contrarias al poder. De otra parte, la libertad para expresarse, la apertura a nuevas publicaciones, el aliento a periodistas y escritores”.¹²⁵

Así es como se sucedieron diferentes etapas de censura y libertad de impresión,¹²⁶ pero es a mediados del siglo cuando mejor se aprecia este fenómeno con la “Ley Lares” (1853), de corte centralista y conservador, que buscaba un control de lo publicado, y la “Ley Zarco” (1861), antítesis de la primera y creada bajo un gobierno de corte liberal, que estuvo vigente por dos décadas.

El siglo XIX terminó con las reformas que el gobierno del presidente Manuel González (1880-1884) promovió a la Ley Orgánica de Libertad de Imprenta durante los años de 1881 y 1883, y que se empezaron a aplicar con la reelección de Porfirio Díaz como presidente del país en 1884. Desde ese momento imperó la llamada “Ley Mordaza”, que supuso restricciones para la libertad de impresión y una extensión de la capacidad del gobierno para procesar y castigar los “delitos de imprenta”.¹²⁷

Fuera de estas constricciones político-legales, desde un plano intelectual y cultural, los editores e impresores asumieron una labor destinada a la instrucción y a la educación de los mexicanos, “se empeñaron en auxiliar

lista de Antonio López de Santa Anna, para el que incluso sirvió como diplomático; o bien, un Ignacio Cumplido publicando periódicos de tendencia liberal en la década de 1840; y un Filomeno Mata opositor al régimen dictatorial de Porfirio Díaz (Rodríguez, 2001, pp. 166-167; Toussaint, 2006).

¹²⁵ Toussaint, 2006, p. 14.

¹²⁶ Por ejemplo, desde 1834 hubo decretos que suprimieron las restricciones a lo impreso y a la circulación de libros, como el expedido durante el gobierno de Valentín Gómez Farías, que suprimía y desconocía las prohibiciones impuestas por la Iglesia a los “libros prohibidos” (Stapples, 2010, pp. 112-113).

¹²⁷ Fue así que al final de siglo abundaron los impresos subvencionados por el gobierno de Díaz, y al mismo tiempo, una considerable represión en contra de impresores y editores, quienes fueron llevados a la cárcel, desterrados, violentados, o bien, tuvieron que vivir la pérdida de sus talleres de imprenta (Camarillo, 2005, p. 158; Toussaint, 2006, p. 31).

a la edificación de una nación culta y civilizada —símbolo de un anhelado progreso— difundiendo la legislación moderna y fomentando el afecto a las ciencias, las artes y las bellas letras”.¹²⁸ A través de la lectura de sus obras, pretendían conformar un nuevo ciudadano e infundir en él formas de vida “civilizadas”, así como a desarrollar una conciencia de *lo nacional*.¹²⁹

Fue así que la mayoría de los proyectos editoriales, ya fueran revistas, periódicos, libros, diccionarios, almanaques o folletos, asumieron el epíteto de mexicanos, como una forma de identificar su trabajo y a sus potenciales lectores.

2.2.2. *El auge editorial decimonónico*

Entre los muchos factores que Elisa Speckman toma en cuenta para explicar lo que identifica como un “auge editorial” en el siglo XIX, están: el incremento en la población, el crecimiento de las urbes y las políticas alfabetizadoras; el desarrollo de tecnologías en la tipografía y las comunicaciones; la influencia de corrientes culturales civilizatorias provenientes de Europa y Estados Unidos de América y, en un ámbito intelectual, el surgimiento de ideas y debates con respecto a la formación del Estado y una intensa discusión a propósito de la conformación de una identidad nacional con la que se pudieran identificar los ciudadanos.¹³⁰

A comienzos del siglo, la mayoría de las imprentas hacían trabajos a pequeña escala: imprimían folletos o “papeles” y material administrativo, aunque también producían anuncios y volantes. Las imprentas del gobierno publicaban leyes y gacetas oficiales.¹³¹ Ya en plena época independiente la producción impresa se transformó, los editores-impresores se aventuraron con géneros editoriales que implicaban nuevas formas de producción y circulación:

A los distintos periódicos de corte político se sumaron los folletos de la más diversa índole —de corte polémico, de carácter religioso, de contenido cien-

¹²⁸ Alonso, 2001, p. 554.

¹²⁹ Suárez, 2001, p. 131.

¹³⁰ Speckman, 2005, p. 47; Mora, 2001, p. 386.

¹³¹ Guerra, 1993, p. 282; Stapples, 2010, p. 118.

tífico—, entre otros muchos temas; las revistas literarias hicieron su entrada triunfal en el ámbito de la cultura nacional, los calendarios representaron un negocio constante y, como un último ejemplo, las novelas encontraron la acogida favorable de un público lector cada día mayor.¹³²

Hay que aclarar que géneros como el de los almanaques o calendarios, gacetas, folletos o catecismos, ya circulaban desde el siglo XVI, pero durante el XIX se dio una reformulación de los formatos y la introducción de nuevos géneros literarios. Un factor importante fue la influencia de los modelos editoriales de Europa y Estados Unidos, además de que hubo importantes colaboraciones entre las casas editoriales de esas regiones y los editores mexicanos.¹³³

En este sentido, el género de los periódicos, que registra su aparición desde el siglo XVIII, fue una de las expresiones impresas que se mantuvo a lo largo de todo el XIX.¹³⁴ Entre los títulos representativos de los editores más prolíficos estaban *El Siglo Diez y Nueve*, *El Universal*, *Monitor Republicano* y *El Tiempo*, que empezaron a circular desde mediados de siglo.¹³⁵ Hacia el último tercio del siglo aparecieron *El Socialista* (1871-1888), *El Hijo del Trabajo* (1876-1884), *La Revolución Social* (1878), *El Republicano* (1879-1881), *El Diario del Hogar* (1881) y *El Hijo del Ahuizote* (1885), todos ellos caracterizados por su fuerte oposición al régimen de Porfirio Díaz.¹³⁶

Respecto a las revistas, el género de lo impreso se hizo presente con proyectos editoriales como *El Recreo de las Familias*, *El Mosaico Mexicano* (1837), que destacó por ser la primera publicación ilustrada de México, *El Museo Mexicano* (1843-1846), *El Presente Amistoso*, *El Álbum Mexicano*, *La Ilustración Mexicana* y *El Liceo Mexicano*.¹³⁷

En un principio, estas publicaciones tenían un carácter general, es decir, su temática abarcaba diferentes ámbitos del conocimiento y de las letras,

¹³² Suárez, 2005, p. 9; Speckman, 2005, p. 48.

¹³³ Suárez, 2005, p. 18; Pérez Salas, 2001, p. 147.

¹³⁴ Torre, 2009, p. 97.

¹³⁵ Rodríguez, 2001, p. 162; Suárez, 2005, pp. 13-14; Suárez, 2001, p. 140.

¹³⁶ Torre, 2009, pp. 109-111.

¹³⁷ Suárez, 2005, p. 15.

como *El Mosaico Mexicano*.¹³⁸ Más tarde, poco a poco comenzó a darse una especialización, tanto en públicos como en temas. Ahí se tiene el *Año Nuevo* (1837-1840), de carácter literario; *El Registro Trimestral* (1832-1833); y, la *Revista Mexicana* (1835-1836), de carácter científico.¹³⁹

Dentro de los proyectos editoriales del siglo XIX también se cuentan otros que no estaban marcados por una periodicidad y que supusieron una complejidad especial. Enciclopedias, diccionarios, atlas, historias y novelas, fueron publicados bajo el sello de los más importantes impresores de la época, o bien, bajo casas editoriales extranjeras cuyo trabajo era contratado para imprimir y encuadernar los trabajos de los editores y letrados mexicanos. Entre esos proyectos se encuentran el *Diccionario universal de historia y de geografía* (publicado entre 1853-1856), el *Atlas geográfico, estadístico e histórico* de Antonio García Cubas, *México y sus alrededores* y *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1854), ambos por varios autores. Ya en las últimas décadas aparecieron otros, como *El libro rojo* (1870) de Vicente Rivapalacio, Manuel Payno y otros; *México a través de los siglos*, coordinado por Rivapalacio; el *Primer almanaque histórico, artístico y monumental de la república mexicana* (1883) y el *México en Chicago* (1893), estos dos últimos de Manuel Caballero.¹⁴⁰

Las estrategias que siguieron los editores para presentar sus productos al público fueron vastas y hablan de una comercialización y circulación amplia de lo impreso. En primer lugar, se pueden destacar los puntos de venta de libros, periódicos, revistas y folletos, es decir, los cajones, alacenas y librerías que se encontraban situados en las urbes principales del país. Los cajones eran pequeños puestos que estaban sobre ruedas para transportarse con facilidad, en las que se expedían variadas mercancías; las alacenas eran tiendas de mayor tamaño conformadas por anaqueles y armarios fijos, tenían mostrador para atender el público y puertas y, lógicamente, su mercancía era más abundante.¹⁴¹

Las librerías suponían espacios más amplios para la venta exclusiva de lo impreso, e incluso algunas se presentaban como “librerías y papelerías”, en donde también se distribuían productos muy variados, como medicinas y per-

¹³⁸ Ruiz, 2001, p. 530.

¹³⁹ Bazant, 2010, p. 222; Suárez, 2001; Ortiz, 2004; Vázquez, 1987.

¹⁴⁰ Suárez, 2005, p. 17; Pi-Suñer, 2001, p. 417; Caballero, 1893, King, Leonard & Cia.

¹⁴¹ Guiot, 2001, p. 236.

fumes.¹⁴² Cabe recordar que algunos editores e impresores tenían sus propias librerías, mientras que algunos libreros editaban publicaciones que vendían en sus espacios.¹⁴³ Además de que también se podían adquirir en las mismas imprentas o en las casas de los autores y editores.

Tampoco hay que olvidar que existieron espacios para la lectura que no implicaban la adquisición o la compra de los impresos. Ahí estaban los gabinetes de lectura, que alquilaban lo publicado por una renta mensual, así como los cafés, que permitían circular los impresos entre los comensales.¹⁴⁴ También estaban las escuelas y las bibliotecas públicas que se fueron instalando a lo largo del siglo, como espacios importantes para la lectura.¹⁴⁵

Sea como fuere, cada proyecto editorial supuso estrategias de difusión específicas y particulares, y cada editor creó sus propias redes de distribución para atender a su potencial público. Igualmente, en cada ámbito geográfico se desarrollaron prácticas editoriales distintas, o bien, se fueron implementando en momentos diferentes. No era lo mismo ser impresor, librero o editor en la Ciudad de México, que serlo en la ciudad de San Luis Potosí o en cualquiera otra.

2.3. EL TRABAJO EDITORIAL EN EL SAN LUIS POTOSÍ DECIMONÓNICO

En San Luis Potosí, la práctica editorial no estuvo muy alejada de la dinámica antes mencionada. Sin embargo, allí vivió un momento de auge y despunte del trabajo de los impresores, libreros y editores de manera tardía, sólo si se le compara con otros centros editoriales del país.

Hay que tener presente que la introducción de la imprenta en este espacio geográfico se produjo en 1823, en el pueblo de Armadillo, mientras que en la capital no se estableció sino hasta 1827. De tal suerte que empresas editoriales de larga duración y de amplia difusión no se vieron hasta mediados del siglo, cuando comenzó a experimentarse con géneros editoriales nuevos.¹⁴⁶

¹⁴² Guiot, 2001, p. 236.

¹⁴³ Bermúdez, 2010, p. 134.

¹⁴⁴ Díaz, 2005, pp. 75-88; Vázquez, 1987, p. 88.

¹⁴⁵ Herrera, 1987, pp. 22-56.

¹⁴⁶ Montejano, 1965; Montejano, 1969; Penilla, 1952.

2.3.1. Imprentas, editores y proyectos editoriales

En San Luis Potosí, en las décadas cincuenta y sesenta del ochocientos, se instalaron empresas tipográficas, litográficas y encuadernadoras como las de José María Dávalos, Abraham Exiga y Silverio María Vélez, las cuales continuaron hasta finales del siglo, junto a otras como la Imprenta del Comercio, la imprenta de la Escuela Industrial Militar, auspiciada por el gobierno estatal, la imprenta del Eco de la Moda y la de Juan Kaiser (véase el cuadro 2).¹⁴⁷

A lo largo de esa segunda mitad de siglo, las empresas tipográficas introdujeron poco a poco una serie de innovaciones técnicas, como las que anunciaba la imprenta del Comercio, cuyo dueño: “ha introducido notables mejoras, a fin de que las personas que se sirvan ocuparlo queden del todo satisfechas, pues al efecto ha recibido últimamente los mejores tipos y nuevas prensas mecánicas”.¹⁴⁸

Por otro lado, una imprenta como la Tipografía de Dávalos fabricaba “toda clase de trabajos, como tarjetas, brevets, facturas, conocimientos, esquelas, avisos, croquis, viñetas, vistas, planos, mapas, dibujos, caricaturas, copias de imágenes de santos, retratos, bien del natural, bien de fotografía, u otros, etc. etc”.¹⁴⁹ Con todo esto, con el paso de los años se imprimieron cada vez más publicaciones periódicas, ya fueran diarios, revistas, almanques, anuarios y libros. Y a pesar de que algunos tuvieron una vida muy efímera, pues no pasaban de los dos o tres números, otros casos lograron circular por décadas.¹⁵⁰

Un ejemplo de lo anterior es el periódico que se produjo desde la redacción y las imprentas del gobierno estatal, que bajo diferentes nombres se publicó como un órgano editorial que daba a conocer los decretos, ordenanzas, leyes y decisiones tomadas por ese poder. Los diferentes nombres de esta publicación fueron: *La Sombra de Zaragoza* (1867-1876), luego *La Unión De-*

¹⁴⁷ *La Voz de San Luis*, 14 enero 1883, t. I, núm. 1, col. 2, p. 3; *La Voz de San Luis*, 24 junio 1883, t. I, núm. 24, col. 4, p. 3; *El Estandarte*, 22 abril 1890, año VI, núm. 11, col. 5, p. 3; Castillo, 1891, p. 76.

¹⁴⁸ *La Voz de San Luis*, 3 de enero 1884, t. II, núm. 1, col. 1-4, p. 4.

¹⁴⁹ *Segundo Calendario Potosino*, 1863.

¹⁵⁰ Montejano, 1982.

**Cuadro 2. Imprentas y litografías en la ciudad de San Luis Potosí,
1880-1890**

	Dueño (administrador)	Razón social	Domicilio	Giro
1	Sin dato (s. d.)	Imprenta del Eco de la Moda	Plaza Principal	Imprenta
2	s. d.	Imprenta del Comercio	s. d.	Imprenta
3	s. d.	Imprenta del “Estandarte”	Plazuela de Colón	Imprenta
4	Antonio D. Rentería	s. d.	2° de Trancas	Litografía
5	Bruno García	s. d.	3° de Zaragoza	Imprenta
6	Cárdenas Marcelino (Administrador)	Escuela de Artes para Mujeres	s. d.	Imprenta
7	Carlos Dávalos	Imprenta de Dávalos	4° de Maltos 33 (1890) 2° de Catedral (1891)	Imprenta
8	Esquivel y Salas (1884-1886) M. Esquivel (1890)	Esquivel y Salas M. Esquivel y Compañía (1890)	1° de Zaragoza 1	Imprenta, Litografía
9	Faustino Leija	s. d.	3° de Tlaxcala	Imprenta
10	José María Dávalos	s. d.	Plaza S. Francisco	Imprenta
11	Juan Kaiser	Al Libro Mayor	s. d.	Imprenta, Litografía
12	Pedro Cuadrillo	s. d.	2° calle de Xicotécatl	Litografía
13	Primo Feliciano Velázquez	s. d.	1° de Rayón	Imprenta

14	Ramón Muñoz	s. d.	2° de Aldama	Litografía
15	Ricardo Barbosa	s. d.	Plazuela del Carmen	Imprenta
16	Secundino Gándara	s. d.	1° de Catedral	Imprenta
17	Silverio Vélez (1884-1886) Vélez e hijos (1891)	Imprenta de Vélez	1° de Guerrero	Imprenta
18	Vicente Exiga (administrador) (1884-1886) Ramón Muñoz (1891)	Escuela de Artes para Hombres (1884-1890) Imprenta de la Escuela Industrial Militar (1890)	2° de Fuente	Imprenta, Litografía (1890)

Fuentes: *La Voz de San Luis*, 14 enero 1883, tomo I, núm. 1, col. 2, p. 3; *El Estandarte*, 4 noviembre 1886, año II, núm. 184, col. 4, p. 4; *El Estandarte*, 22 mayo 1887, año III, núm. 240, col. 3-4, p. 3; *El Estandarte*, 17 abril 1890, año VI, núm. 8, col. 4, p. 4; *Periódico Oficial*, 9 febrero 1887, año XIII, núm. 841, col. 2, p. 3; *Periódico Oficial*, 9 febrero 1887, año XII, núm. 841, col. 2, p. 3; Castillo, *Guía del Viajero*, 1891, p. 76; Mata, *Anuario Universal*, 1884.

mocrática (1876-1885), y finalmente, *Periódico Oficial del Gobierno del Estado* (1885), que sigue vigente hasta el día de hoy.

Fuera de ese ámbito oficial, otros productos de la prensa con amplia duración fueron *La Voz de San Luis* (1883-1884), *El Estandarte* (1885-1912) y *El Contemporáneo* (1896-1911), que además se interesaron por dar a conocer los acontecimientos políticos, sociales y culturales de San Luis Potosí. Aparte de periódicos, las revistas fueron otro de los géneros de lo impreso que se presentaron en la entidad, siendo uno de ellos *La Ilustración Potosina* (1869-1870), un parteaguas para las publicaciones periódicas hechas en San Luis Potosí, pues, además de haber contado con la colaboración de letrados locales y de la Ciudad de México, fue publicada con abundantes imágenes y

textos de variado contenido. Su éxito fue tal que los primeros números fueron reimpresos a petición de los suscriptores.¹⁵¹

Otras publicaciones que aparecieron por esos años se destinaron a públicos muy específicos, ya fueran mujeres o niños, creyentes católicos u obreros, para ellos hubo títulos como: *El Álbum de las Señoritas* (1865), *La Fe. Periódico Religioso y Literario de la Sociedad Católica de San Luis Potosí* (1870), *El Pensamiento Católico* (1880), *El Expositor Escolar. Para Niños* (1880) y *El Obrero Potosino* (1880-1881). Los periódicos y revistas no fueron los únicos materiales que circularon para la lectura, otros, como los almanaques o calendarios y guías de viajeros, que ya tenían una longeva presencia en ciudades como México y Puebla, fueron géneros que se introdujeron en el ámbito potosino a mediados y finales del siglo XIX. Uno de ellos fue el *Calendario Potosino* de Genaro Dávalos, que probablemente comenzó a publicarse desde 1862. Mientras que Rafael del Castillo dio vida a la que quizá sea la primera *Guía del Viagero de San Luis Potosí* (1891).

En esa época también surgieron otros proyectos editoriales que pretendieron ser de mayor envergadura. Quizá uno de los más representativos sea la *Historia de San Luis Potosí*, escrita por Manuel Muro, quien en 1891 buscó el apoyo del gobierno local para gestionar los recursos necesarios que le permitieran pagar la impresión de su obra, algo que dio por resultado tres tomos de más de 500 páginas y con ilustraciones (véase cuadro 3).¹⁵²

Detrás de todos estos proyectos estuvo el trabajo de editores, impresores, letrados y libreros como Rafael del Castillo, Bartolo Guardiola y Primo Feliciano Velázquez, que dieron vida pública a lo escrito.¹⁵³ Por supuesto, entre ellos se encontraba Antonio Cabrera, cuyo itinerario es significativo en este ámbito, no sólo por publicar sus almanaques, sino porque gran parte de su vida estuvo entregada al mundo del libro y lo impreso.

¹⁵¹ Clark, 1989, pp. 32-38.

¹⁵² AHESLP, Ayuntamiento, 1891.5, f. 14.

¹⁵³ Zetina, 2002.

Cuadro 3. Agencias de publicaciones, encuadernación y librerías en la ciudad de San Luis Potosí 1880-1890

	Dueño	Nombre	Domicilio	Giro
1	Ana María de Danne	s. d.	s. d.	Librería
2	Antonio Cabrera	s. d.	2° de Allende	Agente de Publicaciones Encuadernaciones Librería
3	Carlos Bouret	s. d.	1° de Zaragoza	Papelería (1884, 1885, 1886) Librería (1885-1886)
4	Carlos Ríos	s. d.	3° de Zaragoza 3° Cinco de Mayo (1890)	Encuadernaciones
5	Cástulo Taméz	Támes Hermanos	2° de Zaragoza	Agente de Publicaciones (1884) Librería (1885-1886)
6	Diego Fonseca	s. d.	1° de Catedral (1884) 3° 5 de Mayo (1885-1886)	Encuadernaciones
7	Esquivel y Salas M. Esquivel y Co. (1890)	s. d.	1° de Zaragoza	Agente de Publicaciones Papelería Encuadernación (1890) Librería (1890)

8	Francisco Vázquez	s. d.	1° de Allende	Agencia de Publicaciones Librería
9	G. Gedovius	s. d.	1° de Hidalgo	Papelería
10	J. Vázquez	s. d.	1° de Allende	Agente de Publicaciones
11	Joaquín Galicia	s. d.	s. d.	Encuadernación
12	José Norwood	s. d.	Plaza de hidalgo, bajo del Hotel San Carlos	Agencia de Publicaciones
13	Juan Kaiser	Al Libro Mayor	1° Zaragoza No. 3	Librería Papelería
14	Max A. Philipp y Co.	s. d.	1° de Hidalgo y 2° de Juárez	Papelería
15	Ramón F. Parres	s. d.	1° de Zaragoza	Agencia de Publicaciones

Fuentes: *Periódico Oficial*, 14 enero 1886, tomo XI, núm. 748, col. 4, p. 4; *Periódico Oficial*, 9 febrero 1887, tomo XII, núm. 841, col. 4, p. 2; *Periódico Oficial*, 5 febrero 1887, tomo XII, núm. 840, col. 2, p. 2; Cabrera, *Cuarto Almanaque Potosino*, 1888.

2.3.2. Antonio Cabrera, de encuadernador a editor

El itinerario de Antonio Cabrera (véanse las figuras 1 y 2) dentro de la cultura escrita e impresa del siglo XIX de San Luis Potosí, lo coloca en un sitio importante de este fenómeno cultural, es decir, en el de la escritura, la edición y la circulación de los impresos. En este sentido, su trabajo editorial fue parte de varios negocios que le llevaron a integrarse al mundo del libro y lo impreso.

Antonio Cabrera nació el primero de octubre 1847 en la ciudad de San Luis Potosí y murió en la Ciudad de México el 10 de enero de 1923. Destacó en el mundo de la encuadernación desde 1875, cuando abrió en su ciudad natal un taller de encuadernación llamado “Encuadernación y Agencia de Publicaciones de Antonio Cabrera”, en el que hizo trabajos para distintas ins-



Figura 1. Antonio Cabrera.

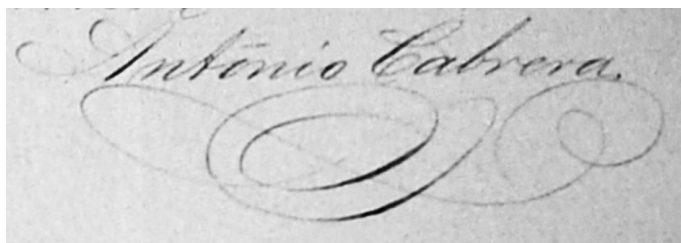


Figura 2. Rúbrica de Antonio Cabrera.



Figura 3. Sello del negocio de encuadernación de Antonio Cabrera, encontrado en la obra *México en Chicago*, de Manuel Caballero, publicado en 1893. Fuente: CDHRMA.

titaciones locales, como lo expresara en una carta dirigida al Ayuntamiento de la ciudad, institución a la que en ese momento ofrecía sus servicios:

Debo aquí manifestar, porque así es la verdad que acostumbro ser formal en la contrata de libros, como lo pruebo con la que tuve a la Biblioteca del Instituto, y otros particulares, y además el llevar construidos la significativa cifra de 3,473 libros desde que decidí ser empleado de este R. Ayuntamiento.¹⁵⁴

El éxito en su labor es considerable, pues se mantuvo en el negocio de manera constante, a pesar de competir con el trabajo de otros encuadernadores, como Diego Fonseca, quien al mismo tiempo que Cabrera ofreció su trabajo a la corporación municipal, por lo que se vieron envueltos en una disputa para decidir la fabricación de los libros en blanco que serían usados por el registro civil de la ciudad, esto en 1882.¹⁵⁵

Igualmente, su éxito se aprecia cuantitativamente, pues como Cabrera declaraba, en 1881 eran más de tres mil los libros encuadernados o fabricados por él. Para 1895, la cifra subió a 12 900, según se registraba en un

¹⁵⁴ AHESLP. Ayuntamiento, 1881.5, f. 2, reverso.

¹⁵⁵ AHESLP. Ayuntamiento, 1881.5, ff. 3-4.

aviso publicitario; mientras que un libro encuadernado por él en 1901, lleva consigo un sello donde se indica un número de fabricación, en el que se registra como el 15 205 (véase la figura 3). Sean precisas o no estas cifras, dejan en claro la importancia que adquirió Cabrera como encuadernador a escala local.¹⁵⁶

En este sentido, su papel de hombre de negocios giró en torno al libro y a las publicaciones periódicas. Fue dueño de una librería y de una agencia de publicaciones desde la que distribuía impresos y libros localmente.

También estaba suscrito a periódicos y casas editoriales internacionales, por lo que tenía la posibilidad de poner a disposición del público local las obras que le llegaban de otros lugares del país y del extranjero:

Recibe directamente de Europa y Estados Unidos y del País toda clase de publicaciones y libros sobre todas materias y en todos idiomas, finos, ilustrados y corrientes, que se realizan á precios equitativos.

¡Baratura sin igual! ¡Eficacia en los pedidos! ¡Actividad y buena fe en el desempeño de las comisiones!¹⁵⁷

De esta manera, su negocio creció y terminó denominándosele: “Encuadernación, Librería, Agencia de Publicaciones Nacionales y Extranjeras de Antonio Cabrera”.¹⁵⁸

A partir del 1 de diciembre de 1885 su empresa se extendió a la apertura de un gabinete de lectura, donde la principal operación era la de alquilar libros con un pago o suscripción mensual. Se sabe que ese gabinete seguía vigente aún en 1891, aunque se desconoce la fecha precisa de su clausura.¹⁵⁹

¹⁵⁶ AHESLP, Mapas y Planos, Plano de la Ciudad de San Luis Potosí, *Edición del Noveno Almanaque Potosino*, años de 1895 y 1896; CDHRMYA. 917.3, 1898; Manuel Caballero, 1893. Alcorta ofrece otra cifra respecto a la actividad de encuadernador, pues dice: “Como prueba de su laboriosidad tan solo en lo que al ramo de encuadernación se refiere es de consignarse el hecho de —citado en una de sus publicaciones— de haber encuadernado en dicho taller, hasta el año de 1905, mas de 20,000 volúmenes” (Alcorta, 1957, p. 3).

¹⁵⁷ AHESLP, Mapas y Planos, Plano de la Ciudad de San Luis Potosí, *Edición del Noveno Almanaque Potosino*, años de 1895 y 1896.

¹⁵⁸ Cabrera, *Almanaque Potosino*, 1885.

¹⁵⁹ *El Estandarte*, 20 de diciembre 1885, núm. 95, año 1, p. 3, col. 3.

Este espacio público para la lectura pudo haberlo puesto en contacto con lectores y letrados que lo impulsaran a desarrollar proyectos editoriales. Pues esta ampliación de su empresa coincide con la publicación del *Almanaque Potosino*, que marcó el inicio de una serie de proyectos editoriales en los que también participó como autor. Así, este gabinete, y el mismo trabajo como librero y agente de libros, le pudo haber abierto las puertas al mundo literario y científico de San Luis Potosí, así como al de las publicaciones periódicas y los impresos.

En el caso del *Almanaque Potosino*, esta publicación anual fue editada entre 1885 y 1918. Dicha colección alcanzó un total de doce volúmenes, pues a pesar de programarse su publicación anual tuvo un paréntesis entre el undécimo (1898) y el doceavo almanaque (1917).

A la par de la publicación de los almanaques, otros trabajos que presentó fueron los *Apuntes históricos, geográficos y administrativos referentes al estado de San Luis Potosí* (1890), así como otro concerniente a la *Ciudad de San Luis Potosí* (1891).

Dentro del esquema de los trabajos seriados se encuentra otro que, al parecer, pretendía constituirse en una publicación anual semejante a la de los almanaques, a saber, *El Estado de San Luis Potosí*.¹⁶⁰ Aunque, sólo se alcanzaron a publicar dos volúmenes: *El Estado de San Luis Potosí, el Partido de la Capital* (1902) y *El Estado de San Luis Potosí, el Partido de Santa María del Río* (1906), lo más probable es que entre sus objetivos estuviera el de publicar un libro para cada uno de los partidos del estado.¹⁶¹

Otra de las obras editadas con un carácter serial fue su *Anuario del Comercio. Directorio Administrativo* (1903), que también formaba parte de una colección de directorios de los que sólo vio la luz este primer volumen. Al parecer, estaba proyectada la publicación de directorios sobre la industria, los profesionales, las artes y oficios, la agricultura, los cónsules, los cultos y

¹⁶⁰ Al menos eso deja ver un anuncio en el que aparecía: "Autor y Editor de varias obritas importantes y útiles PLANOS MURALES referentes al Estado de S. Luis Potosí, con especialidad las publicaciones anuales el 'Almanaque Potosino' y 'El Estado de S. Luis Potosí'" (AHESLP, Mapas y Planos, 912 S2 1902, Carta Geográfica del Partido de la Capital del Estado de San Luis Potosí, 1902).

¹⁶¹ Alcorta y Pedraza, 1941, pp. 87-95; Alcorta, 1957, pp. 4-7.

las asociaciones en general.¹⁶² También fue director de un periódico llamado *El Bibliófilo* (1886-1887, 1899), editado con el propósito de funcionar como catálogo de los libros y publicaciones periódicas que había en su librería.¹⁶³

Finalmente, cabe destacar su interés por la cartografía, evidente en las seis ediciones de mapas y planos de la ciudad y del estado de San Luis Potosí, que fueron publicadas entre 1890 y 1905. Algunos de estos mapas formaron parte de sus obras seriadas, por lo que aparecían como una sección integral de los impresos, tal es el caso de los almanaques, aunque fueron también publicados y puestos a la venta de manera individual.

2.4. EL *ALMANAQUE POTOSINO*

Como se puede apreciar, el *Almanaque Potosino* estuvo inscrito en una particular actividad económica a la que su editor, Antonio Cabrera, estuvo dedicado desde sus 30 años de edad. Por lo que este aspecto comercial definió el itinerario del proyecto editorial. En este sentido, el *Almanaque Potosino* formó parte de la empresa dirigida por Antonio Cabrera, la cual se inauguró con esta misma publicación anual.

Por otro lado, el librero y encuadernador se posicionó como el “reintroducir” de este género en el ámbito local, en un momento en el que los almanaques o calendarios, como fórmulas editoriales, estaban sufriendo importantes transformaciones en el ambiente editorial mexicano.

Uno de esos grandes cambios, según explica Quiñones, estaba en su misma denominación, pues dejaron de publicarse como calendarios para pasar a identificarse como almanaques. Ella explica que “al mediar los setenta [del siglo XIX] los calendarios comenzarán a ser escuetos, en los ochentas adoptarán rasgos de periódicos que se anuncian objetivos, noticiosos (declarativamente más informativos que editoriales de editorializantes), donde van abundando los anuncios y que en los noventas llegan al gran tiraje”.¹⁶⁴ Incluso,

¹⁶² Alcorta y Pedraza, 1941, pp. 93-94.

¹⁶³ Montejano, 1982, p. 62.

¹⁶⁴ Quiñones, 1994, p. 111.

sostiene que este género editorial se vincula y retoma algunas características de las guías de forasteros, y de directorios o anuarios, típicos al final del siglo.

Por otro lado, Suárez explica que al sucederse estos cambios, los almanaques y calendarios entraron en una etapa de declive en su producción, especialmente entre 1880 y 1890, causada en parte por el desinterés del público y de los editores, quienes buscaron explotar otros tipos de géneros o publicaciones.¹⁶⁵ Sin embargo, eso no significó que el género desapareciera; el mismo almanaque de Cabrera es muestra de ello. Además, la publicación del *Almanaque Potosino* se realizó en un ámbito totalmente distinto al que se refieren las anteriores observaciones, más centradas en la Ciudad de México y no en ámbitos locales o regionales del resto del país, como lo fue la ciudad y el estado de San Luis Potosí.

2.4.1. Antecedentes y contexto editorial del proyecto de Antonio Cabrera

En la presentación que Antonio Cabrera escribió para el cuarto *Almanaque Potosino*, celebraba el haber llegado a ese número de publicación, y más por haberlo hecho de manera continuada. Estas eran sus palabras: “Puedo asegurar también, que de libros de la naturaleza del presente, que han sido publicados en esta ciudad, ninguno ha podido sobrevivir ni dos años, y mi Almanaque lleva ya, por favor del público, cuatro años de existencia sin interrupción”.¹⁶⁶

Es difícil precisar y ubicar el momento en el que el género del almanaque se hizo presente en San Luis Potosí, al menos antes de los publicados por Cabrera. Sin embargo, su comentario es un buen indicio de que los hubo, y si se atiende a su opinión, si bien sesgada, pues evidentemente su propósito es propagandístico, es posible pensar que las publicaciones precedentes no circularon de forma tan amplia como lo hizo el *Almanaque Potosino*.

Lo anterior se puede contrastar a partir del presente, y la casi nula presencia de este tipo de materiales en los fondos bibliográficos locales o su escasa mención en los catálogos de impresos producidos en San Luis Potosí. Esto no quiere decir que no existieran, pues se debe tener en cuenta que

¹⁶⁵ Suárez, 2005, p. 20.

¹⁶⁶ Cabrera, *Cuarto Almanaque Potosino*, 1888, p. 3.

su calidad efímera (anual) pudo haber facilitado y propiciado su destrucción, pero ello no implica que antes de 1885 no se hayan preparado materiales de este género.

En este sentido, cabe mencionar al que probablemente sea el primer almanaque fabricado y publicado en San Luis Potosí, es decir, el *Calendario Potosino*. Dicha publicación, producto de la tipografía de Genaro Dávalos, apareció por primera vez entre 1861 y 1862, dirigida a los habitantes de la ciudad y el estado de San Luis Potosí. Por desgracia, sólo se tiene referencia del segundo y tercero de estos calendarios, de 1863 y 1864, respectivamente, por lo que se desconoce con precisión la duración y término de este proyecto editorial (véase figuras 4 y 5).¹⁶⁷

Por otro lado, es probable que otros calendarios o almanaques, no necesariamente editados en San Luis Potosí, hayan circulado en este espacio. Tal pudo ser el caso de los editados por Murguía, o Galván, que ya desde mediados de siglo circulaban en diferentes partes del país, pues fueron los de mayor tiraje y duración. Igualmente, al momento de publicarse el *Almanaque Potosino* hay referencias de importantes almanaques que innovaron en el campo editorial, así como de otros géneros cercanos que también estuvieron presentes en San Luis Potosí.

Uno de esos fue el *Primer almanaque histórico, artístico y monumental de la república mexicana* (1884), editado por Manuel Caballero e impreso en Nueva York, el cual fue presentado con un formato de gran tamaño, no portátil o “manual” (36 x 29 cm), 400 páginas y una considerable cantidad de litografías (al menos en el índice se registran 86), elementos inusuales entre otras muestras del género (véanse las figuras 6 y 7).

Si bien, este proyecto editorial era presentado como un almanaque, fue un producto distinto e innovador entre las demás expresiones del género, pues más bien se ubicaba en el de los grandes proyectos editoriales del tipo de *Los mexicanos pintados por sí mismos* o *México a través de los siglos*, es decir, obras de gran formato cuyo alto costo los hacía poco asequibles para la mayoría del público. Además, como su portada indicaba, el editor, quien además participaba también como autor, había recibido la colaboración de “Miembros de la So-

¹⁶⁷ *Segundo Calendario Potosino*, 1863; *Calendario Potosino*, 1864.

ciudad Mexicana de Geografía y Estadísticas y otros distinguidos literatos”¹⁶⁸ (véanse las figuras 8, 9 y 10).

La trascendencia de este proyecto editorial se percibe por el seguimiento que le dio la prensa. Por supuesto, esto fue aprovechado por Caballero para hacer publicidad de su propia obra, no sólo anunciándola cuando estuvo preparada, sino para animar a las personas a que se convirtieran en sus suscriptores, o bien, para que empresarios y profesionales anunciaran sus negocios o servicios a través de ella, una práctica común en la época, además de que dicha estrategia permitía financiar la impresión.¹⁶⁹

Sin embargo, lo que resulta interesante es la manera en que Caballero dio a conocer su proyecto editorial, así como la forma en que lo concebía, según se puede apreciar con lo siguiente:

En cuanto a la forma, tengo algunas explicaciones, aunque ligeras, que hacer aquí. Se me ha reprochado por no pocas personas el que hubiese llamado *Almanaque* a obra que es, en realidad, de proporciones mucho mayores, y que entraña fines mucho más elevados que un anuario de efímera duración. [...] Por la otra —por más que el repetirlo me sea penoso— yo no contaba con recurso propios para mi empresa: necesitaba acudir a los anuncios para reunir algunas decenas de miles de pesos que la obra cuesta, y ese mismo recurso, tan practicable en un libro de la índole del presente, hubiera sido imposible en una obra de título serio y de diversa formación literaria.¹⁷⁰

Hay que destacar la manera en que el editor adscribe al género del almanaque su proyecto editorial, que al mismo tiempo presenta como algo distinto a los calendarios o almanaques existentes. Por otro lado, también hay que resaltar la estrategia de los anuncios o la suscripción, que no sólo estaban presentes en las ediciones de los almanaques, pues se usaba en periódicos o revistas. Por lo que deja en claro la singularidad de este exponente del género del almanaque.

¹⁶⁸ *Primer Almanaque Histórico*, 1883.

¹⁶⁹ *La Unión Democrática*, 5 de enero de 1883, t. VIII, núm. 540, col. 4, p. 4; *La Unión Democrática*, 2 de febrero 1883, tomo VIII, núm. 547, col. 4, p. 4; *La Unión Democrática*, 12 de junio de 1883, tomo VIII, núm. 577, col. 4, p. 4.

¹⁷⁰ *Primer Almanaque...*, 1883, col. 1-2, p. vi.



Figura 4. Cubierta (primera de forros) del *Segundo Calendario Potosino* (1863).

Fuente: BINAH.

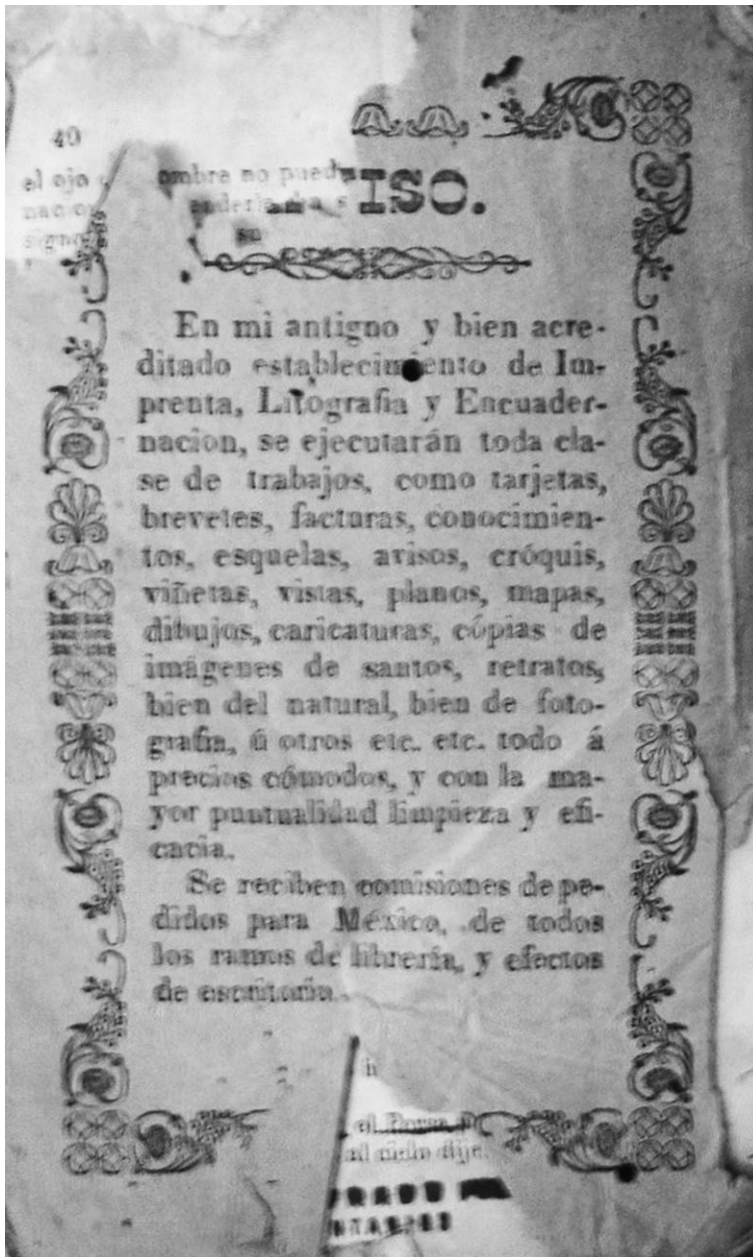


Figura 5. Contraportada (cuarta de forros) del *Segundo Calendario Potosino* (1863).
Fuente: BINAH.

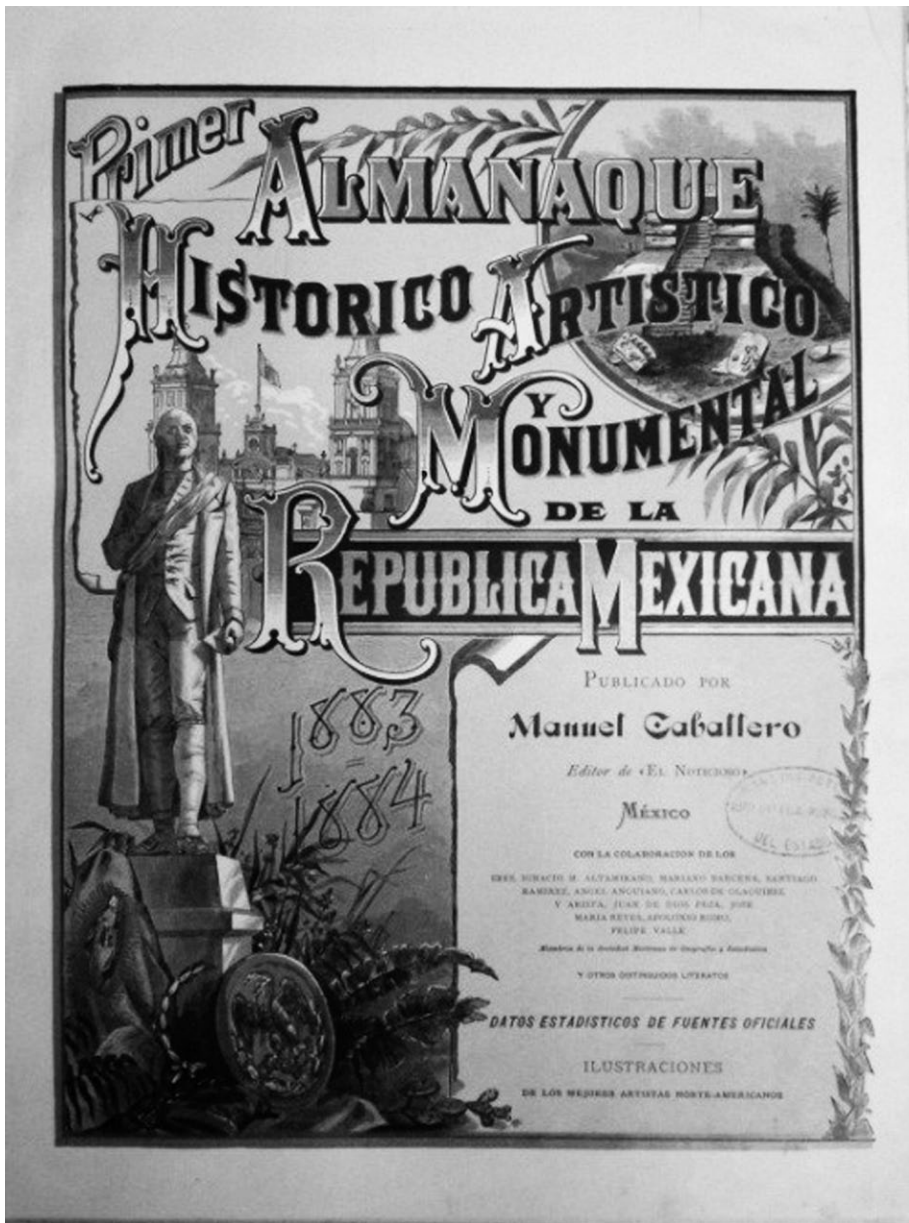


Figura 6. Portada del *Primer Almanaque Histórico, Artístico y Monumental de la República Mexicana*, de Manuel Caballero (1884). Fuente: CDHRMA.

1883

ENERO.

1884

SOL		LUNA		DÍAS		SANTORAL		DÍAS		SOL		LUNA	
ORA	MIN	ORA	MIN	DEL DIA	DEL MES	DE LA SEMANA	DE LA SEMANA	DEL DIA	DEL MES	ORA	MIN	ORA	MIN
8.30	3.20	5.20	11.40	1	1	Lunes	14 LA CIRCUNCIÓN DEL SEÑOR, SAN MIGUEL Y SANTA BARBARA VIRGEN	1	1	8.25	3.22	6.07	12.21
8	23	5.18	11.37	2	2	Martes	5. MARTÍN DE LA REINA Y S. MARCO APOSTÓLICO	2	2	8.23	3.20	6.04	12.18
8	46	5.16	11.34	3	3	Miércoles	5. ANTONIO PAPA MAESTRO DE LOS ESCOLARES Y S. DOMINGO MARTÍR	3	3	8.21	3.18	6.01	12.15
8	69	5.14	11.31	4	4	Jueves	5. TEOFILO, S. FRANCISCO Y S. AGUSTÍN MARTÍR	4	4	8.19	3.16	5.59	12.12
8	92	5.12	11.28	5	5	Viernes	5. TOLÓN PAPA MAESTRO Y S. ROMÁN MARTÍR	5	5	8.17	3.14	5.57	12.09
8	115	5.10	11.25	6	6	Sábado	19. ESTRELLA, LEONARDO NEPES Y VICENTE MARTÍR DE ALTA GRACIA	6	6	8.15	3.12	5.55	12.06
8	138	5.08	11.22	7	7	Domingo	5. LUCAS PRESBITERO MARTÍR	7	7	8.13	3.10	5.53	12.03
8	161	5.06	11.19	8	8	Lunes	5. TEOFILO ALCALDE MAESTRO Y S. AGUSTÍN MARTÍR	8	8	8.11	3.08	5.51	12.00
8	184	5.04	11.16	9	9	Martes	5. JUAN Y SAN ISIDORO MARTÍR	9	9	8.09	3.06	5.49	11.57
8	207	5.02	11.13	10	10	Miércoles	18. GONDOLO, S. ROMÁN ALCALDE MAESTRO Y S. MARTÍN ALCALDE MAESTRO	10	10	8.07	3.04	5.47	11.54
8	230	5.00	11.10	11	11	Jueves	5. SÍGISMUNDO PAPA MAESTRO Y S. PATRÓN ALCALDE	11	11	8.05	3.02	5.45	11.51
8	253	4.58	11.07	12	12	Viernes	5. ANSELMO Y S. FELIX PRESBITERO MARTÍR	12	12	8.03	3.00	5.43	11.48
8	276	4.56	11.04	13	13	Sábado	5. GONDOLO PRESBITERO Y S. ROMÁN ALCALDE MAESTRO, S. GIL Y S. SALVADOR VIRGEN	13	13	8.01	2.58	5.41	11.45
8	300	4.54	11.01	14	14	Domingo	5. ELIABE ALCALDE Y S. MARTÍN ALCALDE	14	14	7.59	2.56	5.39	11.42
8	323	4.52	10.58	15	15	Lunes	5. FELIX PRESBITERO MARTÍR Y S. ROMÁN ALCALDE	15	15	7.57	2.54	5.37	11.39
8	346	4.50	10.55	16	16	Martes	5. MARCO PAPA MAESTRO Y S. ROMÁN ALCALDE	16	16	7.55	2.52	5.35	11.36
8	369	4.48	10.52	17	17	Miércoles	5. ANTONIO ALCALDE Y S. ROMÁN ALCALDE	17	17	7.53	2.50	5.33	11.33
8	392	4.46	10.49	18	18	Jueves	5. ANTONIO ALCALDE Y S. ROMÁN ALCALDE	18	18	7.51	2.48	5.31	11.30
8	415	4.44	10.46	19	19	Viernes	5. CASSIO ALCALDE Y S. ROMÁN ALCALDE	19	19	7.49	2.46	5.29	11.27
8	438	4.42	10.43	20	20	Sábado	5. ESTEBAN ALCALDE Y S. ROMÁN ALCALDE	20	20	7.47	2.44	5.27	11.24
8	461	4.40	10.40	21	21	Domingo	5. EL PRINCE NORBERTO ALCALDE, S. ANDRÉS ALCALDE Y S. FRANCISCO ALCALDE	21	21	7.45	2.42	5.25	11.21
8	484	4.38	10.37	22	22	Lunes	5. ANSELMO Y S. VICENTE MARTÍR	22	22	7.43	2.40	5.23	11.18
8	507	4.36	10.34	23	23	Martes	5. LA ANUNCIAÇÃO DEL SEÑOR, S. ANTONIO ALCALDE Y S. ESTEBAN ALCALDE	23	23	7.41	2.38	5.21	11.15
8	530	4.34	10.31	24	24	Miércoles	5. ANUNCIAÇÃO DEL SEÑOR, S. ANTONIO ALCALDE Y S. ESTEBAN ALCALDE	24	24	7.39	2.36	5.19	11.12
8	553	4.32	10.28	25	25	Jueves	5. JERONIMO ALCALDE Y S. ROMÁN ALCALDE	25	25	7.37	2.34	5.17	11.09
8	576	4.30	10.25	26	26	Viernes	5. FELIX PRESBITERO MARTÍR Y S. ROMÁN ALCALDE	26	26	7.35	2.32	5.15	11.06
8	600	4.28	10.22	27	27	Sábado	5. JUAN CRISTÓBAL ALCALDE Y S. ROMÁN ALCALDE	27	27	7.33	2.30	5.13	11.03
8	623	4.26	10.19	28	28	Domingo	5. SIMEÓN ALCALDE, S. ANTONIO ALCALDE, S. ESTEBAN ALCALDE Y S. ROMÁN ALCALDE	28	28	7.31	2.28	5.11	11.00
8	646	4.24	10.16	29	29	Lunes	5. FRANCISCO DE SALAS, S. SIMEÓN ALCALDE Y S. ESTEBAN ALCALDE	29	29	7.29	2.26	5.09	10.57
8	669	4.22	10.13	30	30	Martes	5. LA PRINCESA DEL SULTANATO, S. MARTÍN ALCALDE Y S. ROMÁN ALCALDE	30	30	7.27	2.24	5.07	10.54
8.30	3.20	5.20	11.40	31	31	Miércoles	5. PABLO MARTÍR ALCALDE Y S. ROMÁN ALCALDE	31	31	7.25	2.22	5.05	10.51

Figura 7. Fragmento del calendario del *Primer almanaque histórico, artístico y monumental de la república mexicana*, de Manuel Caballero (1884). Fuente: CDHRMA

En este sentido, otro de los géneros editoriales que aplicaban el recurso de las suscripciones eran los anuarios, directorios o diccionarios, así como los calendarios exfoliadores, que también circulaban por esas fechas. Uno de ellos fue el *Anuario Universal* de Filomeno Mata que, al igual que el almanaque de Caballero, apareció en la prensa para dar seguimiento a la edición, aunque no de forma tan detallada como la anterior publicación.¹⁷¹

Ahora bien, lo que hay que recalcar aquí es que entre estos proyectos editoriales y el *Almanaque Potosino* se revela una posible inspiración o guía para Antonio Cabrera, la cual permitió que se planteara la publicación de los almanaques. Por supuesto, esto no se explica o pretende comprender con el simple hecho de que estas publicaciones fueran coetáneas al proyecto de Cabrera. Su importancia y vinculación con el *Almanaque Potosino* es mucho más profunda y sutil.

En primer lugar, hay que señalar que en ambas publicaciones el nombre de Antonio Cabrera estuvo presente, o mejor dicho, su negocio. Al igual que muchos anunciantes, suscriptores y a la vez lectores, Cabrera aprovechó esos medios impresos para dar aviso de sus negocios de encuadernación, librería y agencia de libros (véase la figura 11). Y no sólo eso, al menos para el *Anuario Universal*, en su sección de “Directorio universal”, se registraba a Cabrera como el “Agente” distribuidor de la publicación de Filomeno Mata en San Luis Potosí, justo en el *Anuario* para 1884.¹⁷² Es decir, no sólo hay certidumbre de que Cabrera conocía estos trabajos, así como su forma de operar, sino que existe un vínculo directo entre Manuel Caballero, Filomeno Mata y el entonces librero-encuadernador Antonio Cabrera.

Esta unión editorial permanecería ya en plena circulación del *Almanaque Potosino*, en el que aparecieron anuncios del anuario de Filomeno Mata. Para el caso de Caballero, la relación sería mucho más profunda, e incluso podría decirse que mantuvieron una amistad, pues este último llegó a colaborar y comentar el trabajo editorial de Antonio Cabrera en sus propios almanaques.¹⁷³

¹⁷¹ *La Unión Democrática*, 23 de octubre 1883, tomo VIII, núm. 605, col. 3, p. 4; *Periódico Oficial*, 22 de febrero 1887, año XII, núm. 844, col. 2, p. 3.

¹⁷² *Anuario Universal*, 1884, p. 920; *Primer Almanaque...*, 1883, p. 326.

¹⁷³ *Tercer Almanaque Potosino*, 1888, pp. 60-61; *Undécimo Almanaque Potosino*, 1898, p. 137.

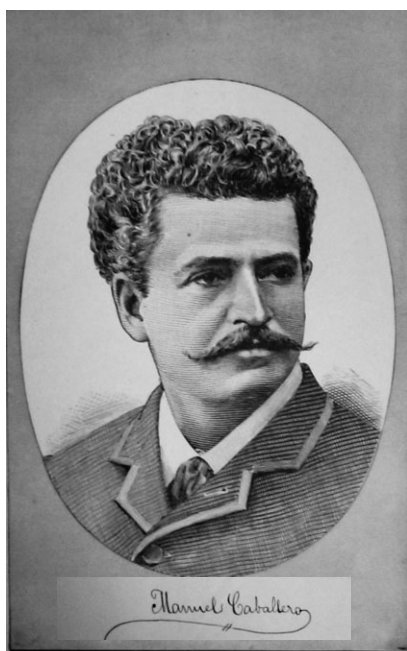


Figura 8. Manuel Caballero editor del *Primer Almanaque Monumental*. Fuente: CDHRMA

Lo que es de llamar la atención son estos nexos entre editores, lo que constituyó un marco editorial que definió la publicación del *Almanaque Potosino*, el cual puede entenderse como el contexto de proyectos editoriales próximo al entonces encuadernador y librero. De tal forma, es posible suponer que Cabrera desarrolló su propuesta editorial a partir de esas publicaciones, así como del conocimiento de la dinámica implícita que permitía llevarlas a cabo.

Por ejemplo, al igual que Manuel Caballero, Antonio Cabrera recurrió a los anuncios para financiar su proyecto editorial. Así también, solicitó la ayuda y colaboración de hombres de letras o ciencia para que aportaran textos que se incluyeran en la publicación; por supuesto, en su mayoría serían letrados locales y miembros de diferentes asociaciones científicas y literarias, y no sólo de una, como lo hizo Caballero con los letrados de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Esto revela que el trabajo editorial de

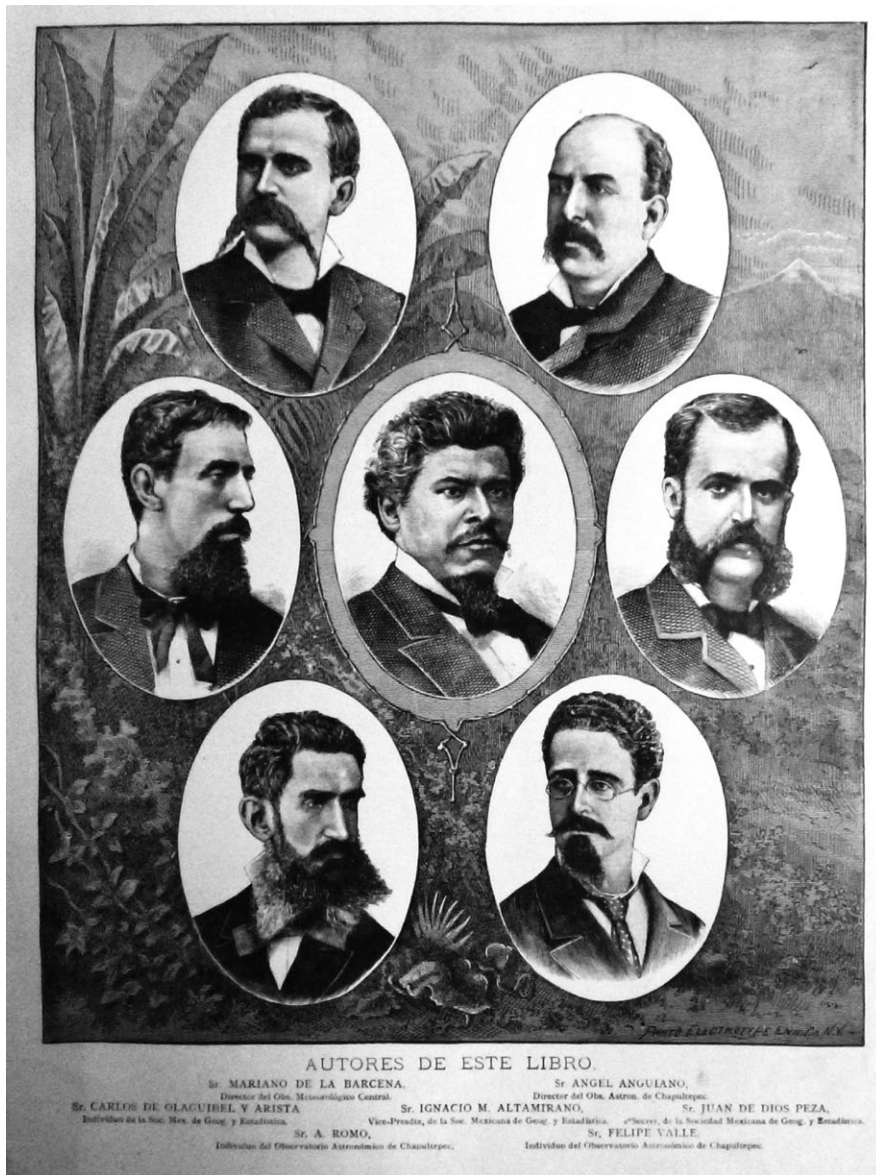


Figura 9. Hombres de letras, de ciencias y políticos colaboradores del *Primer Almanaque Monumental*. Aparecen: Mariano de la Bárcena (botánico, ingeniero y naturalista), Ángel Anguiano (arquitecto, astrónomo e ingeniero civil), Carlos de Olaguibel y Arista (economista), Ignacio Manuel Altamirano (escritor, jurista y político), Juan de Dios Peza (escritor, poeta y político), Apolonio Romo (astrónomo) y Felipe Valle (astrónomo). Fuente: CDHMA.



Figura 10. Otros colaboradores del *Primer Almanaque Monumental*. Aparecen como periodistas: John W. Butler, Juan de Mata Rivera, Francisco Patiño, Ignacio Aguilar y Marocho, José María Vigil, Filomeno Mata, Adolfo Carrillo, Mastella J. Clarke, Victoriano Agüeros, Samuel A. Levy y Francisco de Paula González. Fuente: CDHRMA.

Caballero pudo ser una suerte de guía para Cabrera, que en ese momento pasaba de encuadernador y librero a editor, para lo cual tuvo que rodearse de letrados que le proporcionaran textos para su proyecto editorial.

En este sentido, es significativo que un año después de que se publicara el *Primer Almanaque* y el séptimo *Anuario Universal*, apareciera el *Almanaque Potosino*, utilizando estrategias editoriales semejantes a las aplicadas por los editores de esas dos publicaciones, con quienes Cabrera mantuvo relaciones comerciales y de amistad.

2.4.2. La “obrita” de Antonio Cabrera

La “obrita”, como llamó Antonio Cabrera a los almanaques que publicó de manera continua por cerca de 13 años, apareció por primera vez en 1885, en un formato de libro o cuaderno de 15.5 x 10.8 cm, que aplicó en casi todos los publicados en el periodo que aquí se estudia, es decir, entre 1885 y 1898.

La excepción fue el *Décimo Almanaque Potosino*, preparado para 1897, del que un aviso, publicado por Cabrera en uno de los mapas editados por él, refería que se presentaba como una “hoja mural” de 94 x 68 cm.¹⁷⁴

Fuera de éste, la producción fue regular, aunque varió y aumentó en cuanto al número de hojas, pues éstas dependían del tipo de textos que se publicaban, así como del contenido de anuncios que llegó a tener, aunque los cuadernos nunca fueron de menos de cien páginas. Además, en muchos de los almanaques incluyó fotografías y mapas, lo que diferenciaba a cada uno de los volúmenes que aparecieron.

Por otro lado, cabe destacar que desde el momento en que se dio marcha a este proyecto editorial, el encuadernador y librero ya tenía intenciones de que circulara con amplitud y perdurara en el tiempo, y no sólo mediante la publicación de varios números, sino que los libros mismos tuvieran una presencia y utilidad más allá del año para el que estaban programados. Es por ello que desde el primero de los almanaques sostuvo: “procuraré dar a mi

¹⁷⁴ AHESLP Mapas y Planos, 912 S2 1902; *Carta Geográfica del Partido de la Capital del Estado de San Luis Potosí*, 1902.

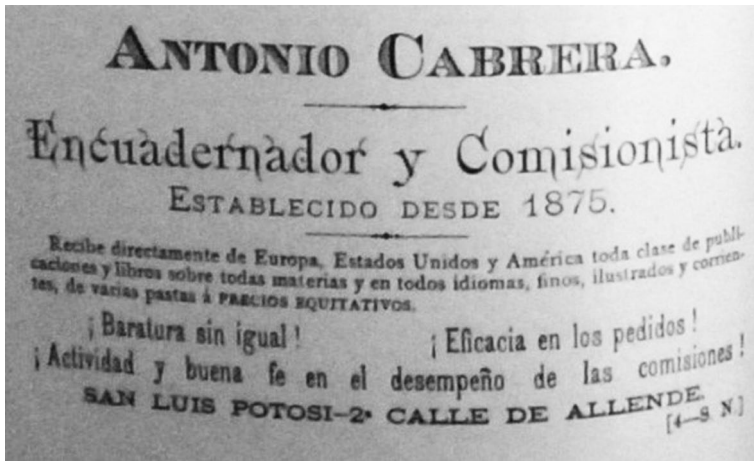


Figura 11. Aviso publicitario de Antonio Cabrera publicado en el *Primer Almanaque Histórico, Artístico y Monumental de la República Mexicana*. Fuente: CDHRMA

Almanaque, de año en año, mayor utilidad y hacerlo más aceptable”.¹⁷⁵ Luego, en su tercer almanaque diría:

Mi libro no se puede considerar solamente como un simple calendario que contiene su santoral más ó menos extenso y arreglado á cierta localidad, y que, al finalizar el año á que está sujeto, termina su misión. No, á mi libro no le toca por fortuna esa vida tan efímera, pues desde que me vino la idea de publicar un almanaque, me formé el propósito de confeccionarlo con la variedad y utilidad convenientes [...].¹⁷⁶

Ahora bien, respecto a los primeros indicios existentes a propósito del planteamiento de la edición de los almanaques, éstos se registran desde octubre de 1885, aunque es muy probable que antes de esta fecha Antonio Cabrera comenzara la operación editorial que le diera vida a su publicación.

¹⁷⁵ Cabrera, *Almanaque Potosino*, 1885, p. 8.

¹⁷⁶ Cabrera, *Tercer Almanaque Potosino*, 1888, p. 2.

Así se puede apreciar a partir de la primera noticia registrada sobre el *Almanaque Potosino* en la prensa, donde en el periódico *El Estandarte* se anunciaba lo siguiente:

El conocido librero y agente de publicaciones, Sr. D. Antonio Cabrera, ha arreglado con la colaboración de los Señores Pbro. Francisco A. Carranco, Dr. Gregorio Barroeta y Nicolás Valero, un Almanaque para 1886, que, dividido en varias interesantes secciones, formará un cuaderno de cien páginas y se pondrá á la venta en esta Ciudad desde el 15 de Noviembre próximo.

Buena suerte le deseamos al estimable Editor.¹⁷⁷

Más allá de evidenciar estas primeras referencias sobre el almanaque de Cabrera, es importante insertar la nota anterior ya que hace explícita la forma de operar de este proyecto editorial, una forma común en el género, aunque también utilizada para la promoción de otros, como los anuarios y directorios.

En este sentido, queda claro que unos meses antes de su aparición se ponía a circular públicamente la noticia de su preparación por diversos medios impresos; en el caso del *Almanaque Potosino*, se pretendía que las notas sobre su aparición se publicaran cuatro o cinco meses antes de que llegara el año para el que iba a funcionar, para luego circular entre sus posibles lectores por los meses de noviembre y diciembre. Así, cuando llegaba el año para el que se había preparado, sus lectores ya lo tenían disponible.¹⁷⁸

Por otra parte, este anuncio sobre el primer número del *Almanaque Potosino* refiere a que el editor tuvo que empezar a trabajar en el proyecto mucho antes de octubre, justo para lograr tenerlo listo en las fechas señaladas en el anuncio. Por supuesto, esta preparación y presencia anual no se logró en todos los almanaques, pues esa dinámica se interrumpió con el octavo y el noveno, debido a que cada uno funcionó para dos años. Igualmente, desde el tercero

¹⁷⁷ *El Estandarte*, 22 de octubre 1885, año 1, núm. 78, col. 3, p. 3.

¹⁷⁸ Esta práctica de publicar los almanaques meses antes de que cambiara el año para el que funcionarían se registra desde el siglo XVIII, aunque es probable que esta forma de operar haya aparecido con el mismo género. Así, el calendario y guía de forasteros del Perú, *El Conocimiento de los Tiempos*, había salido publicado dos meses antes de que llegara el año para el que iba a funcionar. Hasta el día de hoy, para adquirir el *Calendario del Más Antiguo Galván* del año 2012, éste se podía conseguir entre los meses de noviembre y diciembre del 2011; (Bueno, 1782).

se registró un retraso, y al parecer fue hasta diciembre que se anunció para su venta.¹⁷⁹ Los mencionados no fueron los únicos aplazamientos que marcaron al proyecto editorial, pues se vio afectado tanto en el momento de comenzar su circulación, como en su producción. Para comprender esta dinámica, hay que considerar que Cabrera sólo era el editor, no el impresor; contrataba los servicios de las imprentas, lo que pudo haber influido en su aparición, así como en la frecuencia con que se publicaban, e incluso en la calidad del *Almanaque Potosino*. Pues al final, las imprentas o tipografías eran las que permitían la implementación de diversas técnicas e innovaciones vislumbradas por el propio editor. Asimismo, las imprentas definían la regularidad de su publicación, pues era el ritmo de entrega de los tirajes lo que marcaba y limitaba el trabajo de distribución y venta que le correspondía a Cabrera.

2.4.3. *Cuestiones de imprenta*

El sello de imprenta de la mayoría de los almanaques muestra cierta regularidad y preferencia por las empresas tipográficas más reconocidas en la ciudad. Para la impresión de los almanaques de Cabrera se pueden identificar tres imprentas, aunque una de ellas cambió en su estructura empresarial y en la forma de presentarse. La que comenzó a imprimir su obra fue la tipografía de Esquivel y Salas; para el tercer almanaque pasó a ser la Imprenta de Esquivel y Compañía, eso hasta el quinto almanaque, pues para el séptimo se registraba como la Imprenta y Litografía de Mariano Esquivel.

Las otras dos tipografías que aparecen en las portadas de los almanaques son las del Taller de la Escuela Industrial Militar, que imprimió el sexto y del octavo al décimo de los libros; y la Imprenta de Vélez, que se encargó del undécimo. Como puede apreciarse, en el desarrollo del proyecto editorial hubo cambios en el plano de su producción, pero en general hubo cierta constancia en sus relaciones con las empresas tipográficas. Sin embargo, un análisis más minucioso respecto a esa información revela que la impresión de los volúmenes fue aún más complicada de lo que aparentaba y, de alguna manera, podría explicar los retrasos que tuvo el *Almanaque Potosino* para su presentación al público.

¹⁷⁹ *Periódico Oficial*, 29 de febrero 1888, año XIII, núm. 932, col. 1, p. 4.

Respecto a lo anterior, el mismo Cabrera revela una dinámica editorial que se volvió difícil de seguir para él y su proyecto:

¡Si pudiera yo contar al lector los inmensos sacrificios y desengaños, las innumerables penas é inconsecuencias que cada uno de esos libros me ha costado!... Los hombres de experiencia, de nobleza de sentimientos y de recto juicio: los hombres de letras, los artistas y los editores de publicaciones, comprenden perfectamente esta verdad, porque ellos, como yo, por nuestra dicha ó desgracia, tenemos también nuestro doloroso Calvario...¹⁸⁰

Más allá de las quejas que el editor pudiera expresar con respecto a la dificultad del trabajo, éstas revelaban el que posiblemente fuera el origen de sus dificultades. Así seguía su comentario:

Se encuentra mi espíritu tan contrariado, en el momento que escribo estas líneas, que casi puedo asegurar al lector, que este libro será el último almanaque que publique, a menos que pueda disponer en propiedad de un pequeño ramo de imprenta, indispensable para estos trabajos.¹⁸¹

Llama la atención el que, al parecer, Cabrera ya tenía un ramo de imprenta, o al menos eso puede inferirse del pie de imprenta con el que fueron publicados sus *Apuntes históricos, geográficos y administrativos* (1891), que se registraban como producto de la Tipografía de A. Cabrera e hijos. Probablemente lo tuvo y después la perdió, o se trata de otro Cabrera, aunque no se registran otras empresas tipográficas con ese nombre en San Luis Potosí.¹⁸² Sea como fuere, esta situación no se reflejó en sus almanaques, pues ninguno apareció publicado por esta tipográfica.

Ahora bien, en el *Undécimo Almanaque Potosino* todavía se quejaba de las dificultades para imprimirlo:

¹⁸⁰ Cabrera, *Noveno Almanaque Potosino*, 1895, pp. 28-29.

¹⁸¹ Cabrera, *Noveno Almanaque Potosino*, 1895, pp. 28-29.

¹⁸² Cabrera, *Apuntes*, 1891.

El principal obstáculo que he tenido para que este libro no estuviera en circulación con más oportunidad, fue la impresión tipográfica, por no haberseme cumplido el primer contrato, ni el segundo, celebrado con algunas imprentas de esta ciudad, no obstante que yo lo cumplí con honradez pagándoles puntualmente el trabajo, teniendo por último, que recurrir á un pequeño ramo de imprenta de mi propiedad para la terminación del presente volumen; y como es natural, esas faltas me perjudicaron en su tiempo y me hubiera perjudicado más para lo futuro, si por ellas no viera la luz pública este libro, pero lo veo ya en circulación, á Dios gracias.¹⁸³

Luego, con esperanza de que esa situación se modificara, agregaba: “Creo que estas dificultades serán vencidas para lo futuro, pues EL ALMANAQUE POTOSINO dispondrá de su propio ramo de imprenta, permitiéndome esta ventaja que el tomito anual sea publicado con toda oportunidad”.¹⁸⁴

Paradójicamente, con este almanaque finalizó la etapa continua y fuerte de su proyecto editorial, y solo publicaría otra obra hasta 1902, que no fue un almanaque, pero sí fue un impreso realizado por la Imprenta y Encuadernación de Antonio Cabrera: *El Estado de San Luis Potosí*.

Por otro lado, como se ha mencionado, las portadas de las obras en las que aparecía el pie de imprenta resultan bastante engañosas. Pues en el caso del *Almanaque Potosino* no siempre fue a una empresa tipográfica a la que se le encargó la realización de los volúmenes (véase el cuadro 4).¹⁸⁵ Por ejemplo, el undécimo almanaque, al parecer impreso por la Tipografía de Vélez, también contó con el trabajo de la Imprenta Católica de Artes y Oficios, que se encargó de los anuncios comerciales, por lo que los talleres gráficos que intervinieron en el proyecto editorial resultaron ser más de los que se indican en los pies de imprenta.¹⁸⁶ En ese tenor, el material gráfico que acompañaba a los libros o cuadernos, ya fueran los grabados, las fotografías y, en particular, los mapas,

¹⁸³ Cabrera, *Undécimo Almanaque Potosino*, 1898, p. 136.

¹⁸⁴ Cabrera, *Undécimo Almanaque Potosino*, 1898, p. 137.

¹⁸⁵ En el cuadro 4, se pueden distinguir los talleres impresores mencionados en el pie de imprenta de la portada de los almanaques, y los establecimientos tipográficos y litográficas registrados en otras secciones o elementos de los almanaques.

¹⁸⁶ *Undécimo Almanaque Potosino*, 1898, pp. 136-137.

por lo general eran fabricados en otras imprentas, pues no todas tenían los materiales necesarios para realizarlo (véase cuadro 4).

En el cuarto almanaque se publicó un anuncio de la Fábrica de Puros y Cigarros “La Fama”, acompañada por una litografía del frente de la fábrica, la cual fue realizada por la misma compañía (véanse las figuras 12 y 13). Además, esto ya se había realizado con la cubierta del *Tercer Almanaque Potosino*, obra también de la litografía de “La Fama”.¹⁸⁷ En el caso de los mapas y planos preparados junto a los almanaques, pueden mencionarse el caso del cuarto almanaque, fabricado por la Imprenta de Esquivel y Compañía y acompañado por el *Nuevo plano de la ciudad de San Luis Potosí*, producto de la Litografía de “La Fama”. Por supuesto, hay importantes excepciones a esta dinámica, pues en el caso del octavo y el noveno *Almanaque Potosino* y los planos que los acompañaban, todos fueron hechos por la Imprenta de la Escuela Industrial Militar (véase la figura 14).¹⁸⁸

Como es fácil apreciar, este proyecto editorial pasó por las manos de diversos impresores, quizá por la búsqueda de una mejor oferta y por contratar a empresas tipográficas con una capacidad técnica mucho más compleja, especialmente cuando se incluyeron fotograbados e imágenes. Es posible que estos cambios se debieron a la anulación de los contratos entre las imprentas y el editor, lo que probablemente complicó su publicación. Pues como explicaba Cabrera, a pesar de que él pagara los encargos de los tirajes a tiempo, eso no garantizaba que las imprentas o litografías los realizaran. En este sentido, el aspecto económico para el proyecto editorial suponía ser algo sumamente importante, ya que era lo que permitía su publicación, pues al final, los almanaques eran un negocio que implicaba inversiones, ventas y ganancias.

2.4.4. Una empresa editorial: el negocio del Almanaque Potosino

En varias ocasiones, Antonio Cabrera hizo mención que su proyecto editorial lo llevaba a cabo sin ningún interés económico, y, al hablar de los

¹⁸⁷ *Cuarto Almanaque Potosino*, 1888, entre pp. 48-49.

¹⁸⁸ AHESLP, M y P. 912.3 C1 1889, E.J. 1, *Nuevo plano de la ciudad de San Luis Potosí*, Alcorta, 1957, pp. 6-7.

Cuadro 4. Imprentas y litografías contratadas por Antonio Cabrera para la impresión del *Almanaque Potosino*

	Almanaque	Pie de imprenta	Otras imprentas/litografías	Secciones impresas
1	Primer Almanaque Potosino	Esquivel y Salas, litógrafos e impresores	-	-
2	Segundo Almanaque Potosino	Esquivel y Salas, litógrafos e impresores	-	-
3	Tercer Almanaque Potosino	Imprenta de M. Esquivel y Compañía	Litografía de la Fama	Portada
4	Cuarto Almanaque Potosino	Imprenta de M. Esquivel y Compañía	Litografía de la Fama	Plano de la ciudad
5	Quinto Almanaque Potosino	Imprenta de M. Esquivel y Compañía	-	-
6	Sexto Almanaque Potosino	Imprenta de la Escuela Industrial Militar	-	Plano de la ciudad
7	Séptimo Almanaque Potosino	Imprenta y Litografía de M. Esquivel	-	-
8	Octavo Almanaque Potosino	Tipografía de la Escuela Industrial Militar	Litografía de la Escuela Industrial Militar	Plano de la ciudad y valle de San Luis Potosí
9	Noveno Almanaque Potosino	Tipografía de la Escuela Industrial Militar	Litografía de la Escuela Industrial Militar	Plano de la ciudad y valle de San Luis Potosí
10	Décimo Almanaque Potosino	Tipografía de la Escuela Industrial	-	-
11	Undécimo Almanaque Potosino	Tipografía de Vélez	Imprenta Católica de Artes y Oficios	-



Figura 12. Litografía de la fábrica “La Fama”, *Cuarto Almanaque Potosino*. Fuente: BRAG.

momentos de dificultad por los que pasaba en la edición de los almanaques, sostenía que “no perdono gasto ni sacrificio alguno, conforme a mis recursos y disposiciones, para presentar anualmente mi *Almanaque Potosino*”.¹⁸⁹ Esto de alguna manera, más que disuadir, refiere el aspecto económico que definía el trabajo de Cabrera con sus almanaques.

Para calibrar dichas opiniones del editor, hay que recordar que muchos almanaques se vendían o se articulaban como parte de un negocio editorial. Sin embargo, otros eran obsequiados y repartidos de forma gratuita, tal fue el caso del *Almanaque Asturiano de El Carbayón*, entregado como regalo a los suscriptores del periódico *El Carbayón*.¹⁹⁰

Volviendo al trabajo editorial de Cabrera, se ha mencionado que él conocía las estrategias editoriales del momento, como las desarrolladas por Manuel Caballero y Filomeno Mata. De esta forma, como empresario del libro

¹⁸⁹ Cabrera, *Cuarto Almanaque Potosino*, 1888, p. 2.

¹⁹⁰ *Almanaque Asturiano de El Carbayón*, 1897.

“LA FAMA.”

FÁBRICA DE PUROS
Y CIGARROS DE
ANTONIO DELGADO RENTERIA
EN SAN LUIS POTOSI — MEXICO.

Se hacen tambien en su

LITOGRAFIA.

Tarjetas para visita y bautismos,
Estados para Haciendas y Milas,
Libranzas,
Recibos,
Retratos à lápiz,
Brevetes para botellas,
Circulares,
Conocimientos,
Facturas, & &.

DE VENTA, TARJETAS EN BLANCO.

Figura 13. Publicidad de la fábrica “La Fama”, *Cuarto Almanaque Potosino*. Fuente: BRAG.

y de lo impreso que era, esto le permitió acercarse y desarrollar, por cuenta propia, los procedimientos y estrategias usadas para editar almanaques.

Cabe recordar lo que Caballero identificaba como propio de aquel género: es decir, el financiamiento mediante la venta de espacio para los anuncios comerciales y su presencia en el impreso, algo que Cabrera hizo con su *Almanaque Potosino*. En este sentido, si bien los almanaques no eran el único género que hacía uso de los anuncios, puede decirse que algunos editores del ámbito mexicano de fines de siglo lo identificaban con ellos, además que buscaban integrarlos en los impresos de formas muy particulares.

Si se comparan los almanaques de Cabrera con el *Calendario Potosino*, publicado veinte años antes, existe una notable diferencia respecto al uso de anuncios, debido a que en este último había una ausencia total de ellos. Lo más cercano a esta práctica es una breve referencia del tipo de trabajos que realizaba la imprenta que publicó los calendarios. Por otro lado, almanaques o calendarios contemporáneos de otros espacios geográficos estaban marcados por una ausencia total de avisos comerciales. En el ámbito mexicano se puede citar el *Calendario del Más Antiguo Galván*, que carecía de ese elemento publicitario. Fuera de México, esa dinámica se presentó con el *Almanaque Cupidinesco* (1887), el *Almanaque de Don Quijote* (1900), impresos en Madrid, y con el *Almanaque de El Americano* (1873), impreso en París.

Mientras tanto, otros almanaques, además del de Manuel Caballero, implementaron los avisos de maneras especiales, de tal forma que se aprovecharan y se hicieran visibles en cada página de los impresos. Algunos los ponían en secciones especiales, otros los integraban al santoral y a los textos, logrando que no interfirieran en la lectura, mientras que algunos más tenían una irregular forma de integrarlos.¹⁹¹

En el caso de Cabrera, los avisos comerciales aparecían en todos los almanaques y con distintas presentaciones. En particular, eran tres las formas en que se publicaban los anuncios: en primer lugar estaban los avisos fijos, paginados dentro del número de hojas de los volúmenes y que, en general, se incluían al final del cuaderno (véanse las figuras 14 y 15). Luego se encontraban los avisos extra que, usando la expresión del propio editor, eran de “lujo”, pues estaban “impresos en papel y cartoncillo —de colores— y sin lugar de-

¹⁹¹ *Almanaque Anuario de Rojas Hermanos*, 1884

terminado en este libro”,¹⁹² es decir, se intercalaban entre las hojas del calendario y los otros textos incluidos en la publicación, así como al principio y al final del almanaque (véanse las figuras 16 y 17). Por último, también estaban las referencias comerciales, que eran recomendaciones del editor para que los lectores asistieran a determinados negocios. Como se aprecia en la siguiente:

Los lectores de esta obrita que tengan que hacer algunas compras en el comercio o que tratar negocios con personas especiales, según la naturaleza del asunto, harán muy bien en ocurrir.

DE PREFERENCIA

Con los propietarios de las negociaciones que enseguida indico, por ser la más ACREDITADAS Y PRINCIPALES del Comercio de esta Ciudad.¹⁹³

Por otro lado, y con relación a estos anuncios y la aparición de los almanaques, la dinámica que caracterizó este proyecto editorial fue que primero Cabrera daba a conocer la preparación de la edición y luego establecía un tiempo de espera para que los posibles anunciantes le hicieran llegar su solicitud de aparecer en el impreso (véanse las figuras 14, 15, 16 y 17).

En el caso del primer almanaque, es probable que lo diera a conocer a través de su negocio de encuadernación, o del gabinete de lectura, así como de algún medio impreso del cual no hay registro. Sin embargo, para los posteriores números, el medio principal fue el mismo almanaque, donde aparecían avisos que hacían explícita la dinámica esbozada arriba. Tal y como se puede apreciar en la cubierta del *Tercer Almanaque Potosino*:

Queda abierto el Registro de avisos para el 4° Almanaque Potosino correspondiente al próximo Año de 1889, desde hoy hasta el 31 de Agosto venidero, saliendo á luz pública el Libro en Setiembre del presente año. Se reciben avisos de procedencia extranjera. Para pormenores, dirijirse al Editor, Antonio Cabrera, en su Librería, 1° Calle del 5 de Mayo núm. 1.- San Luis Potosí (México).¹⁹⁴

¹⁹² Cabrera, *Tercer Almanaque Potosino*, 1888.

¹⁹³ Cabrera, *Octavo Almanaque Potosino*, 1893, p. 70.

¹⁹⁴ Cabrera, *Tercer Almanaque Potosino*, 1888.

Lo mismo se presentó para el quinto y el sexto ejemplares, aunque para el séptimo, además de cambiarse la fecha para el registro, que fue hasta el 31 de julio,¹⁹⁵ Cabrera fue mucho más claro respecto a los beneficios de los posibles anunciantes, como se puede apreciar en la siguiente nota: “La obra que se anuncia es el mejor y más permanente medio de avisar que pueda usarse por los hombres de negocios”.¹⁹⁶ Para cuando anunció la preparación del octavo número en el séptimo, fue mucho más directo, pues decía:

Los Sres. Comerciantes, industriales, profesionistas, agricultores, mineros, & &, nacionales ó extranjeros, que deseen publicar sus avisos en la citada obrita, ya suficientemente acreditada y solicitada por multitud de personas, pueden desde luego dirigir sus órdenes y letras á ANTONIO CABRERA, en su casa habitación, Avenida de la Libertad, 3º calle, casa núm. 8, en la ciudad de San Luis Potosí.¹⁹⁷

En este sentido, puede observarse que esta estrategia era esencial para financiar la edición de los almanaques. De ahí que desde el primero de ellos Cabrera agradeciera a sus anunciantes: “hago presente mi gratitud á todas las personas que han anunciado sus respectivos giros en mi Almanaque, y les deseo sinceramente que la publicación de esos avisos les produzca como me lo espero, los mejores resultados en sus negociaciones”.¹⁹⁸

Sin embargo, esto sólo era una parte del negocio editorial que permitía la publicación de los almanaques. Al final, era la venta del producto lo que, probablemente, permitió financiar la impresión y los posteriores números.

A propósito de lo anterior, los precios de cada almanaque variaban con respecto a su presentación, cantidad de páginas y contenido textual. También se modificaron con el tiempo, con cierta tendencia al aumento, al menos los que aparecían para el año en el que iban a funcionar; no así los que se vendían en años anteriores, los cuales mantenían el precio en el que originalmente se habían vendido (véase cuadro 5).

¹⁹⁵ *Sexto Almanaque Potosino*, 1890, p. vi.

¹⁹⁶ Cabrera, *Sexto Almanaque Potosino*, 1890, p. v.

¹⁹⁷ Cabrera, *Séptimo Almanaque Potosino*, 1891, pp. 31-32.

¹⁹⁸ Cabrera, *Almanaque Potosino*, 1885, p. 8.

Cuadro 5. Precios del *Almanaque Potosino*

Ejemplar	Precio en el año para el que fue preparado		Precio pasado el año		Precio con plano o pieza de música
	Rústica	Encuadernado en pasta fina	Rústica	Encuadernado en pasta fina	
Primero			0.18		
Segundo			0.25		
Tercero			0.50		
Cuarto			0.50		
Quinto	0.75	1.00	0.75		1.25
Sexto	1.00	1.50	.075	1.25	1.25
Séptimo	0.50	1.50	n. d.		1.00
Octavo					
Noveno	0.75	2.00			1.50
Décimo					
Undécimo					
Duodécimo					

ESCUELA INDUSTRIAL MILITAR DEL ESTADO.
 — PEDRO WEBER, Director. —
 Muebles finos y ebanistería y toda clase de obras
 de carpintería y tapicería fina y corriente.
 SAN LUIS POTOSI.

PLAZA DE HIDALGO.

Macedonio Gómez,
 Corredor titulado y Comisionista.

Apartado del Correo, 19.

Julio Rendón, **CORREDOR TITULADO.**
 N.º 75. 9.ª Calle N.º 75.
 — DE MORELOS. —
SAN LUIS POTOSI
 — 83 —

Figura 14. Anuncio fijo de la “Escuela Industrial Militar del Estado” en el *Tercer Almanaque Potosino*. Fuente: BRAG.

EFFECTOS DEL PAIS
Y
Casa de Comisiones
San Luis Potosi
3.ª CALLE DE MORELOS NUMERO 18

El que suscribe contando con la experiencia práctica de mas de veinte años en el desempeño del giro, ofrece á sus consumidores efectos de clase suprema y á precios sumamente baratos.

Puede tambien entenderse para la compra-venta de toda clase de mercancías, tanto procedentes de este Estado como de cualquiera otro de la República Mexicana.

Clemente Hermosillo.

Isidro Palacios, Farmaceutico.
S.ª de Iturbide Número 14.
Se encarga de
Análisis de orinas y ensayos de productos industriales.

Reconocimientos micrográficos.

14 San Luis Potosi.

Figura 15. Anuncio fijo de la casa comercial "Efectos del país y Casa de Comisiones San Luis Potosí", en el *Sexto Almanaque Potosino*. Fuente: BRAG.

ALMACEN
DE

Gedovius y Unna.

SAN LUIS POTOSI.

3.^A CALLE DE MORELOS NÚM, 25.
Apartado Num. 73.

✻ **Efectos de Ferretería y Mercería.** ✻

Especialidad de la casa en Camas de Latón, Muebles de Viena,
Bajillas de Porcelana y de Cristal,
LAMPARAS DE COLGAR DE MESA Y DE PARED,
Candiles, Candelabros, Alfombras,
Artículos de Iglesia, Bateria de Cocina.

Tenemos el gusto de ofrecer á nuestros favorecedores un
brillante surtido de **PIANOS** que por espacio de diez y ocho
años tenemos acreditados.

PIANOS alemanes de G. SCHWECHTEN tan conocidos
por su duración como por la fuerza de sus voces melodiosas.



Pianos americanos de
BEHR BROS & CO.

con la importante reforma de los 3
pedales, teniendo montado todo su
mecanismo en fierro, el tercer pedal
es de llamar la atención por la pro-
longación ilimitada de sus voces.

PIANOS de Wagner de iguales condiciones y de

!!Precios al alcance de una modesta posición!!

Figura 16. Publicidad de lujo del "Almacén de Gedovius y Unna", *Sexto Almanaque Potosino*.
Fuente: BRAG.

DEL

EL TRIUNFO



GALLITO.

Gran Fabrica de Cerillos
Establecida en 1860.

La mas antigua y acreditada
en el Estado.

Guillermo Dornes.
SAN LUIS POTOSI.

2^o de la Alhondiga n^o 46

**MARCA DEPOSITADA CONFORME
A LA LEY.**

Figura 17. Anuncio publicitario de lujo de la fábrica de cerillos “El Triunfo del Gallo”, *Sexto Almanaque Potosino*. Fuente: BRAG y BSMSL.

Por lo general, el costo de los almanaques rondaba entre los \$.50 y \$1.00, pero su precio bajaba notablemente cuando ya pasaba el año de su funcionalidad, como sucedió con los primeros tres publicados, que para el año de 1891 costaban \$.18, \$.25 y \$.50, respectivamente.

Asimismo, cabe anotar que el editor manejaba descuentos cuando la venta de los almanaques era por mayoreo. Por el contrario, el precio de los impresos tenía un aumento de costo si estos se adquirían fuera de la ciudad, como se puede apreciar a continuación:

Para precios del Almanaque fuera de la ciudad de San Luis Potosí, se le aumentarán 3 centavos en ejemplar á la rústica y 5 empastado, por razón de portes, pudiendo remitir el valor del pedido, desde uno a seis ejemplares, en timbres postales de 4 á 10 centavos. En pedidos de mayor número de ejemplares solo se admiten billetes de Banco ú ordenes de fácil cobro.¹⁹⁹

Aquí cabe recordar la idea bajo la cual trabajó Cabrera, es decir, que sus almanaques sobrepasaran la utilidad anual y se conservaran como obras que se podían consultar de forma continua. Para ello, el editor echó mano de varios elementos que mantenían los almanaques como mercancía vigente, entre ellos estaba el uso de fotograbados y mapas, o bien, el tipo de encuadernación y textos que contenían.

Esos elementos no sólo hacían que aumentara el precio de los almanaques, sino que permitían que se vendieran después de pasado el año para el que se preparaban. Por ejemplo, el *Quinto Almanaque Potosino*, que se publicó junto con un mapa del estado de San Luis Potosí, tenía un precio en rústica de \$0.75, ya encuadernado con pasta fina de percalina ascendía a \$1.00, mientras que con el plano llegaba a costar \$1.25.

No obstante, el trabajo editorial de Cabrera poco hubiese servido si éste no hubiera sabido darlo a conocer y, mucho menos, si no hubiera tenido la capacidad de ponerlo a circular entre su público.

¹⁹⁹ Cabrera, *Quinto Almanaque Potosino*, 1889, p. 139.

2.4.5. *Circulación del Almanaque Potosino*

Como se ha visto con anterioridad, una de las características del género de los almanaques ha sido su amplia circulación. Por desgracia, para el caso del *Almanaque Potosino* no hay una referencia precisa sobre el tiraje de las ediciones. Sin embargo, hay testimonios que arrojan atisbos sobre la circulación y difusión de la obra de Cabrera, así como de las estrategias que usó el editor para que ésta llegara a su público.

Una de ellas, y que puede dar referencia a la cantidad de volúmenes editados, se encuentra en los mismos anuncios, pues a cada anunciante se le entregaba un almanaque. En este sentido, en el tercer y cuarto *Almanaque Potosino*, el promedio de anunciantes rondaba los ochenta, por lo que casi un centenar de impresos se daban como obsequios. Igualmente, su comercialización da una idea del tiraje, especialmente si se toma en cuenta que los almanaques se podían vender por docena o en “mayoreo”, y no sólo los que se hacían para en el año en curso, sino también los de años anteriores.

De esta manera, la mediación de Cabrera en cuanto a la venta y la circulación de sus almanaques estuvo sumamente ligada a su actividad como librero y agente de publicaciones. Incluso, esto pudo ser un factor clave para que el *Almanaque Potosino* estuviera vigente por trece años.

Por supuesto, un aspecto esencial para la distribución de los almanaques era la librería del editor, que cambió varias veces de domicilio en la ciudad. Fuera de ese lugar, también tuvo más puntos de venta, como otras librerías e imprentas, tal fue el caso de la imprenta de Esquivel.²⁰⁰ Asimismo, su labor como agente de libros y publicaciones, y como dueño de un gabinete de lectura, a la larga pudo resultar importante, pues para el ámbito local de San Luis Potosí conseguía obras y publicaciones de otras partes del país o del extranjero, asimismo los vínculos que estableció para ello le pudieron permitir llevar a otros lugares su propio proyecto editorial. Ello se sustenta en las propias palabras de Cabrera al referirse a su trabajo de agente de publicaciones: “puedo servir toda clase de obras, así como toda clase de periódicos, de procedencia nacional o extranjera, pues me lo permiten mis buenas relaciones comerciales”.²⁰¹

²⁰⁰ *Cuarto Almanaque Potosino*, 1888, p. 102.

²⁰¹ Cabrera, *Séptimo Almanaque Potosino*, 1891, p. 64.

Aquí destaca la manera en que Cabrera logró reconocimiento en el ámbito local y nacional y, al parecer, también en el extranjero. Él lo declaraba continuamente: “La bondadosa aceptación que el público del país y algunos del extranjero a donde va mi obra y que le dispensan su valiosa proyección, proporcióname una serie de satisfacciones”.²⁰² Esto de alguna manera se puede corroborar con la presencia en el almanaque de anunciantes que se encontraban fuera de San Luis Potosí, como Filomeno Mata, cuya imprenta estaba en la Ciudad de México. De igual manera, pueden citarse las referencias del *Almanaque Potosino* en periódicos que se publicaban fuera del estado, que la propia prensa de San Luis Potosí dio a conocer en su momento.²⁰³ También aquí cabe resaltar el nombramiento de Cabrera como integrante de la Academia Universal de Artes Industriales de Bruselas, justo cuando estaba editando sus almanaques, que en parte influyó en esa designación.²⁰⁴

Esta condición de amplia difusión y circulación del *Almanaque Potosino* era reiterada constantemente en cada uno de sus números, pues en todas las cubiertas de los almanaques aparecía la siguiente leyenda: “Esta obra circula en las principales ciudades de la República Mexicana y en el Extranjero, en París, Madrid, Barcelona, Leipzig, Bruselas, Habana, Nueva York, Chicago, etc. etc. y en algunas ciudades principales de América del Sur”.²⁰⁵

Sería difícil corroborar que efectivamente llegó a esos lugares, aunque algo queda claro: las expectativas del editor iban más allá del ámbito local. Al parecer, esto también es una expresión de la estrategia de publicidad desarrollada por Cabrera, un punto sumamente importante para hacer presente de manera pública su obra y llamar la atención de los posibles lectores (véase el cuadro 6).

²⁰² Cabrera, *Tercer Almanaque Potosino*, 1888, p. 2.

²⁰³ *Periódico Oficial*, 25 de marzo de 1886, año XI, núm. 762, col. 2, p. 3.

²⁰⁴ Por supuesto, este título, más que una realidad o un elemento que de certidumbre respecto al tiraje, pudo ser una estrategia publicitaria. Esto da cuenta de las aspiraciones internacionales del editor, *Séptimo Almanaque Potosino*, 1891.

²⁰⁵ Cabrera, *Quinto Almanaque Potosino*, 1889.

Cuadro 6. Estrategias de venta del *Almanaque Potosino*. Costo y precios especiales ofrecidos en los almanaques al momento de ser editados y en el catálogo publicado en el *Séptimo Almanaque Potosino*.

Título	Precio de venta original	Precio de venta en el Séptimo Almanaque
Primer Almanaque Potosino	s. d.	\$0.18 (rústica)
Segundo Almanaque Potosino	s. d.	\$0.25 (rústica)
Tercer Almanaque Potosino	s. d.	\$0.50 (rústica)
Cuarto Almanaque Potosino	“\$0.50 (plano papel)/\$0.75 (plano con cuarteles señalados por colores)/\$0.50 (plano enliezado, barnizado, con brillo y colores) (101)/ \$ 1 real=12 cs. Itinerario y Tarifa de Pasaje del Ferrocarril Nacional Mexicano.”	\$0.50 (rústica) \$0.50 (plano solo)
Quinto Almanaque Potosino	“\$0.75 (ejemplar)/\$7.50 (docena)/\$50.00 (ciento)/\$1.00(encuadernado en pasta fina, percalina)//\$0,75 (Mapa en papel), \$1.50 (Mapa señalando por colores los Partidos), \$3.00 (Idem enliezado, barnizado, barillas de madera y señalados por colores). (139) ¡Para precios del Almanaque fuera de la ciudad de San Luis Potosí, se le aumentarán 3 centavos en ejemplar á la rústica y 5 empastado, por razón de portes, pudiendo remitir el valor del pedido, desde uno a seis ejemplares, en timbres postales de 4 á 10 centavos. En pedidos de mayor número de ejemplares solo se admiten billetes de Banco ú ordenes de fácil cobro.”	“\$0.75 (rústica)/\$1.25 (almanaque y mapa del Estado)/\$1.00 (mapa litografiado en negro)/\$1.50 (mapa señalado por colores los Partidos)/\$3.00 (mapa señalando por colores los Partidos, enliezado, barnizado y con barillas)”

Sexto Almanaque Potosino	<p>“\$1.00 (ejemplar encuadernado á la rústica), \$1.50 (encuadernado a la rústica en pasta fina, percalina realizada) “en compras de docenas en adelante se hacen descuentos” (p) - \$1.00 (Plano de la Ciudad de SLP en papel impreso á dos tintas)/ \$1.50 (Plano de la Ciudad de SLP señalando por dos colores los cuarteles)/ \$3.00 (Plano de la Ciudad de SLP enliezado, barnizado, con barillas de madera y señalados por colores los cuarteles)/ \$1.00 (Nuevo Mapa del Estado de San Luis Potosí señalados en negro)/ \$1.50 (Nuevo Mapa del Estado de San Luis Potosí señalados por colores los Partidos)/ \$3.00 (Nuevo Mapa del Estado de San Luis Potosí enliezado, barnizado, con barillas é iluminado con colores que señalan los Partidos del Estado) (pp. III-IV)”</p>	<p>“\$0.75 (rústica)/\$1.25 (almanaque y mapa de la ciudad)/\$1.50 (almanaque en percalina y el plano)/\$1.00 (plano en negro)/\$1.50 (plano iluminado, señalado por colores los cuarteles en que está dividida la ciudad)/\$3.00 (plano iluminado, señalado por colores los cuarteles, enliezado, barnizado y con barillas)/\$5.00 (plano iluminado, señalado por colores los cuarteles, enliezado, barnizado y con barillas, y señaladas las manzanas de cada cuartel)”</p>
Séptimo Almanaque Potosino	<p>“\$1.00 (ejemplar encuadernado á la rústica)/\$1.50 (ejemplar en pasta fina, percalina realizada)/\$0.50 (sólo pieza de música)/\$0.50 (sólo Almanaque)”</p>	
Octavo Almanaque Potosino	s. d.	
Noveno Almanaque Potosino	<p>“\$1.50 (ejemplar encuadernado á la rústica con el Plano)/\$2.00 (ejemplar en pasta percalina realizada)/\$0.75 (ejemplar en rústica, sin el Plano)/\$1.50 (ejemplar del sólo Plano) (p) “EN COMPRAS DE DOCENAS EN ADELANTE SE HACEN DESCUENTOS”</p>	

Como ya se ha visto, aún antes de comenzar su impresión y comercialización, Cabrera se encargaba de dar noticia de su preparación. La prensa diaria fue un elemento fundamental para ese propósito. Al menos hasta la aparición del tercer *Almanaque Potosino*, se hizo mención de su publicación en los dos periódicos de más amplia circulación de la ciudad de San Luis Potosí, es decir, *El Estandarte* y *El Periódico Oficial*.²⁰⁶ Para los siguientes almanaques su referencia en ese tipo de publicaciones fue casi nula, o al menos no se han encontrado rastros de ella.

Es posible que este tipo de publicidad en la prensa diaria ya no hiciera falta, pues los mismos almanaques se convirtieron en el medio eficaz para dar a conocer al público la aparición de los siguientes números. Además, se utilizaron como catálogo de los que aún estaban disponibles para la venta. Y, por supuesto, también sirvieron para dar noticia del trabajo de Cabrera como encuadernador, librero y agente de publicaciones (véanse las figuras 18 y 19, donde se reproducen dos de esos avisos comerciales).

Naturalmente, otras estrategias fueron aprovechadas por Cabrera para dar a conocer al público su trabajo. Una de ellas fue poner anuncios en los mapas por él editados, y otra, que resulta sumamente interesante y curiosa, fue la de musicalizar su proyecto editorial. Sobre esto Antonio Cabrera dice:

El Sr. Santiago Uresti, profesor de piano, compositor y director de una muy buena orquesta de música para baile, persona muy bien aceptada y estimada de todas las clases sociales, tuvo la amabilidad de ser en esta vez un importante colaborador artístico de mi Séptimo Almanaque. Dicho apreciable caballero, á indicación mía, se sirvió arreglar la composición de una bella mazurca para piano que tituló “El Almanaque Potosino”.²⁰⁷

De esta manera, a partir de estas estrategias y prácticas, el proyecto editorial de Antonio Cabrera logró cierta continuidad y presencia más allá del ámbito local. Pese a ello, no consiguió mantener vigente su proyecto. Las razones o motivos son difíciles de encontrar, empero se pueden exponer algunas hipótesis que permitan comprender por qué se dio fin al *Almanaque Potosino*.

²⁰⁶ *El Estandarte*, 22 octubre 1885, año I, núm. 78, col. 3, p. 3; *El Estandarte*, 24 de enero 1886, año II, núm. 105, cols. 3-4, p. 3; *Periódico Oficial*, 29 de febrero 1888, año XIII, núm. 932, col. 1, p. 4.

²⁰⁷ Cabrera, *Séptimo Almanaque Potosino*, 1891, p. 55.

2.4.6. *Final de un proyecto editorial*

Como se ha visto ya, el *Almanaque Potosino* se vio envuelto en retrasos de su publicación e incluso en la interrupción de su producción anual, algo que se refleja de manera puntual en la edición de almanaques para dos años. Esto sugiere que dicha dinámica pudo haber sido un factor importante para que Cabrera dejara de publicarlos.

Por otro lado, y a pesar de la ausencia de datos sobre su tiraje y ventas, sus estrategias de comercialización nos hablan de hasta qué punto pudo ser o no un éxito editorial el *Almanaque Potosino*. Como se ha mencionado, aun pasado el año para el que se suponía que funcionarían los almanaques, éstos todavía se ponían a la venta. Por ejemplo, cuando se publicó el séptimo almanaque, el cual incluía una suerte de catálogo de los números publicados hasta ese momento, todavía seguían a la venta los primeros volúmenes. Esto era factible por el tipo de contenido incluido en el libro. Sin embargo, sugiere que los tirajes no se agotaban y que las ventas no eran tan buenas después de todo, pues pasados seis años todavía se vendían volúmenes del primer *Almanaque Potosino*; ya sea porque el tiraje era muy grande o porque no tuvo la demanda esperada por el editor.

Por otro lado, también es cierto que el *Undécimo Almanaque Potosino* no fue el último número de este proyecto editorial. Hubo un duodécimo número del que Alcorta refiere algunos datos bibliográficos, como que fue impreso en la Ciudad de México en 1917 y que al parecer tuvo el mismo tipo de contenidos que sus predecesores.²⁰⁸ Antes de ese último almanaque, Cabrera había continuado con su trabajo como editor, aunque tuvieron que pasar cerca de cinco años para que apareciera su otra obra seriada *El Estado de San Luis Potosí* (1902 y 1906). Resulta interesante que Cabrera se entregara a explotar este tipo de monografías geo-estadísticas e históricas, en vez de continuar con el género con el que había iniciado su trabajo como editor.

Es probable que, al final, los almanaques no superaran la anualidad, y tuvieran poca demanda pasado el año para el que se preparaban, quizá por ello Cabrera dio un giro a la fórmula editorial que había aplicado desde 1885, recurriendo a esos nuevos géneros. Hay que considerar que los contenidos

²⁰⁸ Alcorta, 1957.

de esas últimas obras no diferían mucho del tipo de textos publicados en los almanaques, que también se habían dedicado a reproducir materiales sobre la geografía y la historia de San Luis Potosí.

Probablemente era eso lo que originalmente buscaba Cabrera como editor. Sin embargo, como le sucedió a Manuel Caballero, no contaba con los recursos financieros para llevarlos a cabo y tuvo que recurrir al formato y las estrategias de los almanaques. Así, cuando finalmente contó con los recursos, como se expresó con su ramo de imprenta, ya no tuvo la necesidad de recurrir a ese género editorial, dando fin a esas “obritas”.

Por supuesto, lo dicho en el párrafo precedente se plantea como una hipótesis, pues contrasta esta dinámica con la dedicación y continuas “mejoras” que Antonio Cabrera implementó a lo largo de todo el proyecto editorial. Esto se puede apreciar desde diferentes aspectos; por un lado, en la continua presencia de colaboradores en el proyecto editorial, cuya labor se enmarcó en la “república letrada” de finales del siglo XIX. Igualmente, esas mejoras se encontraban en la introducción de innovaciones técnicas, como el uso de los fotograbados. La diversidad de textos, y una presentación cada vez más ordenada y sistemática de ellos, es un buen indicio de que Cabrera trabajó de forma asidua en sus almanaques, por lo que es difícil sostener que sólo fueron un paréntesis en su trabajo como editor.

Lo anterior se podrá apreciar en los siguientes capítulos, donde se estudiará la presencia de los hombres de letras y de ciencias en el proyecto de Cabrera, para luego pasar al estudio de la estructura y contenido textual del *Almanaque Potosino*.

ENCUADERNACION,
LIBRERIA
Y
Agencia de Publicaciones Nacionales y Extranjeras
— DE —
ANTONIO CABRERA.
San Luis Potosí. - 2ª calle de Allende núm 8.
CASA ESTABLECIDA DESDE EL AÑO DE 1875.

— — — — —

Fabricacion de pastas corrientes, de medio lujo y finas, así como de libros en blanco de todos tamaños. ;6260 tomos empastados hasta Octubre de 1885. ;;SUMA JUSTIFICADA!!

Variado surtido de obras de todo género.

Suscripcion constante á todos los periódicos y publicaciones tanto nacionales como extranjeras.
Consúltese y pídanse el catálogo general de obras de venta.

— — — — —

EXTRACTO DEL CATALOGO.
Religion. Historia. Artes y oficios. Legislacion y Jurisprudencia. Educacion y Moral. Viajes. Astronomía. Música. Medicina é Higiene. Milicia. Matemáticas. Libros para las escuelas y colegios, etc. etc.

¡BARATURA SIN IGUAL! ¡EFICACIA EN LOS PEDIDOS!
ACTIVIDAD Y BUENA FE en el desempeño de las comisiones!

Antonio Cabrera,
Encuadernador y Comisio nista.
San Luis Potosí. 2ª Calle de Allende N.º 8.

Figura 18. Publicidad del negocio de “Encuadernación, Librería, Agencia de Publicaciones Nacionales y Extranjeras” de Antonio Cabrera, publicado en el *Primer Almanaque Potosino*.

Fuente: BRAG.

ENCUADERNACION,
LIBRERIA Y AGENCIA
 —GENERAL DE PUBLICACIONES—
 NACIONALES Y ELTRANJERAS
 —DE—
ANTONIO CABRERA.
 San Luis Potosí 1.º del 5 de Mayo núm 1.º
 —————
 CASA ESTABLECIDA EN EL AÑO DE 1875.

1875.
1888.
TRECE AÑOS

La circunstancia favorable de estar en relaciones directas con respetables casas del giro de Publicaciones y Libreria, residentes en la República Mexicana y en algunas principales ciudades del extranjero, me permiten poder servir cualquiera publicacion y hacer venir cualquiera obra POR MAYOR Ó MENOR—à precios muy cómodos y tan bajos como pueden ser los de la Capital, dada la circunstancia de recibir los efectos DIRECTAMENTE.
 Se admiten pedidos para toda clase de pu-
VUELTA.

Figura 19. Publicidad del establecimiento de Antonio Cabrera, publicado en *Tercer Almanaque Potosino*. Fuente: BSMSL.

Antonio Cabrera y los colaboradores del *Almanaque Potosino*: las “personas notables e inteligentes” y sus asociaciones

Este apartado constituye un análisis del entorno social y el trabajo intelectual detrás del *Almanaque Potosino*, es decir, se estudiará a los individuos y las asociaciones que colaboraron en su realización. Partimos de la idea de que este proyecto no sólo fue resultado del trabajo del editor, Antonio Cabrera, quien se hizo cargo de la selección de textos para el almanaque. Al contrario, sabemos que recibió la activa colaboración de hombres de ciencia y de letras, así como de organizaciones e instituciones científicas y literarias, que fueron un importante apoyo para la realización de los almanaques. Inclusive, podría decirse que estos vínculos entre el hacedor de los almanaques y los letrados y las asociaciones, fueron determinantes para este proyecto editorial.

La perspectiva que se presenta para comprender los vínculos que se establecieron entre el editor y los colaboradores (tanto de individuos como de asociaciones) parte de un enfoque social, pues el *Almanaque Potosino* tuvo la colaboración de personas “inteligentes” y “notables” en ciencias y letras, las cuales estaban ligadas a instituciones y sociedades letradas de la época. Este fue el “lugar social” específico en el que se desarrolló este proyecto editorial, que estaba asociado a la escritura, la ciencia y la cultura.

Por otra parte, el enfoque espacial desde el que se realiza el análisis se concentra en el ámbito local, el de la ciudad de San Luis Potosí. Mas no se deja de lado la actividad que tuvieron otros letrados en el estado de San Luis Potosí y en otros ámbitos de México, con los que también se llegó a relacionar Antonio Cabrera.

3.1. EL LUGAR SOCIAL DE LA CIUDAD LETRADA

El concepto de “lugar social” sobre el que trabajó Michel de Certeau para referirse al espacio social de producción desde el cual una práctica o una producción cultural deben y pueden ser comprendidas, permite entender la manera en que la práctica literaria, el desarrollo del conocimiento científico y la actividad editorial se han realizado desde un campo o espacio específicos del entramado de una sociedad. Igualmente, brinda las herramientas para analizar el modo en que, desde un lugar social particular, se han emprendido proyectos editoriales como los del *Almanaque Potosino*.

De Certeau, con respecto a la práctica cultural de la escritura de la historia, explicaba que ésta “se enlaza con un lugar de producción socioeconómica, política y cultural. Implica un medio de elaboración circunscrito por determinaciones propias [...]. Se halla, pues, sometida a presiones, ligada a privilegios, enraizada en una particularidad”.²⁰⁹ Esta dinámica puede extenderse a cualquier otra actividad o práctica cultural, así como a otros tipos de conocimiento que no sean el histórico; por ejemplo, la edición de un almanaque se constituye como una práctica cultural producida desde un lugar social particular.

En este sentido, el lugar social, vinculado no solo a una clase o a un estamento de la sociedad, se adscribe a un espacio geográfico, un momento histórico, un oficio o una profesión, quedando definido y condicionado por una estructura económica y un sistema político, haciendo que los integrantes de ese lugar social creen un sentido de identidad y cohesión a partir de esas limitantes. En el caso del *Almanaque Potosino*, éste será definido por el ámbito local de San Luis Potosí, por el trabajo editorial y, en particular, por la ciencia y las letras.

Peter Burke y el mismo De Certeau han explicado la manera en que en Europa, desde los siglos xvii y xviii, se llegó a consolidar un espacio para que algunos individuos se dedicaran a la actividad intelectual y cultural.²¹⁰ Del mismo modo, Ángel Rama ha analizado la forma en que América Latina se configuró a partir de la confluencia de una *ciudad real*, arquitectónica y demográficamente construida, y una *ciudad letrada*, edificada desde el plano

²⁰⁹ De Certeau, 1993, p. 69.

²¹⁰ Burke, 2002, pp. 47-48.

intelectual por medio de la escritura, y habitada por quienes podían desarrollar esa práctica escrituraria.²¹¹ Así, los hombres de letras, hombres de ciencia, hombres sabios, eruditos o letrados (no sólo en el sentido de lo literario, sino en el de los poseedores de diversos conocimientos o saberes), aparecieron y llevaron a cabo su quehacer, desarrollando una genealogía que los llevó hasta los siglos XIX y XX.²¹²

Dentro de ese proceso, la creación de un lugar social letrado en el que sus miembros podían desplegar su labor y crear una opinión o perspectiva de grupo, y desde la que se comunicaban con otros ámbitos de la sociedad, dependió mucho de la escritura y de los medios impresos de comunicación (publicaciones periódicas y libros); de la creación de asociaciones autónomas, conformadas exclusivamente por letrados, en las que pudieran comunicar sus conocimientos y, por supuesto, también de la aparición de instituciones en las que pudieran laborar y obtener los recursos para su sustento.

Sobre lo anterior, Rama es puntual al decir que el éxito y la pervivencia de la *ciudad letrada* se dio gracias a su presencia en un ambiente estrictamente urbano, en el que sus integrantes se conformaron como grupo. Pero también, y utilizando la estructura de las ciudades, el éxito de los letrados se logró a partir del control y manejo de los recursos y mecanismos de publicación, y por ser los dueños de la escritura en un espacio urbano poco alfabetizado.²¹³

A pesar de esta distinción con respecto a otros sectores de la sociedad, el lugar social de los hombres de letras y de ciencias se ha encontrado sometido a presiones e intereses ajenos a los quehaceres intelectuales a los que estaban particularmente entregados. Así lo expone Rama al hablar de la

²¹¹ Rama define la simbiosis existente entre la ciudad real y la letrada de la manera siguiente: “Las ciudades despliegan suntuosamente un lenguaje mediante dos redes diferentes y superpuestas: la física que el visitante común recorre hasta perderse en su multiplicidad y fragmentación, y la simbólica que la ordena e interpreta [...]” (Rama, 1998, p. 40).

²¹² En este último siglo se presentan una serie de transformaciones que ha llevado a los letrados a convertirse en literatos, científicos o líderes de opinión, implicando con ello formas distintas de identificación, primordialmente a partir de la especialización y la profesionalización del conocimiento, en particular con la aparición de nuevos espacios y lugares de comunicación intelectual, como las universidades, las disciplinas y los estudios de posgrado.

²¹³ Charle, 2000, p. 35; Rama, 1998, p. 37.

vinculación de la *ciudad letrada* con los poderes presentes en la *ciudad real* de América Latina:

A través del orden de los signos, cuya propiedad es organizarse estableciendo leyes, clasificaciones, distribuciones jerárquicas, la *ciudad letrada* articuló su relación con el Poder, al que sirvió mediante leyes, reglamentos, proclamas, cédulas, propaganda y mediante la ideologización destinada a sustentarlo y justificarlos.²¹⁴

En palabras de Mauricio Tenorio Trillo, los hombres de letras se convirtieron en “hacedores de Estado”, aunque también se volvieron agentes de crítica y transformación del mismo. Se volvieron elementos activos de cambio y de reflexión, en los que recayó la tarea de crear una opinión pública que tuviera efecto en la vida política y social, así como en las acciones de los poderes establecidos.²¹⁵

3.2. LAS ASOCIACIONES Y LOS LETRADOS EN EL MÉXICO DECIMONÓNICO

La creación de nuevos Estados a partir del desmembramiento de la antigua monarquía hispánica en los primeros decenios del siglo XIX, supuso para la sociedad de la Nueva España la creación de una nación con la que se identificaran todos los habitantes del nuevo país: México. En ese sentido, es ahí donde el trabajo de los hombres de ciencia y de letras quedará permeado por la aparición de un Estado en constante proceso de integración al mundo occidental moderno, a partir de diferentes proyectos modernizadores y la creación de una cultura e identidad mexicanas que le permitiera entrar en el orden de las naciones decimonónicas.

Así, este sector letrado, encargado de desarrollar actividades tanto administrativas como intelectuales, operó bajo la idea de situarse como constructor de una identidad nacional y como difusor de una idea de ilustración

²¹⁴ Rama, 1998, p. 43.

²¹⁵ Tenorio, 1999, p. 86.

y progreso que estaría en boga a lo largo de todo el siglo XIX, especialmente en sus últimas décadas. De esta forma, burócratas, políticos, clérigos, profesores, abogados, periodistas, médicos o naturalistas, además de servir en sus oficios, encontraron el tiempo y los lugares para dedicarse a reconocer la patria mexicana como suya y utilizar esos “nuevos” conocimientos para transformarla y modernizarla.

3.2.1. Hombres de ciencia y de letras mexicanos

El trabajo intelectual y cultural de los letrados iría a la par de las coyunturas políticas y las transformaciones sociales, haciendo que su labor y sus saberes se alinearan a las facciones en pugna durante el proceso de construcción del Estado-nación, pues estos mismos letrados eran políticos, militares, clérigos y hombres de negocios, cuyas preferencias ideológicas los ubicaban como realistas o insurgentes, federalistas o centralistas, liberales o conservadores, clericales o anticlericales, imperialistas o republicanos, o bien, en posiciones acomodadizas que variaban con el tiempo.²¹⁶

A decir de Escalante:

En México, en concreto, no hay prácticamente ningún escritor del siglo XIX que viva como artista libre: todos hacen política, todos [...] son en algún momento funcionarios, diputados, diplomáticos; hacen también —y justifican— una literatura de intención política y pedagógica. [...] No es difícil de explicar: no había un mercado suficiente para que se pudiera vivir de la escritura, no había un cuerpo de funcionarios capaces de mantener las instituciones modernas, y al mismo tiempo un espacio público fragmentado necesitaba la mediación de los intelectuales para construir los ‘sentimientos de la nación’.²¹⁷

Es en esa dinámica donde cabe mencionar a figuras emblemáticas como Guillermo Prieto (1818-1897), Manuel Payno (1810-1894), Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), Vicente Riva Palacio (1832-1896), Justo

²¹⁶ Rama, 1998, p. 63.

²¹⁷ Escalante, 2007, pp. 20-21.

Sierra Méndez (1848-1912), Filomeno Mata (1845-1911), Francisco Bulnes (1847-1924) y muchos otros más.

En ese tenor, las biografías de estos letrados los muestran dedicados a diversos oficios, ya como abogados o burócratas, profesores o médicos. A algunos se les encuentra ocupando puestos en el gobierno y la política, ya como diputados y líderes de facciones, o aparecen ostentando cargos militares y blandiendo las armas para la defensa de su patria, aunque más bien lo hacían para la defensa de sus intereses políticos y siguiendo la postura ideológica desde la que se posicionaban. Finalmente, junto a lo anterior, se les ha registrado como novelistas, ensayistas o poetas, hacedores de una historia o participando en el levantamiento de estadísticas y planos de la República mexicana, e igualmente se presentan en la redacción de un periódico o a la cabeza de diversos proyectos editoriales.²¹⁸

El quehacer y las invenciones científicas, al igual que las creaciones literarias, estarían cifradas por estos posicionamientos políticos que implicaban un discurso patriótico que buscaba caracterizar a la nación mexicana. De la misma manera, los constructores de estos nuevos conocimientos y los creadores de la literatura nacional se convertirían en sus principales difusores mediante diversas empresas culturales con las que trabajarían educando a los mexicanos. Como diría José Ortiz Monasterio, el Estado se vuelve un “imán” que atrae los esfuerzos de los letrados, detiene la ejecución de cualquier proyecto, o bien lo promueve, siempre y cuando sea realizado con un sentido patriótico y modernizador.²¹⁹ Pero también, hay que recordar, este magnetismo estatal supuso rechazo y lucha, pues todo nacionalismo y todo posicionamiento político implicaban una simplificación de la realidad y una exclusión de la disidencia.

3.2.2. *Ciencias y letras para la nación*

Desde el pensamiento del siglo XIX, la ciencia, como conocimiento objetivo, preciso y verdadero, se trasladó a los intereses nacionalistas y modernizadores del Estado mexicano, haciéndose palpable en el conocimiento del país, especialmente en los aspectos demográfico, económico y territorial. Por lo

²¹⁸ Martínez, 1984.

²¹⁹ Ortiz, 2004, p. 18.

tanto, disciplinas y técnicas como la geografía, la estadística, la astronomía, la geología o la cartografía tuvieron un papel relevante ante la sociedad y los gobernantes del país. Era el momento de las tablas estadísticas, las monografías geográficas y los planos que sintetizaban los esfuerzos de los hombres de ciencia encargados de llevar a cabo el cálculo preciso de lo mexicano. Como explica Alexander Betancourt:

La geografía fue uno de los primeros intentos para la construcción de una identidad nacional en las naciones republicanas latinoamericanas del siglo XIX. [...] De ahí que la nacionalización del territorio procedió no sólo con las descripciones físicas de la tierra, en el sentido convencional de la disciplina geográfica, sino que también involucró el desarrollo de la pintura y la literatura costumbrista que conllevaron a la elaboración de un paisaje textual que complementaba los ejercicios cartográficos; de tal forma que todas estas representaciones del territorio dieron lugar a una cartografía moral [...].²²⁰

Así pues, la labor artística vinculada a las “bellas letras” se extendía al plano “moral” de la identidad nacional y su progreso. Lo cual se sintetiza en lo que José Luis Martínez identificó como la búsqueda de una “expresión nacional”, es decir, la búsqueda, a través de la escritura, de un corpus y un modo de escribir mexicano.²²¹

Ya fuera en prosa o en verso, los letrados representaron por medio de la escritura su idea de nación, de ciudadanía y de progreso. Inclusive, al decir de Rama, estos esfuerzos patrióticos en la escritura se compaginaron con la definición de lo que desde ese momento decimonónico se identificará como literatura: “El concepto de literatura tomó cuerpo, sustituyendo al de bellas letras, [...] se legitimó en el sentimiento nacional que era capaz de construir. Esta nueva especificidad deslindó un campo del conocimiento con bases autónomas”.²²² Así, mediante géneros como la novela, la crónica, el ensayo o

²²⁰ Betancourt, 2008, p. 104.

²²¹ Incluso, Ortiz Monasterio considera que primero se ideó el **Estado-nacional**, a través de la literatura y las ideas, y luego se hizo en los ámbitos político y económico (Ortiz, 2001, p. 421; Martínez, 1984).

²²² Rama, 1998, p. 74.

el poema, dados a conocer a partir de proyectos editoriales como diccionarios, enciclopedias, periódicos o revistas, los letrados trataron de llegar a la “esencia” de lo mexicano y construir un sentido de pertenencia entre sus lectores.

Por otro lado, en la frontera de esa actividad literaria y el conocimiento científico, la escritura de la historia se sumó a los esfuerzos de construir un discurso de corte nacionalista y científico, concretado en el gran relato de la “historia patria”, es decir, la narración sobre el pasado nacional mexicano, sustentado en fuentes que debían ser fidedignas y analizadas con un sentido de objetividad y científicidad que daba crédito a los esfuerzos de los historiadores. Dicho discurso histórico fue la base para crear una identidad mexicana y ofrecer un ejemplo cívico a los ciudadanos de la República; aunque también sirvió para homogenizar o suprimir los discursos históricos “disidentes”, es decir, los que no se agrupaban o no coincidían con los principios de la gesta liberal republicana que se impuso en el centro vital de poder político a finales del siglo XIX.²²³

3.2.3. Un espacio para la actividad científica y literaria en México: asociaciones

Con base en las nociones de la literatura y el conocimiento científico descritos, los letrados se congregaron en asociaciones que permitieron articular sus esfuerzos individuales, crear una agenda en común y marcar los principios de lo que sería una correcta literatura mexicana, así como los principios de una ciencia patriótica.

De esta manera, a lo largo del siglo XIX se fundaron asociaciones preocupadas y encargadas de “administrar” el pasado, el territorio y la moral de los habitantes de la nación. Pueden citarse sociedades científicas como: la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (1833), la Sociedad Humboldt (1861) o la Sociedad Científica Antonio Álzate (1884).²²⁴ En el campo de las letras, pueden referirse academias y sociedades como la Academia de Letrán (1836), el Ateneo Mexicano (1849), el Liceo Mexicano (1863) y el Liceo Al-

²²³ Florescano, 2002; Zermeño, 2000.

²²⁴ Vigil, 2008.

tamirano (1889). Asimismo, se instalaron asociaciones entre cuyos objetivos estaba el de promover el ejercicio de la ciencia y de las letras, tal es el caso de la Academia Nacional de la Lengua (1835), la Academia Nacional de Ciencias y Literatura (1871-1875), el Ateneo Mexicano de Ciencias y Artes (1882), y el Liceo Mexicano Científico y Literario (1885-1892).²²⁵

El simple epíteto de estas asociaciones demuestra su carácter nacionalista, es decir, mexicano. Por ejemplo, la Sociedad Científica Antonio Alzate: “fue fundada con el exclusivo objeto de cultivar las ciencias matemáticas, físicas y naturales, en todos sus ramos y aplicaciones, principalmente en lo que se relaciona con el país”.²²⁶

Al mismo tiempo, se pone en evidencia la continua preocupación de los hombres de ciencia y de letras, así como del mismo Estado, por fomentar la fundación de este tipo de asociaciones, consideradas como entidades elementales para el progreso del país. Por otro lado, cabe destacar la sede de todos estos liceos y sociedades: la Ciudad de México. Sin embargo, ello no implicaba que estas asociaciones estuvieran aisladas en la metrópoli capitalina o que fuera de ella no existieran letrados interesados en la ciencia y la literatura, como se verá en el inciso siguiente.

3.3. SAN LUIS POTOSÍ: LAS CIENCIAS Y LAS LETRAS EN EL SIGLO XIX

La actividad científica y literaria también se dio en otros lugares del país. Círculos como la Junta Auxiliar de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la Sociedad “Riva Palacio” de Historia o la Academia Dominical Literaria de Señoritas, ubicadas en la ciudad de San Luis Potosí, son muestra de la expansión de los ámbitos de la investigación en las ciencias naturales y la práctica de las bellas letras.

²²⁵ Clark, 2005.

²²⁶ Aguilar, 1887, p. 1.

3.3.1. *Hombres de letras y ciencias en San Luis Potosí*

En su *Historia de San Luis Potosí*, Primo Feliciano Velázquez (1860-1953), un letrado y periodista local cuya actividad se desarrolló a finales del siglo XIX y principios del XX, identificaba la presencia de una serie de personajes vinculados con la actividad científica y literaria en San Luis Potosí, a saber: sus contemporáneos y compañeros en la labor intelectual que él mismo desarrollaba.²²⁷ Otro testimonio de la presencia de estos hombres de ciencia y letras en San Luis Potosí se encuentra en sus propias producciones científicas y literarias, presentadas en artículos periodísticos o libros, así como en las reseñas bibliográficas que dan cuenta de estas actividades; tal es el caso de la *Bibliografía Científica* (1899) del propio Velázquez.²²⁸ Por otro lado, en las publicaciones de la época queda patente la presencia de ese lugar letrado desde el que se estimulaban las ciencias y las letras, como se aprecia en el mismo *Almanaque Potosino* que, a decir de Antonio Cabrera, recibía las colaboraciones de personas “inteligentes” y “notables” en ciencias y letras.²²⁹

El registro de estas referencias permite dar cuenta de la existencia de un lugar social letrado en el ámbito de San Luis Potosí. Igualmente, permiten identificar a los personajes que formaron parte y habitaron esta *ciudad letrada*, dejando conocer las disciplinas a las que se dedicaban, así como las actividades que realizaron con respecto a ellas. Por ejemplo, Velázquez mencionaba que durante la década de 1870, y casi hasta el final del siglo XIX, integrantes de la “sociedad potosina” dieron un impulso considerable a la cultura, comprendiendo en ella las artes, la ciencia y la creación literaria. Entre ellos destacaba el papel de médicos como Antonio F. López (¿1860?-1911) y Alberto López Hermosa, dedicados a la divulgación científica. También destaca la actividad de ingenieros como Pedro López Monroy y José María Gómez (1822-1910). En el campo de la escritura de la historia: Francisco Peña (1821-1903), Manuel Muro (1839-1911) y él mismo. Finalmente, dentro de la literatura, sobresalían personajes como Ignacio Montes de Oca (1840-1921), Manuel José Othón (1858-1906) y Ambrosio Ramírez (1859-1913).²³⁰

²²⁷ Velázquez, 2004; Velázquez, 1998.

²²⁸ Velázquez, 1901, p. 271.

²²⁹ Cabrera, en *Tercer Almanaque Potosino*, 1888.

²³⁰ Velázquez, 2004, p. 247; Montejano, 1979, pp. 417-425.

Por supuesto, esta apreciación es sesgada, pues hay muchas ausencias con respecto a otros hombres de ciencia que también habían destacado en disciplinas como la geografía, la astronomía o las ciencias naturales. Es decir, personajes como Ciriaco Iturribarría y Francisco Macías Valadez (1833-1890), creadores de las primeras monografías geográficas e históricas del estado de San Luis Potosí.

A la par, surgieron figuras importantes en el plano intelectual y letrado que se convirtieron en los creadores de un movimiento de oposición al régimen establecido, el cual cobró notable importancia en el preludio de la revolución de 1910. Ahí estaban Camilo Arriaga, Antonio Díaz Soto y Gama, José María Facha, Juan Sarabia y Dolores Jiménez y Muro, difundiendo por medio de la escritura el pensamiento disidente a las costumbres establecidas y a las formas de hacer política bajo el gobierno de Porfirio Díaz.²³¹

Pero, más allá de querer enumerar a todos los letrados e intelectuales de San Luis Potosí, se quiere destacar su presencia dentro de la sociedad y la cultura de la localidad y el estado, pues fue el ámbito en el que se le dio vida al *Almanaque Potosino*.

3.3.2. *Academias, liceos, juntas y sociedades en San Luis Potosí*

Con respecto a la presencia de asociaciones científicas y literarias en San Luis Potosí, Rafael Montejano sostenía que éstas abundaron y se arraigaron en la localidad durante la década de 1870.²³² Antes, dice, no existían en la ciudad espacios como éstos, sino reuniones o tertulias promovidas por las instituciones educativas de la ciudad, como el Colegio Guadalupano Josefino (1826), después el Seminario Conciliar (1855) y, finalmente, el Instituto Científico y Literario (1861), momento en que despunta la presencia de academias, liceos y sociedades (véase el cuadro 7).

²³¹ Clark y Curiel, 2002; Cockcroft, 1985; Calvillo y Monroy, 2002.

²³² Montejano, 1979, p. LIX.

Cuadro 7. Asociaciones científicas y literarias en San Luis Potosí durante la segunda mitad del siglo XIX *

	Asociación	Año de fundación	Duración	Integrantes
1	Junta Auxiliar de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadísticas	1851	1851-1960	Francisco Macías Valadez, Primo Feliciano Velázquez, Manuel Muro.
2	Academia de Profesores **	1870	1870-1884	n. d.
3	Sociedad Literaria	1872	n. d.	Paulo Colunga, Jacobo Dávalos, Gonzalo Verástegui, Pedro Galindo.
4	Sociedad (Academia) Médica	1872	n. d.	Francisco Mariano
5	Sociedad Alarcón	1876	1876-1878	Antonio F. López, Paulo Colunga, Ponciano Arriaga, Manuel José Othón.
6	Sociedad Humboldt	1876-1877	n. d.	n. d.
7	Sociedad Rodríguez Galván	1876-1877	n. d.	n. d.
8	Bohemia Literaria	n. d.	n. d.	n. d.
9	Liceo Científico y Literario	1877	n. d.	Francisco A. Carranco, Francisco de A. Castro, José M. García, Manuel José Othón.
10	Liceo Morelos	1883 (¿?)	n. d.	Estudiantes separados del Instituto Científico y Literario.
11	Junta Oficial Pedagógica	1884	1884-1910 (vigente)	n. d.

12	Academia Dominical Literaria de Señoritas	1885 (febrero) (5 de febrero de 1887 instalación formal)	n. d.	José de Jesús Jiménez (Director), Srita. Profesora Guadalupe Vázquez, Srita. Profesora Refugio Marmolejo, Srita. Profesora Ramona Castillo Salazar, Srita. Profesora Trinidad F. Infante. Bibliotecaria, Srita. Ana María Romo, Sritas. Profesoras Merced Vargas, Lorenza Díaz de León, Antonia Limón, Sritas. Carlota Hernández, Gerónima Villa, Felisa Orta, Virginia Tamés, Virginia Barbosa.
13	Sociedad “Orozco y Berra” de Historia y Literatura	1886 (16 de septiembre, instalación)	n. d.	José Guadalupe Rostro, Primo Feliciano Velázquez, Emilio Ordaz, Apolonio Niño.
14	Sociedad “Riva Palacios” de Historia	1886	n. d.	Antonio A. Zamarripa.
15	Sociedad Literaria “Manuel José Othón”	1887 (junio)	n. d.	Vicente A. Galicia, Joaquín Rosado, Eduardo J. Perry, Ángel del Valle, Joaquín Enrique, Joaquín Rosado
16	Sociedad de Ingenieros	1890 (mayo)	n. d.	Blas Escontría, Pedro López Monroy, Manuel Herrera y Raso, Francisco Ávalos, Francisco Gándara, José Segura, Roberto Aguirre, Luis López, Ignacio Castro.

17	Sociedad Médica Potosina	1897 (4 de diciembre)	1897-1910 (vigente)	42 socios en 1909
18	Junta Local de Bibliografía Científica de San Luis Potosí	1899	n. d.	Primo Feliciano Velázquez, Manuel Muro, Antonio Cabrera, Francisco de P. García, José de Jesús Jiménez.
19	Sociedad Científica y Literaria	1903 (1 abril)	1903-1906 (vigente)	Alumnos del Instituto Científico y Literario
20	Sociedad Potosina de Abogados	1905 (26 octubre)	1905-1910 (vigente)	32 socios en 1906 39 socios en 1909
21	Sociedad Pedagógica "Carlos A. Carrillo"	1904	1904-1910 (vigente)	

* Montejano y Aguiñaga, Rafael. pp. xxvi, lix-lx y lvi. *El Estandarte*, 10 febrero 1887, núm. 212, año. iii, p. 3, col. 4. *El Estandarte*, 16 septiembre 1886, núm. 170, año. ii, p. 1, col. 1-4. *El Estandarte* 19 septiembre 1886, núm. 171, año ii, p. 1, col. 3-4. *El Estandarte*, 29 septiembre 1887, núm. 273, año. iii, p. 3, col. 3 y 4. *El Estandarte*, 9 junio 1887, núm. 245, núm. iii, p. 3, col. 4. AHESLP, Ayuntamiento. 1874.11, Exp. núm. 13 [3ff.]. AHESLP, Ayuntamiento, Estadística, 1905.6, exp. núm. 5, f. 5, [7 ff.]. AHESLP, Ayuntamiento, Ramos Diversos, 1906.10, Exp. No. 46, f. 3, [5 ff.]. AHESLP, Ayuntamiento, Estadística, 1909. 3, Exp. núm. 3, f. 4, [6 ff.]. AHESLP, Ayuntamiento, Estadística, 1910.5, exp. núm. 2, f.5, [6 ff.].

** Se convirtió en la Junta Oficial Pedagógica por la Ley de Instrucción Pública de 1884.

Si bien, se puede estar de acuerdo con su apreciación respecto al auge de asociaciones científicas y literarias en la década de los setenta del siglo XIX, no se puede obviar la presencia de una Junta Auxiliar Potosina de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, cuya fundación se remonta al año de 1851. Este organismo auxiliar inauguró la dinámica y el carácter asociativo de los hombres de ciencia y letras en San Luis Potosí, puesto que personalida-

des representativas de ese lugar letrado estuvieron presentes en ella: Macías, Muro y Velázquez.

De esta manera, la creación de academias y sociedades tuvo un auge especial desde 1872, cuando se fundó una sociedad literaria y una sociedad médica. Dicha dinámica continuó con la creación de otras seis asociaciones, a saber: la Sociedad Alarcón (1876), la Sociedad Humboldt²³³ y la Sociedad Rodríguez Galván, fundadas entre 1876 y 1877; también apareció el Liceo Científico y Literario (1877) y la Bohemia Literaria. En la década de los 1880 se estableció la Academia Dominical Literaria de Señoritas (1885), al parecer la primera asociación para mujeres en San Luis Potosí. A ella siguieron las interesadas por la literatura y la historia, la Sociedad “Orozco y Berra” de Historia y Literatura y la Sociedad “Riva Palacios” de Historia, ambas instaladas en 1886, y que llevan en su nombre, de forma implícita, las disciplinas a las cuales estaban dedicadas, de ahí que se consagraran a letrados como Vicente Riva Palacio (1832-1896) y Manuel Orozco y Berra (1816-1881), especialistas en la historia y la literatura de México. En la misma década aparece la Sociedad Literaria “Manuel José Othón”, dedicada a promover la actividad teatral, que, al igual que los anteriores círculos, se identificaba con el trabajo del literato originario de San Luis Potosí.

Por otro lado, también se ha podido registrar otra asociación que, a manera de la Junta de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, fue fundada como auxiliar con respecto a un organismo de carácter nacional y ubicado en la Ciudad de México, es decir, la Junta Local de Bibliografía Científica de San Luis Potosí (1899), auxiliar del Instituto Bibliográfico Mexicano (1890).²³⁴

Finalmente, dentro de todo este proceso, cabe destacar la creación de asociaciones adscritas a profesiones específicas, como la Academia de Profesores (1870) (luego Junta Oficial Pedagógica, 1884), la Sociedad de

²³³ Posiblemente esta sociedad era corresponsal de la Sociedad Humboldt de la Ciudad de México, pues en su instalación en San Luis Potosí, estuvo presente Gabino Barreda, miembro de la sociedad capitalina. Montejano, 1979, p. LIX.

²³⁴ Montejano, 1979, pp. LVI y LIX; AHESLP, Ayuntamiento, 1874, 11, núm. 13 [f. 3]; *El Estandarte*, 16 de setiembre de 1886, núm. 170, año II, p. 1, col. 1-4; *El Estandarte*, 19 de setiembre de 1886, núm. 171, año II, p. 1, col. 3-4. *El Estandarte*, 9 de junio de 1887, núm. 245, núm. III, p. 3, col. 4; *El Estandarte*, 29 de setiembre de 1887, núm. 273, año. III, p. 3, cols. 3 y 4.

Ingenieros (1890), la Sociedad Médica Potosina (1897) y la Sociedad de Abogados (1905).

Como se aprecia, esta dinámica asociativa de San Luis Potosí se inscribía dentro del proceso nacional en el que se fundaron asociaciones e institutos para las letras y las ciencias en México. Esto se infiere por la coincidencia temporal con la que eclosionaron dichas entidades, y también por los lazos de comunicación e intercambio intelectual que se establecieron entre las asociaciones de San Luis Potosí y las de la Ciudad de México, así como de otros ámbitos del país.

3.3.3. Actividad de las asociaciones científicas y literarias: conocer a la patria y servirla

Desde su fundación en el siglo XIX, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística había buscado establecer contacto con los hombres de letras y especialistas del resto de la nación. Esto se llevó a cabo a través de la figura de los socios corresponsales y con el establecimiento de Juntas Auxiliares en los diferentes estados del país. Desde esa institución se promovieron y difundieron trabajos como el informe geo-estadístico sobre San Luis Potosí, de Ciriaco Iturribarria (1859), donde se daba noticia de la historia, el clima, la geografía y la geología de cada uno de los partidos que componían al estado de San Luis Potosí.²³⁵ Igualmente, las labores y la presencia de esta sociedad se hicieron palpables de diversas formas; por supuesto, partiendo de su preocupación por la estadística y la geografía.²³⁶

Dentro de sus diferentes proyectos, a la Junta Auxiliar se le encuentra colaborando con el gobierno estatal y el ayuntamiento de la capital, pues estas instituciones le solicitaron la recopilación de datos estadísticos, con el

²³⁵ Iturribarria, 1859, pp. 288-321; Betancourt Mendieta, 2007.

²³⁶ Aquello se puede observar cuando el secretario en cargo durante 1873, Francisco Macías, por medio del Ayuntamiento de San Luis Potosí, solicitaba al Hospital y al Hospicio de la ciudad el registro anual del número de personas asiladas en esos establecimientos, haciendo presente que su propósito es “formar la mas exacta posible, noticia estadística y geográfica del Estado”, AHESLP, Ayuntamiento, 1873, 5, N. 5 [33 ff], f. 2 anverso.

propósito de integrarlos a un almanaque sobre México, editado por el publicista J. E. Pérez. La importancia que el gobierno estatal y el ayuntamiento de la ciudad le daban a la participación de la Junta en la recopilación de estos datos se hace evidente con la siguiente nota:

Teniendo en consideración que una obra semejante es de utilidad general por que los estados de la confederación se conocerán detalladamente los unos á los otros, con la plenitud que corresponde á acordado proporcionar los datos que se le piden á fin de que el Estado de San Luis figure convenientemente en dicha publicación [además] para que el Estado de San Luis sea conocido de todo el país y como de las naciones extranjeras.²³⁷

Con ese mismo impulso, la Junta Local de Bibliografía Científica dio a conocer la producción científica creada en y sobre San Luis Potosí, por medio de un trabajo de síntesis en el que se recopilaba y reseñaban los textos de carácter científico, las tablas estadísticas y la cartografía sobre el estado. Esta labor trascendía el interés local y nacional, puesto que sus resultados estarían destinados a la Royal Society of London, asociación dedicada al trabajo científico.²³⁸

La actividad de otras asociaciones, como las dedicadas al cultivo de las letras o a la investigación y la escritura de la historia, además de la producción y publicación de las obras de sus integrantes, implicó la participación en actos públicos, en especial los que celebraban fechas de importancia nacional, como lo fue la conmemoración de la independencia de México.

Sobre lo anterior, se tiene noticia de actividades como las de la Sociedad Alarcón, que en 1877 extendía una invitación a los miembros del ayuntamiento de la capital estatal, pues “en celebración del glorioso aniversario de nuestra independencia, tendrá lugar la inauguración de unas clases orales para el pueblo que se propone dar la Sociedad Alarcón”.²³⁹ La respuesta a la invitación a este tipo de eventos se aprecia en tono favorable por parte del ayuntamiento, pues consideraba que “contribuirá en gran parte para el

²³⁷ AHESLP, Ayuntamiento, 1874, núm. 37 [5 ff.], f. 3, anverso.

²³⁸ Velázquez, 1901, p. 271.

²³⁹ AHESLP, Ayuntamiento, 1877, 8, f. 5 anverso.

mejoramiento, instrucción y moralidad del pueblo”;²⁴⁰ es decir, este tipo de actividades eran recibidas como un servicio patriótico y un medio para educar a los ciudadanos.

De igual forma, la Academia Dominical Literaria de Señoritas y la Sociedad “Orozco y Berra” de Historia y Literatura tuvieron presencia en actos conmemorativos mediante sus integrantes, quienes recibían del gobierno estatal la solicitud de participar en las celebraciones por el aniversario de la independencia.²⁴¹ Así, en el programa oficial de los festejos para el mes de septiembre de 1886, se registraba la “alocución en nombre de la Sociedad de Historia y Literatura ‘Orozco y Berra’, por el C. Apolonio Niño; poesía por el C. Ventura Dávalos; alocución por la Srta. Ramona Castillo Salazar, socia de la Academia Dominical Literaria de Señoritas [...]”²⁴²

Al año siguiente, en el marco conmemorativo de la independencia de México, la Academia Dominical publicó en su órgano editorial una serie de textos literarios sobre Miguel Hidalgo y Costilla.²⁴³ En ese mismo tono, la Sociedad “Riva Palacios” realizaría una sesión que conmemoraba el día 30 de septiembre, aniversario del nacimiento del prócer José María Morelos. Así, dentro de tal ambiente patriótico, es posible que asociaciones como éstas se hayan fundado con carácter conmemorativo con el fin de cumplir funciones públicas oratorias; como ejemplo: el día 16 de septiembre de 1886 se instalaba formalmente la Sociedad “Orozco y Berra”, día del aniversario del inicio de la independencia de México.²⁴⁴

Asimismo, era claro que la creación de este tipo de organizaciones estaba cifrada en el interés de cultivar las disciplinas por las que se habían aso-

²⁴⁰ AHESLP, Ayuntamiento, 1877, 8, f. 5 reverso.

²⁴¹ De esta manera, por parte de la comisión encargada de los festejos, organizada por el gobierno estatal, los miembros de las asociaciones recibían un comunicado que versaba lo que sigue: “La Comisión que suscribe, teniendo presentes las cualidades patrióticas que á Vd. adornan, ha tenido á bien nombrarle orador (ó poeta), para que pronuncie un discurso (ó poesía) el día tantos del corriente, en que la patria conmemora la más grande de sus glorias. — Como no duda del patriotismo de Vd. la Comisión se anticipa á darle las más cumplidas gracias” (*El Estandarte*, 19 de Setiembre de 1886, núm. 171, año II, p. 1, cols. 1-3).

²⁴² *El Estandarte*, 16 de Setiembre de 1886, núm. 170, año. II, p. 1, cols. 1-4.

²⁴³ *Periódico Oficial*, 1 de octubre 1887, núm. 897, t. XII, p. 3, col. 3.

²⁴⁴ *El Estandarte*, 19 de septiembre de 1886, núm. 171, año II, p. 1, cols. 3-4.

ciado sus integrantes, así como para el desarrollo de actividades relacionadas con ellas. Por ejemplo, la Sociedad de Ingenieros:

Tiene por objeto el estudio y planteamiento de trazos de caminos comunes, ferrocarriles, tranvías de tracción animal y eléctrica, presas, acueductos, planos de minas y obras que con ellas se racionen, ensaye de metales, levantamiento de planos, deslinde y fraccionamiento de terrenos, avalúos de fincas rústicas y urbanas, proyectos para estas últimas [...].²⁴⁵

De igual manera, la Academia Dominical tenía como obligaciones para sus integrantes:

- I. Consagrar al estudio de las ciencias, artes, historia y especialmente de la literatura.
- II. Propagar y contribuir por todos los medios posibles á la propagación de los conocimientos científicos y literarios entre las personas del bello sexo.
- III. Presentar anualmente una velada literaria el 5 de Febrero.²⁴⁶

Adicionalmente, dichos grupos se lanzaron a la construcción de empresas editoriales, por medio de publicaciones periódicas y participando en los proyectos de otros letrados o publicistas. Tal fue el caso del *Almanaque Potosino*, que contó con la colaboración de algunas de éstas y de sus integrantes. No obstante, para que esta colaboración se realizara, la figura de su editor fue sumamente importante, pues logró articular la actividad y los esfuerzos de los letrados.

²⁴⁵ *El Estandarte*, 6 de mayo de 1890, núm. 20, año vi, p. 3, col. 1.

²⁴⁶ Es posible que se haya designado el 5 de febrero como fecha para las reuniones de la academia por haber sido el día de su instalación formal; sin embargo, no se puede dejar a un lado lo significativo de la fecha, ya que para el calendario cívico de fines del siglo XIX, era el mismo día en que se conmemoraba la Constitución de 1857. Es probable que la instalación de la Academia Dominical también respondiera a propósitos patrióticos como otras asociaciones de su época, *Periódico Oficial*, 16 de febrero 1887, núm. 842, t. XII, p. 2, col. 4.

3.4. “ARREGLADO POR...” ANTONIO CABRERA: EL HOMBRE DE LETRAS

Antonio Cabrera fue presentado en las distintas portadas del *Almanaque Potosino* como la persona que “arreglaba” esta publicación. Es decir, su papel dentro del proyecto editorial era el de editor: el que elegía y organizaba los contenidos, daba forma al almanaque y se encargaba de que éste circulara entre sus lectores. También, su actividad dentro de la publicación iba más allá de la simple edición o negociación, puesto que en muchos de los almanaques aparecía como autor, no sólo en las secciones que introducían al lector respecto al contenido del impreso, sino aportando textos de carácter geográfico e histórico.

A lo largo de su vida, Antonio Cabrera desempeñó distintas actividades, en particular como hombre de negocios con sus empresas dedicadas al libro y los impresos. Como se ha visto anteriormente, ese mundo posiblemente le abrió las puertas al trabajo editorial, con su *Almanaque Potosino*. Además, ese mismo proyecto le valió para incursionar en la vida intelectual y letrada, integrándose al grupo de hombres de ciencia y de letras, así como a algunas de sus asociaciones.

Asimismo, es interesante este proceso de integración e incluso de formación de Antonio Cabrera en las letras y la vida cultural de la época. Aunque se sabe poco de ello, Alcorta ha recopilado algunas noticias:

Hizo su instrucción primaria en una escuela pública de su misma ciudad natal, impidiéndole seguir los estudios superiores la estrecha situación económica en que se encontraba su familia, por lo que toda su instrucción —que no fue escasa— la adquirió gracias a su trato con otras personas y muy especialmente a sus abundantes lecturas.²⁴⁷

Considerando estas circunstancias personales, la imagen que Cabrera proyectaba de sí mismo al momento de incursionar en la *ciudad letrada* decimonónica, era más bien la de un aficionado con poca práctica literaria. Incluso, tal imagen era plasmada en su almanaque, especialmente en lo que

²⁴⁷ Alcorta, 1957, p. 3.

escribía para su sección introductoria dirigida “Al Lector”, así como en la “Conclusión” con la que finalizaba su obra. En esos textos es posible encontrar notas sobre dicha representación. Así, en el *Sexto Almanaque Potosino* se podía leer lo siguiente:

Seguramente contendrá [el almanaque] defectos motivados por lo desaliñado del estilo y por lo incorrecto de la forma, pero me sirven de excusa dos razones: la primera, que no soy literato ni mucho menos, y por tanto, como desconozco las reglas del arte no puedo a ellas sujetarme; y la segunda, que no escribo para el público con el ánimo de hacer vana ostentación de mis conocimientos, que son nulos, ni de mi nombre que es oscuro [...].²⁴⁸

Pero ese “desconocimiento” del “arte” literario no impidió que incursionara en la labor letrada e intelectual, o que fuera considerado para ocupar puestos institucionales relacionados con esos quehaceres, como se demostró con su integración a la Junta Local de Bibliografía Científica de San Luis Potosí, en 1899. De esta manera, por designación del gobierno estatal, se invitó a Cabrera para llevar a cabo labores bibliográficas con la compañía de otros letrados locales (Manuel Muro y Primo Feliciano Velázquez). En ese tenor, también cabe destacar su labor en la Biblioteca del Estado, como director e inspector.

Igualmente, y fuera del ámbito local, la labor de Cabrera fue reconocida por la Academia Universal de Ciencias y Artes Industriales de Bruselas, como se mencionó anteriormente, pues:

[...] he sido presentado y propuesto por el Delegado en la República Mexicana, Señor Doctor Ardieta, y admitido como Miembro de la Academia Universal, concediéndoseme el distinguido Diploma de Honor con la Placa y Medalla de Miembro Fundador de 1º clase.²⁴⁹

Es probable que esta asignación le fuera ofrecida a Cabrera por su esfuerzo en la divulgación y publicidad de la ciencia y el comercio, ya que di-

²⁴⁸ Cabrera, *Sexto Almanaque Potosino*, 1890, p. 118.

²⁴⁹ Cabrera, *Séptimo Almanaque Potosino*, 1891, p. 57.

cha asociación tenía como propósito: “1° Buscar, favorecer y recompensar los progresos en la Agricultura, el Comercio y la Industria: hacer conocer, en propaganda, todos los descubrimientos útiles; trabajar por el mejoramiento del bienestar general”,²⁵⁰ según había publicado él mismo en su almanaque. En este sentido, las demás asignaciones también estaban respaldadas por su labor letrada, como la que llevó a cabo con el *Almanaque Potosino*.

Del mismo modo, lo cierto es que Cabrera recibió y reconoció la ayuda de otros hombres de letras y ciencias, así como de instituciones que le facilitaron el acceso a la información que publicaba en sus almanaques, haciendo de este proyecto editorial un trabajo colectivo.

3.5. LAS PERSONAS “INTELIGENTES Y NOTABLES” EN CIENCIAS Y LETRAS

En la portada del *Almanaque Potosino*, después de aparecer el nombre de Antonio Cabrera bajo el crédito de haberlo “arreglado”, se mencionaba que este trabajo lo hacía con la colaboración de “Personas Notables en Ciencias y Letras”, como en el caso del tercer y cuarto almanaques; para el séptimo, estos colaboradores aparecían como “Personas Inteligentes en Ciencias, Letras y Artes”.

Las personas “notables” e “inteligentes” pueden ser identificadas como los letrados colaboradores del *Almanaque Potosino*, los cuales, en su mayoría, eran autores de textos publicados en él, aunque cabe distinguir entre ellos los que tenían un vínculo directo con Cabrera y los que sólo aparecían como autores reeditados. De esta manera, los vínculos de algunos colaboradores se esclarecían con los mismos textos, que aparecían dedicados al editor, o bien, hechos especialmente para el almanaque, como fue el caso de los textos de Crescencio Gómez, Roberto P. Raigoza y Manuel Caballero.

Igualmente, es posible explicar estas relaciones a partir del ámbito espacial al que pertenecían los autores, que en esencia era el de la ciudad de San Luis Potosí, es decir, con los que podía haber tenido un mayor y estrecho contacto. Aunque no se pueden dejar de obviar escritoras como Elena Hatchel del Castillo y Rosa Barrenechea de Mayo, las que, al parecer, realizaban

²⁵⁰ Cabrera, *Séptimo Almanaque Potosino*, 1891, p. 56.

sus aportaciones desde la ciudad de Matehuala, San Luis Potosí. Del mismo modo, Manuel Caballero y Rafael Aguilar fueron personas que ayudaron en el proyecto editorial desde la Ciudad de México.

En ese mismo orden de ideas, a los colaboradores del *Almanaque Potosino* no sólo se les puede identificar a partir de los trabajos que aportaban, pues junto con los autores que publicaban en el almanaque se mencionaba a otros hombres de ciencia y letras que sin ser autores de algún texto tuvieron una participación importante en el desarrollo del proyecto editorial. Incluso, estos letrados recibían un reconocimiento explícito por parte del editor, de ahí que en la portada de la publicación apareciera su nombre junto al del Antonio Cabrera (véase el cuadro 8). De este modo, el editor reconocía la labor de los letrados que lo ayudaron en el proyecto editorial, como lo hizo al inicio de la edición del primer *Almanaque Potosino*: “Por último, doy un voto de gracia, en primer lugar, a mis apreciables colaboradores en el trabajo y arreglo de la presente obrita, y les vivo muy agradecido por sus importantes servicios” (véase el cuadro 8).²⁵¹

En ese sentido, los letrados vinculados con Cabrera fueron engranajes importantes para la existencia de su proyecto editorial. Su presencia y el papel que desempeñaron en él definirían la estructura y el esquema de la publicación, así como en el desarrollo del proyecto editorial en general, que a la vez lo vinculaba con las transformaciones intelectuales de los letrados y la creación de asociaciones a finales del siglo XIX.

3.5.1. *El lugar social de los colaboradores del Almanaque Potosino*

Si bien, la expresión “personas inteligentes o notables en ciencias, letras y artes”, usada para presentar a los colaboradores del almanaque, puede verse como un medio de publicidad y realce por parte del editor hacia su trabajo, no se puede negar que muchos de ellos estaban inscritos en ese lugar social letrado y que, por lo tanto, el *Almanaque Potosino* formó parte de la *ciudad letrada* de San Luis Potosí y México. Aún cuando se descono-

²⁵¹ Cabrera, *Almanaque Potosino*, 1886, p. 8.

Cuadro 8. Registro de las participaciones de los autores que tenían un vínculo directo con Antonio Cabrera y de los colaboradores del *Almanaque Potosino*

	Nombre	Tipo de aparición	Número de apariciones	Almanaque en el que participó	Año de participación
1	Ana María Romo	Autor	2	Tercer	1888
2	Crescencio Gómez Rodríguez	Autor	1	Noveno	1895
3	Elena Hatchelt del Castillo	Autor	1	Noveno	1895
4	Francisca Ontañón	Autor	1	Tercer	1888
5	Francisco de Asis Carranco	Colaborador	1	Primer	1885
6	Gregorio Barroeta	Colaborador	1	Primer	1885
7	Guadalupe Vázquez Castillo	Autor	1	Tercer	1888
8	Jno. F. O'Brien	Autor	1	Cuarto	1888
9	José de la Vega Serrano	Autor	1	Noveno	1895
10	José Segura	Autor	1	Octavo	1893
11	Manuel Caballero	Autor	1	Undécimo	1898
12	Manuel José Othón	Autor	2	Noveno, Undécimo	1895, 1898
13	Nicolás Valero	Autor/Colaborador	2	Primer	1885
14	Pioquinto C. López	Autor	1	Tercer	1888
15	Rafael Aguilar	Colaborador	2	Tercer, Quinto	1888, 1890
16	Ramona Castillo Salazar	Autor	1	Tercer	1888
17	Roberto P. Raigosa	Autor	1	Noveno	1895
18	Rosa Barrenechea de Mayo	Autor	2	Noveno	1895
19	Santiago Uresti	Autor	1	Séptimo	1891

ce la identidad de algunos de estos colaboradores, es interesante destacar que la mayoría desarrolló sus actividades en el ámbito local de la ciudad de San Luis Potosí, y no siempre desempeñando funciones intelectuales o culturales, como ocurría con la mayoría de los letrados de finales del siglo XIX (véase el cuadro 9).

Personajes como Gregorio Barroeta, Nicolás Valero, Francisco de Asís Carranco, Manuel José Othón, José de la Vega Serrano, y las señoritas de la Academia Dominical Literaria: Ana María Romo, Francisca Ontañón, Guadalupe Vázquez Castillo y Ramona Castillo Salazar, además de otras mujeres como Rosa Barrenechea de Mayo y Elena Hatchel del Castillo, dejaron huella en el proyecto editorial de Antonio Cabrera, y lo adscribían a la dinámica local en tanto que la mayoría eran originarios o habitantes de San Luis Potosí.

Pero, y más allá del peso geográfico que esos nombres representan, a través del *Almanaque Potosino* se hacía evidente la vinculación de estos letrados locales con ámbitos diferentes a los de la ciudad o el estado de San Luis Potosí; tal fue el caso de Manuel Caballero, otro editor de almanaques, cuyo trabajo lo realizaba desde la Ciudad de México. Al mismo tiempo se encuentra Rafael Aguilar, miembro de la Sociedad Científica Antonio Álzate, ubicada en la misma metrópoli.

Desde el ámbito sociológico, el *Almanaque Potosino* recibía la colaboración de profesores, sacerdotes, personas vinculadas al gobierno local y a empresas o negocios establecidos en la ciudad. Aquí cabe resaltar la actividad de muchos de los letrados en la instrucción pública, como el Instituto Científico y Literario (Barroeta y Othón), la Escuela Normal (Barroeta), el Seminario Conciliar (Carranco) y el Colegio Guadalupano (Carranco y Ontañón). En este sentido, corresponde destacar que las señoritas de la Academia Dominical, a excepción de una que ostentaba el título de bibliotecaria, eran en su mayoría profesoras, lo más probable de primeras letras.²⁵²

²⁵² *El Estandarte*, 7 de enero de 1886, núm. 100, año I, p. 4, cols. 2-3, *El Estandarte*, 23 de enero 1890, núm. 513, año VI, p. 2, col 4.

Cuadro 9. Datos biográficos y sociológicos de los autores que tenían vínculos directos con Antonio Cabrera y de los colaboradores del *Almanaque Potosino*

	Nombre	Tipo de participación	Datos de vida	Actividad u oficio	Membrecía asociación / institución literaria o científica	Participación en publicaciones impresas
1	Ana María Romo	Autor	-	Bibliotecaria	Academia Dominical Literaria de Señoritas	-
2	Crescencio Gómez Rodríguez	Autor	-	-	-	-
3	Elena Hatchelt del Castillo	Autor	Originaria de Mathuala, SLP.	-	-	-
4	Francisca Ontañón	Autor	-	Profesora	Academia Dominical Literaria de Señoritas Colegio Guadalupe	-
5	Francisco de Asís Carranco	Colaborador	¿? - 9 de marzo 1900, SLP.	Presbítero Profesor	Seminario de San Luis Potosí (profesor) Liceo Científico Literario (fundador) Academia Dominical Literaria de Señoritas (colaborador) Colegio Guadalupe	-

6	Gregorio Barroeta	Colaborador	1826, SLP-25 de octubre 1906, SLP.	Médico Naturalista Astrónomo Profesor Político	Escuela Normal (profesor) Instituto Científico y Literario (director del Observatorio) Ayuntamiento de SLP (regidor)	-
7	Guadalupe Vázquez Castillo	Autor	-	Profesora	Academia Dominical Literaria de Señoritas	-
8	Jno. F. O'Brien	Autor	-	-	Ferrocarriles Mexicanos (gerente general)	-
9	José de la Vega Serrano	Autor	1861, Puebla-5 de marzo 1902, SLP.	Político Empresario Periodista	Ayuntamiento de la Cd. de SLP (tesorero)	<i>El Contemporáneo</i> (1896, director) <i>La Aurora del siglo XX</i> (1900, fundador) <i>El Contemporáneo</i> (dueño) <i>El Estandarte</i> (co-laborador)
10	José Segura	Autor/ Colaborador	-	Ingeniero Cartógrafo	Sociedad de Ingenieros	-
11	Manuel Caballero	Autor	1849, Jalisco-1926, Ciudad de México	Periodista Editor		-

12	Manuel José Othón	Autor	14 de junio 1858, SLP-28 de noviembre 1906, SLP	Abogado Escritor Profesor	Instituto Científico y Literario Ayuntamiento de la ciudad de SLP	-
13	Nicolas Valero	Autor/ Colaborador	-	-	-	-
14	Pioquinto C. López	Autor	-	-	-	-
15	Rafael Aguilar	Colaborador	4 de agosto 1863, Ciudad de México 26 de febrero 1940, Ciudad de México.	Profesor Científico	Sociedad Científica Antonio Álzate Miembro del Observatorio Meteorológico Central Sociedad Científica “Benjamín Franklin” Instituto Geológico Mexicano Sociedad Mexicana de Geografía y Estadísticas (Vicepresidente, 1919), Instituto Bibliográfico Mexicano (1899)	<i>La Linterna</i>
16	Ramona Castillo Salazar	Autor	-	Profesora	Academia Dominical Literaria de Señoritas	-

17	Roberto P. Raigosa	Autor	-	-	-	-
18	Rosa Barrenechea de Mayo	Autor	1859, Matehuala-15 de mayo 1947, México DF	Escritora	-	-
19	Santiago Uresti	Autor	-	Músico Compositor	-	-

El Estandarte, 31 de diciembre de 1885, núm. 98, año I, p. 4, col. 1-2. *El Estandarte*, 7 de enero de 1886, núm. 100, año I, p. 4, col. 2-3. *El Estandarte*, 14 de febrero de 1889, núm. 416, año V, p. 2, col. 2. *Periódico Oficial*, 25 de diciembre de 1886, núm. 829, t. XI, p. 4, col. 1. Betancourt, *Anónimas*, 2000. Montejano, *Biobibliografía*, 1979.

Por otro lado, el vínculo con los gobiernos locales y estatales estaba presente a partir de Othón, Barroeta y Vega, quienes formaron parte del ayuntamiento local y desarrollaron actividades en nombre de esta institución. Asimismo, el proyecto de Cabrera se relacionó con la Iglesia católica por medio del clérigo Francisco de Asís Carranco, quien, además de realizar su quehacer sacerdotal, se dedicó a la instrucción en el seminario de la ciudad. Finalmente, desde los hombres de negocios, como J. F. O'Brien, quien los representó en el *Almanaque Potosino* como gerente de los Ferrocarriles Nacionales de México, especialmente cuando apareció como autor en esta publicación.²⁵³

Todos ellos, desde sus profesiones y funciones específicas, dieron espacio a la actividad científica o a las letras, algunos como parte de su quehacer y otros como una actividad distinta a la que desempeñaban cotidianamente. Por ejemplo, Gregorio Barroeta era profesor de Física en la Escuela Normal para Profesores, así como director del Observatorio Astronómico del Institu-

²⁵³ Cabrera (ed.), 1888, pp. 68-73; *El Estandarte*, 31 de diciembre de 1885, núm. 98, año I, p. 4, cols. 1-2; *El Estandarte*, 13 de agosto de 1890, núm. 96, año VI, p. 2, col. 5; Montejano, 1979, p. 394.

to Científico y Literario.²⁵⁴ Mientras tanto, José Vega, además de haber sido tesorero en el ayuntamiento de la ciudad, fue director y fundador de periódicos como *El Contemporáneo* y *La Aurora*. De igual forma, las señoritas de la Academia Literaria formaron parte de este mundo letrado mediante la misma asociación, pues, además de constituir un espacio para la creación literaria, también se estableció como un lugar de instrucción.²⁵⁵ Finalmente, Francisco de A. Carranco destacó en las letras al formar parte de una asociación como la del Liceo Científico Literario, donde también participó Manuel José Othón, sobresaliente por su trabajo en verso.²⁵⁶

Por otro lado, como se puede apreciar, la mayoría se movía dentro de los límites de los poderes políticos, trabajando para el ayuntamiento de la ciudad, o bien recibiendo el reconocimiento de las autoridades políticas, como en la presentación de los exámenes realizados por las señoritas de la Academia Dominical, desarrollado ante el gobernador del estado. Otros también participaron en proyectos del Estado, como Othón, que, junto a Emilio Ordaz, participó en la creación de proyectos de ley, además de recibir del gobierno estatal la asignación oficial para que tomara la cátedra de Literatura y Gramática Castellana en el Instituto Científico y Literario.²⁵⁷

Si bien es posible observar que la mayoría de estos hombres de ciencia y de letras se ubicaban en un mismo lugar social, desde el que compartían actividades e intereses, ya fuera porque coincidían en instituciones o porque estaban ligados al Estado, lo destacable es que entre ellos se tejó una red de vínculos y relaciones que los dirigió o encaminó al *Almanaque Potosino*, dándole vida y continuidad a este proyecto editorial.

²⁵⁴ Montejano, 1979, p. 55; *Periódico Oficial*, 29 de octubre de 1906, núm. 78, t. xxxi, p. 1, col. 1.

²⁵⁵ *Periódico Oficial*, 1 de enero de 1886, núm. 746, t. xi, p. 4, cols. 3-4.

²⁵⁶ Montejano, 1979, p. LIX; Montejano, 1979, p. 394.

²⁵⁷ *El Estandarte*, 23 de enero de 1890, núm. 513, año vi, p. 2, col. 4; *El Estandarte*, 13 de agosto de 1890, núm. 96, año vi, p. 2, col 5; *Periódico Oficial*, 25 de diciembre de 1886, núm. 829, t. xi, p. 4, col. 1.

3.5.2. Vínculos entre los letrados y las asociaciones científicas y literarias en la edición del *Almanaque Potosino*

Desde los primeros volúmenes de la colección de almanaques editados por Antonio Cabrera, se registró una serie de individuos y asociaciones que participaron de manera frecuente en la publicación anual. Otros tuvieron una presencia esporádica pero significativa para el proyecto editorial.

En el primer *Almanaque Potosino* se registró la participación de personajes como Gregorio Barroeta, Nicolás Valero y Francisco de A. Carranco; para el segundo, Carranco volvió a aparecer con la compañía de Manuel José Othón, quedando fuera de él los otros dos primeros colaboradores. Además, en ese segundo volumen se presentó por primera vez a Rafael Aguilar, quien apareció en el tercer y quinto. El tercero destacó por estar ampliado “con bellos artículos inéditos, escritos en prosa y verso proporcionados expresamente para esta obra por Señoritas de la ‘Academia Dominical Literaria,’ fundada en esta ciudad”.²⁵⁸ Otras de las colaboraciones fueron menos continuas y más coyunturales que las anteriores, apareciendo en el proyecto con el propósito de completar un tema abordado en la obra o hacer publicidad del almanaque, como José Segura, cuya participación se logró después de haber dado a conocer su trabajo cartográfico, o, por ejemplo, Santiago Uresti, quien “a indicación mía [de Cabrera], se sirvió arreglar la composición de una bella mazurca para piano que tituló ‘El Almanaque Potosino’”.²⁵⁹ En otros almanaques, como el sexto, la participación de Cabrera es total, convirtiéndose en el autor con mayor presencia dentro del *Almanaque Potosino*.

A pesar de estos cambios en la forma y frecuencia de las colaboraciones de cada uno de los letrados, su participación no está del todo aislada entre sí, pues las conexiones entre varios de los colaboradores, así como del mismo editor, se evidencia a través de su intervención en distintos momentos del proyecto editorial, lo que coloca al *Almanaque Potosino* en el centro de una red de relaciones y, en un sentido más amplio, dentro de la *ciudad letrada* de San Luis Potosí.

Un ejemplo claro y esencial para la existencia del *Almanaque Potosino* fue la presencia de Gregorio Barroeta como director del Observatorio Me-

²⁵⁸ Tercer *Almanaque Potosino*, 1888.

²⁵⁹ Cabrera, *Séptimo Almanaque Potosino*, 1891, p. 55.

teorológico del Instituto Científico y Literario, inaugurado el 24 de febrero de 1878.²⁶⁰ Sus conocimientos en astronomía y meteorología eran esenciales para el primer almanaque, ya que él “ha arreglado los cálculos al meridiano del Observatorio [...] de esta Capital, primera vez que en ella se publican datos de esta especie en un libro como el presente, y por tanto dignos de la mayor atención”.²⁶¹ La pertenencia de Barroeta a la Sociedad Científica “Antonio Alzate”, como socio honorario corresponsal desde el 28 de junio de 1885, también resultó significativa, pues es probable que por medio de esa adscripción Cabrera pudiera contactar a Rafael Aguilar, el fundador y secretario de esa misma asociación y también miembro del Observatorio Meteorológico Central. De esta forma, Aguilar ocuparía el lugar de Barroeta después de que éste saliera del proyecto editorial, ocupándose de la información astronómica a partir el *Segundo Almanaque Potosino*.²⁶²

Por otro lado, es posible que la participación de la Academia Dominical Literaria de Señoritas en la edición del almanaque se haya logrado por medio del mismo director de la asociación, José de Jesús Jiménez. En este sentido, los vínculos comerciales que Cabrera estableció a partir de su negocio de encuadernación y librería pudieron haber influido para la participación de las letradas en el tercer almanaque, pues antes de que éste comenzara a circular, la librería de Cabrera era una de las principales distribuidoras de las obras de instrucción literaria escritas por el director de la asociación. Igualmente, se puede mencionar que el mismo Jiménez recogía el trabajo de Cabrera en el *Periódico Oficial*, del cual fue director interino responsable cuando salió publicado el primero de los almanaques.²⁶³

También es probable que la integración de las señoritas en el proyecto editorial se lograra gracias a la mediación de Francisco de A. Carranco, quien había participado en la Academia Dominical dos años antes de que éstas colaboraran en el almanaque. Así, Carranco, quien había participado en los exámenes públicos de Academia Dominical, después se volvió colabo-

²⁶⁰ *La Unión Democrática*, 24 de febrero de 1878, núm. 104, t. II, p. 3, cols. 2-3.

²⁶¹ Cabrera, *Almanaque Potosino*, 1886, p. 7.

²⁶² *Memorias de la Sociedad Científica “Antonio Alzate”*, t. 1, núm. 1, 1887, p. 6.

²⁶³ *Periódico Oficial*, 16 de enero de 1886, núm. 748, t. XI, p. 4, col. 4; *Periódico Oficial*, 25 de marzo de 1886, núm. 762, t. XI, p. 3, col. 2.

rador de Antonio Cabrera, justo antes de que lo hicieran las señoritas de la asociación, actuando como un contacto entre ésta y el editor.²⁶⁴ En tal sentido, no se puede obviar el papel que pudo haber desempeñado Carranco para la adscripción de otros letrados a este proyecto editorial, pues en el ámbito local destacaron sus cualidades literarias, así como en la instrucción y la organización del quehacer letrado por medio de su participación en la fundación del Liceo de Ciencia y Literatura, en la que estuvo presente Manuel José Othón, otro de los colaboradores del *Almanaque Potosino*.

En este tenor, los vínculos del *Almanaque Potosino* con la *ciudad letrada* no sólo se pueden encontrar en las participaciones de los letrados en la publicación, pues el reconocimiento a los hombres de ciencia y de letras también se hizo patente por medio de otras publicaciones, revelándose con ello las estrechas relaciones que existían entre Antonio Cabrera y personajes como Rafael del Castillo y Primo Feliciano Velázquez, ambos editores y directores de publicaciones periódicas (como el *Periódico Oficial* y *El Estandarte*, respectivamente). En esas publicaciones se revela el reconocimiento e importancia que le daban al trabajo editorial de Cabrera, así como al proyecto mismo del *Almanaque Potosino*.²⁶⁵ Del mismo modo, pero fuera del ámbito local de San Luis Potosí, Manuel Caballero, editor y periodista, también dio crédito al *Almanaque Potosino*, tanto que lo demostró con un poema dedicado exclusivamente para el impreso.²⁶⁶

Como se puede observar, la dinámica social que circunscribe a los colaboradores del *Almanaque Potosino* los ubica como hombres de ciencia y de letras. De tal forma que su presencia y continuidad en el proyecto editorial coloca a éste en el plano de la *ciudad letrada*, de la intelectualidad y la cultura de finales del siglo XIX. Así, este lugar social desde el que se creó, definió su desarrollo y viabilidad.

En un sentido cronológico y contextual, resulta importante la manera en que se crearon asociaciones para las ciencias y las letras, como la

²⁶⁴ *Periódico Oficial*, 25 de diciembre de 1886, núm. 829, t. XI, p. 4, col. 1.

²⁶⁵ *El Estandarte*, 24 de enero de 1886, núm. 105, año II, p. 4, col. 3; *El Estandarte*, 13 de febrero de 1887, núm. 213, año III, p. 3, cols. 3-4; *Periódico Oficial*, 7 de diciembre de 1887, núm. 914, t. XII, p. 4, col. 1.

²⁶⁶ *Undécimo Almanaque Potosino*, 1989, pp. 81-84.

Academia Dominical, el Liceo Literario y la Sociedad Científica “Antonio Alzate”; cómo se instalaron instituciones y herramientas para la investigación científica, como el Observatorio Astronómico. Así mismo, no se puede dejar de mencionar el desarrollo de nuevos conocimientos sobre la localidad y el estado, expresándose ello en mapas y en el desarrollo de prácticas como la escritura de la historia, los cuales dieron sentido y posibilitaron el proyecto de Antonio Cabrera.

Por otra parte, tampoco se puede dejar de lado el papel que representó el *Almanaque Potosino* para esta *ciudad letrada*, especialmente en el ámbito local, pues fue un medio para consolidar su trabajo y existencia, haciendo público su quehacer y dotando de cohesión a los letrados. De esta forma, el almanaque es producto de ese lugar social, pero también es constructor del mismo. Es decir, el *Almanaque Potosino* se convirtió en un medio de identificación para los hombres y mujeres que aspiraban a las ciencias y a las letras de su patria, dándoles la oportunidad de edificar un espacio común y un punto de encuentro que los diferenciaba de otros ámbitos y quehaceres sociales, consolidando mediante el proyecto editorial su papel intelectual y letrado.

Ello sin desligar las otras funciones que estos personajes llevaron a cabo a lo largo de su vida, especialmente en el marco de la publicación de los almanaques, pues se debe considerar que los hombres de ciencia y de letras que participaron en la publicación del *Almanaque Potosino* estaban constreñidos a la dinámica de los contextos social, político y económico del momento, ya fuera como sacerdotes, burócratas o como actores políticos. Esta particular circunstancia definió la edición del proyecto de Cabrera, reflejándose en éste los diversos intereses de los letrados con los que trabajó, además de los del propio editor. De esta manera se configuró una suerte de línea ideológica con la que se presentaba el proyecto editorial en general, como se puede apreciar en los textos de los almanaques que se analizan en los siguientes capítulos.

Textos, materialidad y matriz textual del *Almanaque Potosino*

El *Almanaque Potosino*, como expresión del género, es analizado en este capítulo a partir de las múltiples perspectivas que existen sobre la noción de texto, y que conllevan a reconsiderar este concepto no sólo como una estructura verbal, sino como una materialidad. Tal variedad de interpretaciones es un punto de partida teórico que permite comprender las diferentes formas en que se estructuraron y presentaron los almanaques.

Después se retoman algunas de las aportaciones realizadas por especialistas con respecto al carácter textual del género, para dirigirse al análisis del *Almanaque Potosino* y sus múltiples variaciones estructurales. Por supuesto, aquello no se analizará sin antes considerar sus antecedentes, así como los proyectos editoriales contemporáneos que de alguna manera influyeron en su composición.

En este sentido, desde el *Almanaque Potosino* se podrá apreciar un proceso de articulación de textos sumamente complejo, inspirado en la tradición de los almanaques, el cual desarrolló una integración propia de sus contenidos, lo que ofrecía a los lectores toda una gama de escritos que satisfacía sus variados gustos.

4.1. EL ALMANAQUE COMO GÉNERO TEXTUAL: DE LA MATRIZ TEXTUAL A LA MATERIALIDAD DE LOS TEXTOS

Una de las principales características de los almanaques, como género textual es la codificación de elementos escritos que fueron y han sido casi invariables en esta manifestación de la cultura escrita impresa. Sin embargo, para ello es importante configurar una noción amplia de lo que es un texto y de la manera en que éstos se presentaron en el género de los almanaques.

4.1.1. *La noción de texto*

Dentro de las definiciones que se pueden encontrar para comprender la idea o noción de texto, una de las más simples es la que lo comprende como una emisión lingüística, ya sea de forma oral o escrita, con un orden y unidad estructural.²⁶⁷ Al respecto, uno de los especialistas en el estudio de los textos, Roland Barthes, los entendía como un tejido o una “textura” de signos que representan conceptos u objetos, los cuales se articulan para dar a conocer una idea. En este sentido, lo que Barthes asume es que todo texto se encuentra en un proceso de comunicación entre los emisores y los destinatarios del mismo.²⁶⁸

Cabe aclarar que dicha estructura de signos, es decir, el texto, atiende a una extensión variable, donde la mínima unidad puede ser la palabra o el enunciado, aunque puede llegar a tener una extensión superior. De ahí resulta que una oración, un párrafo, e incluso un libro, pueden enmarcarse bajo la noción de texto.²⁶⁹

Esta noción había hecho que la idea de texto se enmarcara estrictamente en la esfera de lo escrito, dejando de lado muchos objetos culturales que se componen también de signos y que forman parte de un proceso de comunicación.

En este sentido, la noción de texto ha sido desbordada y ampliada, yendo más allá de lo escrito. Como diría Don F. McKenzie, se ha “quebrado el matraz” de lo textual, lo que supone aplicar la noción de texto a productos culturales configurados con una estructura y composición de signos que no necesariamente se realiza a través de elementos alfabéticos o verbales, sino por elementos iconográficos o sonoros.

De ello resulta que imágenes fijas o en movimiento, así como composiciones musicales, pueden ser abarcadas bajo la categoría de lo textual, junto con su tradicional concepción de lo escrito. Así, por texto pueden entenderse “los datos verbales, visuales y orales y numéricos en forma de mapas, impresos y música, archivos de registros sonoros, de películas, videos y la información computarizada”.²⁷⁰

²⁶⁷ Real Academia Española, <<http://lema.rae.es/drae/?val=texto>>.

²⁶⁸ Barthes, 2009a.

²⁶⁹ Ducrot y Todorov, 2003, p. 337.

²⁷⁰ McKenzie, 2005, p. 31.

Si bien es cierto que todos esos artefactos o expresiones culturales están compuestos por signos o por elementos simbólicos que dan un principio unitario, hay una importante distinción entre ellos: a saber, el soporte material que sirve como medio de expresión a las estructuras verbales o visuales. Por lo tanto, dicha materialidad se asume como un elemento más para la interpretación y comprensión de los textos, más allá de los elementos verbales que lo definen. Al menos así lo ha demostrado McKenzie:

[...] en algunos casos se pueden hacer lecturas llenas de significado a partir de los signos tipográficos tanto como de los verbales, que éstas tienen que ver con decisiones editoriales respecto a cómo se ha de reproducir un texto, así como que una lectura de tales signos bibliográficos puede repercutir gravemente en nuestro juicio sobre la obra de un autor [...] En otras palabras, todas las lecturas son características de sus circunstancias temporales pudiendo, al menos parcialmente, ser reconstruidas a partir de las formas materiales del texto, constituyendo estas diferencias de lectura una historia muy reveladora.²⁷¹

Esto ha suscitado una mayor complejidad para entender los textos, llegando al punto de no poder diferenciarse el ámbito verbal del material, especialmente en el proceso de lectura-interpretación o de creación del sentido.

Esta ampliación de lo que puede ser entendido como texto, es decir, este plano verbal y material que los define, también ha supuesto una extensión de lo que puede ser estudiado como tal y la manera misma en que puede ser abordado.

Chartier sintetiza estas diferentes perspectivas de lo que puede ser entendido como texto; a saber, todo aquello que posee un significado y que no necesariamente tiene un soporte impreso o un formato de libro, aunque es cierto que siempre va a tener un soporte que posibilita su difusión y circulación, ya sea el papel, el celuloide o los instrumentos musicales dirigidos por unas partituras.²⁷² “Lo que permite designarlos así es el hecho de que todas esas producciones simbólicas han sido construidas a partir de relaciones de signos que forman un sistema y cuyo sentido es definido por convención”.²⁷³

²⁷¹ McKenzie, 2005, p. 36.

²⁷² Chartier, 2005, pp. 6-7.

²⁷³ Chartier, 2005, p. 7.

4.1.2. *El universo textual del almanaque*

Como ya se ha visto en capítulos precedentes, el género del almanaque no sólo supone fórmulas o mediaciones editoriales. Su singularidad se comprende por los elementos textuales que lo definen, comprendido como una matriz o una estructura textual propia, la cual está configurada por una serie de textos con tópicos, intenciones y propósitos muy particulares, pero que se integran en las diversas expresiones impresas de este género.

Por supuesto, dicha dualidad en el género no implica que existan dos niveles distintos y separados entre sí, al contrario, podría decirse que éstos se complementan, y que depende uno de otro.

Lo anterior se sustenta en las mismas nociones existentes sobre la idea de lo textual, que revelan esta vinculación entre los elementos simbólicos y verbales con la condición material que le da vida, y que en este caso se corresponde con el trabajo editorial y tipográfico. En este sentido, esta dualidad opera de forma unificada, pues no se debe de olvidar que el proceso de edición se realiza sobre textos que obtienen su materialidad gracias al trabajo editorial.

Sin embargo, apreciando sólo el elemento textual del almanaque, en su sentido amplio de signos y materia, se revelan formas singulares de operar dentro del propio género. En principio, cabe aclarar que un almanaque puede ser considerado en conjunto, es decir, como un texto único y estructurado, cualquiera que sea la forma material que se le dé: libro, hoja, folio sin encuadernar e incluso una versión digital. Pero no se puede omitir que su construcción y diseño parte del proceso de articulación de varios textos.

Es a partir de esta noción que Lüsebrink considera que las diversas expresiones impresas del género del almanaque están constituidas por una suerte de matriz textual, la cual supone una organización de los textos que dan cuerpo al mismo.

Como ya se ha visto, esta matriz textual ha mantenido cierta unicidad y continuidad histórica, aunque se ha transformado con el paso del tiempo. El calendario, es decir, la representación de la concepción temporal, constituye por sí mismo un elemento básico de esa matriz. Sin embargo, se encuentra acompañado por elementos o textos literarios, así como por grabados, fotografías, mapas y tablas (véase capítulo 1).

Todo esto supone una literatura propia del género que, si bien se la puede encontrar dispersa en otro tipo de soportes y como parte de otros

proyectos editoriales, ha constituido una especie de corpus de textos que se puede identificar como el “universo textual” del género del almanaque.

En sus orígenes, este universo textual se ha configurado por lo que algunos autores identifican como las “formas breves o simples” de la expresión verbal, en particular de la escritura. Sobre ellas, André Jolles explica que son expresiones verbales, orales y escritas, que, desde el ámbito antropológico, implican fórmulas elementales de expresar y referir la experiencia de lo humano, a través de una ficción o construcción literaria, como ha sido el caso de las leyendas, los mitos, las adivinanzas, el “buen decir”, las fábulas o las anécdotas.²⁷⁴

En este sentido, y considerándolo desde el plano del género de los almanaques, Lüsebrink explica que:

El universo textual de los almanaques populares tradicionales se rige por formas a la vez breves y simples. La brevedad de las formas periodísticas y literarias utilizadas está ligado con el proyecto mismo del almanaque, que se destina a una serie de eventos sucintos considerados esenciales para todo el año, [...] Antes del final del siglo XIX, los textos –de origen diverso– publicados dentro de los almanaques populares no pasaban de tres páginas, como regla general, y se limitaban, a menudo, a unas cuantas líneas”.²⁷⁵

Así, dichas formas simples se han presentado como partes integrales del género del almanaque desde su aparición y popularización en el mundo de la cultura escrita en Occidente, con una particular dinámica que le ha definido desde entonces:

La presencia de la ficción literaria, en el sentido amplio del término, dentro del seno del género textual de los almanaques populares, tanto de Europa como de la América francófona [desde los siglos XVIII al XX] estaba esencialmente regida por tres redes intertextuales e interdiscursivas: la oralidad, las formas breves de lo impreso y la prensa de periodicidad frecuente (diarios, gacetas).²⁷⁶

²⁷⁴ Lüsebrink, 2000, p. 60.

²⁷⁵ Lüsebrink, 2000, p. 59.

²⁷⁶ Lüsebrink, 2000, p. 56.

Estos entramados o redes, que han conformado un plano textual del género del almanaque, se pueden esclarecer y sintetizar de la siguiente forma. En primer lugar, dentro del plano de lo oral hay que mencionar elementos como anécdotas, proverbios, canciones, adivinanzas, sentencias y máximas, los cuales se configuran como textos literarios semi-orales que tienen un origen en la comunicación hablada y que pueden ser re-oralizados después de ser escritos e impresos.

El segundo elemento del corpus literario de los almanaques lo constituye una literatura ligada a una brevedad textual, la que generalmente se presentaba bajo los formatos impresos de larga circulación y que, a la par del género del almanaque, surgió con la aparición y difusión de la cultura impresa, a saber el *colportage* (derivado de *colporteur*, venta de casa en casa).²⁷⁷

Por último, el almanaque como texto forma parte de una red de intertextualidad²⁷⁸ que supone relaciones entre escritos como un elemento más del mundo de las publicaciones periódicas; tal es el caso de diarios, gacetas y revistas, cuyo material textual narrativo, y muchas veces informativo, se adaptaba para presentarlo en los almanaques y hacérselo llegar al público consumidor del género.²⁷⁹

Por supuesto, estos procesos de intertextualidad y de adaptación de un lenguaje oral a otro escrito son sólo algunos de los principios que definieron la manera en que el género operó en un ámbito textual a lo largo de su historia. Las transformaciones de estas dinámicas sólo se pueden apreciar con casos particulares, comparándolos y contrastándolos con otras muestras del mismo orden.

Igualmente, el análisis de los procesos editoriales que dieron vida al género en ámbitos espaciales y momentos históricos concretos, permitirá apreciar aún mejor, e incluso encontrar y comprender, otras dinámicas textuales que influyeron en la creación de los almanaques.

²⁷⁷ Lüsebrink, 2000, p. 57.

²⁷⁸ Por intertextualidad se puede entender las relaciones existentes entre dos textos, no necesariamente integrados en un mismo soporte material. Entre los mejores ejemplos están la cita, las alusiones, el parafraseo, etcétera. (Maingueneau, 1999, pp. 64-65; Barthes, 2009b, p. 59).

²⁷⁹ Lüsebrink, 2000, pp. 57-58.

4.2. EL UNIVERSO TEXTUAL DE LOS ALMANAQUES EN EL MÉXICO DEL SIGLO XIX

Desde su origen, el universo textual del género del almanaque, o bien, lo que puede ser ubicado como la literatura de almanaque, además de estar definidos por la presencia de textos que difundían conocimientos astronómicos y climáticos, estaba marcado por escritos definidos por la oralidad y las expresiones textuales breves, especialmente cuando recibían la denominación de calendario. Posteriormente, ya entrado el siglo XIX, hay una importante transformación y una mayor complejidad en cuanto a las relaciones intertextuales con otros géneros editoriales y textuales. Además, en sí mismo, el género estuvo definido por la introducción de formas y expresiones de lo escrito propias de ese momento histórico.

Así, desde los primeros años de vida independiente del naciente Estado-nación mexicano, la publicación de almanaques estuvo permeada por una ideología nacionalista que fue creciendo conforme se develaban y edificaban los hitos y figuras canónicas de la nación mexicana. Uno de los principales modelos a seguir fueron los calendarios del *Pensador Mexicano*, Joaquín Fernández de Lizardi, especialmente los publicados después de 1821, cuando se dio fin a la guerra de Independencia.

Los calendarios de Lizardi destacaron por comenzar a incluir fechas cívicas en el calendario, pues hasta ese momento estaban guiados por un sentido religioso. Además, en ellos aparecieron por primera vez “notas cronológicas mexicanas”, junto con biografías y grabados de los nuevos próceres de la patria mexicana, es decir, los insurgentes que iniciaron y concluyeron el movimiento de independencia de la Nueva España, así fue en el *Calendario histórico y pronóstico político* (1824). Del mismo modo, en el *Calendario para el año de 1825 dedicado a las señoritas americanas*, hizo alusiones a las mujeres que participaron activamente en el proceso bélico y político independentista.²⁸⁰

Otro caso fueron los calendarios hechos por Manuel Payno. En estos “almanaques mexicanos” se pueden apreciar los primeros intentos para configurar una literatura arqueológica e histórica mexicana, la cual intentaba ligar

²⁸⁰ Herrera, 2010, pp. 17-24.

el pasado prehispánico con el México contemporáneo de Payno, de ahí que aparecieran textos como:

CUADRO SINÁPTICO DE LA HISTORIA ANTIGUA DE MÉXICO, desde los tiempos fabulosos, hasta la ocupación de la Capital por Hernán Cortes, formado según los datos más auténticos, por el ciudadano Manuel Payno, quien lo dedica, en demostración de aprecio, a la juventud estudiosa de la República.²⁸¹

Mas no todo fue política y nacionalismo en el mundo de los almanaques, pues dentro del universo textual de ese momento se encontraba en desarrollo todo un panorama de textos literarios, religiosos y satíricos, e incluso algunos que podrían llamarse “normativos” o didácticos, en el sentido de que tenían un fin práctico para las actividades cotidianas.

Un claro ejemplo de lo anterior se encuentra en el *Calendario de los Amantes* para 1861, de Manuel Murguía, en el que se presentaban una especie de formatos de cartas para declarar los sentimientos de afecto de un hombre a una mujer, de acuerdo con las costumbres de la época. Por supuesto, también se incluían cartas-formato para que las mujeres dieran respuesta. Sin embargo, el editor, con especial atención, remarcaba que sus lectores debían ingeniárselas al momento de entregarlas, para evitar que éstas parecieran una simple copia.²⁸²

Ese aspecto lúdico de los textos del almanaque se expresa también con la presencia de textos literarios. En tal tenor, diferentes géneros de la expresión escrita, tanto en prosa como en verso, se encontraban junto con el acostumbrado santoral y la información astronómica. Fue el caso del *Calendario de Allende*, también para 1861, donde aparecía un poema dedicado a Ignacio Allende, uno de los militares que participaron en las guerras de independencia en 1810 y 1811, así como una suerte de novela o crónica histórica sobre la época del emperador Carlo Magno.²⁸³

²⁸¹ Incluso, el mismo título del almanaque demuestra esa preocupación patriótica-nacionalista y arqueológico-histórica: *Calendario azteca para el año bisiesto de 1860, arreglado al meridiano de México*, 1860.

²⁸² Murguía, 1861, en *Calendario de los amantes*.

²⁸³ *Calendario de Allende*, 1861.

Como ya se ha mencionado, no sólo los textos escritos se hicieron presentes en los calendarios o almanaques, las imágenes, ya fueran litografías o fotografías, se introdujeron con un propósito ilustrativo y muchas veces publicitario, pues el uso de textos gráficos serviría para atraer al futuro público lector. En este sentido, los avances técnicos y los gustos de los editores definieron la presencia de imágenes.

Por supuesto, la estructura o la matriz textual de estos almanaques seguía o continuaba la herencia textual de los siglos precedentes: el santoral, las notas cronológicas y demás elementos inherentes al género. Pero también se hicieron innovaciones para su presentación y no siempre ocuparon el mismo lugar central o primario dentro de las publicaciones identificadas como almanaques.

Como ya se vio en el capítulo precedente, los proyectos editoriales de los editores-impresores se habían inclinado por el formato de “codex” o libro, por lo que la lectura y consulta de los almanaques suponía dar un soporte y cohesión a la variedad de textos que se incluían a lo largo de sus páginas. El encuadernado, muchas veces de pastas duras, los hacía un material para la lectura mucho más duradero que un simple periódico o revista, aunque eso podía variar con respecto a las preferencias de los editores y los lectores. Estos elementos materiales unificaban este amplio corpus que aquí se ha descrito brevemente.

En este sentido, los rasgos textuales arriba expuestos, que no quedan más que como meras generalidades, suponen ser un acercamiento preliminar para el estudio del *Almanaque Potosino*. En lo particular, hay antecedentes importantes que, en el ámbito textual, resultaron ser definitorios para el proyecto editorial de Antonio Cabrera.

4.3. EL UNIVERSO TEXTUAL DEL *ALMANAQUE POTOSINO*: ANTECEDENTES

Para comprender y apreciar las características textuales del *Almanaque Potosino* hay que tener en cuenta a sus principales antecedentes, el *Calendario Potosino*, editado e impreso por la tipografía de Genaro Dávalos, y la *Ilustración Potosina*, una revista publicada en San Luis Potosí durante la década del 1860, que a continuación se estudian.

4.3.1. *El Calendario Potosino y la Ilustración Potosina*

Respecto al *Calendario Potosino* publicado por Dávalos, no se puede decir que éste no haya sido influido por otros almanaques o calendarios representantes del género, especialmente de los producidos en el ámbito mexicano y en particular en la Ciudad de México, como lo fueron el calendario de Manuel Payno o el *Calendario del Más Antiguo Galván*, que, para las fechas en que su publicó el *Calendario Potosino*, ya estaban en circulación.

Resultado del influjo o no de los calendarios publicados en la Ciudad de México, lo cierto es que el *Calendario Potosino* muy probablemente fue uno de los primeros almanaques o calendarios editados en San Luis Potosí. Es así que este proyecto editorial fue un parteaguas en cuanto a los textos que integraban los impresos de este género. Pues además de incluirse los elementos textuales de todo almanaque, se podían encontrar textos de carácter histórico y aquellos que es posible identificar como las formas simples propias del género.

Desde notas cronológicas en las que “se numeran desde la creación del mundo según el Martirologio Romano [hasta] la Erección del 1er. Cabildo Eclesiástico”, pasando por las velaciones de matrimonio, hasta las fiestas móviles y las predicciones de los eclipses del año, el *Calendario Potosino* seguía la matriz textual tradicional que definía al género (véase el cuadro 10).

Podría atenderse a estas anécdotas como a esas formas breves de la literatura mencionadas arriba, que en algunos casos tienen un origen oral y que se preparan para darse a conocer o reutilizarse por esa misma vía comunicativa.

- No coma vd. tanto queso, compadre, porque comiendo mucho queso, dicen que se hace uno tonto.
- No, compadre, yo siempre he comido mucho queso, y, ya vd, no soy tonto.
- Ese es el queso, compadre, ya le hizo daño.²⁸⁴

El otro elemento característico de este almanaque fabricado en San Luis Potosí fue el elemento histórico, pues destacó por incluir, después del corpus mencionado, un texto de carácter histórico, cuyo título solo se sabe que es el de

²⁸⁴ *Calendario Potosino*, 1864, p. 17.

“San Luis Potosí”. Lo interesante de éste, es que muy probablemente se constituyó como eje central del calendario, e incluso fue motivo de su publicación, pues desde el primer *Calendario Potosino*, se incluyó en el proyecto editorial.

Así, ya el segundo y tercero de los calendarios, que sí se han ubicado, aparecen como continuación del primero, especialmente por ese texto de carácter histórico que ocupa un lugar central en el cuerpo del impreso, el cual resulta ser bastante amplio considerando que la parte importante era el santoral y la cuenta de los días y los meses. Además, también contó con una sección literaria, aunque solo se articulaba por pequeños poemas y escritos breves con los que se daba fin al volumen (véase cuadro 11).

Ahora bien, en esa misma década del 1860, surgió en la localidad otro proyecto editorial que también aprovechó la diversidad de textos y la ampliación de la práctica de la escritura: la *Ilustración Potosina*. En esa publicación, propia del género de las revistas, confluyeron textos principalmente de carácter literario. No obstante, su subtítulo la presentaba como un “SEMANARIO DE LITERATURA, POESÍAS, NOVELAS, NOTICIAS, DESCUBRIMIENTOS, Y VARIEDADES MODAS Y AVISOS”,²⁸⁵ lo que se traduce en una variedad de textos articulados y creados bajo un interés artístico, científico, técnico e informativo.

Por otro lado, la ilustración potosina también echó mano de la técnica desarrollada para la reproducción de imágenes y textos gráficos en las publicaciones seriadas. En este sentido, como lo ha explicado Belém Clark de Lara, el nombre de esta publicación, al parecer, no sólo atendía a una serie de principios filosóficos e ideológicos que aludían a la Ilustración, sino que también respondía al juego de imágenes que el editor, es decir, Tomás de Cuéllar, quería aprovechar para atraer al público lector y desarrollar las ideas que sustentaban su proyecto editorial.²⁸⁶

Puede decirse de estos proyectos, que aprovecharon la variedad de textos producidos por hombres de letras y de ciencias, en particular en el caso de Cuéllar, sirvieron como punto de referencia para lo que haría Antonio Cabrera con el *Almanaque Potosino*, no sólo en el aspecto de la diversidad, sino en el tipo de escritos, en particular en los de temas histórico y literario. Por supuesto, es difícil precisar un vínculo estrecho o hablar de una “influencia” explícita, pero

²⁸⁵ *La Ilustración Potosina*, 1989, p. 1.

²⁸⁶ Clark, 1989, p. 32.

**Cuadro 10. Tabla comparativa de la matriz textual
del *Almanaque Potosino* y el *Calendario Potosino***

	<i>Almanaque Potosino</i> (del primero al octavo)	<i>Almanaque Potosino</i> (novenno)	<i>Calendario Potosino</i> (segundo y tercero)
1	Introducción o prólogo	Sección astronómica	Notas cronológicas
2	Noticias astronómicas-climáticas	Notas generales	Cómputo eclesiástico
3	Notas cronológicas	Sección religiosa	Predicción meteorológica
4	Calendario-santoral	Sección histórica	-
5	Información eclesiástica	Sección literaria	Fases de la luna-santoral
6	Información cívica	Conclusión	“Anécdotas” (frases, frase u oración breve)
7	Textos diversos (geográficos, históricos, literarios, informativos)	Anuncios	Texto histórico
8	Anuncios o avisos publicitarios “fijos”.	-	Textos literarios
9	Conclusión o epílogo	-	-

Cuadro 11. Matriz textual y secciones de los volúmenes del *Calendario Potosino*

11.1. Matriz textual del <i>Calendario Potosino</i>		
1	Mes	
2	Días que tenía el mes	
3	Predicción meteorológica	
4	Fases de la luna	
5	Santoral	
6	Una pequeña frase u oración, que en el caso del <i>Calendario Potosino</i> se les llamaba “Anécdotas”	
11.2. Segundo <i>Calendario Potosino</i>		
	Sección	Número de páginas
1	Astronómica-cronológica	2 (pp. 2-4)
2	Santoral y anécdotas	23 (pp. 5-28)
3	San Luis Potosí (texto histórico)	18 (pp. 29-37)
4	Literaria	12 (pp. 38-40)
11.3. Tercer <i>Calendario Potosino</i>		
	Sección	Número de páginas
1	Astronómico-cronológica	6 (pp. 1-6)
2	Santoral y anécdotas	22 (pp. 7-29)
3	San Luis Potosí (texto histórico)	4 (pp. 30-34)
4	El mercado de San Luis	11 (pp. 34-45)
5	Literaria	2 (pp. 46-48)

al menos con ello puede decirse que el proyecto de Cabrera respondía de forma indirecta a las tradiciones editoriales y textuales de la época.

Igualmente, tales publicaciones se establecen como importantes antecedentes en la esfera local para el *Almanaque Potosino*, y puede decirse que se posicionan como los primeros proyectos editoriales que articularon textos escritos e iconográficos creados por los letrados, dibujantes o fotógrafos del San Luis Potosí del siglo XIX. Al menos en el caso de la *Ilustración Potosina* se puede decir que tuvo un importante impacto en el ámbito estatal, por lo que probablemente Antonio Cabrera pudo haberse inspirado en esta publicación para diseñar la estructura textual de sus almanaques.

4.3.2. *Textos de almanaques y de otros proyectos editoriales contemporáneos a la edición del Almanaque Potosino*

En el capítulo anterior ya se había hablado de la importancia de los vínculos editoriales que existieron entre el *Almanaque Potosino* y otras publicaciones contemporáneas a su época. Un claro ejemplo fue el *Primer Almanaque Monumental*, de Manuel Caballero. Además de la influencia en cuanto a las estrategias editoriales, hubo otro tipo de conexiones que de alguna manera pudieron inspirar el diseño de la estructura y el universo textual del *Almanaque Potosino*.

Por un lado, es innegable que el manejo que de los textos hicieron los grandes proyectos editoriales, como el almanaque de Caballero, pudo haber influido en la articulación de textos diseñada por Cabrera, pues la presencia de toda una gama de escritos e iconografías supusieron para los editores de almanaques un punto de partida para la explotación del género.

En este sentido, cabe recordar que Caballero incluyó su proyecto editorial en el género de los almanaques, más por una necesidad económica que por un deseo originario del proyecto mismo. Incluso, si se analiza con profundidad, la obra de Caballero resulta ser más una obra propiamente enciclopédica que un almanaque manual o portátil, y esto sólo considerando su aspecto material.

Ya en el plano de los textos, resulta más que obvia la singularidad del *Primer Almanaque Monumental*, pues la matriz textual originaria y básica de los almanaques queda en un segundo plano, ocupando el centro de la publicación todo un universo textual, más cercano a un catálogo enciclopédico o estadístico sobre México.

Para dar cuenta de lo anterior, basta con revisar el índice de “materias” en el que Caballero da cuenta de la forma en que clasificó el contenido textual de su proyecto editorial y del tipo de textos que lo conformaban (véase el cuadro 12).

Como lo indican el título de los artículos o secciones del almanaque de Caballero, todos eran “revistas” o revisiones estadísticas de México; particularmente ello se expresaba con la “Revista de los Estados”, que era una breve monografía política, geográfica, económica y cultural de cada uno de los estados que formaban la República mexicana.

Tan importante era esta sección, que Caballero realizó toda una operación de recopilación de información entre los gobiernos estatales de la república, esto a través de un cuestionario que enviaba a diversas instituciones estatales, al que acompañaba una breve introducción en la que aclaraba lo siguiente:

Mi Primer Almanaque, así como los que le seguirán, si el público recibe éste favorablemente, no sólo hará la historia del movimiento del país colectivamente considerado, sino que consagrará atención especial al de cada entidad federativa, estudiándola en todas las fases de su desarrollo, así político como administrativo, agrícola, mercantil, industrial, minero, literario, social, y de toda clase de mejoras materiales.²⁸⁷

Lo que también resulta interesante de este proceder es que para esta sección hizo uso de trabajos estadísticos como los de Filomeno Mata, en particular su “reciente y utilísimo *Anuario Universal* [...] edición de 1883, que, respecto de los dichos Estados, contiene datos tan buenos como los especiales que nosotros poseemos”.²⁸⁸

Esta organización de los materiales textuales, así como los contenidos temáticos de los mismos, no fue tan diferente a la que aplicó posteriormente para su obra *México en Chicago*, que estaba preparada más como un catálogo en el que se registraba la participación del país en la Exposición Universal de Chicago, celebrada en 1893. Al igual que el almanaque de 1884, contenía información sobre las instituciones políticas y económicas de la República, así como una serie de textos estadísticos sobre los estados.

²⁸⁷ *Primer Almanaque Monumental...*, 1883, p. 319.

²⁸⁸ *Primer Almanaque Monumental...*, 1883, p. 319.

Cuadro 12. Índice de materias del *Primer Almanaque Monumental*

1	“Revista Literaria y Bibliográfica”
2	“Revista Artística y Monumental”
3	“Revista Administrativa”
4	“Revista Minera”
5	“Revista Económica”
6	“Revista de la Prensa”
7	“Revista de los Estados”
8	“Sección Literaria”
9	“Revista Climatérica y Botánica”
10	“Ferrocarriles”

Como puede apreciarse, ambos proyectos de Caballero no diferían mucho, pero uno de ellos sí se presentó como un almanaque, y podría decirse que los elementos fundamentales que lo definían dentro de ese género ocupaban una sección marginal con respecto a otros textos. El santoral y el registro calendárico aparecían en la sección final, muy diferente con respecto a otros calendarios y almanaques que comenzaban con esta sección. Incluso, se hace evidente cómo este *Primer Almanaque* retomaba trabajos estadísticos a manera de los de Filomeno Mata.

Otros almanaques publicados por esos años conservaban la matriz textual tradicional; el mejor ejemplo era el *Calendario del más Antiguo Galván*, en circulación desde la primera mitad del siglo XIX con un formato más simple, manual, y centrado en el santoral, se mantenía en el orden textual del calendario, santoral y las formas breves tradicionales.

Asimismo, fuera del ámbito mexicano, almanaques españoles, uruguayos y venezolanos mantenían la matriz original, aunque también innovaron en el universo textual de los mismos y se entremezclaban con otros géneros editoriales, como fue el caso de los directorios o anuarios. Ello se registraba

en el *Almanaque de Rojas Hermanos*, subtulado como: “Almanaque, Diplomacia y Cónsules, Generalidades, Sección histórica, Directorio de Caracas, Directorios Mercantiles, Poesías Americanas, Suplemento”.²⁸⁹

Como se puede apreciar, había otros géneros editoriales que pudieron ejercer una fuerte influencia en los textos, tal y como se puede apreciar con las agendas, anuarios, directorios y guías de forasteros, que en su mayoría tenían una función totalmente informativa, especialmente con respecto a la administración y organización institucional de ciudades, estados o países. Caso contrario de los almanaques, que podían asumir diversos propósitos y funciones a partir de los textos que contenía.

En este sentido, en el marco de la edición del *Almanaque Potosino*, así como para el almanaque de Manuel Caballero, también estaban presentes el *Anuario Universal* de Filomeno Mata (véase la figura 20), el *Directorio de la República Mexicana*. Poco después de comenzar a publicarse el almanaque de Cabrera se dio a conocer localmente la *Guía de Forasteros*, de Rafael del Castillo.

El universo textual de estas publicaciones giraba en torno a informaciones como: tarifas de servicios telegráficos, salidas de ferrocarriles, datos de consulados, directorios administrativos, así como de servicios de coches y tranvías, que se van a hacer presentes en el *Almanaque Potosino*.²⁹⁰

Ahora bien, lo que hay que destacar con este breve registro de títulos y de proyectos editoriales es la manera en que van a ser reproducidos elementos escritos similares en diferentes tipos de publicaciones. Así, resultan innegables las prácticas de intertextualidad tanto entre los proyectos editoriales como entre los mismos géneros editoriales y textuales, como se verá a continuación.

4.4. EL UNIVERSO TEXTUAL DEL *ALMANAQUE POTOSINO*

Dentro del marco de géneros editoriales y de entramado de textos, el universo textual del almanaque potosino giraba en torno a esa variedad de escritos e imágenes que caracterizaban a otro tipo publicaciones, y no necesariamente

²⁸⁹ *Almanaque Anuario de Rojas...*, 1884.

²⁹⁰ Castillo, 1891, p. 146.

a los almanaques. En el caso de la obra de Cabrera, fueron muchos los textos que se hicieron presentes, aparte de los acostumbrados santoral y calendario, como ya se ha hecho referencia, así como de las siempre presentes cronologías e informaciones astronómicas.

Ya en su estudio sobre los editores de San Luis Potosí, Zetina clasificaba el contenido textual de los almanaques de Cabrera a partir de su interés en los textos de carácter histórico. En este sentido, una primera clasificación del contenido de los almanaques se limitaba a diferenciar los textos de historia de los que eran sobre “otros temas”.²⁹¹ Sin embargo, dentro de una segunda clasificación realizada por la misma Zetina, ya de una forma mucho más minuciosa, organizaba los textos en historia local, religiosa y política, mientras que los temas no históricos entraban en lo que ella identificaba como textos de literatura, calendario católico, astronomía y publicidad.

Si bien esta clasificación atiende solo a un interés historiográfico por parte de Zetina, se puede estimar como un punto de partida para organizar y comprender el contenido textual del *Almanaque Potosino*, por supuesto, considerando otras de sus muchas particularidades.


Naturalmente, los almanaques de Antonio Cabrera se formaron a partir de los elementos más básicos del género textual, es decir, el santoral, el registro temporal y los elementos históricos-cronológicos. Puede decirse que esos son los elementos invariables del almanaque mismo, y que coinciden cabalmente con los esquemas propuestos por Lüssenbrink al hablar de la matriz textual de los almanaques. Sin embargo, el editor agregó otro tipo de textos, y de ellos se puede decir que su presencia nunca fue tan continua o frecuente, variaban con respecto a los intereses del editor.

En este sentido, una clasificación mucho amplia podría partir de la propuesta por Zetina, es decir, comenzar por una clasificación de los textos históricos y no históricos, para después ubicar otro tipo de artículos. Así, el espectro se volvería mucho más complejo, aún más si se retoma la noción de texto propuesta por Mackenzie, quien no limita los elementos textuales a los escritos, sino también incluye los iconográficos o sonoros.

De este modo, podrían ubicarse textos literarios, cartográficos, geográfico-estadísticos, informativos, musicales, y, de forma muy particular, los

²⁹¹ Zetina, 2002, pp. 150-152.

ANUARIO UNIVERSAL



ÚNICA GUIA DE LA REPÚBLICA MEXICANA.

AÑO DÉCIMO

PARA 1888

500, 000 nombres y señas del comercio,
la industria y la propiedad.
Tomo de un mil páginas lujosamente empastado.
Directorio de las principales plazas del país.
Itinerarios de ferrocarriles & . & . & .

PRECIOS DE CADA EJEMPLAR.

EN TODAS LAS POBLACIONES DEL ESTADO, DOS
PESOS CINCUENTA CENTAVOS.

DIRECCION POSTAL:
FILOMENO MATA.
MÉXICO.

APARTADO 318.

Figura 20. Aviso del *Anuario Universal* de Filomeno Mata en el *Tercer Almanaque Potosino*. Fuente: CDHRMA.

textos escritos por el editor, que podrían considerarse una suerte de introducciones y conclusiones de la obra, es decir, elementos paratextuales encargados de indicar la lectura e interpretación de la misma. Igualmente, esta ampliación de lo textual no sólo daría cuenta de los textos iconográficos, sino de las formas de lectura que implicaban al relacionarse con el contenido de la obra, la cual expresa una articulación e integración premeditada por parte del editor.

4.4.1. *Textos editoriales*

Con la noción de textos editoriales se hace referencia a los textos preparados por el propio editor, en particular a los que aluden al mismo proyecto editorial, pero también a los que sirven como elementos aclaratorios del contenido de los almanaques. Estos textos, presentados al inicio y al final de las páginas que conformaban el cuerpo del impreso, llevaban el epígrafe de “Al Lector” y “Conclusión”, y por lo general no sobrepasaban las dos cuartillas. Por supuesto, más allá de funcionar como una simple introducción en la que se describía el contenido del almanaque o en la que se agradecía a las personas que colaboraron en su producción, estos aportaban alguna información biográfica sobre el editor, y más bien autobiográfica, pues eran escritos por él mismo.

Desde el primer *Almanaque Potosino* aparecía, en las páginas iniciales, la sección denominada “Al Lector”. Este apartado continuó hasta el undécimo impreso. Llama la atención que conforme aparecieron los diferentes números de los almanaques se fueron complementando con la “Conclusión”, que cerraba los textos del almanaque y que luego era seguida por anuncios publicitarios.

También cabe señalar que estas secciones poco a poco se volvieron sumamente personales, pues en ellos se reflejaba la percepción que Cabrera tenía de sí mismo, además de que daban noticias de las circunstancias que a veces complicaban la publicación de los almanaques, tal y como lo dejaba ver en el almanaque número seis, del que sostenía:

Seguramente contendrá [el almanaque] defectos motivados por lo desaliñado del estilo y por lo incorrecto de la forma, pero me sirven de excusa dos razones: la primera, que no soy literato ni mucho menos, y por tanto, como desconozco las reglas del arte no puedo á ellas sujetarme; y la segunda, que no escribo para el público con el ánimo de hacer vana ostentación de mis conoci-

mientos, que son nulos, ni de mi nombre que es oscuro, sino que impulsado por sentimientos más nobles y elevados, mis labores no llevan más objeto que dar á conocer á propios y extraños, la historia de mi ciudad natal, en sus diversas y variadas manifestaciones.²⁹²

Por otro lado, en este primer gran conjunto en el que puede dividirse el universo textual del *Almanaque Potosino*, también se encuentran las notas que Cabrera dejó a lo largo de los escritos que integraban cada almanaque. La mayoría de ellas eran notas “al pie”, al margen de los escritos y ubicadas en la parte inferior de las páginas.

En algunos casos eran aclaraciones biográficas sobre los autores de los textos, o bien, indicaciones para ir de la lectura del escrito a la consulta de un mapa o imagen. Así mismo, este espacio al margen de los textos principales le servía a Cabrera para dirigir al lector a otros números del *Almanaque Potosino*; es decir, las intervenciones del editor a lo largo del cuerpo de los textos eran frecuentes y nada extrañas.

Por otro lado, aquí también pueden considerarse los textos titulados “voto de gracia”, que no eran más que los agradecimientos que el editor hacía a sus colaboradores, como se puede apreciar en el siguiente caso:

Antes de dar fin á esta serie de pequeños artículos, considero como un deber de imprescindible gratitud, dar las más expresivas y sinceras gracias al inteligente y laborioso ingeniero, Sr. D. José Segura, por su importante colaboración en esta obra, proporcionándome para ser publicado su magnifico é interesante trabajo científico titulado: Plano de la ciudad y calle de San Luis Potosí.²⁹³

Lo que cabe destacar de estas intervenciones textuales del editor, presentadas a lo largo del almanaque, es que no sólo eran frecuentes y se manifestaban de diversa manera, sino que, además de que dirigían la forma de leer o de aprovechar el contenido textual del almanaque, también constituyeron una suerte de registro de las actividades de Cabrera como editor, así como una referencia a los medios utilizados para diseñar el universo textual del *Almanaque Potosino*.

²⁹² Cabrera, *Sexto Almanaque Potosino*, 1889, pp. 117-118.

²⁹³ Cabrera, *Octavo Almanaque Potosino*, 1893, p. 69.

4.4.2. *Textos históricos*

Como ya se ha mencionado, Zetina ha propuesto una clasificación interesante con respecto a los textos históricos del *Almanaque Potosino*. Cabe apreciar los matices que presentan, por ejemplo, los textos de carácter histórico²⁹⁴ que ella considera se pueden volver a ubicar dentro de otra clasificación, más precisa, pues muchos son más bien biográficos. Por otro lado, hay que considerar que dentro de ellos está la reproducción de documentos históricos, y no solo textos escritos, sino iconográficos o, más bien, cartográficos.

En este sentido, ahí se pueden considerar los textos sobre historia escritos por el mismo editor, entre ellos las historias locales y otras más bien universales, tal y como se puede apreciar en la reseña histórica dedicada a los “descubrimientos” científicos y tecnológicos.²⁹⁵

De igual manera, se encuentran con este carácter histórico las biografías de personajes que para el editor resultaron importantes, algunos de ellos locales. Tal es el caso de las biografías del virrey Antonio María de Bucareli y Ursúa, y el personaje local “Juan del Jarro”. Mas, es pertinente aclarar, esta última biografía se coloca más como la reedición de un texto periodístico, en el que se daban algunos datos biográficos sobre ese individuo.

De esta manera, en cuanto a los textos históricos, el anterior no fue el único que destacó por ser resultado de una dinámica de intertextualidad. Tal fue el caso del *Título de la Ciudad de San Luis Potosí*, publicado en el *Sexto Almanaque* como “Apéndice”, un documento que data del siglo xvii, y que resulta de suma importancia, pues era el documento en el que se elevaba a ciudad el poblado de San Luis Potosí, esto bajo el gobierno virreinal.²⁹⁶

Lo interesante de estos dos ejemplos es que no sólo quedaron en el plano de lo escrito, sino que también llegaron a expresarse a través de las imágenes, y es ahí donde se hace notar la dinámica textual de la obra de Cabrera, pues

²⁹⁴ Para apreciar de forma extendida los títulos de los textos históricos del *Almanaque Potosino*, véase el cuadro 13.

²⁹⁵ “Descubrimientos e invenciones”, autor no identificado, en *Undécimo Almanaque Potosino*, 1898, pp. 17-20.

²⁹⁶ Cabrera (ed.), “Apéndice. Título de la ciudad de San Luis Potosí”, en *Sexto Almanaque Potosino*, 1890.

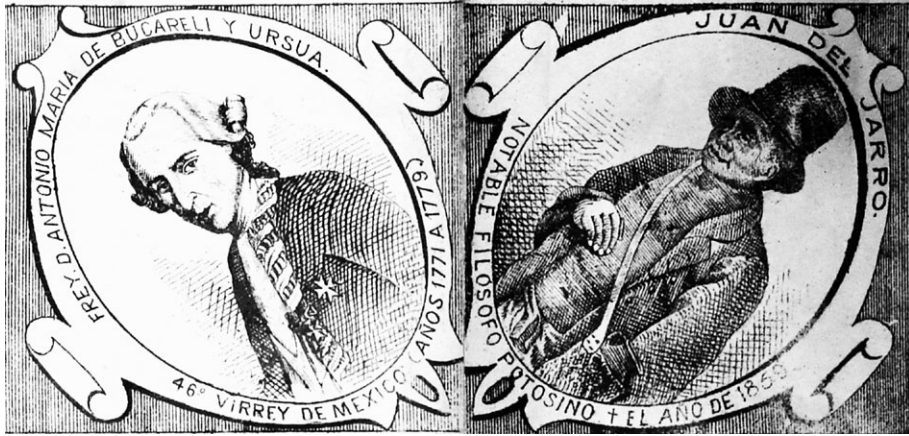


Figura 21. Grabado con los retratos del virrey Antonio María de Bucareli y del filósofo potosino Juan del Jarro, publicado en el *Noveno Almanaque Potosino*. Fuente: AHESLP.

en ambos casos se relacionaban con elementos iconográficos o cartográficos (véase el cuadro 14).

El almanaque que contenía las biografías se editó junto con un mapa antiguo de la ciudad de San Luis Potosí, realizado en el siglo XVIII, al cual, además de contener anuncios comerciales al margen del plano, se adhirieron imágenes de los dos personajes biografiados (véanse las figuras 21 y 22). Al mismo tiempo, a ese mapa le acompañaba una explicación redactada por Antonio Cabrera, titulada “La ciudad de San Luis Potosí en el año de 1771” (véanse las figuras 21 y 22).²⁹⁷

Finalmente, pueden incluirse dentro de esta sección histórica las efemérides o cronologías de lo ocurrido en San Luis Potosí, así como las “Fechas Memorables en la Historia de México”, como lo hizo Cabrera en el undécimo almanaque.

²⁹⁷ Cabrera, *Noveno Almanaque Potosino*, 1895, pp. 17-18.

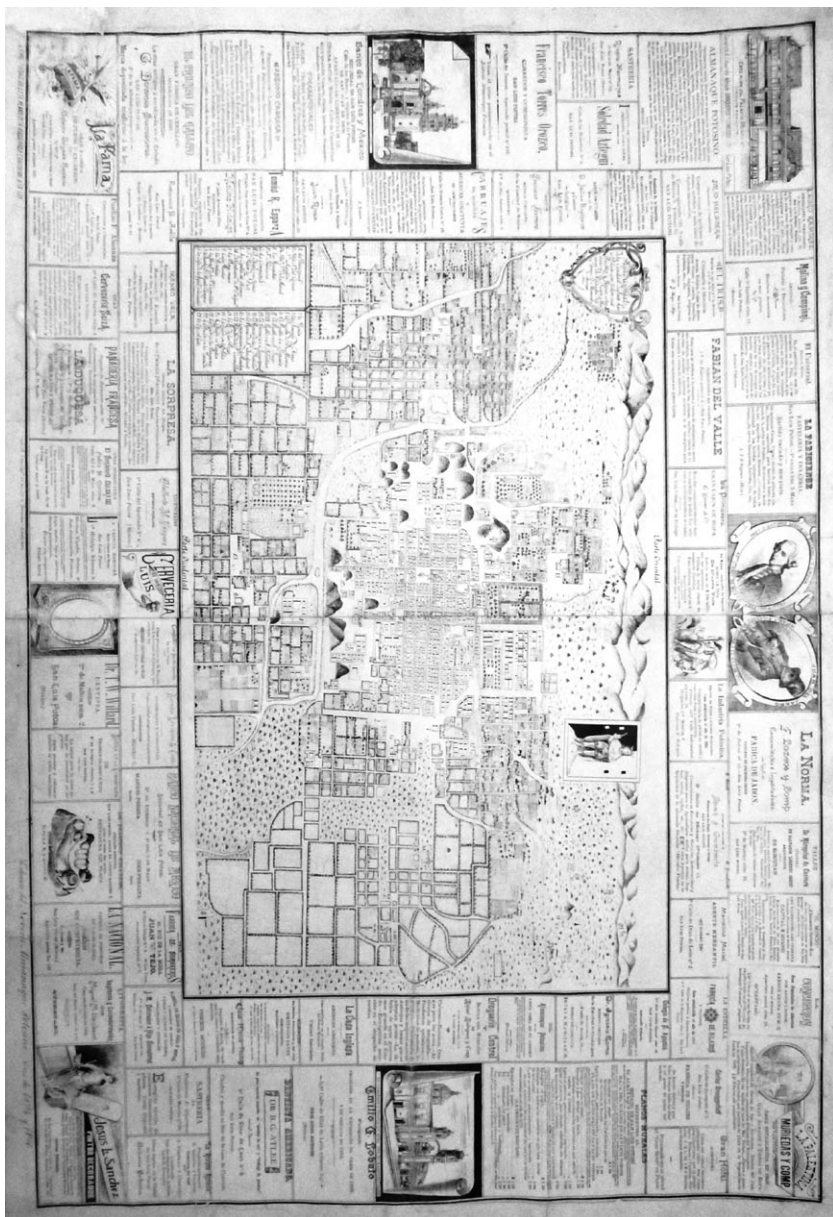


Figura 22. "Plano antiguo de la ciudad de San Luis Potosí", preparado para el *Noventa Almanaque Potosino para 1895-1896*.
Fuente: AHSIP.

Cuadro 13. Textos históricos publicados en el *Almanaque Potosino*

	Autor	Título	Almanaque	Año	Tema
1	Antonio Cabrera	“Pequeños Rasgos Biográficos de los Ilustrísimos Señores Obispos de la Diócesis de San Luis Potosí”	Primer	1885	Biografía
2	Pioquinto C. López	“Fr. Diego de la Magdalena. Fundador de la Ciudad de San Luis Potosí”	Tercer	1888	Biografía
3	Anónimo	“Frey D. Antonio de Bucareli y Ursua. Bailio de la Orden de San Juan”	Noveno	1895	Biografía
4	<i>La restauración</i>	“Juan del Jarro”	Noveno	1895	Biografía
5	José Antonio Pacheco	“Historia. Descripción de las solemnidades...”	Séptimo	1891	Crónica
6	Anónimo	“Efemérides Potosinas”	Octavo	1893	Cronología
7	Anónimo	“Efemérides Potosinas”	Noveno	1895	Cronología
8	Antonio Cabrera	“Descubrimientos é Invencciones”	Undécimo	1898	Historia de la Ciencia
9	Antonio Cabrera	“La Ciudad de San Luis Potosí en el año de 1771”	Noveno	1895	Historia Local
10	Antonio Cabrera	“Historia. Apuntes Sobre la Ciudad de San Luis Potosí”	Sexto	1890	Historia Local
11	Anónimo	“Apéndice. Título de la Ciudad de San Luis Potosí”	Sexto	1890	Historia Local
12	Antonio Cabrera	“Efemérides potosinas”	Décimo	1898	Historia Local
13	Antonio Cabrera	“El Convento y templo de Ntra. Sra. de la Merced”	Noveno	1895	Historia Local
14	Antonio Cabrera	“Algunas Fechas Memorables en la Historia de México”	Undécimo	1898	Historia Nacional

Cuadro 14. Textos cartográficos y geoestadísticos en el *Almanaque Potosino*

	Autor	Título	Almanaque	Año	Tipo de texto
1	Antonio Cabrera	“San Luis Potosí, Reseña geográfica y estadística”	Segundo	1886	Monografía estadística y geográfica
2	Antonio Cabrera	s. t.	Quinto	1889	Monografía estadística y geográfica
3	Antonio Cabrera	“GUÍA DIRECTORIO É ÍNDICE ALFABÉTICO de los signos convencionales y calles que constan en el NUEVO PLANO DE LA CIUDAD DE S. LUIS POTOSÍ. ARREGLADO PARA EL 4 ^o ALMANAQUE POTOSINO AÑO DE 1889”	Cuarto	1888	Información cartográfica
4	José Segura	“Plano de la Ciudad y Valle de San Luis Potosí”	Segundo	1893	Mapa

4.4.3. TEXTOS CARTOGRÁFICOS Y GEOGRÁFICOS

Además del interés histórico que caracterizó a los almanaques de Cabrera, estaba también la preocupación geográfica, obviamente centrada en los marcos local y estatal de San Luis Potosí. En este sentido, los textos reproducidos en el proyecto editorial se pueden clasificar en escritos y no escritos, es decir, monografías geoestadísticas, mapas y planos (véase cuadro 14).

Lo interesante de este tipo de textos es que, para su lectura, se articulaban de tal forma que dependían uno de otro para su comprensión, es decir, las descripciones sobre la ciudad y el estado comúnmente iban acompañadas por material cartográfico, o bien, el material cartográfico contenía elementos escritos en el almanaque impreso, los cuales facilitaban su lectura.

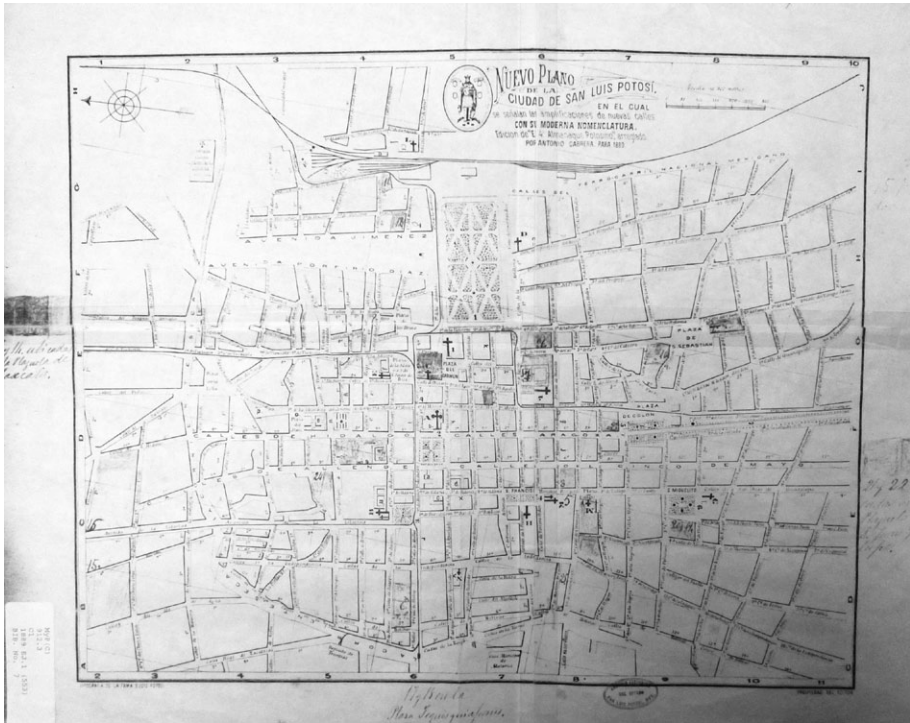


Figura 23. “Nuevo mapa de la ciudad de San Luis Potosí”, preparado para el *Cuarto Almanaque Potosino para 1889*. Fuente: AHESLP.

Aquello se expresó claramente en la “GUÍA, DIRECTORIO É ÍNDICE ALFABÉTICO de los signos convencionales y calles que constan en el NUEVO PLANO DE LA CIUDAD DE S. LUIS POTOSÍ. ARREGLADO PARA EL 4^o ALMANAQUE POTOSINO AÑO DE 1889” (véase la figura 23).²⁹⁸ Como lo indica su amplio título, esta guía funcionaba junto al plano de la ciudad, por lo que ese cuarto almanaque estaba preparado solo con esa guía (además del elemento básico del calendario-santoral), por lo que estos textos cartográficos y geográficos tenían una función central para la publicación.

²⁹⁸ *Cuarto Almanaque Potosino*, 1888, pp. 59-67.

En este sentido, especialmente con este tipo de elementos geográficos y cartográficos, se puede apreciar el manejo de los textos por parte del editor, pues tanto las monografías geo-estadísticas como los mapas, formaban parte de otros proyectos editoriales, o bien, se ponían a disposición del público de forma individual, tal fue el caso de los mapas, que se vendían por separado. También los mismos textos escritos, pues fue bajo esa operación que dio a conocer sus *Apuntes históricos, geográficos y administrativos referentes a la Ciudad de San Luis Potosí*, publicado en 1891, pero que un año antes habían aparecido como una sección más del *Sexto Almanaque Potosino*.²⁹⁹

En el plano de la estadística y la geográfica de San Luis Potosí, es posible incluir una serie de textos que no ocupaban por sí mismos una sección específica dentro del almanaque, por lo que podían variar en su posición dentro del “librito” de Cabrera, aunque se insertaban en relación a los mismos textos centrales, como fue el caso de los mapas o las monografías.

Sobre aquello, puede decirse que tenían un propósito informativo en relación con eventos o necesidades inmediatas, entre ellos las salidas de ferrocarriles y el listado del movimiento de tranvías. Es decir, con ellos se aprecia la influencia de los otros géneros textuales y editoriales de la época: los anuarios directorios y guías de forasteros que contenían información semejante.

4.4.4. *Textos literarios*

En gran medida, la expresión literaria, entendida como la producción estética por medio de las palabras, fue una de las manifestaciones textuales a las que más recurrió Antonio Cabrera para su proyecto editorial. Por la cantidad de textos literarios que ocuparon las páginas de algunos de los volúmenes de la publicación, podría decirse que algunos de los números del *Almanaque Potosino* fueron propiamente literarios (véase el cuadro 15).

Incluso se podría considerar que la concentración de textos literarios se dio principalmente entre el primer y el tercer almanaque, para después hacerlo en el noveno y el undécimo. De igual forma, el primer almanaque daba inicio con una poesía intitulada *Moctezuma*. El tercer almanaque, cabe

²⁹⁹ Cabrera, 1891; *Sexto Almanaque Potosino*, 1890.

recordar, se llevó a cabo con la colaboración especial de las señoritas de la Academia Literaria.³⁰⁰

Así, se han podido contabilizar cerca de 50 textos de carácter literario, principalmente poesías, es decir, textos versificados. En menor medida se hicieron presentes los escritos en prosa, en particular cuentos o fábulas como *Las obras de misericordia* o *El gorrión*.

Lo que resulta interesante es que se haya limitado la ficción literaria en prosa, algo que sugiere que para el editor el verso era la expresión literaria más acabada. Aunque también, y pensando de una forma mucho más práctica, podría decirse que esta preferencia por el verso se pudo deber a que se podían incluir y organizar mucho más textos de este tipo dentro del margen de la hoja impresa.

Otras redacciones formaban parte de una tradición más propia del siglo XIX, es decir, la reseña o la crónica costumbrista, en la que los autores hacían un reconocimiento de las tradiciones y expresiones culturales de una sociedad o un pueblo, en este caso, las de San Luis Potosí, que a la vez funcionaban como fuente de inspiración para la escritura de artículos que las describieran y valoraran.

En el caso del *Almanaque Potosino*, este elemento literario destacó en el octavo almanaque, ocupando una importante sección titulada “Artículos de costumbre”, la cual se componía de tres artículos. Llama la atención que, para estos textos, a pesar de ser netamente literarios, se recomendaba al lector que atendiera a las “ilustraciones que contiene el Plano de la Ciudad y Valle de San Luis Potosí que sirve de complemento á esta otras”.³⁰¹ De esta manera, los elementos iconográficos no se limitaban o se relacionaban con los temas geográficos o históricos, también se vinculaban con lo escrito en los impresos, desde diferentes ámbitos y a partir de diversos temas.

³⁰⁰ *Almanaque Potosino*, 1885, pp. 2-6; *Tercer Almanaque Potosino*, 1888.

³⁰¹ Desafortunadamente se desconoce el paradero de dicho plano, pero es probable que sea muy parecido a los preparados por Cabrera, que además del mapa incluían avisos comerciales y litografías con escenas de la ciudad (Cabrera, en *Octavo Almanaque Potosino*, 1893, p. 50).

Cuadro 15. Textos literarios en el *Almanaque Potosino*

	Autor	Título	Almanaque	Año	Género
1	Nicolás Valero	“Moctezuma I”	Primer	1885	Poesía
2	Laura M. de Cuenca	“¡Oh, corazón...”	Tercer	1888	Poesía
3	Ana María Romo	“Las Obras de Misericordia”	Tercer	1888	Cuento
4	Guadalupe Vázquez Castillo	“La Fe”	Tercer	1888	Poesía (soneto)
5	Ramona Castillo Salazar	“La Tempestad”	Tercer	1888	Poesía
6	Francisca Ontañón	“A***”	Tercer	1888	Poesía
7	Ana María Romo	“Amar no es Llorar”	Tercer	1888	Poesía
8	Lino Othón Ronan	“A la Santísima Virgen de Guadalupe”	Quinto	1889	Poesía (soneto)
9	A. B.	“A la Virgen de Guadalupe”	Sexto	1890	Poesía
10	Anónimo	“A la Virgen María. ¡Salve!”	Sexto	1890	Poesía
11	B. Maz y Prat	“Constelaciones”	Séptimo	1891	Poesía
12	Anónimo	“Artículos de Costumbres”	Octavo	1893	Costumbrismo
13	Rosa Barrenechea de Mayo	“A México”	Noveno	1895	Poesía
14	Rosa Barrenechea de Mayo	“En la Muerte de un Escéptico”	Noveno	1895	Poesía
15	Elena Hatchelt del Castillo	“Cristóbal Colon (En el 4º Centenario del descubrimiento de América)”	Noveno	1895	Poesía

16	Emilia Pardo Bazán	“La Muerte”	Noveno	1895	Poesía
17	Mein Herz	“Mein Herz”	Noveno	1895	Poesía
18	Mein Herz	“Jornadas”	Noveno	1895	Poesía
19	Manuel José Othón	“Los Poetas”	Noveno	1895	Poesía
20	José de la Vega Serrano	“María”	Noveno	1895	Prosa
21	Manuel Gutiérrez Nájera	“Mi Último Artículo”	Noveno	1895	Prosa
22	Roberto P. Raigosa	“¡Madre y Señora!”	Noveno	1895	Poesía
23	Cresecencio Gómez Rodríguez	“A una Ventana”	Noveno	1895	Poesía
24	Pedro César Domicini	“Armonía”	Undécimo	1898	Prosa
25	Anónimo	“La Dicha”	Undécimo	1898	Poesía
26	Ramón de Campoamor	“El Buen Ejemplo”	Undécimo	1898	Poesía
27	Laura M. de Cuenca	“Caridad”	Undécimo	1898	Poesía
28	Rosario de Acuña	“La Humanidad”	Undécimo	1898	Poesía (soneto)
29	Gaspar Núñez de Arce	“Grandeza Humana”	Undécimo	1898	Poesía (soneto)
30	Ignacio Pérez Salazar	“Vae Victis”	Undécimo	1898	Poesía
31	Luis Ram de Vú	“Pensamientos”	Undécimo	1898	Poesía
32	Cayetano Fernández	“La Azucena”	Undécimo	1898	Fabula

33	Mariano Sánchez Gordo	“Amor del Sagrado Corazón de Jesús”	Undécimo	1898	Poesía (soneto)
34	Manuel Caballero	“Adiós a la Escuela”	Undécimo	1898	Poesía
35	Ricardo Palma	“Sic Semper”	Undécimo	1898	Poesía
36	Fernando Martínez Pedroza	“La Escalera”	Undécimo	1898	Poesía
37	Numa P. Llona	“Habitantes en la Luna”	Undécimo	1898	Poesía (soneto)
38	J. A. Roca y Boloña	“Al Caro Poeta Dr. D. Numa P. Llona”	Undécimo	1898	Poesía
39	Luis Ram de Vic.	“0”	Undécimo	1898	Poesía
40	C. Junco de la Vega	“A Hidalgo”	Undécimo	1898	Poesía (soneto)
41	Federico Gallegos	“A Hidalgo”	Undécimo	1898	Poesía (soneto)
42	J. Salvador de Salvador	“No Hallo Remedio”	Undécimo	1898	Poesía
43	Juan Tourguenet	“El Gorrión”	Undécimo	1898	Cuento
44	Carlos Valverde López	“El Jugador”	Undécimo	1898	Poesía
45	Luis Ram de Vic.	s. t.	Undécimo	1898	Poesía
46	Luis Ram de Vic.	s. t.	Undécimo	1898	Poesía
47	Manuel José Othón	“Plegaria”	Undécimo	1898	Poesía
48	Samuel Smiles	“El Deber”	Undécimo	1898	Ensayo

4.4.5. TEXTOS ICONOGRÁFICOS

Debido a las condiciones materiales en que fue encontrado el primero de los volúmenes del *Almanaque Potosino*, así como a la pérdida de rastro del segundo almanaque, es difícil saber si desde el origen de este proyecto editorial se implementó el uso de imágenes.

Ahora bien, lo que sí es posible precisar es que el *Tercer Almanaque Potosino* presentó una variedad de imágenes que definió el proyecto de Cabrera a partir de entonces. Para comprender esto simplemente hay que considerar que en ese número de la colección de almanaques se incluyeron litografías y fotografías, que se presentaban como “vistas de la ciudad de San Luis Potosí”. Asimismo, en este almanaque se registró una de las cubiertas-portada más elaboradas para los almanaques (véase la figura 24).

Esta portada —compuesta de diferentes motivos, como un ferrocarril, posiblemente sea una alegoría de la imprenta y una caricatura del propio editor, que también servía como cubierta— resulta de una considerable extrañeza entre los almanaques de Cabrera. Basta con hacer una comparación con la de otros *Almanaque Potosino*, y así se podrá comprender su singularidad, pues la mayoría no poseía ningún tipo de grabado, o bien, tenían pequeños motivos o adornos, en algunos casos imágenes de máquinas de vapor o grecas que cercaban los datos editoriales de la publicación (véanse las figuras 25, 26, 27, 28 y 29).

Ahora bien, otro tipo de elementos iconográficos que aparecieron en el *Almanaque Potosino* fueron las fotografías o fotograbados. El *Tercer Almanaque Potosino* incluyó, por volumen, una “vista de la ciudad de San Luis Potosí”, es decir, una pequeña tarjeta fotográfica que, a manera de postal, se obsequiaba junto al cuadernillo impreso:

La presente edición contiene nueve vistas fotográficas, diferentes en asunto una de otra, representando los edificios y puntos más notables de la ciudad de San Luis Potosí, llevando adjunto cada ejemplar del almanaque una vista fotográfica, tamaño imperial.³⁰²

³⁰² Cabrera, *Tercer Almanaque Potosino*, 1888, p. 3.



Figura 24. Cubierta-portada del *Tercer Almanaque Potosino para 1888*. Fuente: BRAG.



Figura 25. Cubierta-portada del *Sexto Almanaque Potosino* (1891).

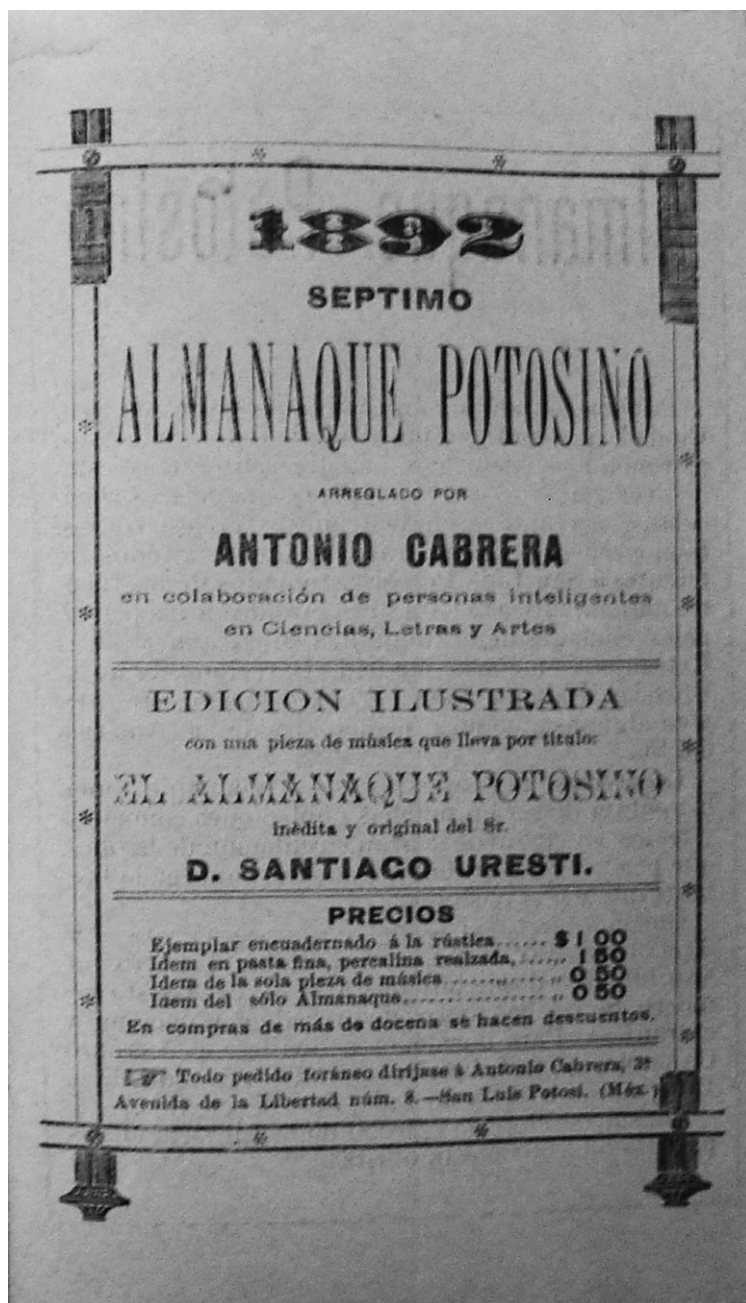


Figura 26. Portada del *Séptimo Almanaque Potosino* (1892).

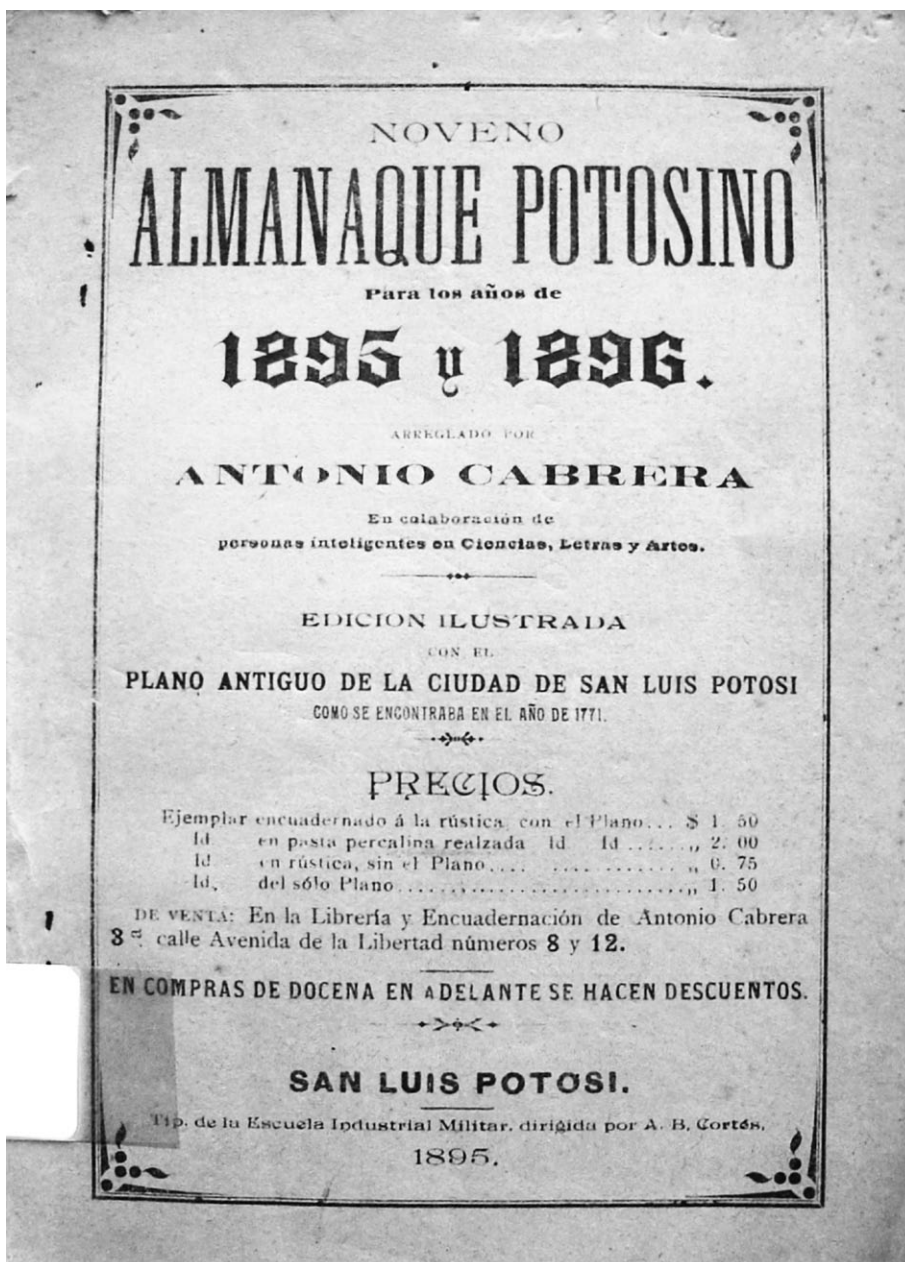


Figura 27. Cubierta-portada del *Noveno Almanaque Potosino* para los años 1895 y 1896 (1895). Fuente: BRAG.

Rafael Montejano y Aguiñaga

CUARTO

Almanaque Potosino

PARA EL

AÑO DE 1889

ARREGLADO POR

ANTONIO CABRERA

—en colaboración de—

PERSONAS NOTABLES EN CIENCIAS Y LETRAS.



La propiedad literaria y artística de este Almanaque queda asegurada con arreglo a la ley de la materia.

SAN LUIS POTOSI

(MÉXICO)

IMPRENTA DE M. ESQUIVEL Y COMPAÑIA.

1888.



11528

Figura 28. Portada del *Cuarto Almanaque Potosino para el año de 1889*. Fuente: BMSMPT

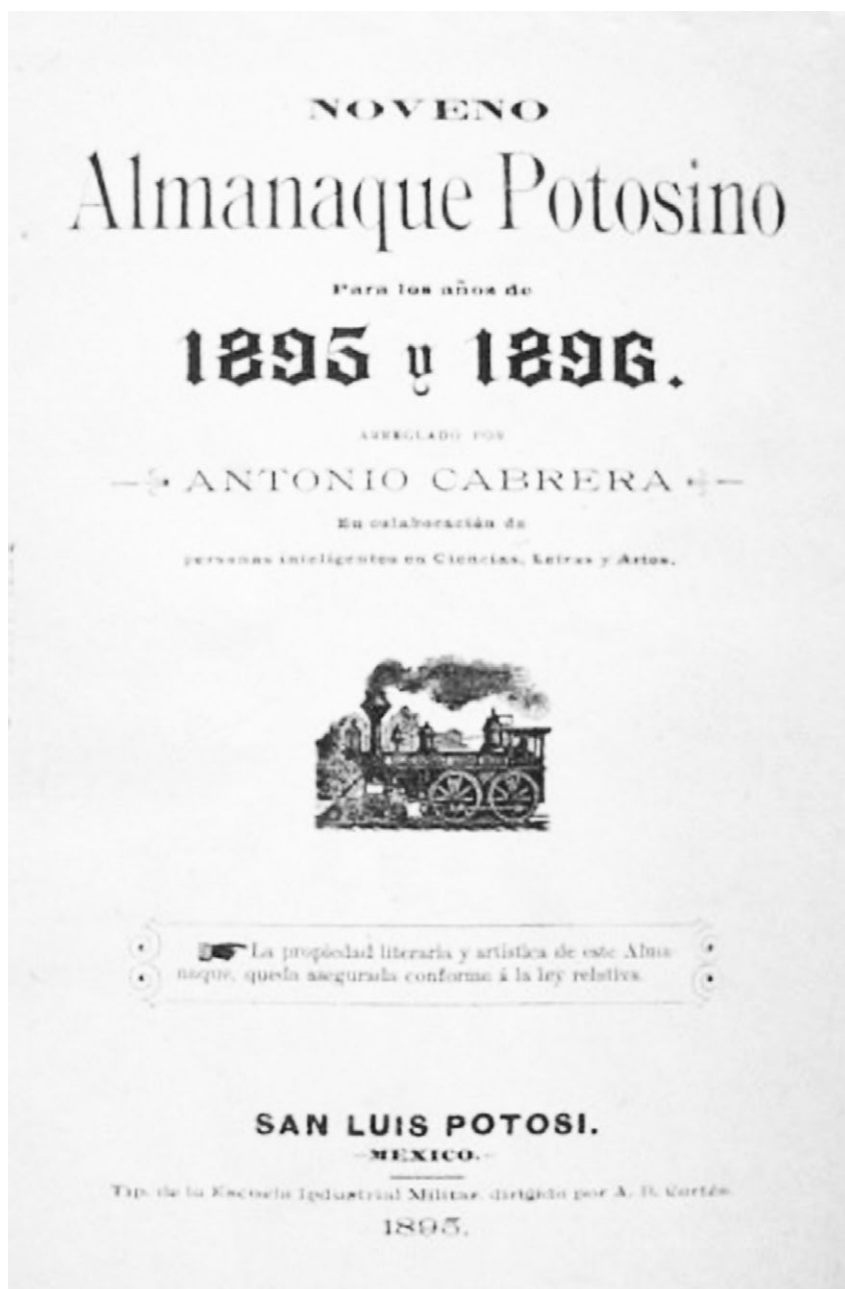


Figura 29. Portada del *Noveno Almanaque Potosino* (1895). Fuente: BRAG.

De estas nueve vistas sólo se conocen las correspondientes al Palacio de Gobierno y a las calles de 5 de Mayo, todas de la ciudad de San Luis Potosí (véanse las figuras 30 y 31).

Este tipo de elementos iconográficos se volvieron a hacer presentes en los planos que acompañaban a los volúmenes del *Almanaque Potosino*, y en el propio almanaque impreso, ya no como un elemento ajeno o “extra” al contenido escrito; es decir que se articularon de tal forma, que se hicieron indistintos con respecto al propio santoral o calendario.

En el *Undécimo Almanaque Potosino* se incluyeron doce fotograbados, uno para cada mes del año. En este caso, al igual que las del almanaque número tres, eran vistas de la ciudad, es decir, de edificios de gobierno, públicos y templos (véanse las figuras 32 y 33). Además, en este volumen se incluían dos fotografías más, una del interior de una botica (véase la figura 34) y otra de la fábrica La Fama. Lo interesante de todo esto es la manera en que Antonio Cabrera destacó el papel de los textos iconográficos, tanto que, materialmente, se constituyeron en elementos visuales que se coordinaban con los escritos, y más aun, con la propia matriz textual tradicional del género de los almanaques, como fue el caso del calendario-santoral y fotograbado que se publicó en el último de los almanaques del periodo fuerte de su publicación.

4.5. VARIACIONES EN LA MATRIZ TEXTUAL DEL *ALMANAQUE POTOSINO*

Después de haber observado el universo textual que daba cuerpo al proyecto editorial de Antonio Cabrera, no hay que olvidar que estaba constituido por una estructura y un sistema de organización, es decir, una matriz textual propia, aunque mudable y porosa.

Dicha estructura textual tuvo como principio la tradicional arquitectura del género del almanaque. Sin embargo, el de Antonio Cabrera destacó por romper esas fórmulas textuales establecidas desde la aparición del género.

No se puede decir que esta particularidad del almanaque sea totalmente excepcional, o que el *Almanaque Potosino* haya sido la única expresión del género en el que se experimentó con la estructura propia de los almanaques. Ya se había podido apreciar cierta variación con el *Primer Almanaque Monumental* de Caballero, en la que los elementos básicos de los almanaques



Figura 30. Vista fotográfica de las Calles del 5 de Mayo, *Tercer Almanaque Potosino* (1888).

Fuente: BRAG.

impresos se llevaron a una posición distinta a la acostumbrada. Igualmente, en otros almanaques se fueron implementando innovaciones textuales y reformulaciones en su estructura.

Lo cierto es que Cabrera experimentó con las formas y los elementos textuales a lo largo de todo el proyecto editorial, lo que revela un interés por presentarlo de forma organizada, así como por dar cabida a todos los materiales escritos o iconográficos que llegaban a él o que él mismo producía.

En la mayoría de los números se presentaron variaciones en la estructura o arquitectura de la publicación, y casi siempre esto se debía al tipo de textos incluidos. Sin embargo, hubo otras ocasiones en las que se expresaba un intento de sistematizar la matriz textual y, en otros casos, una total experimentación en los almanaques.

En un primer momento, puede decirse que los almanaques de Cabrera permanecieron y siguieron a la usanza del género textual. Del primero al noveno de los almanaques se introdujeron pequeñas variaciones, pero en esencia, puede decirse, tenían una matriz textual habitual, o al menos acorde a lo que se hacía con el resto de los almanaques producidos en México y en la mayor parte del mundo.



Figura 31. Vista fotográfica del Palacio de Gobierno, *Tercer Almanaque Potosino* (1888)

Fuente: BRAG.



90—ABRIL 30 DIAS—275

— FASES DE LA LUNA —

Día 3. Cuarto menguante á las 5 h. 12 m. mañana. | Día 17. Cuarto creciente á las 4 h. 20 m. tarde.
 .. 9. Conjunción..... .. 11 h. 37 m. noche. | .. 25. Llena..... .. 0 h. 39 m. tarde.

S.	1	(De Gloria) Melitón, ob.	D.	16	Toribio de Liebana.
D.	2	(R.) Francisco de Paula.	L.	17	Aniceto, papa.
L.	3	(Pascua). Ricardo, obispo.	M.	18	Perfecto, presbítero.
M.	4	(Pascua). Isidoro, arzob.	M.	19	Expedito, mártir.
M.	5	Vicente Ferrer.	J.	20	Inés, virgen.
J.	6	Sixto I, papa.	V.	21	Anselmo, obispo.
V.	7	Epifanio, obispo.	S.	22	Sotero y Cayo, papas.
S.	8	Alberto, patriarca.	D.	23	El Patrocinio de Sr. S. José.
D.	9	María Cleofas.	L.	24	Fidel, mártir.
L.	10	Apolonio, presbítero.	M.	25	Herminio, obispo.
M.	11	León Magno, papa.	M.	26	Cleto y Marcelino.
M.	12	Julio, papa confesor.	J.	27	Toribio, obispo.
J.	13	Hermenegildo, rey.	V.	28	Prudencio, obispo.
V.	14	Pedro González Telmo.	S.	29	Pedro de Verona.
S.	15	Basilisa y Anastasia.	D.	30	Catalina de Sena.

Santuario de Guadalupe.

CASA DE DE LA CULTURA

Figura 32. Página con fotograbado del Santuario de Guadalupe y santoral, correspondiente al mes de abril, publicados en el *Undécimo Almanaque Potosino*. Fuente: BRAG.



120—MAYO 31 DIAS—245

—FASES DE LA LUNA—

Día 2. Cuarto menguante á las 11 h. 03 m. mañana. | Día 17. Cuarto creciente á las 10 h. 29 m. mañana.
 .. 9. Conjunción..... .. 10 h. 55 m. mañana. | .. 24. Llena..... .. 10 h. 05 m. noche.
 Día 31. Cuarto menguante á las 4 h. 11 m. tarde.

L	1	Felipe y Santiago, apóstoles.	M	17	La Stma. Virgen de la Luz.
M.	2	Atanasio, obispo.	J.	18	Venancio, mártir.
M.	3	Teódulo, presbítero.	V.	19	Pedro Celestino, papa.
J.	4	Mónica, viuda.	S.	20	Bernardino de Sena.
V.	5	N. Crescenciana, mártir.	D.	21	Pentecostés. Valente, ob.
S.	6	Juan Ante-portam latinam.	L.	22	(Pascua). Torcuato, mártir.
D.	7	Estanislao, obispo.	M.	23	(Pascua). Epitacio obispo.
L.	8	Acacio, mártir.	M.	24	(Témporas). Donaciano, m.
M.	9	Gregorio Nacienceno.	J.	25	Gregorio VII, papa.
M.	10	Antonino, obispo.	V.	26	(Témporas). Felipe Neri.
J.	11	†† La Ascensión del Señor.	S.	27	(Témp.) María Magdalena.
V.	12	Domingo de la Calzada.	D.	28	La Santísima Trinidad.
S.	13	Nuestra Señora del Socorro.	L.	29	Máximo, obispo.
D.	14	Bonifacio, mártir.	M.	30	Fernando Rey.
L.	15	Isidro Labrador.	M.	31	Angela y Petronila, virg.
M.	16	Juan Nepomuceno.			

Teatro de la Paz.

Figura 33. Página con fotograbado del Teatro de la Paz y santoral, correspondiente al mes de mayo, publicados en el *Undécimo Almanaque Potosino*. Fuente: BRAG.



INTERIOR DE LA "BOTICA DEL MERCADO Y DROGUERIA CENTRAL."—CIUDAD DE SAN LUIS POTOSI.

Figura 34. Fotograbado del "Interior de la 'Botica del Mercado y Droguería Central'", publicado en el *Undécimo Almanaque Potosino*.

Los escritos, a pesar de su muy particular combinación y origen, lograban cierta cohesión gracias a las editoriales, que por sí mismas ya funcionaban como elementos paratextuales, es decir, elementos textuales que coordinan o guían la lectura del cuerpo principal de los artículos.

Estos aparecían como una breve introducción y conclusión, en la que se presentaba el contenido y daba orden a las secciones del almanaque, tal y como lo hizo en el primero de la colección. En dicho apartado se identificaban tres grandes secciones: astronómica, santoral e histórica.³⁰³

Por otro lado, es innegable que cada uno de los almanaques tuvo una singularidad especial; por ejemplo, las ediciones con textos iconográficos impli-

³⁰³ *Almanaque Potosino*, 1885, pp. 7-8.

caban una forma especial de articulación de los mismos. Asimismo, los anuncios comerciales no fijos suponían romper la estructura “normal” de los textos, pues se incluían de una forma indiscriminada a lo largo del cuerpo del libro.

Lo que también resulta sumamente interesante es que, en los últimos números publicados, hubo una etapa de fuerte experimentación, que alteró por completo el contenido textual del *Almanaque Potosino*, aunque al mismo tiempo estos movimientos implicaron una “racionalización” y precisión en las secciones, dando un orden sumamente interesante a ese universo de artículos.

En particular, el número nueve estuvo definido por la claridad en cuanto a secciones, pues fue en él donde se hizo una precisión explícita de las secciones que lo conformaban.

Es claro que con los anteriores números ya se manejaba un orden, un tanto explícito con el “Índice general de materias”, donde se marcaba la distinción entre el santoral y las secciones literarias o históricas que contenía.

Pero en el noveno almanaque hubo una importante transformación, pues en él se introdujeron textos muy variados en cuanto al tema, de tal suerte que se estructuró con un orden sumamente claro en comparación a otros (véase el cuadro 10).

De alguna manera, esta articulación de los textos ya estaba presente en los anteriores volúmenes, mas fue con éste que se consolidó una forma de organizarlos, no muy diferente al de otros proyectos editoriales, pero sumamente logrado en cuanto a su clasificación y presentación.

Ahora bien, esta estrategia textual fue reformulada, pues inmediatamente después de que se publicara éste el editor inició una etapa de experimentación en cuanto a la presentación de los textos y del calendario-santoral mismo.

Del décimo almanaque (que no ha dejado rastro) se tiene noticia de que se publicó como un almanaque “mural”, es decir, como una hoja extensa en la que aparecían el mismo santoral y avisos publicitarios, es probable que tuviera como modelo los mapas y planos que editaba. Esto es relevante, y nos habla un poco del desarrollo del concepto editorial del proyecto, pues al parecer dejó por completo de lado su presentación en forma de libro y, por lo tanto, se manifiesta un quiebre en la matriz o estructura textual del género en el *Almanaque Potosino*.

Pues bien, aun sin necesidad de alterar el soporte material de los textos de almanaque, Antonio Cabrera fue capaz de experimentar con el formato mismo del libro o cuaderno con que presentaba sus almanaques. El último

almanaque de la serie analizada aquí, es decir, el onceavo, resultó ser de una innovación tal, que es algo desconcertante que el editor dejara de publicar su almanaque y que siguiera con ese sistema de organización de los mismos, pues conllevó a toda una reformulación de la matriz textual.

Respecto a este volumen, todas las secciones mencionadas para el número nueve se intercalaron con el santoral. A cada mes le seguía un texto literario o histórico, e igualmente venía acompañado de un fotograbado. Como si cada mes del calendario funcionara como un capítulo del libro y se avanzara en su lectura de forma mensual. Es difícil precisar los motivos de estas variaciones; Antonio Cabrera hablaba de una constante preocupación por “mejorar” sus almanaques y la presentación de los textos, pero lo que resulta claro es que el universo textual se fue ampliando y, por ende, necesitó una nueva estructura, como lo expresó en su momento el editor:

Al presente Almanaque he procurado darle toda la variedad y novedad posible, tanto en el texto como en la parte de ilustración, por cuya circunstancia y por la sola naturaleza de esos trabajos, me ha sido indispensable emplear más tiempo del que esperaba, pero apenas el más necesario para ordenarlos y darles forma, vigilarlos y activarlos.³⁰⁴

4.6. SOPORTE MATERIAL Y FORMATO DEL *ALMANAQUE POTOSINO*: MÁS ALLÁ DE LO EFÍMERO

En apartados anteriores se han mencionado ya las características materiales del *Almanaque Potosino*. Sin embargo, hay que recordar que éste se presentaba como un almanaque o calendario manual, es decir, portátil y diseñado para un uso práctico, que permitiera una fácil consulta y movilidad. Es decir, que su tamaño le permitiera una consulta casi inmediata.

Si se le compara con otros almanaques, en particular con el almanaque de Caballero, es posible observar las diferencias. El *Primer Almanaque Monumental* tenía unas dimensiones de 36 x 29 cm, y contaba con cerca de 400 páginas, mientras que el *Almanaque Potosino* era de unos 15.5 x 10.8 cm, con

³⁰⁴ Cabrera, *Undécimo Almanaque Potosino*, 1898, p. 29.

100 a 200 páginas en promedio. Otros almanaques, al estilo del de Cabrera, manejaban unas dimensiones semejantes, e incluso menores; esto tenía que ver con la cantidad de textos que publicaban, por ejemplo, el *Primer Almanaque Michoacano*, de 1882, sólo tenía 74 páginas, el *Almanaque de Don Quijote*, de Madrid, en 1900 se publicaba solo con 64 páginas. Y si se retrocede a los años veinte y setenta del siglo XIX, para observar el caso de los calendarios de Joaquín Fernández de Lizardi o los de Manuel Payno, notaremos que sus medidas rondaban entre los 13 x 8 y 14 x 10 cm, y con no más de 50 páginas.³⁰⁵

Por otro lado, hay que recordar que uno de los propósitos originarios del proyecto editorial era que estos almanaques superaran la condición de lo efímero, es decir, que su calidad de publicación anual fuera sobrepasada. En este sentido, los mismos textos publicados ayudaban a este propósito. El hecho de que se incluyeran textos de carácter literario, histórico o geográfico, además de revelar los gustos intelectuales y temáticos del mismo editor y de los colaboradores, así como los intereses de sus potenciales lectores, deja ver esa intención de permanencia entre quienes los poseían, especialmente al abrir la posibilidad de que éstos se presentaran, y conservaran, en un formato manejable y de fácil consulta para futuras lecturas.

Sin embargo, esta característica de los textos también dependía de su condición material, pues poca consideración podían llegar a tener los artículos si no se les hacía una presentación interesante. Para esto hay que recordar que había dos tipos de encuadernaciones: la rústica, es decir, una simple cubierta de papel, de la cual ya se ha hablado al referirse a las imágenes de los almanaques; mientras que el segundo tipo era una cubierta especial, de percalina, es decir, lo que se consideraba como una “pasta fina”.

Lo que resulta interesante es que esas cubiertas, en particular la segunda, daban una apariencia totalmente distinta, además de una condición mucho más duradera. Eso se aprecia en el mismo proceso de investigación, pues los pocos ejemplares que del *Almanaque Potosino* han sobrevivido, han sido los encuadernados en percalina.

Cabe destacar que este tipo de encuadernación llegó a servir para personalizar el almanaque, es decir, en la cubierta se ponía el nombre de su dueño. Es muy probable que esto formara parte del trabajo de encuadernación

³⁰⁵ Herrera, 2010, p. 19.

del propio Cabrera, hecho por alguna solicitud especial o para entregarse a sus colaboradores y anunciantes. Esto se infiere de los únicos casos que se conocen, ya que uno de ellos perteneció a uno de los anunciantes, los hermanos Meade, quienes tenían varias empresas comerciales (véase la figura 35). El otro caso fue el de una de las autoras que publicaron en el *Almanaque Potosino*, Guadalupe Castillo.

Es así que la encuadernación jugó un papel importante en la configuración textual del *Almanaque Potosino*, especialmente cuando el editor trabajó con la idea de superar la anualidad. En este sentido, la condición textual del almanaque, en su consideración amplia, es decir, tanto de elementos simbólicos o verbales como materiales, funcionaba de una forma específica y concreta para que este tipo de impreso, por lo general efímero y de amplia circulación, sobreviviera al paso del tiempo. Por supuesto, esto lo llevó a cabo el editor por medio de una variedad temática y discursiva de los escritos, pero también por las condiciones y características físicas que les sirvieron de soporte.

Ahora bien, lo que también sobresale de esta dinámica, es la manera en que se conjugaron estos dos tipos de lo textual para definir un discurso propio del almanaque potosino, es decir, la ubicación de determinados textos en ciertas páginas, así como la reiteración de ciertos tópicos, lo que jugó un papel fundamental al momento de expresar la intención y el propósito del proyecto editorial, como se verá en el capítulo que sigue.

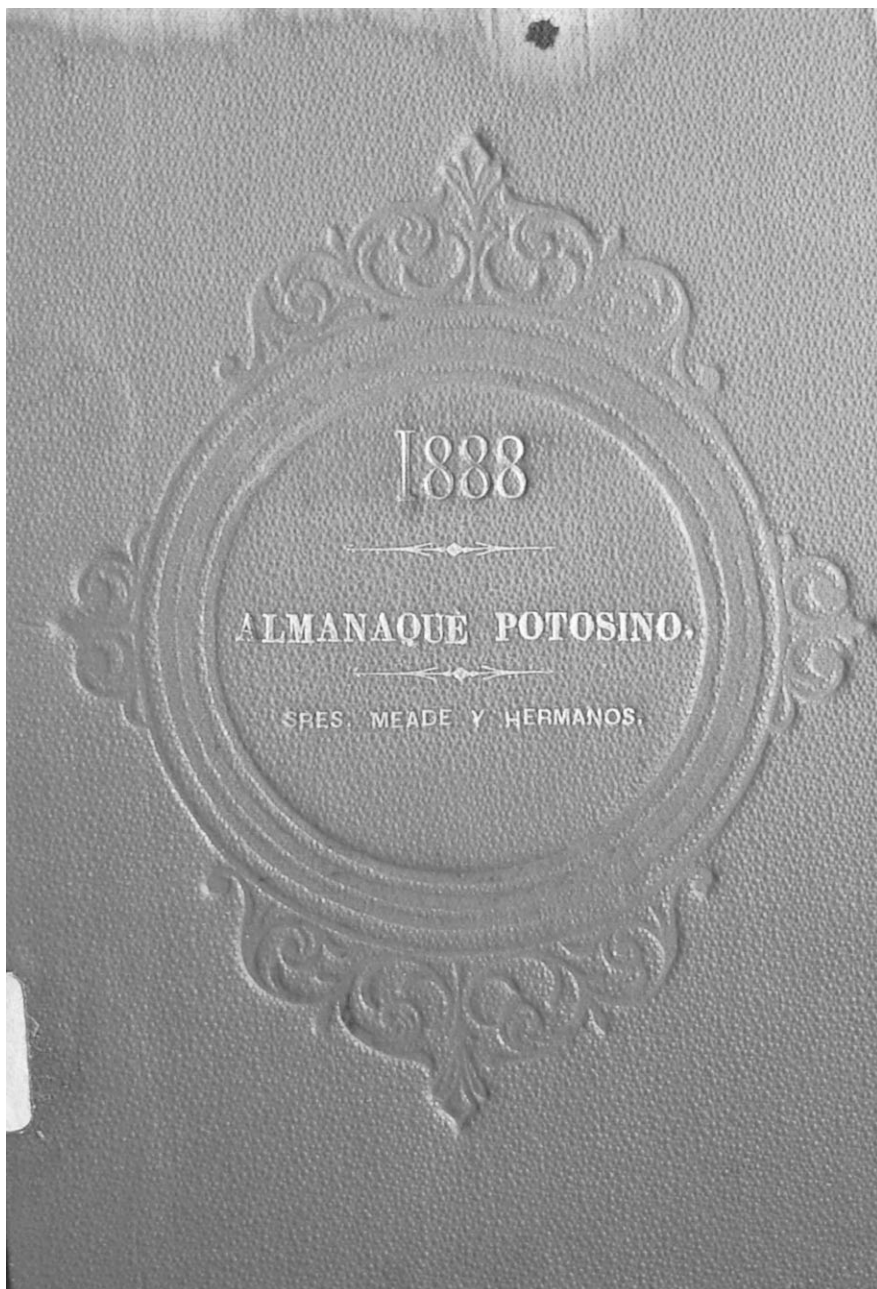


Figura 35. Encuadernación personalizada del *Tercer Almanaque Potosino para 1888*, hecha para los “Sres. Meade y Hermanos” (1888).

CAPÍTULO 5

El *Almanaque Potosino* como discurso. Intención y sentido de un proyecto editorial

En los capítulos precedentes se ha podido observar la dinámica o el proceso que dio vida al *Almanaque Potosino*, tanto en el plano editorial como en el de la articulación de los textos que se integraron al proyecto. Ya se han arrojado algunos indicios sobre los motivos, las intenciones y los propósitos con los que Antonio Cabrera pudo haber emprendido su publicación.

En el segundo capítulo se analizaba su papel como editor y empresario, lo que dejaba en claro un propósito comercial y económico al momento de dar a conocer sus almanaques. Mientras que en el capítulo tercero, su compromiso como hombre de letras colocaba a los almanaques bajo un objetivo educativo e instructivo, muchas veces impulsado por el esfuerzo de los demás letrados colaboradores del *Almanaque Potosino*.

Además de esas dos grandes motivaciones o propósitos, ¿qué otros móviles hubo para publicar el *Almanaque Potosino*?, ¿qué se esconde detrás de una articulación, pensada y organizada, de determinados textos que se integraron como parte de la serie de almanaques?, ¿cuál era el sentido y la intención del proyecto editorial que inició Antonio Cabrera?

Para comprender y responder a estas preguntas, hay que pasar a un segundo plano de análisis del almanaque: no sólo como un texto o plan de publicación, pues al final, y como se podrá apreciar en este capítulo, cada uno de los almanaques supuso ser un discurso del editor y de los colaboradores, es decir, un producto editorial con una intención y un sentido de acción que pretendía o buscaba tener un impacto entre sus posibles lectores con base en las ideas, principios y valores que movían a los hombres y mujeres de letras que le dieron realidad a este proyecto.

5.1. LA NATURALEZA DISCURSIVA DE LOS ALMANAQUES

Como se vio en el capítulo precedente, todo texto supone un plano lingüístico y comunicativo que está siempre presente en su articulación, ya sea como una simple oración, como una obra literaria completa o, incluso, como un filme o una pintura.

Además, también se pudo apreciar que el texto, o lo textual, supone una materialidad, la cual define su estructura y sus posibles interpretaciones.

De igual forma, habría que considerar que los textos tienen una naturaleza política y social, y el uso que las personas hacen de ellos pone en evidencia esta naturaleza de toda producción cultural, gráfica o icnográfica. Es de esta manera que un texto, ya sea escrito, dibujado, pintado o hablado, puede ser entendido o estudiado como un discurso.

5.1.1. *Hacia una comprensión del discurso*

Siguiendo las propuestas de Teun van Dijk, los textos se asumen como discursos cuando se comprenden a modo de fenómenos producto de la interacción social, es decir, a manera de resultados de una praxis social, cultural y política.³⁰⁶ De esta manera el discurso se toma como acción: expresión y resultado de una intención, un deseo o búsqueda de hacer o lograr algo en ese marco interactivo de los sujetos sociales.

En este plano -de los textos como discursos que llevan a la acción-, el hacer o no hacer, el decir o el no decir, a través de los mismos textos o prác-

³⁰⁶ Dijk, 2000, pp. 20-21.

ticas, se transforma en el punto crucial que expresa su intención y sentido, y con ello, el propósito de quienes participaron en esta creación textual y discursiva: “las acciones tienen metas y esto hace que sean significativas o tengan un ‘sentido’, lo que a su vez hace que sus actores parezcan tener algún propósito”.³⁰⁷

Entender los textos como acciones supone o sugiere que su condición a modo de discurso implica que “es sobre todo una actividad humana controlada, intencional y con un propósito: por lo general no hablamos, escribimos o leemos o escuchamos de modo accidental [...]”,³⁰⁸ existe detrás de todo ello una finalidad y un sentido que puede ser comprendido y analizado en los textos.

Ahora bien, y siguiendo la propuesta de Van Dijk, es el contenido o lo dicho en los textos lo que expresa el discurso o línea discursiva en ellos, pero también juega un papel importante el significado y el orden con que son dispuestos cada uno de esos elementos textuales. Es decir, la estructura con que cada palabra se articula y con la que cada párrafo se presenta, revela por sí misma una finalidad o un propósito.³⁰⁹

Sin embargo, esta dinámica o acción de colocar ciertos contenidos con un significado especial y con un orden definido, sólo cobra sentido o coherencia cuando se reconocen dentro de su contexto de producción y reproducción, es decir, dentro de la situación y la intención originaria que ha motivado su comunicación.

Por supuesto, las circunstancias o situaciones relevantes sólo lo son en cuanto el discurso las expresa de manera sistemática. Por lo tanto, puede decirse que “no existe, por supuesto, ningún límite a priori sobre el alcance y nivel de lo que puede considerarse contexto relevante”,³¹⁰ solo es definido por el mismo discurso, es decir, el mismo texto y la intención lo revelan.

De aquí, lo que resulta notable, es la manera en que el discurso cobra sentido gracias al contexto, es decir, la manera en que los textos pueden llegar a ser comprendidos:

³⁰⁷ Dijk, 2000, p. 28.

³⁰⁸ Dijk, 2000, p. 28.

³⁰⁹ Dijk, 2000, p. 22.

³¹⁰ Dijk, 2000, p. 37.

[...] el discurso usualmente muestra o señala estas características: en relación con sus contextos, se dice que el habla y el texto son indicativos [...]. En síntesis, el discurso manifiesta o expresa, y al mismo tiempo modela las múltiples propiedades relevantes de la situación socio/cultural que denominamos su contexto.³¹¹

En este plano de interacción social en que el discurso se manifiesta como acción, dicha interacción, la que se da entre texto/contexto, se expresa en una suerte de interdiscursividad y en algo que se puede identificar como una memoria discursiva en el marco de los textos.

Sobre lo primero, Julieta Haider indica que ningún discurso es un producto aislado, “es la relación de sentido, por las cuales todo discurso remite a otro, con el cual establece una relación de alianza, de antagonismo, de respuesta directa e indirecta”.³¹² Es claro que esta relación entre discursos es producto y expresión de la dinámica social que los produce, en particular en situaciones de desequilibrio de poder, en las que distintos sectores o grupos sociales expresan o sostienen un discurso específico, y que en muchas ocasiones se contradicen.³¹³

Respecto a la memoria discursiva presente en los textos y en la interacción social que da vida al discurso, hay que considerar que “toda producción discursiva, en determinada coyuntura, hace circular formulaciones anteriores, ya dichos y enunciados [...]”.³¹⁴ Obviamente, al hablar de memoria discursiva no se entiende la memoria psicológica, sino la reformulación de estructuras textuales y prácticas discursivas preestablecidas o reglamentadas social y culturalmente.

Por otro lado, si se lleva al plano de lo textual, al hablar de memoria discursiva no se puede olvidar que todo texto es un ejercicio de memoria, un

³¹¹ Dijk, 2000, p. 23.

³¹² Haider, 1998, p. 131.

³¹³ “Toda formación discursiva se define por las relación interna que se establece con su exterior específico, que son los aparatos de hegemonía, que se refieren a las posiciones ideológicas de clase y de base lingüística constituto de la reproducción/transformación de una formación social” (Haider, 1998, p. 128).

³¹⁴ Haider, 1998, p. 131.

acto de memorización, pero también de olvido; un discurso que parte de lo recordado y lo olvidado, que lleva implícitos una intención y un propósito en esos dos actos propios de la memoria.³¹⁵

Ahora bien, esta dualidad de memoria/olvido presente en los discursos es la base de la expresión de toda intención y sentido de los mismos a través de los textos, lo que puede hacerse de forma explícita, lo recordado, o bien, de manera implícita, lo oculto u olvidado, o que no cabe ser mencionado en el discurso: “Lo explícito es lo dicho en el discurso, lo que se encuentra verbalizado en la superficie discursiva, lo implícito es el sentido que se infiere y que tiene como soporte lo dicho explícitamente”.³¹⁶ Obviamente, esto sólo se esclarece al reconsiderar el contexto, los marcos institucional y social que han dado soporte y sentido a los textos.

5.1.2. Los almanaques como discurso y el discurso de los almanaques

Al considerarse que todo texto, ya como expresión oral, escrita y audio-visual, opera como un discurso, con una intención y un propósito, puede decirse que todo almanaque, o publicación ubicada dentro de este género supone una intención y, por lo tanto, puede ser tratado y analizado como discurso.

Un problema metodológico presente en el caso de los almanaques es la dinámica editorial que ha dado vida a muchas de las expresiones impresas del género, y es que se producen o se han producido como proyectos editoriales, los cuales recuperan o retoman una gama de textos muchas veces inconexos entre sí, o que en una primera impresión expresan cierta inconsistencia de temas y expresiones textuales que muchas veces suponen formas muy particulares de análisis (imágenes, escritura, partituras, etcétera).

Además, en algunos casos, la intención originaria de algunos textos es extraída de su contexto de producción y retomada con un propósito nuevo por el editor, lo cual sugiere la configuración de un nuevo discurso.

³¹⁵ “Un texto (además de un instrumento para inventar o recordar) es un instrumento para olvidar, o al menos para hacer que algo se vuelva latente” (Eco, 2009, p. 47).

³¹⁶ Haider, 1998, p. 139.

De lo anterior, resulta que un almanaque puede expresar su intencionalidad por medio de las formas en que los textos son articulados, haciendo que el mismo proceso sea una suerte de escritura, revelándose así la condición discursiva de los propios almanaques.

Sin embargo, la problemática no se limita a la variedad de textos presentes en un almanaque impreso, sino en la visión de conjunto que supone todo un proyecto editorial compuesto por varios volúmenes. Es así que la problemática se presenta al tratar de encontrar una suerte de “línea editorial” que pueda ser traducida como un discurso que revele la intención del proyecto mismo y no sólo de cada uno de los impresos publicados de forma particular.

Para el caso del *Almanaque Potosino* se pueden encontrar ciertas líneas discursivas; ciertas intenciones que revelan el motivo y el propósito por el que Antonio Cabrera emprendió este proyecto editorial, las cuales atienden las circunstancias de su producción y reproducción. En este sentido, desde sus inicios, el proyecto editorial que inauguró su trabajo como editor estaba definido por un propósito utilitario, de tal modo que el impreso producido por él debía funcionar en un marco pragmático para el público lector.

Por supuesto, esto estaba implícito en el mismo género editorial y textual con el que comenzó su empresa, pues como se ha visto, los almanaques han operado desde su aparición con un propósito informativo e instructivo para el usuario.

Antonio Cabrera reafirmó esa cualidad y objetivo desde el primer volumen del *Almanaque Potosino*, en el que expresaba esa intención, pues los hacía con “el deseo de ser en algo útil á la sociedad potosina”, de ahí que las secciones astronómicas, meteorológicas y cronológicas ocuparan la primera parte del impreso, las cuales se fueron complementando en otros volúmenes con textos informativos como las tablas que registraban la salida y la llegada de trenes a la ciudad, así también los horarios de los tranvías que funcionaban en ese entonces.

Sin embargo, esa intención sumamente pragmática, y al parecer sin finalidad política o social, encubría propósitos y objetivos que poco tenían que ver con una praxis informativa, incluso esa misma praxis es el punto de partida para llegar a las miras y al discurso mismo del *Almanaque Potosino*.

5.2. LA PATRIA DEL *ALMANAQUE POTOSINO*: EL TIEMPO Y EL ESPACIO POTOSINOS

Como ya lo ha hecho ver Tenorio, las últimas dos décadas del siglo XIX en el ámbito mexicano estuvieron definidas por la consolidación de un nacionalismo que tenía su origen en el patriotismo criollo, pero transformado con el patriotismo liberal que pretendía igualar o equiparar el amor a la patria con la fe cristiana católica que había imperado a lo largo de la época colonial. En este sentido, la estabilidad económica y política, más no social, del gobierno de Porfirio Díaz, permitió el desarrollo de un nacionalismo de forma cabal en la opinión pública, especialmente a través de los medios impresos.³¹⁷

Lo paradójico, como el mismo Tenorio explica, es que ese nacionalismo surgiría a la par de un cosmopolitismo que buscaba colocar la nación mexicana en el mundo occidental. Esa dupla nacionalismo-cosmopolitismo no sería la única paradoja discursiva que llegaría a expresarse en el mundo de la cultura escrita-impresa, pues hay que considerar que desde los ámbitos locales y estatales surgiría un patriotismo localista, que en el caso del *Almanaque Potosino* sería uno de los ejes principales y motivo de su publicación.

En este tenor, la practicidad originaria e inmanente en el género del almanaque, que se expresaba en textos informativos, estaría cifrada por el marco local-estatal de San Luis Potosí, pues Cabrera revelaba que con sus almanaques buscaba “consignar hechos en favor de mi patria”,³¹⁸ es decir, información referente a la patria potosina del editor, su lugar de nacimiento y principal ámbito de circulación de sus almanaques.

Ante ello, las expectativas del proyecto editorial, o del conjunto de libros que Cabrera preparó, estarían centradas en una utilidad limitada al ámbito local-estatal de la ciudad y del estado de San Luis Potosí:

Excusando es decir que el arreglo de dichas secciones se refieren en su mayor parte del Estado de San Luis Potosí, y si por hoy, el lector echa de ver que falta mucho por decirse, le ruego dispense esta falta que soy el primero en confesar, pero le ofrezco que para lo sucesivo procuré dar á mi Almanaque, de año en

³¹⁷ Tenorio, 1999, p. 51.

³¹⁸ Cabrera, *Almanaque Potosino*, 1885, p. 7.

año, mayor utilidad y hacerlo más aceptable para mis paisanos en lo particular y para mis compatriotas en general.³¹⁹

Ahora bien, para Cabrera esa patria potosina se revelaría por medio de la historia, la geografía, la estadística y la literatura, pues estos conocimientos o saberes se concebían como las coordenadas elementales para llegar a plasmar de forma cabal la patria de Cabrera.

Así, puede vislumbrarse un propósito identitario en el marco del proyecto editorial de Antonio Cabrera, es decir, mediante el *Almanaque Potosino* se intentaba crear una identidad colectiva o comunidad imaginada entre los lectores, partiendo de una idea y de un conocimiento de lo potosino.

Cronologías, mapas, elementos iconográficos, relatos de costumbres, todo se sumaría a ese fin patriótico, el cual se traducía en un localismo que no estaría en conflicto con la idea de la nación mexicana, a la que se integraba, aunque sí marcaría una distancia que le permitiría destacar su singularidad con respecto a la realidad nacional, e incluso internacional.

El reconocimiento del estado y de la ciudad de San Luis Potosí a través del pasado fue una de las constantes en los almanaques de Cabrera. Este elemento de lo histórico se utilizó como uno de los principales saberes para definir la identidad potosina; uno de los ejercicios más claros fue el diseño de cronologías, lo que Hayden White identifica como la base y el inicio de toda representación del pasado a través de la escritura.³²⁰

En un principio, estas cronologías o “Notas cronológicas”, como aparecieron publicadas, integraron en una sola línea la historia universal, la historia mexicana y la historia potosina. Así, en un ejercicio de escritura, el ámbito local-estatal de San Luis Potosí se integraba a dos grandes concepciones de lo histórico: la nacional y la universal.

En un cálculo que comienza con la creación del hombre, hasta los años en que fueron publicados estos almanaques, Antonio Cabrera lograba integrar estas tres escalas de lo histórico utilizando un conteo regresivo de los años en que se sucedieron estos hechos, a los cuales se iban integrando los acontecimientos del propio pasado potosino, como a continuación puede apreciarse:

³¹⁹ Cabrera, *Almanaque Potosino*, 1885, p. 8.

³²⁰ White, 1992, p. 11; White, 2005, p. 10.

Del diluvio universal... 4843 [...] De la invención de la imprenta... 446 [...]
De la conquista de México por Hernán Cortés. AÑOS 1521... 365 [...]
De la erección del pueblo de San Luis (hoy ciudad de San Luis Potosí) por el conquistador D. Luis de Leija, de quien tomó el nombre, en 1576... 310 [...]
Del nacimiento del ilustre potosino D. Mariano Arista, en 26 de Julio de 1802... 84 [...]
De la invención de la litografía en 1800... 86 [...]

Es a partir de esto que desde el inicio del proyecto editorial se hizo presente una cronología patriótica, intercalada de una forma muy particular con el calendario-santoral, es decir, con uno de los elementos más básicos del género de los almanaques.

Dicha crónica contenía, para cada mes, el registro de acontecimientos históricos ocurridos durante el siglo XIX, los cuales habían trascendido para el marco histórico de la localidad y el estado. Cada mes del calendario-santoral tenía una breve efeméride, justo en el marco textual que había servido para colocar máximas, sentencias breves o notas del editor.

Por ejemplo, en el mes de mayo se recordaba lo siguiente: “El 13 de este mes y año de 1811, el lego Juan Villerías se presentó con algunas fuerzas de su mando en las inmediaciones de Matehuala, invitando al Gobernador de los indios de este pueblo para tomar partido con él [...]”.³²²

Por supuesto, los acontecimientos que se registraban no seguían un orden anual, sino que cada acontecimiento que se colocaba correspondía al mes en que el que había ocurrido. Para el mes de noviembre, por ejemplo, se registraba que en el año de 1810 “El Gral. Realista Calleja, acababa de salir fuera de esta ciudad de San Luis Potosí dejando el suficiente número de fuerzas españolas y también buen número de presos políticos en la cárcel y en el convento del Carmen [...]”.³²³

La estrategia de las cronologías continuó a lo largo de la publicación de los almanaques, sin embargo, los tiempos de lo histórico local y nacional pronto fueron presentados por separado. Ya en el tercer almanaque se distinguían las “notas cronológicas generales” de las “notas cronológicas

³²¹ Cabrera, *Almanaque Potosino*, 1885, pp. 13-14.

³²² Cabrera, *Almanaque Potosino*, 1885, p. 37.

³²³ Cabrera, *Almanaque Potosino*, 1885, p. 58.

potosinas”.³²⁴ Por *notas generales* se entendía el tiempo universal, entremezclado con la historia nacional. Las otras, como su nombre lo indica, estaban limitadas a lo local-estatal.

Resulta interesante esta distinción, pues remarca la singularidad del tiempo y la memoria potosina, lo que no sólo refuerza el papel identitario que representaba el almanaque, sino que también respondía al proyecto editorial mismo, pues se enfocaba a lo “potosino”.

Por otro lado, cabe destacar que este interés por el pasado local no se limitaba a un marco temporal decimonónico. Al igual que otros letrados locales, como Manuel Muro, Francisco Peña y Primo Feliciano Velázquez, que también historiaron a San Luis Potosí, Antonio Cabrera se remontó a la búsqueda de los orígenes y del momento fundacional de la región, creando cronologías para esclarecer y dar a conocer este tema. En ellas se marcaba como inicio “la fundación de Tangamanga (hoy San Luis Potosí) con familias aborígenes, 300 años antes de la conquista de México por Cortés”,³²⁵ calculada por Cabrera hacia el año de 1221.

Tal reconstrucción de lo histórico potosino iniciada con el pasado indígena, fue seguida por la identificación de la fundación de poblados y ciudades por los conquistadores europeos en el territorio que ocupa el estado de San Luis Potosí. Asimismo, los personajes que participaron en estas acciones adquirieron relevancia. En este sentido, queda claro que el programa de Cabrera estaba en la precisión y ubicación de los hitos y personajes del pasado regional.

Lo interesante de todo esto, es que Cabrera trascendió a la simple enumeración y construyó una serie de relatos que abordaban ese pasado. Así se encuentran textos de carácter histórico-patriótico, desde biografías como las de fray Diego de la Magdalena, que le sirvió para hablar de lo que él consideraba como uno de los fundadores de San Luis Potosí, hasta la crónica sobre la ciudad en 1771.³²⁶

Por supuesto, este interés por la patria potosina no quedaría ahí, los elementos textuales que se fueron introduciendo a lo largo del proyecto edi-

³²⁴ Cabrera, *Tercer Almanaque Potosino*, 1888, pp. 4-11.

³²⁵ Cabrera, *Tercer Almanaque Potosino*, 1888, p. 7.

³²⁶ Cabrera, *Tercer Almanaque Potosino*, 1888, pp. 59-68; Cabrera, *Noveno Almanaque Potosino*, 1895, pp. 17-18.

torial revelaban una intención continua de llevar a los lectores un conocimiento profundo del ámbito en el que se movían, por lo que no bastaba la historia para cumplir ese objetivo.

Ahí estaban los planos y mapas, como una suerte de espejo en el que los habitantes podrían reconocerse dentro del espacio geográfico en el que habitaban. Por supuesto, todo respaldado con los informes geoestadísticos que acompañaba a la cartografía.

Así, puede concluirse que espacio y tiempo eran para Cabrera los dos ejes rectores en la conformación de una identidad potosina desde los cuales la comunidad imaginada cobraba existencia. Lo anterior se puede apreciar cabalmente con el plano histórico que publicó en el noveno de sus almanaques, sobre el refiere:

Bien quisiera hacer un cuidadoso y esmerado estudio de comparación entre el Plano de la ciudad que se refiere á esa época, cuyo curioso y singular documento sirve de apéndice á esta obra, y el Plano de la misma ciudad, ya publicado, y que la representa como actualmente existe; pero por una parte la falta de tiempo suficiente para ese trabajo, y por la otra el grande deseo que tengo de que cuanto antes vea la luz pública este libro, impiden por ahora mis propósitos. Sin embargo, creo muy necesario escribir breves notas referentes á la antigua ciudad de San Luis Potosí.³²⁷

En este sentido, el ejercicio intelectual se reducía a comparar el pasado y el presente a través de un elemento cartográfico haciendo uso de los dos conocimientos elementales para la construcción de la identidad potosina.

Con ese tipo de trabajos, y con los que dedicó al pasado de San Luis Potosí, Antonio Cabrera quedaba satisfecho, pues suponía “haber puesto por mi parte un grano de arena más en el grandioso edificio de la historia de mi patria”. De este modo, el *Almanaque Potosino* también operaba como un medio de difusión y recreación de este conocimiento acumulativo de San Luis Potosí, sumándose a los esfuerzos intelectuales que permitían conocer la patria potosina:

³²⁷ Cabrera, *Noveno Almanaque Potosino*, 1895, p. 17.

[...] he procurado arreglarlo consultando é inspirándome en el estudio de obritas de historia y geografía del Estado, que han escrito y dado á luz pública antes que yo, personas más competentes en el asunto; pero á la vez he tenido cuidado de rectificar y corregir algunos datos equívocos, dando también en esta vez, otras varias y nuevas noticias debidas á la bondad del Gobierno del Estado y á personas ilustradas y competentes [...].³²⁸

De igual manera, esta intención acumulativa no era la única que se desarrollaba con este tipo de ejercicios, pues había algo más, y esto era la búsqueda de la singularidad de San Luis Potosí, para así darlo a conocer a los ajenos a este ámbito potosino:

Esta publicación anual sostenida con inmensos sacrificios pero honradamente encaminada á contribuir con mi escaso contingente al servicio público y honra del Estado á que pertenezco, dándolo por este medio á conocer en sus variadas formas, á multitud de personas de origen nacional ó extranjero.³²⁹

Este axioma ya estaba implícito en la mayoría de los almanaques, formando parte integral del proyecto editorial mismo, de ahí que su editor se preocupara por lograr una distribución más allá de lo local. En ese tenor, en uno de los primeros almanaques se mencionaba que:

Supla el buen deseo que me anima siempre para presentar algo nuevo cada año en mi almanaque, y el público ilustrado dispensará los errores que advierta, solo nacidos de mi ignorancia y perdonará en gracia del nombre propósito que me guía, al dar á conocer á propios y extraños la historia y adelantos del Estado de San Luis Potosí.³³⁰

Lo interesante de esta referencia, es que lleva en sí otro de los motivos por los que el editor se dio a la tarea de pregonar estos elementos geohistóricos y estadísticos de San Luis Potosí entre “propios y extraños”; la idea de

³²⁸ Cabrera, *Quinto Almanaque Potosino*, 1889, p. 110.

³²⁹ Cabrera, *Undécimo Almanaque Potosino*, p. 25.

³³⁰ Cabrera, *Quinto Almanaque Potosino*, 1889, p. 111.

dar a conocer los “adelantos” de la localidad suponía otro de los propósitos y líneas discursivas bajo las cuales trabajó Cabrera en su proyecto editorial. Sin embargo, esta noción implica un marco de análisis distinto que responde al contexto intelectual y a las “ideas del siglo”, como ahora se podrá apreciar.

5.3. “LAS IDEAS DEL SIGLO” EN EL *ALMANAQUE POTOSINO*

En su estudio sobre los editores del siglo XIX en San Luis Potosí, Zetina ya había dado cuenta de la manera en la que los almanaques de Cabrera, así como muchas otras de las publicaciones de la época, estaban permeadas por las ideas y un sentir propio del fin de siglo.

Por supuesto, las ideas del siglo eran las del positivismo y de un cientificismo que servían de paradigma explicativo de la realidad presente y pretérita. En palabras de Tenorio, a finales del siglo XIX “ya se le había dado a la vida política y cultural de México un cariz científico, el cual se hacía eco de la tendencia occidental, presente en todo el mundo, de enmarcar todo conocimiento en un formato científico”.³³¹ Naturalmente, en el *Almanaque Potosino* se expresó ello en varios de sus textos, pues no hay que olvidar que muchos de los colaboradores se asumían como letrados y hombres de ciencia.

5.3.1. *Los pronósticos del tiempo*

La convicción en la ciencia y el progreso material propia de las postrimerias del siglo XIX, se expresó en uno de los elementos más tradicionales de los almanaques impresos, a saber, los pronósticos del tiempo. Algunos autores ya han señalado que este artefacto textual incorporado al género, junto con el calendario y santoral, era uno de sus elementos más importantes, pues muchos de sus lectores por este motivo lo consultaban.

Ciertamente, las predicciones con respecto a las fases de la luna, eclipses y cambios de estación se hicieron presentes junto con pronósticos mensuales, especialmente con respecto a la situación climatológica; incluso

³³¹ Tenorio, 1998, p.174.

algunos lo hicieron a propósito de la situación política. Lo interesante de esto es que dicho elemento se fue suprimiendo desde el siglo XVIII, pues se le consideraba poco científico, a menos que fuera incluido como un elemento lúdico o jocoso. En este sentido, en el *Almanaque Potosino* se expresó claramente esta transformación, expresándose en sus páginas las “ideas del siglo”.

Para comprender esto hay que remitirse a su antecesor, el *Calendario Potosino*, que para cada mes tenía una breve predicción climática, bastante general, con respecto a la tendencia de vientos, temperatura y lluvias. Por ejemplo, para enero se indicaba que “frío y húmedo será este mes”. A febrero lo calificaba como un mes que “será variable en su temperatura”, mientras que en abril “algún calor se sentirá en este mes y habrá algunas tempestades”. Para mayo se vaticinaba que “Caliente será este mes y habrá algunas lluvias”. Desde luego, estos pronósticos presentados en el *Segundo Calendario Potosino* se repitieron en el tercero, en un tono bastante parecido y ocupando una posición destacada, pues en ambos se los encontraba como encabezados del calendario-santoral.³³²

Ahora bien, el *Almanaque Potosino* se inauguró con unos pronósticos semejantes. Pero aquí se presentaban de una forma mucho más extensa y con un lenguaje más preciso y, claro, en la misma posición de encabezado. En el caso de enero se apuntaba en el *Almanaque Potosino* que: “En este mes se sentirá fuerte frío por las heladas que caerán, también notándose nebulosidades que ocasionarán algunas nevadas”. Para febrero se decía que: “Muy variable será este mes en su temperatura, pero lo que más se sentirá serán fuertes vientos”. En mayo: “se fijarán los calores, y habrá algunas tempestades”, y para junio, “mucho calor se sentirá en este mes, y habrá algunos aguaceros”.³³³

Como puede notarse, tanto en el *Calendario* como en ese primer *Almanaque Potosino* los pronósticos tenían un tono semejante, así como con otros almanaques y calendarios que lo precedieron. Pero bien, respecto a estos pronósticos hay que considerar, a saber, que probablemente fue éste el único volumen de los almanaques de Cabrera que contuvo este tipo de información. Llama la atención que, si bien se desconoce el segundo almanaque, se sabe

³³² *Segundo Calendario Potosino*, 1863, pp. 5-14.

³³³ Cabrera (ed.), 1885, pp. 21-40.

que en el tercero ya no aparecieron. En su lugar se colocó una breve información con respecto a la posición del sol en la bóveda celeste, así como los días transcurridos y faltantes del año. Esto fue así hasta que se dejó de publicar el *Almanaque Potosino*, y ni siquiera cuando se empezó a experimentar con la matriz textual del almanaque los pronósticos volvieron a usarse.

Para comprender esto cabe referir aquí una aclaración con respecto a los pronósticos del primer almanaque, ubicada unas páginas más adelante, y que Cabrera presentaba como una “nota importante”:

LOS PRONOSTICOS DEL TIEMPO que van al principio de los meses de este Almanaque, no fueron hechos por el Sr. Dr. G. Barroeta como pudiera creerse por estar encargado de los datos astronómicos: á petición suya lo hace presente al público El Editor.³³⁴

Sobre esto, no hay más que mencionar que Barroeta se posicionó como un hombre de ciencias local, con prestigio nacional, pues había logrado establecer vínculos con asociaciones científicas. En este sentido, su cargo en el observatorio astronómico de la ciudad lo relacionaba a este tipo de informaciones, especialmente al tratarse con cuestiones climáticas y naturales. Con respecto a lo antes mencionado, es interesante que no realizará este tipo de predicciones, quizá porque resultaban imprecisas o poco exactas, algo contrario a los principios científicos de la época.

De tal forma, la petición de que su trabajo no fuera confundido con estos pronósticos, resultaba razonable para quien hacía uso de métodos “científicos”. No obstante, también hay que considerar la decisión del editor, por un lado, de continuar con esa tradición, al menos en el primer almanaque, para después romperla y sumarse a las transformaciones que en el género de los almanaques se estaban dando, es decir, la científicidad en sus contenidos.

³³⁴ Cabrera, *Almanaque Potosino*, 1885, p. 70.

5.3.2. *El progreso material en la imagen: ferrocarriles, fábricas y vistas fotográficas*

Estas ideas de científicidad y de racionalidad llegaron a integrar parte de una opinión pública donde “la lógica como la retórica de la ciencia se volvieron una forma de sentido común”.³³⁵ La ciencia se vivía, o suponía vivirse, por medio de las innovaciones técnicas y los descubrimientos científicos que sugerían una idea de progreso, en particular de progreso material, el cual creía expresarse por igual entre todos y cada uno de los ciudadanos mexicanos, así como entre los habitantes de San Luis Potosí.

Por supuesto, este paradigma estaría presente en los mismos almanaques de Cabrera, y para ello basta con analizar los elementos iconográficos presentes en el impreso, como el caso del ferrocarril, que comenzó a representarse desde los primeros volúmenes.

Este motivo iconográfico se hizo presente en varias de las portadas de los impresos, a saber, en la del *cuarto*, *sexto* y *noveno Almanaque Potosino*, con pequeños motivos debajo de los títulos de las portadas. Por lo anterior, resulta significativo el del tercer almanaque, pues incluyó la cubierta-portada más elaborada del proyecto editorial, además de que el año de publicación de este tercer número coincidió con la inauguración del Ferrocarril Nacional Mexicano, el 1 de noviembre de 1888.

Quizá, de forma implícita, en la imagen se hacía referencia a ese acontecimiento que trascendió para muchos de los habitantes de esa ciudad y del estado, tal y como lo reconocería el mismo Cabrera varios años después:

Inútil es manifestar la importancia mercantil y de utilidad pública que tiene esta vía, pues poniéndonos en comunicación directa con la República vecina y con principales ciudades del país y la capital de nuestra Patria, se deja comprender lo útil y benéfica que es para todas las clases sociales y para todos los asuntos de la vida.³³⁶

³³⁵ Tenorio, 1998, p. 235.

³³⁶ Sobre este ferrocarril, se puede citar lo que el mismo Cabrera describía acerca de él: “El Nacional Mexicano inauguró su línea el 1° de Noviembre de 1888 y fue el primer ferrocarril que visitó la ciudad y se estableció en la población. Recorre directamente 1,352 kilómetros en

Por lo tanto, la llegada del ferrocarril a San Luis Potosí y la publicación del *Tercer Almanaque Potosino*, fueron dos acontecimientos que estaban permeados por la misma actitud progresista expresada en esta portada.

Ahora bien, hubo otros elementos de los almanaques que hacían alusión al progreso material, es decir, la publicidad de las empresas manufactureras e industriales en las que se representaba la fachada de fábricas, como la de cigarrillos y puros “La Fama”. Al mismo tiempo, la introducción de las llamadas vistas fotográficas o fotograbados se convirtió en muestra de las nuevas tecnologías implementadas en la publicación, pero eran también un medio con el cual se daban a conocer los “adelantos” y progresos de la técnica fotográfica: “La fotografía se consideraba ‘el lápiz de la naturaleza’, y su objetividad se veía como indiferente del estilo. La existencia de la fotografía era en sí misma una prueba de la modernidad, ya fuera que captase un ferrocarril o un tipo popular”.³³⁷

5.3.3. *Los adelantos del siglo*

Estas ideas o convicciones finiseculares que se expresaban en las imágenes también lo hicieron a través de los textos escritos; la sección “Descubrimientos e invenciones”, publicado en el *Undécimo Almanaque Potosino* es ejemplo de esto. En dicho texto histórico, preparado por el mismo editor, se presentaba una historia del “progreso” de la cultura occidental. Esta crónica situaba sus inicios en las primeras civilizaciones humanas, hasta llegar al siglo XIX, donde el tema principal eran las “grandes” innovaciones científicas, las cuales iban desde la aparición del zapato hasta la invención de la máquina litográfica.

Por supuesto, en ese texto se hacen algunas anotaciones sobre el ferrocarril, de cuya importancia simbólica a fin de siglo ya hemos hablado. Sobre este decía: “EL FERROCARRIL, notable aparato de locomoción moderna y en el que toma importante ayuda el vapor ó la electricidad. Este invento, con toda

territorio mexicano, de Laredo á México, capital de la República, haciendo el viaje en 42 horas, recorriendo 584 kilómetros” (Cabrera, en *Sexto Almanaque Potosino*, 1890, pp. 61-62).

³³⁷ Tenorio, 1998, pp. 164-165.

ciencia aplicada, tuvo su necesario desenvolvimiento”.³³⁸ Queda claro que ciencia, técnica y progreso tenían gran auge en esta época.

Al respecto, lo que resulta interesante es la manera en que esta idea de progreso se trasladaba al ámbito potosino, y particularmente la manera en que esta crónica lo hacía al momento de hablar de “Los rayos catódicos y la fotografía de lo invisible”:

2° En la ciudad de San Luis Potosí (México), donde reside una apreciable familia, de abolengos títulos, los Sres. José, Luis, Javier y Vicente Espinosa y Cuevas, todos trabajadores y de no escasa instrucción, quienes amantes de la novedad científica y sólo por ella, hicieron experimentos con las vibraciones de esa misteriosa luz, el 23 de Octubre de 1896, obteniendo brillantes resultados.³³⁹

Como se puede apreciar, el editor no sólo estaba interesado en dar cuenta de la “novedad científica” en general, sino también de la novedad científica local.

Por supuesto, hubo otros textos que, de forma menos explícita, reflejaban las ideas progresistas y científicas del momento. Por ejemplo, entre los textos históricos cabe agregar aquí una pequeña nota sobre una de las biografías históricas preparadas y publicadas por Antonio Cabrera: la del virrey novohispano José María de Bucareli:

“El periodo de su gobierno fue de positiva utilidad y de verdadera felicidad y adelanto, no solo para la Nueva España sino también para la Península Ibérica. —Gobernantes de las condiciones y aptitudes del Sr. D. Antonio de Bucareli y Ursua, merece bien de la Patria, y sus nombres deben ser queridos y respetados por todas las generaciones.”³⁴⁰

Es decir, lo que la biografía de este personaje subraya son todos los “adelantos” o progresos que consolidó durante su gobierno.

³³⁸ Cabrera, *Almanaque Potosino*, 1898, p. 48.

³³⁹ Cabrera, *Undécimo Almanaque Potosino*, 1898, pp. 68-69.

³⁴⁰ Cabrera, *Noveno Almanaque Potosino*, 1895, p. 23.

A estos textos se suman otros que en algunos casos se presentaban con un tono más bien utilitario, pero que destacaban por la información científica que ofrecían. Por ejemplo, la crónica titulada “Un viaje en globo”; asimismo, los artículos “La duración probable de la vida” y “La luz y las plantas”. Estos escritos no pasaban de tres páginas, escritas con un lenguaje científico con el que se pretendía dar una información que el público podría aprovechar y que, además, se sustentaban en aseveraciones comprobadas.

Entonces, queda claro que uno de los propósitos o líneas discursivas del proyecto editorial de Cabrera estaba en la expresión y representación de la ciencia y el progreso, así como en el desarrollo logrado por la patria potosina, al menos como él lo concebía. Propósito que entraba en contradicción, o al menos requería buscar equilibrio respecto a uno principios discursivos más explícitos de los almanaques: la religión.

Para comprender lo anterior, hay que referir lo expresado en su séptimo almanaque, a propósito de las tradiciones y prácticas llevadas a cabo por los habitantes de la ciudad de San Luis Potosí, sobre las que sostenía: “los cultos religiosos llenan debidamente, y en términos prudentes ajustados á las ideas del siglo en que vivimos, las necesidades y obligaciones de los fieles sin tocar jamás los límites del fanatismo”.³⁴¹

La razón científica y la fe religiosa, era el doble discurso que Cabrera tenía que hacer empatar en el *Almanaque Potosino*. No obstante, uno de ellos tuvo un peso determinante a lo largo del proyecto editorial, y sin ser propiamente un almanaque o calendario religioso, tuvo como eje central un discurso cristiano-católico que lo definió.

5.4. LA “PUBLICIDAD” DEL CATOLICISMO

Los textos que componían el proyecto editorial de Antonio Cabrera estaban permeados por un discurso cristiano-católico con el que se había preparado desde el principio, y que iba a primar discursivamente, junto con la exaltación patriótica y científica, convirtiendo este elemento religioso en uno de los ejes rectores del discurso del *Almanaque Potosino*.

³⁴¹ Cabrera, *Séptimo Almanaque Potosino*, 1891, p. 11.

Así, cabría preguntarse, ¿por qué se convirtió en una de las ideas directrices del proyecto editorial, sin ser propiamente una publicación católica, como otras que lo hacían abiertamente y que se publicaban bajo ese adjetivo?

En este sentido, resulta claro que Cabrera y sus colaboradores estaban comprometidos con los principios del catolicismo, por lo que mucho del material estaría definido por ese credo. Para comprender mejor este fenómeno, hay que considerar algunos elementos del contexto de este discurso católico expresado en el *Almanaque Potosino*.

En primer lugar, no hay que olvidar que en el México decimonónico “La religión y la religiosidad adquirieron un peso aún más complejo y conflictivo en la vida nacional, sin que se finiquitara ni su presencia, ni su carácter identitario, ni sus posibilidades relevantes de expresión política”.³⁴² También hay que considerar que la religión cristiana católica vivía una renovación, y que, durante el Porfiriato, cobró una posición importante por medio de la cultura escrita impresa.

Las razones de lo anterior fueron varias: por un lado, las políticas anticlericales de los gobiernos liberales que se presentaron desde mediados del siglo XIX, expresadas en las Leyes de Reforma y la Constitución de 1857.³⁴³ Así también, influyó la llegada de credos cristianos no católicos al país, lo que en San Luis Potosí se vivió muy de cerca desde el gobierno liberal de Juan Bustamante (1867), quien desamortizó bienes en poder de la Iglesia católica mexicana y favoreció la entrada de cristianos no católicos.³⁴⁴

Por supuesto, todo ello impactó en la Iglesia católica de México, que por medio de la cultura escrita expresó su preocupación ante estas medidas:

En particular, las ideas liberales y la presencia del protestantismo los acicatearon para aspirar a una presencia mayor en la prensa periódica, en la literatura en general y hasta en la vida de los pueblos cercanos a las ciudades principales como la de México.³⁴⁵

³⁴² Connaughton, 2010, p. 246.

³⁴³ Knight, 1985, p. 60.

³⁴⁴ Al menos, durante 1879, en la región huasteca del estado de San Luis Potosí se establecieron grupos de cristianos, como el de Hexiquio Forcada, comerciante y pastor presbiteriano que fundó sociedades religiosas (Calvillo y Monroy, 2002, p. 200; Carregha, 2002, p. 180).

³⁴⁵ Connaughton, 2010, p. 364.

En el caso de San Luis Potosí, se tiene noticia de periódicos religiosos, tanto católicos como no católicos, que por su título indican el propósito defensivo o evangelizador de sus respectivas doctrinas, ahí estaban *La Familia Católica* (1882-1889) o *El cruzado. Semanario Católico* (1896), y desde los no católicos se puede recordar *El Católico Convertido* (1896-1904).³⁴⁶

Si bien, estas políticas que iniciaron con el triunfo del liberalismo continuaron durante el Porfiriato, ese gobierno también se destacó por mantener una política de conciliación entre el Estado y la Iglesia católica, aunque no se dejaron de defender los principios del liberalismo: libertad de creencias, separación de Iglesia y Estado, así como el impulso a la colonización del país por parte de cristianos no católicos.

En esa misma época, el catolicismo vivió una importante transformación promovida desde el Vaticano, en particular con la encíclica *Rerum Novarum*, en la que el papa León XIII llamaba a los católicos a preocuparse por los problemas sociales y morales presentes a finales de siglo:

[...] su publicación en la prensa católica a partir de 1892 marcaron una nueva etapa en las acciones de los católicos. La cuestión social estuvo presente desde entonces de manera constante en ellos. La acción social católica se encaminaba a restañar los efectos sociales del liberalismo. [...] Pretendían retomar la moral cristiana como inspiración de las normas sociales, como guía en la vida social.³⁴⁷

Naturalmente, la cultura escrita impresa en los ámbitos mexicano y potosino, así como en los diversos géneros de lo impreso, estuvieron permeados por esos cambios.

Respecto al *Almanaque Potosino*, habría que aclarar que, si bien la mayoría de los exponentes del género del almanaque se guiaban por el calendario y el santoral cristianos, siempre existía la posibilidad de que no fuera este culto el que definiera la edición o la preparación del impreso y, por lo tanto, el contenido o los temas de la publicación. Lo anterior no fue el caso de los almanaques y calendarios mexicanos, sin embargo, algunos no tuvieron ese enfoque religioso.

³⁴⁶ Montejano, 1982.

³⁴⁷ Villaneda, 1995, p. 342.

En este sentido, en el *Almanaque Potosino* se revelaba la ideología y la convicción cristiana del editor, así como de la mayoría de sus colaboradores, pues cabe recordar la presencia de religiosos en el cuerpo de autores. Además, estos personajes vivieron, como cristianos católicos, los golpes de la política liberal y las políticas conciliatorias del gobierno porfirista. Igualmente, pudieron estar enterados de la renovación católica impulsada por la carta encíclica *Rerum Novarum*.

Todo ello se expresaba en los principios básicos y elementales del calendario, es decir, el tiempo. Pues el propio editor comprendía el paso de los años desde una perspectiva religiosa, como a continuación lo demostraba:

El reloj de los tiempos marca un año más en los espacios infinitos de la eternidad. A Dios gracias, y conforme á su santa voluntad, hemos vivido un año más sobre la superficie de este mundo que llamamos Tierra, y que, en opinión general, no lo consideramos sino como un valle doloroso de lágrimas, de penas y amarguras. Hemos llegado por fin á principios del año de 1889. ¡Dios sólo sabe quién verá concluirlo!³⁴⁸

Por lo tanto, el calendario del *Almanaque Potosino* estaría definido por la tradición cristiana, de ahí la presencia constante del santoral, en el que además se marcaba los días de fiesta y de guardar para los católicos. Igualmente, el almanaque tenía en sus primeras páginas pequeñas secciones en las que se indicaban los días que la tradición católica prohibía comer carne, los días en que se celebraban confirmaciones y las fiestas movibles del calendario católico.

Asimismo, el elemento ideológico católico se manifestaba en otros elementos de la publicación impresa. Por ejemplo, desde el primer volumen Antonio Cabrera introdujo como material de lectura la biografía del obispo de San Luis Potosí, Ignacio Montes de Oca y Obregón, sobre quién decía:

No me propongo hacer un panegírico de tan distinguido Prelado, porque me considero insuficiente para ello ni es tampoco necesario, conocido como lo es lo bastante por nacionales y extranjeros la notable persona de IPANDRO

³⁴⁸ Cabrera, *Cuarto Almanaque Potosino*, 1888, p. 1.

ACAICO. Solo sí pido con el alma levantada hacia á Dios, todo género de bienes temporales y eternos para nuestro querido Pastor; que le prolongue su Criador por muchos años su necesaria é interesante existencia, y que su gobierno sea fructífero en honra y gloria de la Santa Religión Católica, Apostólica Romana.³⁴⁹

En este sentido, Antonio Cabrera era consciente de que el público, o la mayoría de él, al que iría dirigido esta publicación serían los católicos, quienes reconocerían a personajes como éste, pero también quienes se podrían interesar por conocer su vida y obra. Pues, como hizo evidente en el séptimo de sus almanaques, para el editor “La Ciudad de San Luis Potosí es reconocida generalmente y por toda persona ilustrada, como una ciudad esencialmente Católica, Apostólica, Romana, sin confundirse con otras ciudades del territorio mexicano, [...]”³⁵⁰

Por otro lado, lo que resulta interesante es la estrategia editorial que siguió Cabrera para presentar y desarrollar esta postura cristiana-católica. En particular, lo hizo por medio de textos abiertamente católicos, como el titulado “Culto público católico”, el cual finalizaba de la siguiente manera:

Doy término á este artículo, que ha sido escrito únicamente con el objetivo de dar una ligerísima reseña de lo que es el Culto católico y la índole religiosa de los habitantes de la ciudad de San Luis justificando mis apreciaciones las notas relativas é indicadas en esta sección religiosa del Almanaque. Que esto sirva para demostrar ante la impiedad, la verdadera devoción y celo cristiano que por fortuna anima á los católicos potosinos; y que, muy principalmente sirva también, para tributar á Dios y á sus santos, el más fervoroso y rendido testimonio de amor y respeto. Quiera el Supremo Creador del Universo y de cuantas maravillas es divino Autor, fije su paternal y misericordiosa mirada sobre las necesidades de la Santa Iglesia Católica, Apostólica Romana, y la haga tan feliz en su presente, como grande y próspera de bienes en su porvenir.³⁵¹

³⁴⁹ Cabrera, *Almanaque Potosino*, 1885, p. 70.

³⁵⁰ Cabrera, *Séptimo Almanaque Potosino*, 1891, p. 9.

³⁵¹ Cabrera, *Séptimo Almanaque Potosino*, 1891, pp. 29-30.

Como se hace evidente, estas declaraciones van más allá del discurso religioso que podría implicar el género de los almanaques. Su presencia misma en el de Cabrera, y en particular, el lugar y los límites que le daba el soporte impreso dan a entender que esta postura religiosa era de suma importancia para el editor.

Hay que señalar que este texto se colocó en el marco del mismo santoral, en un espacio que había sido utilizado originalmente sólo para las máximas o sentencias breves y que en algún momento ocupó la primera cronología histórica del almanaque. Ello refuerza la idea de que este escrito no sólo se considerara como un texto más del almanaque, sino como relevante y ligado a uno de los elementos textuales más básicos del género, es decir, el calendario-santoral, que permitiría llamar la atención de sus lectores.

El artículo que le seguía dentro de ese marco del santoral-calendario era el de “La religión guiando al hombre”:

Bendita esta Religión que tanto ha hecho por la sociedad y por el hombre, esta Religión que guía y salva á las sociedades, hoy mas que nunca inquietas y desatentadas; que protege y consuela al hombre, hoy mas que nunca ingrato y demente. Bendita sea, porque en medio de la tormenta asoladora que ruge sobre el mundo, ella es el inmenso fanal á donde tornan la vista los desterrados del Paraíso, para dulcificar las amarguras del infortunio presente, con el rico tesoro de esperanza que ella da para el provenir.³⁵²

Por supuesto, no sólo sería en el marco de lo escrito donde expresara esta fe católica. Cabrera aprovechó las innovaciones técnicas para hacer pública sus creencias, y lo hizo utilizando las técnicas iconográficas y fotográficas: pues ahí estaban las fotografías, así como los grabados de los mapas y planos en los que se hicieron presentes las imágenes de templos católicos de la ciudad de San Luis Potosí, tanto de su interior como exterior.

También, y de una forma mucho más sutil, las bellas letras o literatura, sirvieron para expresar los principios cristianos y la moralidad católica que el *Almanaque Potosino* suponía representar. Tal fue el caso de poemas como *La fe*, de Guadalupe Vázquez del Castillo, publicado en el tercer almanaque:

³⁵² Cabrera, *Septimo Almanaque Potosino*, 1891, p. 48.

Pura como el niño la inocencia,
Bella como la aurora matutina
Es la sublime fe, la luz divina
Que aparta del error nuestra conciencia.
Ella mantiene al hombre en la creencia
De que hay un Dios, un Ser que lo ilumina;
Que lo ama como á un hijo, y lo encamina
Al puerto más feliz de la existencia [...]³⁵³

En este sentido, respecto a cuál sería la intención del editor para retomar y reproducir todos estos textos, él mismo lo esclareció en su momento:

[...] pero guiado por secreto instinto y por ideas nobles y levantadas, entre otras, la propaganda católica por lo referente á la parte religiosa, por el Santoral y las fiestas de piedad cristiana, [...] emprendí esos trabajos lleno de ardorosa fe e impulso por sanas ideas y no por el espíritu de avarienta especulación ni por el orgullo efímero de mi nombre.³⁵⁴

Era la propaganda de la fe católica uno de los principales motores de este proyecto editorial, la propaganda o publicidad de una creencia que en ese momento se veía amenazada por la entrada de grupos cristianos no católicos al ámbito de San Luis Potosí, y que también se veía cercada por la avalancha de ideas liberales y científicistas a las que, si bien el editor no se oponía, tenía que hacer comulgar con este catolicismo, considerado por el editor como propio del ámbito potosino.

Asimismo, es posible que Cabrera se viera impulsado por la renovación del catolicismo promovida desde Roma. Aunque esto no queda del todo explícito, hay noticias de que seguía de cerca los principios de la Iglesia católica, como el cambió que realizó León XIII en el día de celebración de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús (24 de junio).³⁵⁵ Dicho cambio lo implementó en su almanaque número siete, para 1892, y preparado en 1891. Mismo almana-

³⁵³ Vázquez, “La Fe”, en *Tercer Almanaque Potosino*, 1888, pp. 76-77.

³⁵⁴ Cabrera, *Noveno Almanaque Potosino*, 1895, p. 28.

³⁵⁵ *Séptimo Almanaque Potosino*, 1891, p. 33.

que en el que aparecieron los textos: “Culto público católico” y “La religión guiando al hombre”, cuyo fin, como ya se ha visto, era exaltar al catolicismo e identificar a San Luis Potosí como un lugar católico. Así, no sería del todo extraño que hayan aparecido, particularmente por que fue el mismo año en que se dio a conocer la encíclica.

Estas coincidencias no sólo refuerzan la idea de que, efectivamente, el discurso religioso imperó en gran parte del *Almanaque Potosino*, sino que también permiten hacer evidente la complejidad de motivos y principios por los que se llevó un proyecto editorial como éste; pues fue uno que retomó un género textual y editorial sumamente antiguo, pero que el editor supo adaptar a sus circunstancias e intereses propios, haciendo de este almanaque un fenómeno sumamente complejo de estudiar y de comprender, como se ha visto a lo largo de esta investigación.

Los trece años de la publicación del *Almanaque Potosino* hacen evidente un proyecto editorial y cultural sumamente complejo, especialmente si se considera la amplitud de perspectivas desde las cuales puede ser abordado para su estudio, por los distintos elementos sociales y culturales que implica esta expresión del género editorial y textual de los almanaques.

El proyecto editorial de Antonio Cabrera apareció en un momento que, para el ámbito mexicano, se ha considerado de declive o proceso de transformación de este tipo de publicaciones. Tal es el caso del cambio en la habitual denominación de calendario, por la finisecular decimonónica de almanaque. O bien, la aparición de nuevas fórmulas editoriales y textuales, como la de los anuarios o directorios, que suplían y satisfacían nuevas necesidades del mundo moderno decimonónico.

Quizá debido a esto, en el ámbito de la ciudad de San Luis Potosí, el *Almanaque Potosino* se posicionó como toda una innovación, e implicó el resurgimiento de un género olvidado por cerca de dos décadas, al menos si se atiende a uno de los principales antecesores de este proyecto editorial: el *Calendario Potosino*.

En este sentido, se ha podido apreciar que gracias a la posición social y a las actividades económicas de Antonio Cabrera, fue posible plantear un proyecto como el del *Almanaque Potosino*. Debido a su quehacer como librero y encuadernador, Cabrera pudo conocer los proyectos editoriales de personajes como Filomeno Mata y Manuel Caballero, los que muy probablemente sirvieron de inspiración para el diseño y creación de su *Almanaque*.

Asimismo, este quehacer dentro del mundo del libro y los impresos le pudo haber facilitado el contacto con los hombres de letras y de ciencias que colaboraron en su proyecto editorial.

Fue así que el editor pudo diseñar las estrategias que le permitieron dar vida al proyecto, así como dar a conocer los textos que como librero, encuadernador y, después, como editor, preparó y seleccionó para dar forma a

su almanaque. En ese tenor, Cabrera siguió las convenciones del género, empleando las estructuras textuales prediseñadas desde hacía casi cuatrocientos años. Por supuesto, ello no le impidió experimentar e innovar en la matriz textual del almanaque, lo que implicó nuevas formas de presentar los textos y quizá nuevas formas de usar y leer este tipo de impresos.

Por otro lado, el *Almanaque Potosino* no sólo fue un proyecto editorial más que se integró al medio de las publicaciones de finales del siglo XIX, sino que impactó en el mundo letrado decimonónico, ya que su existencia llevó a su creador y a sus colaboradores a identificarse como grupo, fortaleciendo su imagen como letrados en un medio social que daba apertura y reconocimiento a la labor de los hombres de letras y de ciencias.

A lo largo de la investigación no sólo se ha hecho evidente la transformación empresarial y social de un personaje como Antonio Cabrera, es decir, de encuadernador a hombre de letras y editor. También se ha podido mostrar que los proyectos editoriales decimonónicos pocas veces eran empresas de una sola persona, o bien, que era casi imposible que un único individuo se encargara totalmente de su creación. Es así que proyectos como los del *Almanaque Potosino* son el resultado de un proceso de creación e innovación colectiva, donde el editor se encargó de establecer los vínculos entre los letrados que aparecieron como autores o colaboradores, y asimismo, se encargó de organizar los escritos que ellos produjeron.

Ahora bien, respecto al motivo que dio vida a un proyecto editorial como éste, se puede considerar que el *Almanaque Potosino* surgió con una doble intención, bastante explícita, que revela la razón por la que Antonio Cabrera recurrió al género de los almanaques en un momento en que se suponía iba en declive esta expresión de la cultura escrita e impresa.

La primera intención tiene relación con su aspecto comercial, pues la presencia de los avisos publicitarios revela no meramente el mecanismo económico que le permitía a su editor mantener a flote el proyecto editorial, sino que lo posicionaba como otro más de los negocios emprendidos por él en torno al mundo del libro y lo impreso. En este sentido, y sin hacerlo de forma explícita, la publicación de este almanaque se acercaba a la estrategia seguida por algunos otros editores que publicaban sus impresos en el marco de otros proyectos editoriales, donde los almanaques sólo se presentaban como obsequios que daban a conocer los otros negocios o empresas sostenidos por el mismo editor.

La segunda intención de su edición vincula a este almanaque con los letrados locales, lo que explica que se haya posicionado dentro de los proyectos culturales y educativos de la época, es decir, en el de la aspiración de formar una ciudadanía y una identidad nacional —en este caso también local—, entre los posibles lectores de estos almanaques. Así, el *Almanaque Potosino* no sólo se encontraba en el marco comercial que implicaba toda publicación, sino en el esquema de las tentativas e intenciones de los hombres de letras del siglo XIX.

De esta manera, la instrucción del pueblo, la formación de ciudadanos, la libre circulación de la información y la configuración de una representación del México y el San Luis Potosí modernos eran objetivos integrales del proyecto.

Resulta evidente que el *Almanaque Potosino* expresaba las ideas y los principios con que se interpretaba la realidad en esa época, con base en el positivismo y en el espíritu cientificista, que se afirmaba en la comprensión de la patria bajo un conocimiento objetivo y científico. Nada mejor enunciado que en los propios escritos preparados por el editor.

Sin embargo, no se puede decir que hasta ahí hubiera llegado la intención y el propósito de la existencia misma del *Almanaque Potosino*; en el fondo, Cabrera había trabajado bajo una convicción y una creencia en este género editorial como un difusor de la fe católica.

Cabe recordar que algo inmanente y característico de los almanaques o calendarios fue el elemento temporal, es decir, el propio registro del tiempo, que en Occidente ha estado limitado y definido por el calendario gregoriano y la concepción cristiana del mismo. Lo anterior se expresaría con un recurso muy básico y elemental en el género de los almanaques; a saber, el santoral.

Es de esta forma que Antonio Cabrera reveló en varios de sus volúmenes un claro interés por dar a conocer algunos de los principios de la fe católica, justificándose en que este era un elemento constitutivo de la sociedad local. De tal forma, la insistencia en este tema hace pensar que el *Almanaque Potosino* se convirtió en una publicación de tendencia ideológica cristiano-católica. Especialmente cuando coincidieron en su publicación las transformaciones de la institución eclesiástica, nacidas a partir de reformas y debates que surgieron con la *Rerum Novarum* (“De las cosas nuevas”, ‘Sobre la condición de los obreros’, proclamada por el papa León XIII, el 15 de mayo de 1891) y que en México coincidieron con la transformación política del gobierno liberal de Porfirio Díaz, que hasta cierto punto fue de tolerancia con respecto a esta Iglesia.

En este sentido, en el *Almanaque Potosino*, aparentemente contrastaban los principios de científicidad y progreso, que caracterizaba el ideario de la época, con los principios católicos tradicionales de los que hacía propaganda su editor. De tal forma se hace explícita que una de las preocupaciones latentes en esa época de “progreso material” y de transformaciones científicas, era su contraste con la fe tradicional, en este caso la católica, la cual se veía amenazada por los evangelizadores no católicos que el gobierno federal promovía para que se establecieran en México, así como los principios del liberalismo característico de los gobernantes de fin de siglo.

De tal suerte, el *Almanaque Potosino* se posicionó como un bastión editorial de esta religiosidad católica, pero también como un mediador de las nuevas ideas -las innovaciones científicas y los principios rectores de los regímenes liberales-, haciendo de este proyecto editorial un fenómeno sumamente complejo de entender, especialmente por todos estos elementos que confluyeron en su configuración y existencia misma.

Así, el comercio, la instrucción, el patriotismo y la religión fueron los cuatro ejes sobre los cuales trabajó su editor, y desde los que diseñó una serie de estrategias textuales y editoriales para dar cabida a todos estos intereses. En este sentido, se puede considerar que cada una de estas intenciones se planteó desde el inicio del proyecto, pero también se debe tomar en cuenta que algunos de los elementos que se presentaron en la publicación atendían a un contexto inmediato. Cabe recordar la instalación del ferrocarril en San Luis Potosí y la manera en que se expresó en las portadas de los almanaques. Así también, la encíclica *Rerum Novarum*, que significó una renovación del catolicismo, se pudo ver reflejada en la incorporación de textos que lo justificaban y exaltaban.

De esta forma, la investigación ha logrado mostrar la complejidad de este proyecto editorial y el estudio de los almanaques, pues no se puede decir que detrás de su aparición existiera un único motivo o propósito. Al contrario, fueron diversos los intereses y deseos del editor para con sus lectores, por lo que no es posible encontrar en publicaciones como éstas una razón única para su existencia. Incluso podría plantearse que su sentido originario se fue transformando, y que a este se sumaron otras intenciones que fueron presentándose al momento de preparar cada uno de los volúmenes.

En este sentido, el *Almanaque Potosino* permite apreciar la manera en que este género, con una estructura y características materiales aparente-

mente inamovibles, revela en sus elementos más básicos las variaciones que permitieron mantenerlo con vida a lo largo de centurias. Pero también se ha podido considerar la manera en que el género se adaptó a las necesidades del lugar y momento de producción, haciendo de los almanaques un fenómeno local y finisecular, como fue su reintroducción en el San Luis Potosí de finales del siglo XIX.

El almanaque se presenta como un género maleable, en el sentido de que se pudo adaptar a los intereses e intenciones de Antonio Cabrera y sus colaboradores. No cabe duda que este género le permitía introducir textos de los temas más variados, pero también facilitó su objetivo de dar “propaganda” al catolicismo, o bien, replicar las “ideas del siglo”. Así también, el género le permitió divulgar elementos instructivos con respecto a la patria potosina, que se encargaría de exaltar como un ámbito moderno y a la vez cristiano.

Ahora bien, en un plano particular, la investigación también permitió conocer el proceso de construcción de un proyecto de edición de esta naturaleza, desde de la planeación, que inicia con el propio editor, hasta llegar a ser una realidad y tener vida en el mundo de las casas editoras de la época, que en este caso fue por más de diez años.

Asimismo, es significativo el hecho de que por medio del estudio de esta publicación se pudo conocer una faceta de la *ciudad letrada* de San Luis Potosí que era poco advertida, en especial por el reconocimiento de personajes e instituciones que dieron vida cultural a la ciudad y al estado potosino, y que, por lo común, destacan poco en las obras sobre la literatura o los letrados locales.

Aunado a ello, fue posible conocer las relaciones entre algunos de los letrados, y cómo estos vínculos permitieron llevar a cabo programas de publicaciones, pero también asociaciones, que devinieron en la creación de instituciones o la configuración de espacios para el cultivo de las letras o la ciencia. Igualmente, es notable la manera en que esos vínculos iban más allá de lo local, pues incluso se relacionaban con los letrados de la Ciudad de México.

Hay que agregar que el estudio de este proyecto editorial permitió un bosquejo del mundo del libro y de la edición en San Luis Potosí. Un mundo poco explorado para este ámbito, especialmente desde una perspectiva social y cultural que se interese por las prácticas y formas de hacer de libreros y editores de ese final de siglo. Es así que se han podido conocer otros espacios para este tipo de comercio o lugares para la lectura, como el mismo gabinete de lectura de Antonio Cabrera.

En el plano de los textos y la actividad editorial, el *Almanaque Potosino* arrojó un panorama general de lo escrito y lo leído al final del siglo XIX, como una parte del espectro de textos que se daban a conocer y circulaban en San Luis Potosí. De ese modo se han podido mostrar algunas de las estrategias que el editor usó para presentarlos y que al final tenían como principal objetivo o destinatario al público lector.

Igualmente, se ha dado cuenta de la importancia que tuvieron otros proyectos editoriales para el diseño del *Almanaque Potosino*, la circulación de publicaciones e impresos y de los vínculos establecidos entre editores.

A través del trabajo se han podido conocer algunas de las formas en que es posible abordar este género y estos productos de la cultura escrita e impresa identificados como almanaques. Por supuesto, al final se ha podido lanzar una propuesta de cómo examinar, en diferentes planos, un proyecto editorial y al mismo género de los almanaques. Así, de la definición del concepto de almanaque, pasando por el entorno económico y social, hasta llegar al plano textual y discursivo del proyecto editorial, se han podido dilucidar algunos de los motivos por los que se emprendió el diseño y la creación del *Almanaque Potosino*.

Sin embargo, y a pesar de los diversos métodos de análisis de los almanaques de Cabrera, aún queda por dar respuesta a una serie de incógnitas que valdría la pena rescatar en el futuro, pues en esta investigación no se han podido abordar. En este sentido, surgen posibles vertientes de estudio que bien pueden ser útiles para el planteamiento de futuros proyectos o pesquisas respecto al género de los almanaques, o bien, para el estudio de la cultura escrita/impresa en general.

Evidente es la incógnita del fin del proyecto editorial de Antonio Cabrera. Aquí se han podido apuntalar algunas hipótesis, pero aún quedan por responder y replantear algunas ideas, porque ello supondría continuar y ampliar la exploración de sus proyectos, pues siguió editando y publicando estudios monográficos y cartográficos.

Asimismo, otro tema a desarrollar es el de las relaciones o vínculos editoriales entre publicistas y letrados de finales del siglo XIX. Como se ha visto en este trabajo, centrado en un solo proyecto editorial, la influencia entre publicaciones y las relaciones entre editores estaba latente desde su origen. En ese ámbito queda por reflexionar con respecto a las redes entre editores, que no sólo se limitan al intercambio de publicaciones o textos, sino de ideas y maneras de hacer y llevar a cabo la práctica editorial. Tal es el caso

de Antonio Cabrera, Manuel Caballero y Filomeno Mata, una red que bien podría ser ampliada más allá de San Luis Potosí o más allá de proyectos editoriales como los de los almanaques o anuarios.

En este orden de ideas, habría que dar un giro en el objeto de estudio, y ya no indagar sobre los editores, sino sobre sus movimientos y estrategias editoriales, así como en los intercambios de textos que aquello posibilitaba.

De igual manera, y partiendo de estos ejemplos, el caso de Caballero hace evidente que hay que poner más atención a otros proyectos editoriales, especialmente los de gran envergadura, como los del *Primer almanaque histórico, artístico y monumental de la República Mexicana 1883-1884* y del *Anuario mexicano*, pues permitirían comprender las prácticas empresariales de las publicaciones decimonónicas. Tanto el almanaque de Manuel Caballero como el anuario de Filomeno Mata ameritan un estudio propio, tan o aún más profundo como el que se hecho con el *Almanaque Potosino*.

Con respecto a las muchas expresiones impresas del género de los almanaques, los de Antonio Cabrera son sólo una más de las que caracterizaron al siglo XIX. Por lo que el *Almanaque Potosino* ha servido como campo de estudio para el reconocimiento de los elementos conceptuales y metodológicos que servirían para ser llevados al análisis de otras manifestaciones de este tipo de impresos o para plantear otros problemas por explorar.

En este sentido, y limitándose al ámbito mexicano, se hace necesario un acercamiento a publicaciones que representan verdaderas historias de larga circulación, como el famoso *Calendario del Más Antiguo Galván*, mismo que desde 1826 se ha seguido publicando ininterrumpidamente.

Por otro lado, también sería interesante el escrutinio de los que pudieran identificarse como almanaques locales o regionales, lo cual se podría hacer desde dos perspectivas: la primera, concentrándose en un solo ámbito geográfico, es decir, salir del gran centro de producción editorial que representó la Ciudad de México y ubicarse en una esfera estatal o urbana, desde la cual se hayan llevado a cabo ejercicios como el del *Almanaque Potosino*. La segunda línea sería estudiar almanaques en un marco temporal específico, pero no así espacial, se tendría que pasar de una entidad federativa o ciudad a otras para comparar y explicar las muchas adaptaciones que este género editorial ha tenido en nuestro país.

Para el caso de San Luis Potosí, no sólo se han podido encontrar los antecedentes del *Almanaque Potosino*, sino los proyectos editoriales posterior-

res a éste. Al menos tres se posicionan como subsiguientes del almanaque de Cabrera, no sólo por llevar en su título el epíteto de “potosino”, sino por ser producidos en este ámbito espacial, entre 1910 y 1930.

En virtud de lo anterior, queda como principal tarea preparar una historia de los almanaques en San Luis Potosí, la cual sería una de muchas posibles, especialmente si se consideran las múltiples perspectivas teórico-metodológicas que se asoman al plantear la exploración y análisis de esta clase de publicaciones.

Documentales

- AHESLP. Archivo Histórico del Estado de San Luis Potosí. Fondo Ayuntamiento; [Sección] Mapas y Planos.
- BNE. Biblioteca Nacional de España.
- BINAH. Biblioteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- BRAG. Biblioteca Ramón Alcorta Guerrero.
- BSMSLP. Biblioteca del Seminario Mayor de San Luis Potosí.
- CDHRMA. Centro de Documentación Histórica Lic. Rafael Montejano y Aguiñaga.

Hemerográficas

- El Estandarte* (1885, 1886, 1887, 1889, 1890), San Luis Potosí.
- Juventud. Revista Mensual Órgano de la Asociación de Estudiantes Potosinos.*
- La Unión Democrática* [Periódico Oficial del Gobierno de San Luis Potosí] (1883, 1878), San Luis Potosí.
- La Voz de San Luis* (1883, 1884), San Luis Potosí.
- Periódico Oficial del Estado de San Luis Potosí* (1885), José de Jesús Jiménez (dir.), San Luis Potosí: Gobierno del Estado de San Luis Potosí.

Almanaques

- A) Almanaque Potosino (por orden cronológico)

Almanaque Potosino (1885), Antonio Cabrera (editor), San Luis Potosí.

Tercer Almanaque Potosino para 1888. Publicado por Antonio Cabrera. Edición ilustrada con vistas fotográficas (1888), San Luis Potosí.

Cuarto Almanaque Potosino para el año de 1889, arreglado por Antonio Cabrera, en colaboración de personas notables en ciencias y letras (1888), San Luis Potosí (México): Imprenta de M. Esquivel y Compañía.

Quinto Almanaque Potosino, Antonio Cabrera (ed.), San Luis Potosí, 1889.

1891, Sexto Almanaque Potosino, arreglado por Antonio Cabrera, en colaboración, de Personas inteligentes en Ciencias y Letras, Edición Ilustrada con el moderno PLANO de la Ciudad de S. Luis Potosí (1890). San Luis Potosí.

Séptimo Almanaque Potosino (1891), Antonio Cabrera (ed.), San Luis Potosí.

Octavo Almanaque Potosino (1893), Antonio Cabrera (ed.), San Luis Potosí.

Noveno Almanaque Potosino para los años 1895 y 1896, arreglado por Antonio Cabrera, en colaboración de personas inteligentes en Ciencias, Letras y Artes (1895), San Luis Potosí: Tip. de la Escuela Industrial Militar, dirigida por A. B. Cortés.

Undécimo Almanaque Potosino (1898), Antonio Cabrera (ed), San Luis Potosí.

B) Otros almanaques

Almanak Mercantil ó Guía de Comerciantes. Para el Año de 1797 (1796), Diego María Gallard (ed.), Madrid: Ramón Ruiz, Google libros, <http://www.google.com.mx/books?id=WYkdSC883O8C&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false> [consulta: 22 octubre de 2011].

<https://books.google.com.mx/books?id=WYkdSC883O8C&pg=PR1&lpg=PR1&dq=Almanak+Mercantil+%C3%B3+Gu%C3%ADa+de+Comerciantes.+Para+el+A%C3%B1o+de+1797&source=bl&ots=gT0vLL2N2b&sig=uFe44SgqMFpPKebUVHj_kenPLc&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwifoa_Q3NzNAhVEbSYKHVq8CHQQ6AEIKDAD#v=onepage&q=Almanak%20Mercantil%20%C3%B3%20Gu%C3%ADa%20de%20Comerciantes.%20Para%20el%20A%C3%B1o%20de%201797&f=false> [consulta: 5 de3 julio de 2016]

Almanaque Anuario de Rojas Hermanos. Año XIV (1884), Caracas: Rojas Hermanos, Libreros (eds.).

- Almanaque Asturiano de El Carbayón* (1897), Oviedo: Imp. De Pardo, Gusano y Compa.
- Almanaque de Ecos del Progreso* (1889), Salto Oriental, Uruguay: Lito-tipografía del Progreso.
- Almanaque de El Americano* (1873), París: Imprenta Hispanoamericana.
- Anuario Universal* (1884), Filomeno Mata (ed.), México: Tipografía literaria.
- Calendario azteca para el año bisiesto de 1860, arreglado al meridiano de México*, Manuel Payno (ed.), México: Imprenta de Ignacio Cumplido.
- Calendario de Allende* (1861), México: Tipografía de Nabor Chávez.
- Calendario de los amantes* (1861), Manuel Murguía (ed.), México: Tipografía de Manuel Murguía.
- Calendario del más antiguo Galván* (2010-), México: Murguía, <<http://www.calendariodelmasantiguogalvan.com.mx/>> [consulta: 25 de octubre de 2011].
- Calendario del más antiguo Galván para el año de 1902* (1901), México: Antigua Imprenta de Murguía.
- Calendario Potosino* (1864), Genaro Dávalos (ed.).
- Primer Almanaque Chihuahuense* (1918), José M. Ponce de León, y Gómez, Manuel A. (eds.), Chihuahua: Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios.
- Primer Almanaque Histórico, Artístico y Monumental de la República Mexicana* (1883), Manuel Caballero, 1893, King, Leonard & Cia., Nueva York: The Chas M. Green Printing Co.
- Segundo Calendario Potosino* (1863), Genaro Dávalos (ed.), San Luis Potosí: Tipografía de G. Dávalos.
- The American Anti-Slavery Almanac* (1838).
- The Citizens' farmers' alamnac for the year of our Lord 1833* (1832), Baltimore: Plaskit& Co.

Bibliográficas

- ACHIM, Miruna (2011), "Lecturas para todos: pronósticos y calendarios en el México Virreinal", en Nancy Vogeley y Manuel Ramos (coords.), *Historia de la literatura mexicana: desde su origen hasta nuestros días*, vol. III, México: Siglo XXI / Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, pp. 598-618.

- AGUILAR SANTILLÁN, Rafael (1887), “Reseña relativa al establecimiento y trabajos de la Sociedad por el primer secretario”, en *Memorias de la Sociedad Científica “Antonio Alzate”*, t. 1, núm. 1, México: Imprenta del Gobierno en el Ex Arzobispado, dirigida por Sabás A. y Munguía, <<http://www.archive.org/details/memoriasdelasoci8788soci>> [consulta: 24 septiembre 2011].
- ALCORTA GUERRERO, Ramón y Francisco Pedraza (1941), *Bibliografía histórica y geografía del estado de San Luis Potosí*, México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- ALCORTA GUERRERO, Ramón (1957), “Bio-Bibliografías Potosinas: Antonio Cabrera (1847-1925)”, en *Fichas de bibliografía potosina*, Revista Mexicana de Geografía, vol. iv, núm. 1, enero-marzo, México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Geografía, pp. 3-7.
- ALEGRÍA DE LA C., Margarita (2009), “Paisaje y sublimidad en algunos textos publicados en los Calendarios de las Señoritas Mexicanas, 1838-18432”, en María Fernanda García de los Arcos (comp.), *IV Coloquio La Prensa como Fuente para el Análisis en las Ciencias Sociales*, México: Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 123-142.
- ALONSO SÁNCHEZ, Magdalena (2001), “Una empresa educativa y cultural de Ignacio Cumplido: El Museo Mexicano (1843-1846)”, en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 553-560.
- ANDRIÈS, Lise (1989), “*Almanacs: Revolutionizing a Traditional Genre*”, in: Robert Darnton and Daniel Roche (eds.), *Revolution in Print: The Press in France, 1775—1800*, London: University of California Press, pp. 202-222, Google libros, <https://books.google.com.mx/books?id=s1yyMc6V6_kC&pg=PA204&lpq=PA203&dq=Lise+Andreis#v=onepage&q&f=false> [consulta: 6 de noviembre 2011].
- BARTHES, Roland (2000), *Crítica y verdad*, México: Siglo XXI.
- (2009), *El grado cero de la escritura*, México: Siglo XXI.
- (2009), *El placer del texto-Lección inaugural*, Madrid: Siglo XXI.
- BAZANT, Mílada (2010), “Lecturas del Porfiriato”, en *Historia de la lectura en México*, México: El Colegio de México.
- BEEZLEY, William H. (2008), *La identidad nacional mexicana. La memoria, la insinuación y la cultura popular en el siglo XIX*, México: El Colegio de la

- Frontera Norte / El Colegio de San Luis / El Colegio de Michoacán.
- BERMÚDEZ, María Teresa (2010), “Las leyes, los libros de texto”, en *Historia de la lectura en México*.
- BETANCOURT MENDIETA, Alexander (2003), “La nacionalización del pasado. Los orígenes de las ‘historias patrias’ en América Latina”, en Friedhelm Schmidt-Welle (ed.), *Ficciones y silencios fundacionales. Literatura y cultura poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*, Madrid: Iberoamericana, pp. 81-99.
- (2007), “El problema de la historia tradicional. A propósito de la reedición de dos obras clásicas de la historia local”, en Álvaro Acevedo Tarazona y Renzo Ramírez Bacca (coords.), *Identidades, localidades y regiones. Hacia una mirada micro e interdisciplinar*, Medellín: Universidad de Caldas / Universidad Tecnológica de Pereira / Universidad Pontificia Bolivariana / Universidad Autónoma de San Luis Potosí / Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín / La Carreta.
- (2008), “Patria y territorio en dos regiones de América Latina: Antioquia (Colombia) y San Luis Potosí (México)”, en *Cultura y representaciones sociales*, marzo, año 2, núm. 4, México, pp. 94-118.
- BETANCOURT, Ignacio (2000), *Anónimas. Escritoras potosinas del Porfiriato*, México: El Colegio de San Luis.
- BOLLÈME, Geneviève (1990), “Literatura popular y comercio ambulante del libro en el siglo XVIII”, en Armando Petrucci, *Libros, editores y público en la Europa moderna*, Valencia: Alfons el Magnànim, Institució Valenciana D’Estudis I Investigació, pp. 207-246.
- BOTREL, Jean-François (2003), “Almanachs et calendriers en Espagne”, en Hans-Jürgen Lüsebrink, York-Gothart Mix, Jean-Yves Mollier et Patricia Sorel (édits.), *Les Lectures du Peuple en Europe et dans les Amériques (xviiie-xxe siècle)*, Bruxelles: Complexe, pp. 105-116.
- (2003), “La construcción de una nueva cultura del libro y del impreso en el siglo XIX”, en Jesús Antonio Martínez Marín (ed), *Orígenes culturales de la sociedad liberal (España siglo XIX)*, Madrid: Biblioteca Nueva / Editorial Complutense / Casa de Velázquez, pp. 19-36.
- (2006), “Para una bibliografía de los almanaques y calendarios”, en *Elucidario. Seminario bio-bibliográfico Manuel Caballero Venzalá*, núm. 1, 1 marzo, España: Instituto de Estudios Giennenses, pp. 35-46. <http://botrel-jean-francois.com/Libro_livre/Bibli_almana.html>.

- BRANDINI PARK, Margareth (1999), *Histórias e leituras de almanaques no Brasil*, São Paulo: Campinas SP Mercado de Letras Associação de Leitura de Brasil.
- BRAUDEL, Fernand (1989), *La historia y las ciencias sociales*, México: Alianza.
- BUENO, Cosme (ed.), *El Conocimiento de los Tiempos (1783)*, Lima: Imprenta Real de la Calle Concha, Google Libros, <http://books.google.com.mx/books?id=J0JtHQAAAJ&dq=el+conocimiento+de+los+tiempo,+1783&hl=es&ei=aZynTtLGJ5SCsgLv6ZG1Dw&sa=X&oi=book_result&ct=res ult&resnum=1&ved=0CCoQ6AEwAA> [consulta: 15 octubre de 2011].
- BUITRAGO, Alberto y J. Agustín Torijano (2006), *Diccionario del origen de las palabras*, Madrid: Espasa-Calpe.
- BURKE, Peter (2002), *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*, Barcelona: Paídos.
- CABRERA, Antonio (1891), *Apuntes históricos, geográficos y administrativos referentes a la ciudad de San Luis Potosí formados y arreglados conforme a los datos mas modernos y auténticos*, San Luis Potosí: Tip. de Antonio Cabrera e Hijos.
- (1898), “Descubrimientos e invenciones”, en *Noveno Almanaque Potosino*, Antonio Cabrera (ed.), San Luis Potosí.
- CALVILLO UNNA, Tomás y María Isabel Monroy Castillo, (2002), *Breve historia de San Luis Potosí*, México: Fondo de Cultura Económica / El Colegio de México.
- CAMARILLO CARBAJAL, María Teresa (2005), “Los periodistas en el siglo XIX. Agrupaciones y vivencias”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, México: Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades, pp. 153-163.
- CARREGHA LAMADRID, Luz (2002), “En torno a los levantamientos armados en la Huasteca potosina al inicio del porfiriato”, en Antonio Escobar Ohmstede y Luz Carregha Lamadrid (coords.), *El siglo XIX en las Huastecas*, México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (Ciesas) / El Colegio de San Luis.
- CASTILLO, Rafael del (ed.) (1891), *Guía del Viagero en San Luis Potosí*, San Luis Potosí: Tip. de Velez.
- CASTILLO GÓMEZ, Antonio (2005), “La corte de Cadmo. Apuntes para una historia social de la cultura escrita”, en *Revista de Historiografía*, núm. 3, pp. 18-27.

- (2010), “Testi di larga circolazione in Spagna tra Antico Regime ed età contemporánea”, en Ludovica Braida y Mario Infelise (eds.), *Libri per tutti. Generi editoriali di larga circolazione tra antico regime ed età contemporánea*, Torino: UTET, pp. 275-292.
- CHARLE, Christophe (2000), *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*, Madrid: Siglo XXI.
- CHARTIER, Roger (1995), *Sociedad y escritura en la Edad Moderna*, México: Instituto de Investigaciones José María Luis Mora.
- (1996), *El mundo como representación*, Barcelona: Gedisa.
- (2000), *Las revoluciones de la cultura escrita. Diálogo e intervención*, Barcelona: Gedisa.
- (2005), “Prólogo. Un humanista entre dos mundos” en Don F. McKenzie, *Bibliografía y sociología de los textos*, Madrid: Akal, pp. 5-24.
- (2006), *Cultura escrita, literatura e historia*, México: Fondo de Cultura Económica.
- (2009), “Lecturas y lectores ‘populares’ desde el Renacimiento hasta la época Clásica”, en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (coords.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, México: Taurus, pp. 417-434.
- CLARK DE LARA, Belem (1989), “Estudio preliminar”, en Ana Elena Díaz Alejo (ed.), *La Ilustración potosina* (edición facsimilar), México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 19-162.
- (2005), “¿Generaciones o constelaciones?”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 11-46.
- CLARK DE LARA, Belem y Fernando Curiel Defossé (2002), “Asomos al año cultural de 1901”, en Ignacio Betancourt (coord.), *Historia y literatura mexicana en el comienzo del siglo XX*, México: El Colegio de San Luis, pp. 13-46.
- COCKCROFT, James D. (1985), *Precursores intelectuales de la Revolución mexicana, 1900-1913*, México, Secretaría de Educación Pública.
- CONNAUGHTON, Brian (2010), “Modernización, religión e Iglesia en México (1810-1910): vida de rasgaduras y reconstrucción”, en Erika Pani (coord.), *Nación, constitución y reforma, 1821-1908*, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 238-275.
- DAHL, Svend (1990), *Historia del libro*, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes /Alianza.

- DARNTON, Robert (2010), *El beso de Lamourette*, México, Fondo de Cultura Económica.
- DARNTON, Robert y Daniel Roche (comps.) (1989), *Revolution in Print. The Press in France 1775-1800*, Oakland: University of California Press, pp. 203-22.
- DASKALOVA, Krassimira (2003), “La réception des almanachs populaires en Bulgarie au XIX siècle”, en Hans-Jürgen Lüsebrink, York-Gothart Mix, Jean-Yves Mollier et Patricia Sorel (édits.), *Les Lectures du Peuple en Europe et dans les Amériques (xviii-xxe siècle)*, Bruxelles: Complex, pp. 117-126.
- DE CERTEAU, Michel (1993), *La escritura de la historia*, México: Universidad Iberoamericana.
- DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina (2005), “El café: refugio de literatos”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 75-88.
- Diccionario...a* (1770), *Diccionario de la Lengua Castellana compuesto por la Real Academia Española. Segunda Impresión Corregida y Aumentada. Tomo Primero A-B*, Madrid: Joachin Ibarra, Impresor de Cámara de S.M., Google libros, <http://www.google.com.mx/books?id=HVFSDMIeLI4C&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false> [consulta: 20 octubre 2011].
- Diccionario...b* (1826), *Diccionario de la Lengua Castellana*, Madrid: Real Academia Española, Google libros, <https://books.google.com.mx/books?id=0D-4tLEtaa4C&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false> [consulta: 20 octubre 2011].
- Diccionario...c* (1936), *Diccionario de la Lengua Castellana por la Academia Española; compendiado por Don Cristóval Pla y Torres, Profesor de Lengua Castellana, etc.*, París: Librería de B. Cormon y Blanc, Google libros, <http://books.google.com.mx/books?id=0D-4tLEtaa4C&printsec=frontcover&dq=Diccionario+de+la+lengua+castellana&hl=es&ei=eHSjTrStK4bgsQKCotiuBQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=7&ved=0CFMQ6AEwBg#v=onepage&q&f=false> [consulta: 22 octubre de 2011].
- Diccionario...d* (2001), *Diccionario de la lengua castellana*, Real Academia Española (prep.), Barcelona: Espasa / Real Academia Española.

- DIJK, Teun A. van. (2000), *El discurso como interacción social*, Barcelona: Gedisa.
- DUCROT, Oswald y Tzevetan Todorov (2003), *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, México: Siglo XXI.
- DUTRA, Eliana Regina de Freitas (2005), *Rebeldes literarios da República. História e identidade nacional no Almanaque Brasileiro Garnier (1903-1914)*, Belo Horizonte: Editora da Universidade Federal de Minas Gerais (UFMG).
- ECO, Umberto (2009), *Cultura y semiótica*, Madrid: Círculo de Bellas Artes de Madrid.
- ESCALANTE GONZALBO, Fernando (2007), *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública*, México: El Colegio de México.
- FLAMENCO RAMÍREZ, Alfonso (1987), “Las bibliotecas en México: 1880-1910”, en Carmen Vázquez Mantecón y otros, *Las bibliotecas mexicanas en el siglo XIX*, México: Secretaría de Educación Pública, pp. 193-248.
- FLORESCANO, Enrique (2002), *Memoria mexicana*, México: Fondo de Cultura Económica.
- GARRITZ RUIZ, Amaya (coord. y ed.) (1993), *Un hombre entre Europa y América: homenaje a Juan Antonio Ortega y Medina*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- GIRON BARTHE, Nicole (2001), “El entorno editorial de los grandes empresarios culturales”, en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 51-64.
- GŁOWIŃSKI, Michał (2009), “Los géneros literarios”, en Marc Angenot, Jean Bessière, Douwe Fokkema y Eva Kushner (dirs.), *Teoría literaria*, México: Siglo XXI.
- GONZÁLEZ, Everardo G. Carlos (2001), “Los tipógrafos y las artes gráficas: procesos de trabajo y espacio laboral en la imprenta mexicana del siglo XIX”, en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 27-50.
- GRAGEDA BUSTAMANTE, Aarón (2008), *Vindicación. Nuevos enfoques sobre la condición retórica, literaria y existencias de las fuentes históricas*, México: Uni-

- versidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco / Instituto Nacional de Antropología e Historia / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- GUERRA, François-Xavier (1993), *Modernidad e independencias: Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México: Fondo de Cultura Económica / MAPFRE.
- GUIOT DE LA GARZA, Lilia (2001), “El Portal de Agustinos: un corredor cultural en la ciudad de México”, en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 233-244.
- GUIRAUD, Pierre (2003), *La semiología*, México: Siglo XXI.
- Haider, Julieta (1998), “Análisis del Discurso”, en Luis Jesús Galindo Cáceres (coord.), *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*, México: Pearson.
- HERNÁNDEZ Fuentes, Miguel Ángel (2012), “Construyendo una temporalidad moderna. El caso de los calendarios mexicanos, 1821-1850”, en *Fuentes Humanísticas*, núm. 45, pp. 51-62.
- HERRERA Bervera, Carlos (1987), “Las bibliotecas en México: 1821-1850”, en Carmen Vázquez Mantecón y otros, *Las bibliotecas mexicanas en el siglo XIX*, México: Secretaría de Educación Pública, pp. 17-68.
- HERRERA Serna, Laura (2010), *Calendarios de José Joaquín Fernández de Lizardi (1824-1825)*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- ITURRIBARRÍA, Ciriaco (1859), “Memoria Geográfica y Estadística del Departamento de San Luis Potosí”, en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, núm. 7, México: Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, pp. 288-321.
- JERÓNIMO ROMERO, Saúl y María Luna, (2001), “El objeto de la historiografía crítica”, en *Memoria del Coloquio Objetos del Conocimiento en Ciencias Humanas*, México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- KNIGHT, Alan (1985), “El liberalismo mexicano desde la Reforma hasta la Revolución (una interpretación)”, en *Historia mexicana*, vol. xxxv, núm. 137, julio-septiembre, México: El Colegio de México.
- KOMZA, Malgorzata (2003), “Les almanachs en Pologne XIX siècle”, en Hans-Jürgen Lüsebrink, York-Gothart Mix, Jean-Yves Mollier et Patricia Sorel (édits.), *Les lectures du peuple en Europe et dans les Amériques (xviiie-xxe siècle)*, Bruxelles: Complexe, pp. 135-144.

- KUSHNER, Eva (2009), “Articulación histórica de la literatura”, en Marc Angenot y Edmond Cross (eds.), *Teoría literaria*, Madrid: Alianza. O: Madrid-México: Siglo XXI, 1993 <<http://upfachumescesp.blogspot.mx/2014/06/seminario-taller-internacional-la.html>>
- LE GOFF, Jacques (1991), “Calendario”, en *El orden de la memoria*, Barcelona: Paidós, pp. 184-226.
- LUDLOW, Leonor (1992), “Presentación”, en *Almanaque Bouret para el año 1897*, México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, pp. IX-XVI.
- LÜSEBRINK, Hasn-Jürgen (2000), “La littérature des almanachs: reflexions sur l’anthropologie du fait littéraire”, *Etudes francaises*, vol. 36, n° 3, 2000, pp. 47-64.
- (2002), “L’almanach: structures et évolutions d’un type d’imprimé populaire en Europe et dans les Amériques”, en Jacques Michon et Jean Yves Mollier (coords.), *Les Mutations du Livre et de l’édition dans le monde du XVIII siècle à l’an 2000*, Quebec: Les Presses de L’Université Laval-L’Harmattan, 2002, pp. 432-441.
- LÜSEBRINK, Hans-Jürgen, York Gothart Mix, Jean-Yves Mollier, Patricia Sorrel (édits.) (2003), *Les lectures du peuple en Europe et dans les Amériques (xviiie-xxe siècle)*, Bruxelles: Complexe.
- MACÍAS CERVANTES, César Federico, “Rosa y Bouret, enlace cultural entre Europa y México (La modernidad con la letra entra)”, en *Valenciana*, año 1, número 1, enero-junio 2008, pp. 203-235.
- McKENZIE, Don F. (2005), *Bibliografía y sociología de los textos*, Madrid: Akal.
- MAINGUENEAU, Dominique (1999), *Términos clave del análisis del discurso*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- MARTÍNEZ, José Luis (1984), *La expresión nacional*, México: Oasis.
- Memorias de la Sociedad Científica “Antonio Alzate”* (1887), dirigida por Sabás A. y Munguía, t. 1, núm. 1, México: Imprenta del Gobierno en el Ex Arzobispado.
- MENDIOLA, Alfonso (1995), *Bernal Díaz del Castillo: verdad romanescas y verdad historiográfica*, México: Universidad Iberoamericana.
- MENDIOLA, Alfonso y Guillermo Zermeño Padilla (1998), “Hacia una metodología del discurso histórico”, en Luis Jesús Galindo Cáceres (coord.), *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*, México: Pearson, pp. 165-206.

- MELETINSKY, Elezar (2009), “Sociedades, culturas y hecho literario”, en Marc Arigenot y otros (eds.), *Teoría literaria*, México: Siglo XXI.
- MERCADIER, Guy (2003), “Epanouissement et évolution de l’almanach en Espagne au XVIII siècle”, en Hans-Jürgen Lüsebrink, York-Gothart Mix, Jean-Yves Mollier et Patricia Sorel (édits.), *Les lectures du peuple en Europe et dans les Amériques (xviiie-xxe siècle)*, Bruxelles: Complexe, pp. 97-104.
- MOLLIER, Jean Yves (coord.) (2000), “La littérature des almanachs: reflexions sur l’anthropologie du fait littéraire”, en *Etudes Françaises*, vol. 36, núm. 3, pp. 47-64.
- (2002), *Les mutations du livre et de l’édition dans le monde du XVIII siècle à l’an 2000*, Quebec: Les Presses de L’Université Laval-L’Harmattan.
- MONTEJANO Y AGUIÑAGA, Rafael (1965), “Sesquicentenario de la imprenta y el grabado en San Luis Potosí”, en *Fichas de bibliografía potosina*, año VII, núm. 3, julio-septiembre, pp. 175-177.
- (1969), “Los Infante, la imprenta y el grabado en San Luis Potosí”, en *Letras Potosinas*, año XXVII, núm. 173, julio-septiembre.
- (1979), *Biobibliografía de los escritores de San Luis Potosí*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- (1982), *Nueva hemerografía potosina. 1828-1978*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- MORA, Pablo (2001), “Cultura letrada y regeneración nacional a partir de 1836”, en Laura Beatriz Suárez de la Torre y otros (coords.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 385-394.
- OLSON, David (1997), *El mundo sobre papel. El impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento*, Barcelona: Gedisa.
- ORTIZ MONASTERIO PRIETO, José Alejandro (2001), “La formación de la literatura nacional”, en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Universidad Nacional Autónoma México, pp. 419-430.
- (2004), *México eternamente. Vicente Riva Palacios ante la Escritura de la historia*, México: Fondo de Cultura Económica.
- PENILLA LÓPEZ, Salvador (1952), “Los orígenes de la imprenta y el grabado en San Luis Potosí”, en *Estilo*, núm. 22, abril-junio.

- PEREIRA, Mateus Henrique de Faria (2009), *A Máquina da Memória: o tempo presente entre a história e o jornalismo*, Bauru: Editora de Universidade do Sagrado Coração.
- PÉREZ ALONSO, Paula (2002), “El otro editor”, en Leandro de Sagastizábal y Fernando Esteves Fros (comp.), *El mundo de la edición de libros*, Buenos Aires: Paidós.
- PÉREZ SALAS, María Ester (2001), “Ignacio Cumplido un empresario a cabalidad”, en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Universidad Nacional Autónoma de México.
- PETRUCCI, Armando (1999), *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Barcelona, Gedisa.
— (2003), *La ciencia de la escritura. Primera lección de paleografía*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- PI-SUÑER LLORENS, Antonia (2001), “Una gran empresa cultural de mediados del siglo XIX: el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*”, en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 409-418.
- POBLETE, Juan (2003), “Lectura y experiencia de lo nacional: los almanaques en el siglo XIX chileno”, en Schmidt-Welle (ed.), *Ficciones y silencios fundacionales. Literatura y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*, Madrid: Iberoamericana / Vervuert, pp. 285-297.
- POMPA Y POMPA, Antonio (1988), *450 años de la imprenta tipográfica en México*, México: Asociación Nacional de Libreros.
- PURDY, Daniel (2003), “Avant l’ethnicité: Le patriotisme des lumières dans les almanachs de langue allemande de la jeune république Américaine”, en Hans-Jürgen Lüsebrink, York-Gothart Mix, Jean-Yves Mollier et Patricia Sorel (édits.), *Les lectures du peuple en Europe et dans les Amériques (xviii-xxe siècle)*, Bruxelles: Complexe, pp. 161-168.
- QUIÑONES, Isabel (1994), *Mexicanos en su tinta: calendarios*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
— (2005), ‘De pronósticos, calendarios y almanaques’, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. III, “Publicaciones periódicas y otros impresos”, México: Universidad Autónoma de México, pp. 331-352.
- RAMA, Ángel (1998), *La ciudad letrada*, Montevideo: Arca.

- ROBIN, Regine (2009), “Extensión e incertidumbre de la noción de la literatura”, en Marc Angenot y otros, *Teoría literaria*, México: Siglo XXI.
- RODRÍGUEZ PIÑA, Javier (2001), “Rafael de Rafael y Vila: impresor, empresario y político conservador”, en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 157-167.
- RUIZ CASTAÑEDA, María del Carmen (2001), “El mosaico mexicano, o colección de amenidades curiosas e instructivas”, en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 529-536.
- SATMAN, Jeroen (2003), “Information, éducation et distraction dans les almanachs hollandais au xvii^e siècle”, en Hans-Jürgen Lüsebrink, York-Gothart Mix, Jean-Yves Mollier et Patricia Sorel (édits.), *Les lectures du peuple en Europe et dans les Amériques (xvii^e-xx^e siècle)*, Bruxelles: Complexe, pp. 49-58.
- SPECKMAN GUERRA, Elisa (2005), “Las posibles lecturas de la República de las Letras. Escritores, visiones y lectores”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. 1, “Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios”, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- SUÁREZ DE LA TORRE, Laura Beatriz (2001), “Una imprenta floreciente en la calle de la Palma y número 4”, en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 131-144.
- (2005), ‘La producción de libros, revistas, periódicos y folletos en el siglo xix’, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. II, “Publicaciones periódicas y otros impresos”, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- STAPPLES, Anne (2010), “La lectura y los lectores en los primeros años de vida independiente”, en *Historia de la lectura en México*, México: El Colegio de México.

- TENORIO TRILLO, Mauricio (1998), *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México: Fondo de Cultura Económica.
- (1999), *Argucias de la historia. Siglo XIX, cultura y América Latina*, México: Paidós.
- TORRE VILLAR, Ernesto de la (2009), *Breve historia del libro en México*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- TOUSSAINT ALCARAZ, Florence (2006), *Periodismo. Siglo Diez y Nueve*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- VÁZQUEZ CASTILLO, Guadalupe (1888), “La fe”, en *Tercer Almanaque Potosino*, San Luis Potosí: Antonio Cabrera (ed.), pp. 76-77.
- VÁZQUEZ MANTECÓN, Carmen (1987), “Las bibliotecas en México: 1850-1880”, en Carmen Vázquez Mantecón y otros, *Las bibliotecas mexicanas en el siglo XIX*, México: Secretaría de Educación Pública.
- VELÁZQUEZ RODRÍGUEZ, Primo Feliciano (1901), “Bibliografía científica potosina”, en *Obras del Lic. Primo Feliciano Velázquez*, México: Imprenta de Victoriano Agüeros.
- (1998), *Letras en flor. La cultura en San Luis Potosí en 1904-1905*, México: El Colegio de San Luis.
- (2004), *Historia de San Luis Potosí*, vol. III, México: El Colegio de San Luis / Universidad Autónoma de San Luis Potosí.
- VERNUS, Michel (2003), “L’almanach d’un pays de contacts, la Franche-Comté: un carrefour d’influences multiculturelles”, en Hans-Jürgen Lüsebrink, Jean-Yves Mollier, York-Gothart Mix et Patricia Sorel (édits), *Les lectures du peuple en Europe et dans les Amériques (XVIIe-XXe siècle)*, Bruxelles: Complexe, pp. 19-26.
- VIGIL BATISTA, Acela Alejandra (2008), “Anales de la Sociedad Humboldt (1870-1875)”, en *Boletín Mexicano de Historia y Filosofía Médica*, vol. 11 núm. 2, México: Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina, pp. 54-58.
- VILLANEDA, Alicia (1995), “Periodismo confesional: prensa católica y prensa protestante, 1870-1900”, en Evelia Trejo y Brian Connaughton (coords.), *Estado, Iglesia y sociedad en México siglo XIX*, México: Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras / Miguel Ángel Porrúa, pp. 325-366.
- WHITE, Hayden (1992), *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona: Paidós.

- (2005), *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México: Fondo de Cultura Económica.
- ZERMEÑO, Guillermo (2000), *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México: El Colegio de México.
- ZETINA RODRÍGUEZ, María del Carmen (2002), *Los editores en San Luis Potosí, 1885-1908*, tesis de Maestría en Historia, México: El Colegio de San Luis.

La edición del Almanaque literario 1885-1898, de José Pablo Zamora Vázquez, se terminó de imprimir en octubre de 2016, en los talleres... León, Guanajuato. La edición estuvo a cargo de Enlace Editorial, de la División de Ciencias Sociales y Humanidades. Tiraje: 250 ejemplares.

OTROS TÍTULOS
DE LA COLECCIÓN TESIS

Historia

*Participación de la orden Carmelita
y la Compañía de Jesús en la polémica por la
canonización de don Juan de Palafox y
Mendoza (1600-1852)*

Larisa González Martínez

*El testimonio histórico
en la vida y la producción intelectual
de Efraín Huerta, 1914-1982*

Cynthia Elizabeth Briones Chaire

*Por temor a que estén sueltas.
El depósito de las esposas en los juicios
de divorcio eclesiástico
en la Nueva Galicia, 1778-1800*

José Luis Cervantes Cortés

*Representaciones de la prostituta
y la prostitución en la Ciudad
de México, 1867-1910*

Mónica Hurtado

*La educación socialista en Guanajuato
de 1934 a 1940. Oposición y conflicto social
en torno a la reforma educativa*

Paulina Lizeth Chávez Santillán



La edición del Almanaque Potosino (1885-1898) responde a un vacío historiográfico existente sobre el siglo XIX en San Luis Potosí: los proyectos editoriales. Pues si bien algunos trabajos se han ocupado de la prensa, han dejado de lado otro tipo de publicaciones periódicas. De éstas, quizá una de las más importantes sea el *Almanaque Potosino* de Antonio Cabrera. Este estudio aborda todo lo que implicó el proyecto de Cabrera: antecedentes, propuesta, empresa, financiamiento, publicación y distribución, dando cuenta, a la par, del escenario cultural en el que se produjo; además, analiza la trayectoria de Cabrera e identifica al grupo letrado —con sus diferentes redes políticas y sociales— que participó en el proyecto.

ISBN: 978-607-441-442-4



Campus Guanajuato | División de Ciencias
Sociales y Humanidades